

V. LUDOVICO BLOSIO, O.S.B.

OBRAS SELECTAS

**Nueva edición preparada por el
R.P.D. HERMENEGILDO NEBREDAS
de la misma Orden**

**Serie
Grandes Maestros
Nº 6**

**APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 -Sevilla**

Con licencia eclesiástica.

D.Legal: B- 23.637-91

ISBN: 84-770-221-7

Impreso en España

Printed in Spain

ESPEJO DEL ALMA

INTRODUCCION

Ludovico Blosio (1506-1566) fué un ilustre benedictino, reformador de la abadía de Liessies por la práctica de la meditación y de los otros ejercicios de la vida interior. Muy joven ingresó en la abadía de Liessies, en los Países Bajos y a los veinticuatro años ya fue nombrado abad. A los treinta y uno abandonó la abadía y, junto con otros compañeros, se retiró a Ath, en donde empezó a observar la **regla** con todo rigor. Los monjes de Liessies le obligaron a regresar a su abadía. Regresó e implantó allí la observancia de Ath.

Blosio fué un grande contemplativo, asiduo lector de Susón y de Taulero. "Útil es la salmodio —solía decir—, pero más útil es el pensamiento de la humanidad de Cristo, y aun más el de su sagrada pasión. Buenos, sin duda, y agradables a Dios son los ejercicios exteriores, tales como cantar piadosamente las alabanzas de Dios, recitar largas oraciones vocales, permanecer largos ratos de rodillas, mostrar señales sensibles de devoción, ayunar, velar, etc ; pero infinitamente superiores son los ejercicios

espirituales, por medio de los cuales el hombre, por ardientes deseos, no por los sentidos o imágenes, sino de una manera sobrenatural, se acerca a Dios para unirse con El”.

Bajo su dirección, Liessies se convirtió en un vivero de santos. Escribió *Espejo del Alma*, *Directorio Espiritual*, *Guía Espiritual*, *Joyel Espiritual*, etc.

Estas obras se tradujeron inmediatamente al castellano, francés, flamenco, italiano y alemán. En muchos monasterios de benedictinos era obligación leerlas en el reflectorio. Cada monje las tenía en la celda y se guiaba por ellas “como si fuesen parte de la Biblia”. Durante algun tiempo influyeron de tal manera que llegaron a transformar, de algún modo, el espíritu dela Orden. La oración mental llegó a ser tenida en tanto aprecio como la liturgia, lo cual era algo nuevo entre los benedictinos, siempre tan amantes del *opus Dei*. (Royo Marin, *Los grandes maestros de la vida espiritual*, pág. 284).

PROLOGO

Compuse este libro, vencido de la importunidad grande (aunque piadosa) de un amigo, el cual no cesaba de pedirme un Espejo espiritual, donde con brevedad notase las cosas que principalmente hacían al caso, para ordenar la vida santamente; y pusiese con cuidado las que suelen dar *consuelo, verdadera esperanza y confianza en Dios al pecador o imperfecto, pero hombre de buena voluntad*; mas de suerte que cualquier cristiano se pudiese aprovechar del sobredicho Espejo. Deseando, pues, satisfacer en algo la justa petición de mi amigo, junté aquí muchas cosas, como se ofrecieron a la memoria, y lo que hice fué a gloria de Dios; sujetándolas todas humildemente a la censura de la santa Madre Iglesia. Pero los que sin temor de Dios perseveran en sus maldades y pecados voluntariamente, tangan por cierto que no son para ellos los consuelos que aquí se ponen, pues ni tienen buena voluntad ni son cristianos de veras. Enmiéndense, y entonces les cabrá parte de las cosas que aquí se dicen y escriben de la inmensa piedad y misericordia de Dios. pero si no enmendaren su mala vida, sentirán sin duda el rigor de la divina justicia y padecerán eternos tormentos en el infierno.

CAPÍTULO PRIMERO

Por donde ha de comenzar el que trate de servir a Dios

Amar, temer y honrar a Dios.- Yo te aconsejo, amonesto y ruego, muy querido amigo, que temas, honres y ames a tu Señor y Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Uno en substancia y Trino en personas. Porque Él es todopoderoso, inmenso, eterno, soberano, inmutable, incomprensible, sumamente justo, sumamente santo, sumamente sabio, sumamente bueno, sumamente suave. Él hizo de la nada el cielo y la tierra, y cuanto en ellos se contiene. Él ve y tiene perfectísimamente delante de los ojos, no sólo las obras exteriores de los hombres, sino también los pensamientos y afectos; conoce todas las cosas pasadas, presentes y por venir. Ama grandemente a los hombres, y nunca cesa en esta vida de hacerles a cada uno de ellos muchos beneficios, y así con mucha razón se le debe el temor, la reverencia y el amor.

Huir el pecado.- Guárdate, pues, con gran diligencia, de no afrentarlo con tus pecados. Aunque pudieses librarte a ti y a otros muchos de la muerte, dando consentimiento a algún pecado, de ninguna suerte lo habías de hacer; porque no es lícito hacer mal aunque de allí se haya de seguir algún bien; y sería muy gran disparate por el bien y provecho de las criaturas, que comparadas con Dios son casi nada, ofender adrede, y con voluntad deliberada al Criador, que es bien infinito. El temor santo de Dios amonesta sin cesar al hombre que se abstenga de los pecados y que viva en este mundo *templadamente*, no siguiendo sus apeti-

tos; *justamente*, no haciendo agravio a nadie; *piamente*, honrando y sirviendo a Dios. ¹ Piensa muchas veces que para esto te crió Dios y te dió un alma inmortal y que usases de razón, para que en esta vida le obedecieses y amases; y obedeciéndole y viviendo bien, al fin lo viesesen el cielo claramente, y eternamente gozases de Él. Porque si con diligencia te apartares del mal e hicieres bien, si sirviendo a Dios fielmente acabares la vida en su servicio, llegarás con bonanza al puerto de la gloria, por la Pasión y merecimientos de Jesucristo.

Obediencia a la Iglesia.- Persevera firmemente en la santa fe católica, creyendo sin nunguna duda todo lo que contienen las divinas Escrituras que tiene la Iglesia recibidas, y lo que el Espíritu Santo nos revela y propone por ella, para que creamos.

Has de obedecer humildemente a la Iglesia católica, aunque vieres en ella algunos pastores que no viven bien. Pues hablando Cristo Señor nuestro, en el Evangelio, de esos indignos ministros que viven mal y enseñan bien, dice: “Guardad y cumplid todo lo que os enseñaren y dijeren, pero no viváis como ellos viven” ². El que menosprecia la Iglesia, que es el Cuerpo místico de Cristo, menosprecia al mismo Cristo que es la Cabeza, como Él lo dijo claramente: “Quien a vosotros obedece a Mí me obedece y quien a vosotros menosprecia a Mí me desprecia” ³.

En esta Iglesia universal, a quien llama San Pablo “columna y fundamento de la verdad” ⁴ por orden y mandamiento de Dios, preside en la tierra el Sumo Pontífice, sucesor de San Pedro.

Fuera de esta Iglesia, que es una sola, fuera de esta arca de Noé, ninguno se salva. Pues aunque haya en ella no solamente buenos sino también muchos malos que sin ningún respeto cometen en ella grandes abusos, desconciertos y graves pecados (porque es

¹ Tito, 2 12.

² Mateo, 23. 3.

³ Lucas, 10, 16.

⁴ 1a. Timoteo, 3. 15.

una era donde se hallan juntos en esa vida, no solamente granos sólidos, sino pajas inútiles y vanas), con todo esto siempre persevera en ella la verdad. Porque allí enseña el Espíritu Santo a los fieles, y los alumbrá y rige; y a Ella sola comunica la verdadera inteligencia de la sagrada Escritura.

De suerte que es cosa certísima, que todos los que tienen y sustentan alguna opinión contraria a la Iglesia Católica Romana, y así se apartan de la unión de ella, si acabaren la vida obstinados en aquella herejía o cisma, lo pagarán en el infierno con tormentos eternos, aunque en lo demás parezca que aquí vivieron justamente; así pues, es indudable que los herejes y cismáticos, aunque parezcan más modestos, benignos, templados y castos, aunque den grandes limosnas a los pobres, aunque oren de continuo y en sus oraciones derramen muchas lágrimas con grandes sentimientos, y aunque vivan con grande aspereza y hagan milagros, aunque entreguen sus cuerpos a la muerte con gran voluntad y sin ningún temor; mas porque son soberbios y falsifican las Escrituras con declaraciones abominables y rompen la unidad de la Iglesia, no pueden tener verdadera caridad. Dios los aborrece y los desecha de su Reino, como a capitales enemigos; y es cosa cierta que jamás lo alcanzarán, salvo si humillados y obedientes se sometieran a la anta madre Iglesia, y se despojan de sus opiniones abominables. De manera, que has de perseverar en la fe santa, cristiana y verdadera; creyendo sin ningún fingimiento todo lo que cree la Iglesia católica, y ejercitándote en lo que ella santamente se ejercita.

Si vinieres a tal extremo, que te sea forzoso negar esa fe santa que profesas, o padecer tormentos y aun la misma muerte; antes muere tu millares de veces (si fuese posible) que dar la menor muestra de palabra o señal en contra. Porque si la fe o a Cristo negares, también te negará Cristo delante de su Padre.¹ , sino es que te arrepientes y haces penitencia, como la hizo San Pedro, que habiendo negado a Cristo tres veces, lloró grandemente. ² Y

¹ Mateo, 10-33. Marcos 8, 38

² Lucas, 22, 62.

si por la fe santa y por la verdad sufrieres la muerte, gran ventura será la tuya. A éstos los asegura Cristo Señor nuestro en el Evangelio, diciendo: “No queráis temer a los que matan los cuerpos y no pueden matar al alma”¹. Asimismo dice: no se perderá ningún cabello de los de vuestra cabeza; vuestra perseverancia será lo que os hará señores de vuestras almas. Y otra vez dice: “El que por mi amor perdiere su vida, ese la hallará”.²

Supersticiones, hechiceros y nigrománticos.- Abomina toda superstición y el arte mágica y divinatoria. Nunca acudas por remedio a nigrománticos, ni hechiceros, sino a tu Dios y Señor, y en Él pon tu esperanza y estriba en Él. Oye lo que el mismo Señor dice a su pueblo en el Deuteronomio: “No se hallará entre vosotros quien pregunte a los adivinos, ni quien sea hechicero ni encantador, ni quien consulte a los nigrománticos ni agoreros; porque todas esas cosas las aborrece Dios. Los gentiles que no conocen a Dios, toman consejo con los agoreros y adivinos; pero muy de otra manera estas tú enseñado del Señor”.³ Estas son palabras del Deuteronomio. Por cierto que el que acude a éstos por remedio o consejo, acude al demonio dejando a Dios.

Inocencia de Vida.- Huye, con diligencia, de todo pecado, oyendo atentamente al apóstol San Pablo, que muy de veras y con gran peso de palabras dice: “Por ventura no sabéis, siendo tan claro, que los malos no poseerán el Reino de los cielos. No os engañéis, que será yerro notable; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avarientos, ni los que se hartan de vino, ni los maldicientes, ni los robadores poseerán el Reino de los cielos”⁴. Y otra vez dice: “Estas son las obras en que se echa claramente de

¹ Mateo 10, 28; Lucas, 12, 7; 21, 18-19.

² Mateo, 10, 39.

³ Deut, 18. 10-14

⁴ 1a. Corintios, 6, 9.

ver que un hombre sirve a la carne, aunque sea cristiano, que son: el adulterio, la fornicación, la deshonestidad, la lujuria, el culto a los ídolos, las hechicerías, bandos, pleitos, celos, el apetito de venganza, las riñas, disensiones, las herejías, envidias, homicidios, la embriaguez y glotonería, y otras obras semejantes a éstas; de que, estando con vosotros, os avisé de palabra, y ahora os aviso por carta, que los que hacen estas cosas no alcanzarán el Reino de los cielos”.¹ Hasta aquí son palabras de San Pablo. Sin duda, que los que hacen semejantes obras serán condenados, si por la verdadera penitencia y enmienda de la vida no vuelven a la amistad de Dios. El soberano juez Cristo, en aquel juicio espantoso, cuando se acabare de limpiar la era del Señor, y fueren apartadas las pajas del trigo,² les dirá irado: Id malditos al fuego eterno.³ Y tu acuérdate de estas palabras.

Pureza de conciencia.- Ahora, pues, para que alcances pureza de conciencia, y seas allá dentro alumbrado, trae a la memoria como has ofendido a Dios, y te has descuidado en palabras, en obras, en deseos, en pensamientos, en la poca mortificación y pureza de tus afectos y pasiones y en las demás cosas en que se desconcierta y descompone un hombre, y en todas las que no son conformes a la caridad y contradicen a la muy agradable voluntad de Dios, da una vuelta a tu alma, y examínala desde el tiempo que te puedes acordar; y desagradándote de ti mismo, da voces en el corazón, con el publicano, y dile: “¡Oh Dios!, apiádate de mí, pecador”⁴. ”Pequé, Señor, ten misericordia de mí. Tantos, y tan diferentes son mis pecados, que sólo tú, Dios mío, eres el que perfectamente los conoces y sabes. Perdona a este miserable. Lava el rostro de mi alma de todas las torpezas que tiene, adórnala con tu gracia, dándome buena voluntad.” De esta manera has de poner en ti los ojos y hacer un

¹ Gálatas, 5, 19-21.

² Mateo, 3, 12.

³ Mateo, 25, 41.

⁴ Lucas, 18, 13.

juicio de ti mismo: y de esta manera has de llorar delante de tu Padre celestial, a quien es propio el usar de misericordia y perdonar. Duélete solamente por Dios y por su gloria; y porque sabes que tus pecados ofenden a Dios, y son contra su honra y voluntad, ha de ser la principal razón porque te ha de pesar de ellos. En más has de estimar la injuria que a Dios hiciste, que las penas que has merecido.

Confesión.- Después confiesa esos mismos pecados sin que falte ninguno, con llaneza, claramente, con pocas palabras, delante de confesor competente, que tenga las veces de Dios y autoridad para absolverte. Si te parece hacer una confesión general de todos los pecados graves, que te acuerdas que has cometido desde que tienes uso de razón, una vez basta que la hagas, y cumples con la verdad eterna de Dios; aunque algunos varones espirituales hay que no se contentan con hacer esto una vez, sino muchas. És muy importante que, pues cada día caes y te enlodas, también te limpies muchas veces por la confesión, delante del sacerdote.

Escrúpulos.- Desecha los escrúpulos superfluos y vanos, porque impiden la luz interior y deslumbra la conciencia (que conviene que esté adornada con fé, esperanza y caridad) con temores, congojas y amor propio. Si acabada tu confesión te quedan algunos remordimientos de conciencia, como es natural, se han de sufrir con paciencia y con una humilde resignación, y por ellos no se ha de volver livianamente a hacer otra vez la confesión.

Pecados veniales.- De suerte que si por ventura no declaraste en la confesión todos los pecados veniales, no tienes por qué angustiarte ni turbarte mucho; porque basta haberlos declarado en general y en común; pues solamente estamos obligados por precepto de la Iglesia y por necesidad, a confesar clara y distintamente los pecados mortales y aquellos de que tenemos duda fundada si lo son. Mas las culpas veniales hemos

de confesarlas de veras delante de Dios, y muchas cosas hay con que se alcanza perdón de ellas; como es la contrición, la oración del Padrenuestro, el hincar las rodillas en la tierra, sufrir algunas molestias por amor de Dios con paciencia, el agua bendita, algún gemido o golpe al pecho con humilde sentimiento, si se hacen con devoción y espíritu. Empero también es *provechoso al alma, y agradable a Dios el confesar con diligencia los pecados veniales*, mas, como hemos dicho, se han de desechar todos los escrúpulos vanos. Realmente como te pesa ya de haber pecado, y tienes dolor de haber ofendido a Dios, y propósito de servirlo y amarlo de ahí adelante, y has confesado bien tus pecados, debes tener confianza y paz en tu alma. Haz, pues, y cumple con diligencia lo que te mande el confesor, y da crédito a la virtud del sacramento y a la divina promesa. Confía en el Señor, que dice a los sacerdotes que oyen las confesiones legítimamente: “Todo lo que absolvieris sobre la tierra será absuelto en el cielo”¹

Confianza.- Espera en la benignidad y misericordia de Dios; pues *aunque tú solo hubieses cometido todos los pecados de todos los hombres*, después que te limpiaste con la divina contrición, confesión y satisfacción, *estás ya reconciliado con Dios*. Ya te recibió en su gracia y amistad, y no te imputará más los pecados que una vez te perdonó, ni te afrentará por ellos. Si tu penitencia fué verdadera, tus pecados han desaparecido y han sido borrados *como si jamás los hubieses cometido*

Más importa, de ahí adelante, perseverar en la buena vida, y que si por tu flaqueza alguna vez cayeres, que te levantes luego. Es tu Dios rey liberalísimo, y *nobilísimamente perdona todas tus deudas por grandes que sean*; es médico omnipotente: en un momento cura cualquier enfermedad de alma por grave y singular que sea. Ejemplo tienes de esto en el rey David, en María Magdalena, en el ladrón en la cruz y en otros innumerables enfermos. Porque tan fácil le es a Dios perdonar muchos pecados mortales, como perdonar uno; y recibe Dios mucho contento de que sientas esto

de Él y que le digas humildemente: “Señor mío Jesucristo, yo confío de tu inmensa bondad, que no dejarás perder a quien criaste a tu imagen y semejanza y redimiste con tanto trabajo”. Aunque sean muy muchos tus pecados, ¿qué son comparados con la infinita misericordia de Dios?

Algunos hombres de muy poca fe, espantados por los pecados que han cometido o por las recias tentaciones con que los fatiga el demonio, pierden la esperanza de su salvación; imaginando que están sus conciencias de tal suerte enmarañadas, que no quiere Dios, o no puede ayudarlos, ni darles la mano. Son miserablemente acosados de un temor irremediable; y están persuadidos de que en todo cuanto hacen ofenden a Dios, y que ya están condenados y sin ningún remedio. Este es un error muy grande y muy molesto y quien le da lugar afrenta muy mucho a Dios. Dios quiere y puede perdonar a cualquier hombre que está de veras contrito y lo quiere sacar y librar de cualquier impedimento, por grande que sea, de su salvación. Y si Él no quisiera perdonar a cualquier pecador contrito y convertido, no le esperara con tanta paciencia su conversión, ni le hubiera dado contrición y buena voluntad, sino que en pecando lo castigara con penas eternas conforme a lo que pedían sus culpas.

Verdad es que permite algunas veces que sus fieles siervos y sus escogidos amigos sean por mucho tiempo molestados y afligidos con desesperación y con otras espantosas, y sin duda infernales tentaciones; pero hace Él esto, por el grande amor que les tiene, amparándolos entonces y sosteniéndolos para que no desmayen.

Con todo eso, muchos, por no considerar bien la grandeza de la misericordia de Dios, pierden sus almas, no enmendando su mala vida, ya que, si no con la lengua, a lo menos con las obras, dicen: ¿Por qué no haremos lo que se nos antoja? Cada vez que nos volviéremos a Dios, nos recibirá y usará con nosotros de misericordia, y nos perdonará nuestros pecados. Mas ¡ay! que prometiéndose estos hombres larga vida y penitencia verdadera, por justo juicio de Dios, por la mayor parte no alcanzan lo uno ni lo otro y al fin mueren en sus pecados. Pero ¿Cómo es posible,

que el que está aparejado para enmendar la vida, desespere de la benignísima piedad de Dios? Pues dice Dios por su profeta: *Cuando el pecador se aparte de los pecados que ha cometido, y cumpliera mi ley, daré vida a su alma, jamás me acordaré de ningún pecado de los que cometió, mas la justicia que después hizo le servirá para que viva eternamente.*¹ ¿Por ventura deseo yo la muerte del pecador y no que se convierta de sus pecados y que viva?² Y otra vez dice: *¿Puede por ventura, la mujer olvidarse de su mismo hijo, de suerte que no se compadezca del que nació de sus entrañas? Aunque ella se olvide, Yo no te olvidaré. porque he aquí que traigo estampada tu figura en las palmas de mis manos.*³ Y otra vez dice de esta manera: *¿Por ventura hay para mí alguna cosa dificultosa?,*⁴ Asimismo dice: *Como nubes deshice tus maldades y como nieblas tus pecados.*⁵ Y otra vez dice por el mismo Profeta: *Lavaos y procurad estar limpios, no vean ya mis ojos la malicia de vuestros pensamientos; cesen ya vuestras malas obras; aprended a obrar bien; si fueren vuestros pecados como la grana, se volverán blancos como la nieve; y si fueren tan colorados como el carmesí, se pondrán blancos como un poco de lana.*⁶

Con estas y otras muchas sentencias semejantes te consuela Dios en la Escritura divina; el cual desea que ninguno se pierda, para que tengas confianza en su bondad clementísima. Confía, pues, ¡oh hombre de buena voluntad!; *confía en la misericordia de tu Dios, aunque luego en comenzando a enmendar tu vida te hubieses de morir.* Porque, como dice el Evangelio, también reciben el dinero de la bienaventuranza eterna aquellos que una sola hora trabajaron en la viña⁷, esto es, los que muy poco tiempo

¹ Ezequiel, 18, 21.

² Ezequiel, 18, 23.

³ Isaías, 49, 15.

⁴ Jeremías, 32, 27.

⁵ Isaías, 44, 22.

⁶ Isaías, 1, 16.

⁷ Mateo, 20, 9.

vivieron bien; y asimismo llama el Señor bienaventurados a aquellos que en la tercera vigilia de la noche, esto es, en la vejez los halla dispuestos. ¹ Empero si no te sacare de esta vida luego que te convirtieres y volvieres a Él, persevera firmemente en el buen propósito comenzado, en el temor del Señor.

CAPÍTULO II

De algunas virtudes en que se ha de ejercitar el que comienza

Perspectivas de la vida espiritual.- Para que todo lo que te resta de la vida hagas penitencia agradable a Dios, sufre las adversidades que, permitiéndolo Él, te suceden y vienen por mano de las criaturas. Suele el Señor a quien se convierte a Él, luego al principio de su conversión, darle muchos consuelos, ofreciéndole casi de continuo la leche espiritual y el pan blanco de su gracia; mas andando el tiempo, quitándole este suave manjar, le da manjares sólidos y pan negro, y lo lleva por caminos muy ásperos, dificultosos y oscuros, y lo fatiga con tribulaciones prolijas y angustias terribles; tanto que le parece a este hombre que está totalmente desamparado y desechado de Dios y en alguna manera entregado en las manos de Satanás. Entre tanto es también afligido gravísimamente por los vicios que se levantan contra él y por los hombres que lo persiguen. Si te sucediere, esto, mira que tengas valor y cordura, y *confía firmemente en tu Dios, el cual te azota de esa manera o permite que seas afligido, por el grande y verdadero amor que te tiene No echas de tus hombros la cruz que Él te pone, porque ella te será muy saludable y de más provecho que otra cualquier abundancia de dulzura espiritual.*

¹ Lucas, 12, 38.

Paciencia.- Porque, como tu Señor es médico sapientísimo, da cauterios de fuego, corta, y da pócimas amargas para sanarte. Y, puesto que tu sabes esto, sufre con paciencia todo lo que te da pena; *sufre cualquiera aflicción por honra y amor de Dios, en remisión de tus pecados.*

Nunca murmures contra Dios, ni reprendas sus obras y juicios; *porque aunque tú no las entiendas y alcances, mas ellas son siempre justas y muy ordenadas.*

Providencia de Dios.- No pienses que suceda nada en el mundo acaso y sin que vaya guiado por la providencia de Dios; mas considera y mira en todas las cosas, con atención, a la divina disposición y orden; sin el cual no cae una hoja del árbol. Dios que crió todas las cosas, también las gobierna y rige, desde el más alto ángel hasta el más pequeño gusanito de la tierra. Si esto creyeres firmemente, con mucha facilidad podrás pasar con un ánimo igual y sosegado entre los varios sucesos de la vida presente; sufre con suave y manso corazón todas las cosas.

Humildad.- Te recomiendo que seas hombre de buena voluntad y resignada, y juntamente que seas de veras humilde. Nunca pienses de ti que eres algo; mas júzgate de continuo delante de tus ojos y en tu entendimiento por muy pequeño y por nada. No encarezcas las buenas obras que haces, conociendo cuán llenas están de muchas faltas; pero las obras ajenas estímallas en mucho y cree que hacen gran ventaja a las tuyas. No te entregues a la vana complacencia por algún don que hayas recibido de Dios, porque quien da consentimiento a semejante vanidad, afea la tez y hermosura de su alma con una mancha feísima. Huye con diligencia de la terquedad y obstinación de tu propio parecer; porque ésta impide grandemente la gracia de Dios y el aprovechamiento espiritual. Huye asimismo de las porfías indiscretas de palabras, estimando en más parecer vencido que perder la virtud de la santa humildad. Aunque te sea forzoso afirmar una cosa constantemente por defender la fe y la verdad,

no sea con presunción y soberbia, ni seas en tu cielo, más bullicioso ni apresurado de lo que importa. En las cosas dudosas procura con humildad saber la voluntad de Dios de algún siervo suyo, y Dios te encaminará y amparará.

Enséñate a dejar de buena gana tu parecer y juicio, tu voluntad y tus deseos, por amor de Dios; el varón espiritual, aun en los que le parece que son buenos, debe estar resignado y decirle a Dios: “Señor, hágase no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres y lo que más conviene a tu gloria”.

De la obediencia.- Siempre has de estar aparejado para obedecer; porque *más le agrada a Dios una obra pequeña hecha por obediencia verdadera, que una obra muy grande hecha por propia voluntad.* Porque muy mejor es y más acepto a Dios coger la basura por sola obediencia, que por propia voluntad ocuparse en algún acto de contemplación de cosas celestiales; y más favor divino alcanza el que por pura obediencia come templadamente a gloria de Dios, que aquel que por su propia voluntad escoge alguna abstinencia rigurosa. Tan agradable sacrificio le es a Dios el negar la propia voluntad, el propio parecer y el propio gusto. La obediencia es la primera hija de la humildad, dispone al hombre para que reciba cualquier beneficio y es un camino segurísimo para el cielo. El que no quiere obedecer a quien tiene obligación, es atrevido, feroz y rebelde contra sus superiores; y es muy enemigo de Dios.

Ejemplo.- Una virgen de gran santidad, viendo en espíritu el alma de un monje que era bravísimamente atormentado en el purgatorio, del cual se sabía que había vivido muy bien, preguntóle a Dios cuál era la razón por que aquella alma no estaba ya en el Cielo. Díjole el Señor: Este monje, en todas las buenas obras que hacía, no quiso seguir ni obedecer humildemente la voluntad de su abad y de su prior, porque le daba disgusto todo lo que el abad hacía, teniéndose por más sabio que él, y creyendo que podría hacer cualquier cosa mejor que él.

Cuando fueres reprendido, recibe la reprensión con ánimo be-

nigno y sosegado, y reconoce tu culpa de buena gana. Si importa que te excuses, lo has de hacer breve, modesta y humildemente.

De la Vanagloria.- No desees ser estimado y tenido en mucho entre los hombres. Y aunque delante de ellos hagas algunas buenas obras, no ha de ser para que te vean y alaben y para que te estimen por santo, sino para que alaben a Dios, y a gloria del mismo Dios queden bien edificados. En sintiendo que apunta en tu alma el apetito de la vanagloria, corrígelo; y dejando y menospreciando todo respeto humano, busca a Dios y su honra, estima en más el ser menospreciado que alabado; y el estar sujeto que el mandar. No cumplas de mala gana los oficios humildes y bajos, por amor del Rey celestial Jesucristo, el cual se humilló por tu amor más de lo que se puede pensar. Cree que eres el más bajo de todos los hombres, y a todos ellos te sujetas; y *mora en el quieto valle de la humildad, como en un lugar muy seguro. Juzga de ti que eres como un andrajo vil y desechado que puede cada uno libremente hollarlo y pisarlo.*

Si sientes que en tus palabras, movimientos, costumbres y obras eres aficionado a dar gusto a hombre mortal, de suerte que no busques a Dios y su gloria solamente, reprende luego en ti semejante respeto y santíguate como si te encontrases con algún atolladero muy sucio de soberbia y deja esa mala intención. Si hallares que vive en ti una brizna de vanidad, de arrogancia y altivez, mortifícala luego.

Acuérdate que Jesucristo nuestro Señor y los santos ángeles y todos los cortesanos del cielo son humildes, y abominan la soberbia; y por el contrario, los demonios son soberbios y aborrecen grandemente la humildad. Tú, júntate a aquellos, hazte de su bando y apártate de éstos. Ten por cierto que *no es posible que vivas para Dios, si no trabajas por ser humilde y resignado*, y por morir a los vicios y malas inclinaciones de tu naturaleza.

Tanto crecerá en ti el verdadero amor de Dios, cuanto se disminuyere y gastare el pernicioso amor de ti mismo, con que tan torpemente te buscas y te vuelves a ti mismo y a tu propio gusto.

CAPÍTULO III

Cómo se ha de portar con el prójimo el varón espiritual

Amor al prójimo.- Dice Cristo nuestro Señor en el Evangelio: *Este es mi mandamiento y la ley que os doy, que como Yo os he amado a vosotros, os améis unos a otros.*¹

Y otra vez dice: *En esto conocerán todos que sois mis discípulos; si os tuviereis amor entre vosotros.* Ama, pues, tú a todos los hombres, aun a los que son tus enemigos y contrarios, con una caridad sencilla y entera, como a hermanos o hermanas que tienen un mismo Padre en el cielo, y un mismo Criador y Redentor juntamente contigo. Considera cuán excelentes criaturas son; pues, cuanto al alma, están ilustradas con la nobilísima imagen de Dios, y son capaces de la felicidad eterna; y esta consideración te mueva a amarlos y honrarlos. Porque sólo a los espíritus angélicos y a los hombres hizo a su imagen y semejanza, dándoles razón y entendimiento; y con esta dignidad maravillosa hacen grande ventaja a las demás criaturas.

Cuando ves un hombre feo o deforme, no por esa fealdad que tiene lo has de amar menos, ni debes reparar en la carne corruptible que ves, sino pasar la consideración a la hermosura del alma inmortal que tiene. Porque es tanta la gracia y hermosura del alma racional, cuando no está afeada con las torpes manchas de los pecados, que si pudieses verla más claramente, quedarías como fuera de ti mismo, de sola admiración y gozo.

La verdadera hermosura es la espiritual, que se ve con los ojos del alma. Aunque un hombre sea muy negro, si es justo se debe estimar en mucho más que otro cualquiera hombre tal vez hermoso en el cuerpo, pero de mal vida y peores costumbres;

¹ Juan, 13, 34.

porque sin duda aquel es más hermoso que éste. Fuera de esto, el cuerpo del varón justo, que ahora es feo y aún espantoso a la vista, resucitará algún día muy hermoso y glorioso. Ama, pues, a todos los hombres con amor verdadero, como lo manda Dios.

Porte exterior.- No muestres delante de nadie el rostro triste y desabrido, ni seas en tu aspecto enfadoso y de recia condición, antes, si lo eres, mudando la condición, te muestres a todos, sea quien fuere, suave, amoroso, favorable y fácil. Y si ligeramente te enojas y enciendes en cólera, o sientes desabrimiento con alguno, jamás des consentimiento a semejante vicio, sino reprímelo, témplalo y apágalo cuanto pudieres; pesándote de que tengas tan recia condición. Humíllate y pide a Dios favor; y cuando Él derrame en ti la dulzura de la caridad, ya no serás tan áspero y enojoso. Si el Señor permite que aun en sus amigos escogidos sientan inclinación a la cólera, es, la mayor parte de las veces, para que se conozcan mejor y se humillen más profundamente.

Hacer bien a todos.- Ayuda de buena gana a los que tienen necesidad de tu servicio y favor; en especial has de mostrar buen corazón, buen rostro y palabras amorosas a los que te quieren mal y te molestan, y, cuando la causa requiere, has de hacerles bien, y rogar a Dios fielmente por ellos, como el mismo Cristo lo amonestaba, diciendo: *Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os quieren mal y rogad por los que os persiguen y calumnian.*¹

Ten entrañas de misericordia para con todos los que fueren tentados, afligidos o padecieren alguna necesidad.

Conforme a tu posibilidad provee alegremente a las necesidades de los pobres. Cree que lo que das al pobre lo das a Cristo.

Asimismo has de enviar algunas limosnas espirituales a las almas de los fieles que están detenidas en el purgatorio, rogando devotamente por ellas, que Cristo lo recibirá tan a su cuenta, como si estando Él mismo preso en la cárcel lo visitases y lo procurases sacar de allí, porque las ama encendidamente.

¹ Mateo, 5, 44.

Efectivamente, aquellas almas pertenecen al Cuerpo místico de Cristo, y Él dice en el Evangelio, que la buena obra que se hace a sus miembros, se hace a Él, y así dice: *En la cárcel estaba y allí me visitaste* ¹

Bondad de corazón.- Desea con grandes ansias la salvación de todos, y no te parezca que es poca pérdida, perderse un alma racional, que como esté grabada con la imagen de Dios, es de más excelencia y de más estima que todo este mundo visible. Todos nosotros somos miembros de un Cuerpo, cuya Cabeza es Cristo ² ; pues no desees ni quieras mal a nadie, ni le tengas envidia; sino antes te has de alegrar del bien ajeno. Adrede no hagas injuria a nadie, ni lo turbes ni desconsueles indiscretamente; no critiques a nadie fácilmente. Ten paz con todos, cuanto es de tu parte.³

Si acaso entre ti y otro hubiere alguna discordia o rencilla grave, procura luego con diligencia reconciliarte, y haz lo que es de tu oficio, como humilde y verdadero siervo de Cristo. Y aun si entre otros hubiere alguna diferencia, trabaja por concertarlos y hacerlos amigos, o con encomendarlos a Dios, o con otro medio conveniente. No estimes en poco a nadie, porque esto es muy contrario a la santa humildad y caridad. *No desesperes totalmente de la salvación de hombre ninguno mientras viviere*; porque, con la divina gracia, el que ahora es malo en un momento puede ser bueno. Aun no está derribado el puente de la misericordia de Dios, que todavía da paso seguro por ella a los que hacen penitencia.

De la compasión.- Así como te has de compadecer de los afligidos, lo has de hacer de los pecadores, y tener compasión de ellos. Gime y llora por la ignorancia y ceguedad humana. Considera cuánta sea la malicia y odio del demonio, que no trata

¹ Mateo, 25, 36.

² Efesios, 4 15; Colosenses, 1, 18.

³ 2a. Corintios, 13, 11

sino de tentar, y la flaqueza y corrupción del hombre, que es el tentado. Disminuye las culpas de los otros y excúsalas con las más discretas palabras que pudieres; pero en las tuyas no ha de ser así, mas debes acusarte a ti mismo gravemente.

Jamás pienses que no te toca a ti la salvación de tu prójimo; pues tú, aunque no seas prelado, has de procurarla con mucho contento y diligencia. Ruega a Dios por los pecadores y procura aprovechar a todos; que con eso merecerás mucho delante de Dios.

Corrección fraterna.- Y usa también de la corrección fraternal donde vieres que conviene, movido con celo de justicia, y por la honra de Dios. Jamás consientas en pecados ajenos, ni lisonjees a nadie. Si alguna vez te enojares para corregir o castigar a alguno que hubiere pecado, sea sin rencor ni odio. *De tal suerte castiga el pecado en el hombre, que no aborrezcas al hombre que hizo Dios, por el pecado que el hombre cometió.* Aborrece la culpa, y no la naturaleza. Porque si quieres mal al hombre, perdido estás, ya que estás fuera de la caridad, y no te podrás salvar, si no es que dejando el aborrecimiento, vuelvas al santo amor; porque como dice el apóstol San Juan: *El que no ama, muerto está.*¹ Semejante hombre, sin duda ninguna que tiene su estancia en la muerte; porque la caridad es la vida del alma, y Dios es caridad. Como quieres que Dios sea contigo piadoso y clemente, así tú lo has también de ser con los demás. Si con diligencia considerases cuan lleno de vicios y defectos de cuerpo y de alma te hallaste algún día, y aun te hallas ahora, y cuán lejos estás de la pureza, santidad y fidelidad que debes a Dios; por cierto que sufrirías de buena gana las pesadumbres e imperfecciones ajenas, a donde lo manda la justicia y la discreción. Confiesa que tu mala y descuidada vida es la ocasión de que otros aprovechan tan poco en el espíritu, y que ofendan tantas veces a Dios.

Contra los juicios temerarios.- Echa siempre a buena parte, cuanto fuera posible, las obras y palabras ajenas y de ninguno

¹ Juan, 3, 14.

pienses mal. Cuando acudieren a tu alma algunas sospechas malas e indiscretas de tu prójimo, con la misma facilidad con que vinieron, conviene despedirlas luego; déjalas pasar. Y aunque alguna vez acaso temas que tal vez engañe el demonio a alguna persona; o que haya algún mal escondido, no obstante no te determines de darle crédito, si no tienes evidencia de ello. De esta suerte debes huir los juicios temerarios; y no seas indiscretamente curioso en mirar con cuidado las faltas ajenas; mira en las tuyas, júzgate a ti mismo y repréndete. Y no te metas presuntuosamente en lo que no está a tu cargo; sino déjalo estar en el estado en que lo hallas; lo bueno sea bueno; pero *las cosas malas no las condenes fácilmente, sino déjalas a Dios que las juzgue, que ve claramente los corazones de los hombres y conoce perfectamente lo que es mal hecho.* El que se mete a donde no le llamen, y quiere reprenderlo y juzgarlo todo con la desenvoltura de su lengua, muy lejos está del verdadero conocimiento de sí mismo y de la verdadera paz y pureza del corazón, y apenas ha llegado a los primeros principios de la vida espiritual Acostúmbrate a vivir sin mucho quejarte; y si te quieres quejar muchas veces, sea a Dios, o a la gloriosísima Virgen María, o a otros santos; poniéndoles delante con humildad y amor lo que te fatiga y molesta.

CAPÍTULO IV

Del desprecio del mundo y guarda de los sentidos

Consideración del cristiano.- Acuérdate muchas veces que eres cristiano, no tanto para la vida presente, cuanto para la venidera; y despreciando las cosas terrenas y caducas levanta tu corazón a las celestiales y eternas. Tu alma fue criada con tanta

nobleza, que todo este mundo no es poderoso para hartarla. Las cosas transitorias y los bienes de acá abajo jamás te hartarán, sino sólo Dios que es sumo y eterno bien, es el que te ha de hartar; y esto será sin duda cuando siendo recibido en el Cielo veas al mismo Dios como él es.

Brevedad de la vida.- Esta tierra no es sino un miserable destierro y un áspero invierno; que el Cielo es nuestra propia tierra y un muy apacible verano. Aunque esta vida sea muy larga, ¡oh! cuán breve es, comparada con la eternidad. Apenas se puede llamar un punto de tiempo.

¡Oh! cuán ligeramente corren, vuelan y pasan todas las cosas de este mundo. Si pusieres tu afición en las cosas de este mundo, que son transitorias y perecederas, perecerás con ellas; pon en Dios tu afición, que dura eternamente y nunca deja de ser. Dime te ruego, ¿de qué te habría servido el estar ahora lleno de riqueza, honras, regalos y deleites mundanos, y que después fueses enviado al fuego eterno? Amigo, pondera bien esto, y piénsalo con diligencia entre ti mismo.

Del uso de las criaturas.- Usa, en esta vida, de las criaturas, a gloria de Dios; empero guárdate de aficionarte a ellas desordenadamente. Consérvate en lo interior libre y puro, cuanto pudieres, de todo género de afición. Refiere a Dios y a la patria celestial todo lo que ves en las cosas criadas, de hermosura, gracia, dulzura, de suave olor y voces suaves, o de otra cualquier perfección. Porque toda la hermosura, suavidad y perfección de las criaturas procede de Dios. *Tu podrás muy bien tomar de ellas para gloria de Dios, algún regalo y consuelo; pero no has de poner en ellas tu afición, ni buscarte en ellas a ti mismo, o tu propio deleite.*

Afición y amor desordenado.- Así que no te has de aficionar desordenadamente a persona ninguna, aunque sea muy santa, ni desees que de esa manera nadie se aficione a ti, sino

conténtate con Dios, y pon en Él todos tus deleites y regalos. No se pueden explicar los daños que hace y los grandes peligros que nacen del amor y afición desordenada que se pone en alguna persona, en especial cuando esta imprudente familiaridad se tiene con otra persona de sexo diferente. Amate a ti mismo, y a todos los hombres en Dios y por Dios; pero a Dios has de amarlo por quien Él es.

Amar a Jesucristo.- Ama, te suplico, a Jesucristo, tu dulce Creador y Redentor, tus verdaderas riquezas y todo tu verdadero bien y regalo. *Si no puedes amarlo encendidamente. ámalo como pudieres, y como Él fuere servido de darte gracia para que lo ames. Desea poderlo amar perfectamente, conforme a tu voluntad; y si no sientes en ti ese deseo, desea siquiera tenerlo.*

Dile a ese tu muy amable Señor buen Jesús: "Yo debo y deseo amarte con todo mi corazón, ten por bien de suplir Tú, todo lo que de ese deseo y de ese amor encendido me falta." "Puedes también decir: "Señor, yo estoy obligado y deseo ser humilde, resignado, sufrido, benigno, manso, modesto, continente, templado y devoto; ten por bien, por tu bondad, de suplir lo que me falta en estas virtudes y bienes." Cuantas veces de esta manera le rogarés de corazón y con devoción a Jesucristo (aunque sea mil veces al día), tantas realmente se ofrece al Padre por ti, y *con el Amor de su Corazón, con su humildad, resignación, paciencia, benignidad y con todas las demás virtudes suplirá perfectamente tus faltas.*

Mortificación de los sentidos.- Como hombre peregrino y extranjero en este mundo, desprecia los deleites y regalos sensuales y carnales, esto es, aquellos de que Dios no es causa, y que no sirven para alcanzarlo a Él, o no son necesarios para sustentar deleites y regalos, y eres muy dado a ellos, aun no entiendes bien ni conoces que eres extranjero y peregrino. Dichoso es el varón verdaderamente espiritual, que algunas veces merece experimentar cuanta ventaja hace el deleite espiritual y

divino al terreno sensual. Dichoso aquel que, mirando con ojos de fe la gloria de la carne y el lustre y pompa de este siglo, conoce que todo es nada y que realmente ella es semejante a una florecilla que en naciendo al punto pasa y se marchita.

No busques vanidad, lascivia y superfluidad ilícita en tus vestidos, ni en las cosas de tu servicio: sino ten una medida y sencillez conforme a tu estado.

En el comer y beber has de ser muy medido y no tragón, ni has de andar a caza de gustos sensuales. Si acaso te ponen delante manjares simples y groseros, no por eso murmures y pierdas la paciencia y paz de tu corazón; mas, dando gracias, toma lo que Dios te da y te provee. Y aunque te sirvan manjares regalados y exquisitos, no mires al regalo de la carne, sino a la necesidad corporal; no te pegues al deleite sensual que sientes. Avergüenzate de buscar manjares delicados sin la debida razón y justa necesidad, pues por tu causa le dieron a Jesucristo, tu Señor, hiel y vinagre. Cree que ni aun pan negro mereces comer.

Cuando la gula y el apetito desordenado te solicitare y tentare fuertemente, considera cuán breve pasa y cuán dañoso es ese deleite halagüeño y pegajoso. Verdaderamente que si te dejas llevar de él sin freno y cumples con lo que pide, que en pasando te dará pena. Mas si por amor de Dios te vencieres y refrenares ese abominable apetito y te conservares limpio, tendrás grande alegría en tu conciencia. Y para que sustentando el cuerpo sustentas también la devoción del espíritu, puedes (no teniendo impedimento) mojar espiritualmente los bocados que comes en la Sangre preciosa de Jesucristo, y sacar la bebida de sus sangrientas llagas.

Asimismo cuando comes puedes reflexionar estas palabras: “Mi amado Jesús, la virtud de tu divino amor me incorpore y haga una cosa contigo”. Y cuando bebas, éstas: “Amantísimo Jesús, la dulzura de tu divina caridad corra por lo íntimo de mi alma y penetre toda mi substancia para tu gloria eterna”.

Mas donde hay lectura de la Escritura Sagrada entretanto que se come, has de estar atento lo mejor que pudieres a lo que se lee, si lo entiendes. Y si acaso alguna vez salieres algo los límites de la

templanza (lo cual muchas veces sucede aun a hombres muy concertados) ruega humildemente al piadosísimo Dios, que perdone tu demasía y exceso; y habiéndote así purificado y hecho penitencia, ten paz y buen ánimo. Aquel que abandonando toda templanza, engulle hasta hartar, como hacen los puercos, ningún lugar deja al Espíritu Santo, ni a la divina gracia.

Verdaderamente conviene que comiendo, bebiendo, descansando, durmiendo, mirando por tu salud, des al cuerpo estos consuelos y alivios puramente por amor de Dios. Una virgen de gran santidad, así se holgaba cuando había dado a su cuerpo alguna de estas cosas que hemos dicho, como si la hubiera dado al mismo Cristo, que dijo: *Lo que hiciste a uno de estos mis pequeñitos, a Mí lo hiciste*,¹ porque ella pensaba que era uno de aquellos pequeñitos. Sustenta, pues, y repara ese tu pobre cuerpo con discreción, para gloria eterna de Dios, en unión de aquel amor con que el dulce Jesús, hecho hombre por ti, tuvo por bien en la tierra de comer, beber, reposar y dormir; y ofrecerle esos alivios del cuerpo, que recibes en unión del mismo amor con que nos amó. Porque cuando santamente nos aprovechamos de aquellas cosas sobredichas, y las ofrecemos a Dios por la oración, o por el deseo incorporadas y unidas con el amor y caridad de Jesucristo, a Él le son muy agradables y a nosotros muy provechosas.

Recato en el hablar y en escuchar.- En el hablar has de ser muy recatado, honesto, sin reprensión y muy medido. Ama el silencio discreto. No te salga de la boca palabra que sea del todo vana o desenvuelta y que provoque loca risa. Pues dice cristo en el Evangelio, que *el día del juicio han de dar los hombres cuenta de cualquier palabra ociosa que hablaren*.² Huye también el ser áspero y mordaz en tus palabras; y abomina del vicio de la murmuración, y de decir mal. Si por alguna necesidad o provecho evidente hubieres de hablar de las faltas de tu hermano, mira que vayas muy sobre aviso, y que no descubras algo de otra manera

¹ Mateo, 25, 40.

² Mateo, 12, 36.

ni con otra intención de la que importa; y entonces guárdate no sea lo que te mueva algún rencor, o mala voluntad. Asimismo no debes afirmar por cierto lo que no es. Evita con grandísima diligencia toda mentira, toda hipocresía, fingimientos, engaños y mala disimulación. Porque no admite Dios en su reino a ninguno que no sea llano y simple y ajeno de todo engaño y doblez.

Si acaso delante de ti dijere alguno palabras de murmuración, y malas o deshonestas, corta la plática lo mejor que pudieres, y aun podrás reprender con modestia y discreción al que las dice. Y si no puedes esto cómodamente, a lo menos con el rostro triste o con algún gemido o sentimiento, o con apartarte de allí o con otra señal conveniente, muestra que te desagrade lo que a Dios ofende; y no pudiendo hacer otra cosa, tapa los oídos del alma, no dando consentimiento a las palabras malas.

Guarda de los sentidos.- Con gran diligencia debes guardar tu lengua y los cinco sentidos de tu cuerpo, esto es, la vista y el oído, el olfato, el gusto y el tacto. Mira, pues, no uses de ellos fuera de lo que permite la razón. Si eres muy amigo de hablar y muy dado a los sentidos, y te vas tras los contentos y gustos sensuales sin freno, no es posible que aproveches nada en las verdaderas virtudes, y serás desamparado de la divina gracia, porque se evapora y derrama por los sentidos, como por unos desagüaderos.

Moderación en el trato.- En las costumbres y movimientos de tu cuerpo has de ser sosegado y maduro. Muy bien harás si, entre aquellos con quien tratas y conversas, te mostrares moderadamente alegre a gloria de Dios, conformándote con el tiempo y lugar. Mira mucho no escandalices a nadie por tu culpa, con palabra ni obra.

Pureza de pensamientos y afectos.- En tus pensamientos y afectos has de ser inocente y puro. Cuando sientes que se desliza en tu alma algún mal pensamiento, o que apunta alguna torpe ima-

ginación o necia alegría o algún afecto sucio, confúndete y vuévete al momento el rostro, acudiendo a Dios con los ojos del alma, o bien a otras cosas que no te sean dañosas o haz también la señal de la Cruz.

Contra los torpes movimientos y estímulos de la carne es de mucho provecho el considerar cuán viles y breves son los deleites sensuales y cuanta sea la corrupción de la misma carne. Porque, ¿qué es la carne por más hermosa y gallarda que parezca, sino estiércol, podredumbre y hedor grandísimo? Toda es fea y abominable, en quitando aquella tela delgada del pellejo, que es la que trae consigo tanta hermosura. Cosa cierta es que nos tenemos que morir, y después de la muerte será la carne un montón de barro vilísimo. También aprovecha mucho para el mismo efecto la oración del Avemaría rezada con devoción y el pedir favor a los santos y el temor y horror de perder la gracia de Dios, y considerar con diligencia que se aparta de Dios y de sus santos perpetuamente, y que será atormentado con el demonio en el infierno con penas eternas. *Mejor y más fácilmente solemos vencer las tentaciones de Satanás, no haciendo más caso de sus tiros que de las moscas que andan en el aire, que si le quisiésemos responder con muchas razones.*

CAPÍTULO V

De la discreción en los ejercicios

Huir de la singularidad.- Has de ser muy discreto, prudente, considerado y cuidadoso en tus obras y ejercicios, y has de procurar tener en ellos reposo y libertad de corazón. No honres a Dios ni le sirvas con flojedad y remisión, sino con devoción y cuidado.

Huye con gran diligencia de la viciosa singularidad. Principalmente han de huir este vicio los que viven en monasterios y

están obligados a alguna regla común y aprobada. Algunos hay que disfrutan más cuando hacen alguna cosa que no hacen los demás de la comunidad: más se alegran ayunando un día en que no ayunan sus hermanos y compañeros, que si ayunasen diez en su compañía. Pero miserablemente se engañan éstos a sí mismos.

Prudencia en la austeridad.- Aunque oigas o leas de muchos varones santos que hayan vivido muy rigurosamente, y por ventura eso, con el gran fervor al principio de tu conversión, te anime a tomar alguna aspereza y rigor nuevo y extraordinario, no sigas inconsideradamente semejante fervor, sino aprovéchate del consejo de varones sabios y experimentads. Porque aquello que hicieron los santos varones perfectos, fué por cierta y evidente inspiración del Espíritu Santo. Los vicios es justo que se mortifiquen, pero no se ha de oprimir el cuerpo, ni destruir la naturaleza. *Mucho más seguramente se lleva la cruz y aflicción que Dios carga al hombre, que la que el mismo hombre se toma por su propia voluntad.*

Dios nuestro fin.- A gloria de Dios ha de ser todo lo que hicieses o dejares de hacer; de suerte que en todas tus cosas pongas tu intención solamente en Dios. Él ha de ser el blanco a donde mires y has de estar atado a Él con el nudo excelente de la buena voluntad, no buscando jamás tu gusto adrede ni voluntariamente.

Negación de sí mismo.- En hallando en ti algún propio y desordenado amor, detéstalo y renuncia a ti mismo; porque el propio gusto y la propia voluntad corrompe y carcome las buenas obras, por cierto que suena escogidamente en los oídos de Dios y deleita maravillosamente a su Majestad, la negación verdadera de sí mismo. *Si dijeras un Avemaría siquiera, en alabanza eterna de Dios, con la negación de ti mismo, le será más agradable a Dios, y a tí más provechosa, que si por tu propia voluntad rezases muchas veces el Salterio.*

Santa intención y deseo.- No hay obra tan pequeña que no aproveche mucho al alma, si va guiada solamente a Dios. Y así cualquiera que pone una flor siquiera en un altar, por amor de Dios, o compone la imagen de algún santo con buena y santa intención, sin duda que recibirá gran premio. Y aquel que solamente inclina la cabeza, o hincan la rodilla a honra y gloria de Dios, no perderá la paga.

Desea y pide a Dios que de todos tus pasos, de todos los movimientos de tu cuerpo y de todos los bocados que comes, resulte grande alabanza al Criador; desea y pide que todas las respiraciones que haces de día y de noche, honren y glorifiquen a Dios, y que sean muestras del amor, porque *realmente se hará lo que justa y santamente desearas y pidieres*.

Pedir a Dios su gracia.- Cuando quieres comenzar alguna cosa, levanta el corazón al Señor, y pídele consejo y ayuda; teniendo por cierto que si *El no te favorece con su gracia, no puedes hacer ni decir cosa ninguna que le agrade*. Ten gran cuenta con lo que te habla Dios allá dentro, y si Él y la buena razón permite que hagas esto o aquello. Si dudas si es de Dios ese deseo que tienes, mira si supieras de cierto cuál era la voluntad de Dios si la seguirías; porque si te hallas con tan buen espíritu, que quieras seguir la voluntad de Dios, y le ruegas humildemente que te alumbré y enseñe, puedes confiar ya que es de Dios aquello a que tantas veces eres movido interiormente, como no sea contra la divina Escritura ni contra la doctrina de la Iglesia.

Pedir consejo.- Con todo esto, conviene que de buena gana procures saber la voluntad del Señor, de algún hombre temeroso de Dios y alumbrado con su divina luz, especialmente en cosas graves, por los muchos engaños que suele hacer el demonio, que algunas veces se transfigura en ángel de luz.

Nuestras obras unidas a las de Cristo.- Realmente, muy agradable ofrenda le será a Dios, si quisieres juntar y unir tus

buenas obras y ejercicios a las obras y ejercicios de Cristo; y así unidas ofrecerlas en alabanza eterna; además de que tus obras recibirán un lustre y valor inefable de las obras de Cristo con quien estuvieren unidas. *Tu plomo (hablando de esta suerte) será mudado en oro finísimo, y tu agua en un vino muy excelente.* Jesucristo y la Virgen María han de ser siempre tu amado refugio y tu querida esperanza; y a ellos has de encomendar en tus devotas oraciones tus necesidades y negocios.

CAPÍTULO VI

Cómo se ha de huir de las ocasiones

Guarda del corazón.- Huye las ocasiones de pecar y la amistad de personas que te pueden apartar de Dios, y ten gran cuidado de conservar la pureza de corazón. No te creas seguro indiscretamente, pues esta vida está llena de lazos, tentaciones y peligros, mas procura tu salvación con un santo y discreto temor. Porque son muy verdaderas las palabras del Sabio, que dice: *Si no te asieres firmemente al temor de Dios, presto dará en el suelo la casa* ¹ de tu alma y el edificio de tus virtudes y merecimientos. Pero, cuando por la humana flaqueza caes y pecas, y cuando por los vicios que te molestan, te parece que vuelves atrás más que aprovechas, no desmayes por eso, sino, llorando delante de Jesucristo, tu Señor, ruégale que con su purísima Sangre lave todas las manchas de tus pecados, y que con su gracia te fortifique en el bien comenzado.

Dios estima el deseo.- Y no te congojes mucho, si acaso no sientes dolor o contrición. Porque si quisieses y desearas mucho

¹ Ecclesiástico, 26, 4.

no haber ofendido a Dios, o te pesa de que no te pese, *también recibe Dios ese dolor* y lo aprueba y le da gusto; *el cual no estima tanto el sentimiento que tienes, cuanto el que deseas tener.*

Di muchas veces estas palabras, u otras semejantes. “¡Oh, mi buen Jesús! ¡Ojalá nunca te hubiera ofendido!” “¡Ojalá viviese yo de aquí en adelante conforme a tu amabilísima y dulcísima voluntad y te agradase y sirviese!” Esta es contrición excelentísima, con la cual andan pareadas, la esperanza, y la humilde confianza en Dios. Por cierto, *más eficaz y prestamente se perdonan las culpas ligeras si, conociendo el hombre su culpa con humildad, con amor se convierte luego a Dios, que si anda mucho tiempo rumiando y pensando en ellas con gran pusilanimidad.*

Caídas por flaqueza.- Diferente cosa es caer por flaqueza o sorpresa en pecados veniales, o cometerlos deliberadamente por pura y grave negligencia. Porque un hombre puede caer por fragilidad o por sorpresa, aunque no esté preso del desordenado amor de alguna criatura; y aunque se halle siempre con un ánimo dispuesto para dejar todas las cosas que sabe de cierto que Dios quiere que deje, pero si se le ofrece la ocasión, fácilmente hace algún exceso, o de vanagloria, o de impaciencia, remisión o descuido, liviandad, o de alguna demasía de palabras, o de alguna afición sensual o carnal, o se destempla en la comida o bebida, o se alegra demasiado, o acude con más solicitud a las cosas temporales; empero, luego que vuelve sobre sí, le pesa del poco cuidado que tuvo consigo, y aborrece cualquier pecado por pequeño que sea, y con esto alcanza fácilmente perdón. El fondo de este hombre no está estragado, ni los vicios se le pegan tanto, ni ponen grande obstáculo a la gracia de Dios.

Caídas por negligencia.- Mas aquel que adrede y por su voluntad se deja estar cautio del amor y afición de las criaturas, y busca desordenadamente su deleite y regalo en ellas, éste sin duda que cae por pura y grave negligencia. Porque aunque quitadas las

ocasiones de pecar, podría ser que no pecase, pero desea mucho verse en ellas; y los pecados en que ha caído por ese mal deseo, y que los habría de aborrecer y le habrían de dar mucha pena, los tiene por nada o poco, ni hace caso de ellos; claro está que el fondo de este hombre no está limpio. Mas si éste, en cayendo, concibiese un verdadero dolor y propósito de enmendarse, también alcanzaría perdón.

La lucha contra las tentaciones.- También es diferente cosa pelear con los vicios, o ser vencido de ellos. *Mientras no consientes, mientras los vicios te desagradan y ofenden, y con la razón y voluntad les haces resistencia, no te apartas de Dios, por más violentos e importunos que sean.* Algunos siervos de Dios en lo interior y en lo exterior, son naturalmente sosegados, y así no son reciamente tentados de los vicios. Otros, cuando se les ofrecen las ocasiones son tentados con más violencia (como son de su naturaleza inclinados a soberbia, o vanagloria, a ira o gula o lujuria o a otros pecados) pero de ninguna suerte quieren dar consentimiento a los dichos vicios; porque en sintiéndolos en sí, dejan y menostrecian luego todo lo que contradice a Dios y a su espíritu, y, renunciando a su sensualidad, acuden allá dentro de su alma a Dios con fe y con humilde oración. Estos son muchas veces más alabados de Dios, y poseen las virtudes con más excelencia que esos otros: *porque la perfección de las virtudes se alcanza en buena guerra. Y será posible que alguno de estos que pelea diestramente contra los vicios, esté por algún tiempo detenido en el Purgatorio después de su muerte, pero cuando estuviere purificado enteramente, tendrá en el cielo más alto grado de gloria, que el otro que no fué tan diestro en pelear, aunque éste haya subido al cielo sin detenerse en el Purgatorio.* Así que no te han de hacer perder el ánimo las grandes tentaciones.

No ensucian al hombre las tentaciones y movimientos de los vicios.- Aunque en las potencias inferiores y sensitivas

del alma que no son comunes con los brutos animales, sintieses gravísimos movimientos de pecados, mas no les dieses consentimiento; aunque muchas veces acudiesen a tu corazón, contra tu voluntad, imágenes muy asquerosas, o blasfemias nunca oídas contra Dios y sus Santos, *no ensuciarían tu alma, antes la limpiarían y te aparejarían admirables coronas en el cielo.* Muchos grandes siervos de Dios son de tal suerte molestados de semejantes tentaciones, que no una oración siquiera del Padrenuestro, o Avemaría, pueden acabar, sin que el demonio los esté inquietando. *Estos, por las increíbles angustias que padecen, creen que estan cargados de pecados, mas para con Dios son excelentes mártires.* No se debe cortar el hilo a la oración (aunque tengas muchas distracciones) ni otra obra ninguna buena se ha de estimar en poco ni dejarse por esas tentaciones, angustias y aflicciones. Cualquiera que (aunque sea una sola vez) gusta de complacerse vanamente a si mismo, parece más mal en los ojos de Dios, que si muchos años padeciese semejantes movimientos, por muy malos que fuesen, cómo no les diese consentimiento. *Y no pierde la gracia de Dios el alma que con voluntad deliberada no se rinda al pecado, por más que desplieguen todo su furor los demonios, y la carne se estremeciere haciendo sentir su aguijón.* Muchas veces es de tal suerte prevenida la razón por estas tentaciones, malos pensamientos y deleites, que el siervo de Dios, sin pensar ni advertir, piensa algún espacio de tiempo en ellas; mas en advirtiendo perfectamente qué es lo que piensa, se desvía de allí y no da consentimiento al deleite que le había falseado.

No hay pecado mientras no hay voluntad.- No te debes entristecer mucho ni temer, porque mientras duermes, cuando está impedida la razón, te haya sucedido algún torpe sueño, si en despertando y volviendo sobre ti desechas con la voluntad lo que es malo. El pecado totalmente depende de la voluntad; de manera que si no fuere voluntario, no será pecado.

Así que por tu consejo vuelvo a decir: que si por alguna injuria que hubieses recibido de alguno, o por alguna palabra afrentosa

que a tí o a cosa tuya hubiese dicho, o por otra ocasión, te sintieses muy colérico, o mal intencionado con él, o le tuvieses envidia; mientras te diese mucha pena y estuvieses como horrorizado de ti mismo, y todo lo posible reprimieses aquel vicio que en ti vive, y procurases echarlo de ti por la humilde confesión y oración y mortificarlo; ninguna cosa habría perdido tu alma por eso. *Algún torbellino habría pasado en la parte inferior, más en la superior, que es la razón, quedaría sosegada y quieta y la voluntad no quedaría estragada ni vencida; si no das consentimiento al pecado, nada te apartará de Dios, ni de su amistad.*

Fuera de esto, ni el demonio ni criatura ninguna te puede hacer fuerza para que consientas, pues tienes la voluntad libre, y Dios está aparejado para ayudarla con su gracia, para que no te rindas y des consentimiento. Pero si lo diste, puedes luego, ayudándote Dios, volver en gracia y amistad del mismo señor, por la verdadera contrición y penitencia.

Perseverar y confiar siempre en Dios.- *Persevera pues, en el buen propósito que has comenzado, aunque caigas millares de veces al día. Confía firmemente en el Señor, que perdona muy benignísimamente al hombre de buena voluntad y que humildemente conoce su culpa. Es absolutamente imposible que el alma humilde sea desechada de Dios y se condene.*

¡Oh! si alumbrado con la luz de la divina gracia, conocieses y sintieses cuán clemente, piadoso, suave y bueno sea Jesucristo; sin duda que concibirías en Él una amorosa y grande confianza y te alegrarías grandemente; y esta alegre confianza no te haría perezoso y negligente en la buena vida, sino muy presto y diligente. *Muchas veces visita dulcemente el benignísimo y dulcísimo Jesús, y consuela con su gracia, aun al hombre que sabe que poco después ha de caer y dar en algún pecado. ¡Y con cuanto gusto te recibe Él, cuando después de caído te levantas y te vuelves a Él humilde y amorosamente!* Entonces también con grandísimo gozo se alegran aquellos espíritus angélicos y los otros santos del cielo; porque también ellos son muy benignos y

misericordiosos y te aman con una muy sincera caridad.

Impórtale mucho a aquel que padece temor desordenado de su condenación pero procura con todas sus fuerzas vivir bien; digo que le conviene mucho apartar con prudencia los ojos interiores de la consideración demasiada del riguroso juicio de Dios; impórtale creer sin vacilación ninguna a las Escrituras Sagradas, que están llenas de celestiales consuelos. A quién no esforzarán las suavísimas palabras del profeta David, que dice: *Él, misericordioso, Él, que tiene compasión, Él, sufrido y muy misericordioso.*¹ *Cuan lejos está el oriente de occidente, tan lejos apartó nuestros pecados de nosotros; como el padre usa de misericordia con sus hijos, así la usó el Señor con los que le temen.*²

Tema, y muy justo es que tema mucho el rigor del divino juicio, aquel que no hace caso de Dios ni de sus mandamientos, y que persevera en sus maldades y no se quiere enmendar. Con éste habla realmente el apóstol San Pablo, cuando con el trueno de unas terribles palabras dice: *¿Menosprecias por ventura y tienes en poco la rica y copiosa bondad de Dios, que te ama tanto y te hace tantas mercedes, y te prometes de ella que quedarás sin castigo de tus culpas, y asimismo su paciencia con que sufre tus pecados, y su longanimidad con que espera tu enmienda; no considerando que la benignidad de Dios, cuanto es de su parte, te atrae y convida a que hagas penitencia? Tú, al contrario, conforme a tu duro y diamantino corazón, a quien no ablandan tantos beneficios para que hagas penitencia, atesoras y amontonas venganza, ira y castigo, el cual, aunque ahora está encerrado, se descubrirá y cargará sobre ti en el día que trocará Dios su blandura en rigor y delante de todo el mundo se manifieste su justo juicio.*

Pero el mismo San Pablo, a aquellos que se apartan de los pecados y procuran vivir conforme al espíritu, los consuela grandemente, diciendo: "No hay por qué teman ser condenados

¹ Salmo 144, 8.

² Salmo 102, 12-13.

los que están en Cristo, que no viven según los deseos de la carne”¹. El hombre de buena voluntad en ninguna manera ha de pensar que Dios es cruel, cuya naturaleza es bondad, cuya benignidad y clemencia experimenta el mismo hombre cada día. Porque el que se llame Dios en la Escritura terrible,² y el que muchas veces se le atribuya ira y furor, se hace para darnos ha entender sus obras espirituales y los efectos de su justicia. Porque en Dios no hay mudanza ninguna, ni está sujeto a turbación, ni pasión; antes siempre está en un ser sosegado y quieto, siempre el mismo y siempre de la misma manera. Por lo cual está escrito en el libro de la Sabiduría: “Tú, Señor poderoso, sin pasión y con mucha tranquilidad y paz juzgas”.³

Resiste varonilmente a la tentación de la desesperación y desconfianza. Haz cuanto pudieres para aprovechar cada día más y más; y no confies en tus fuerzas, sino en el favor de tu Dios y Señor, porque aquellos que fian de si mismos, al mejor tiempo faltan, pues no puede hacer el hombre ninguna buena obra por sus propias fuerzas solamente.

La oración perseverante y confiada.- Pídele a Dios con mucha insistencia que mortifique en ti y quite todo aquello que le ofende y le desagrada; pídele que te haga hombre a medida de su corazón. Porque si tuvieres fe y perseverares en tu humilde petición y oración, sin duda que alcanzarás lo que importare a tu salvación, conforme a la promesa de Cristo, que dijo: *Pedid y os darán. Cualquier cosa que pidieréis en la oración la recibiréis.*⁴ Es forzoso que, si no luego, a lo menos a su tiempo, alcances por la oración lo que es útil y lo que puedes esperar con una segura y entera confianza.

Si dos hombres estuviesen juntamente orando y uno de ellos pidiese en su oración una cosa que casi pareciese imposible, mas

¹ Romanos, 8, 1.

² Juan, 1.

³ Sabiduría, 12, 18.

⁴ Mateo, 7, 7; Lucas, 11, 9; Marcos, 11, 24.

estuviese confiado que Dios le había de oír; y el otro pidiese una cosa muy pequeña y de muy poca importancia, pero no tuviese entera confianza en Dios, *más presto sería oído aquel que había pedido una cosa muy grande y muy dificultosa, por el merecimiento de su confianza, que el que pedía una cosa pequeña, porque la pedía con poca confianza.* Si por ventura pides a Dios con devoción algunas cosas que no te son provechosas Él te dará las que lo sean. Es padre amorosísimo; cuando le pides un escudo de oro espiritual, si te niega lo que pides, hácelo porque, como eres niño, no sabrás usar bien de ese dinero; pero cuantas veces tú le pides un escudo, tantas te guarda el ciento por uno en el cielo. *No es posible que carezca de gran fruto la más pequeña oración,*¹ *si va como debe; ni el gemido más pequeño, ni el más mínimo suspiro, si fuere con devoción.* Reza muchas veces aquella excelentísima y suavísima oración del Padrenuestro, que jesucristo nuestro Señor nos dijo y enseñó por su sagrada boca. Y cuando hicieses oración a Dios, no pienses que es algún cuerpo o alguna cosa visible, sino creyendo que es Espíritu, adóralo y hazle oración en espíritu y en verdad. Concibe en el alma, que es una substancia sobre toda substancia: contéplalo como suma Bondad, suma Caridad, Luz intelectual sumamente amable.

Mas al Hijo de Dios, que se hizo hombre por ti, considéralo y contéplalo como Dios y Hombre.

¹ Mateo, 6, 6; Lucas, 11, 13; Marcos, 11, 24.

CAPÍTULO VII

De la buena voluntad, del rigor de la vida y de las riquezas que tenemos

Excelencia de la buena voluntad.- *Si no puedes ser tan perfecto como deseas, humíllate y resígnate, conformándote con la voluntad de Dios. Alégrate de corazón por el bien de los que son perfectos y alaba a Dios y dale gracias por la perfección que tienen.*

Suele permitir el Señor, que en los más sus escogidos y muy amigos haya siempre algún resabio de algún vicio o imperfección para que se desprecien a sí mismos y perseveren en la humildad. Realmente alcanzaron algunos la salud de su alma y llegaron a tan alto grado de virtud, que confiadamente darían de mejor gana la vida, que hacer adrede un pecado; y, con todo eso, por no estar ciertos de este buen estado de su alma, siempre temen y se angustian y no se pueden persuadir de otra cosa sino que son flacos y miserables. Por la gran fidelidad y amor que el benignísimo y sapientísimo Criador nos tiene, sustenta en ellos, mientras viven, semejante ignorancia, temor y congoja. Conoce muy bien cuán flacos son y que si supiesen cierto su convalecencia, luego se volverían a sí, contentándose vanamente de sí mismos. *Es mucho mejor para ellos padecer esa miseria con la cual están humildemente resignados en Dios; mas suele el piadoso Señor sacarlos de semejante ignorancia y largas tinieblas cuando están para morir; dándoles entonces una firme confianza en Él, con la cual parten de esta vida gozosamente.*

Fuerza de la buena voluntad.- *Por más imperfecto que seas, en ninguna manera has de desconfiar, ni perder el ánimo. Porque no es posible que Dios deseche de sí al hombre de buena*

voluntad. Él sabe muy bien tu flaqueza, y te consuela suavemente en el Evangelio, donde dice que, en naciendo Cristo, cantaron los santos ángeles estas muy delicadas palabras: “Paz a los hombres de buena voluntad”¹. No dijeron: Paz a los hombres de grande o perfecta santidad (aunque si esto dijeran mucha verdad dijeran), mas, para que los flacos y pequeñitos que son de buena voluntad se consolasen, alegres dijeron: “Paz a los hombres de buena voluntad”.

Si razonablemente haces lo que es de tu parte y deseas de veras agradar a Dios, sin duda que él premiará algún día excelentísimamente tu buen ánimo, tu trabajo tu deseo, y buena voluntad, *aunque tus buenas obras, ejercicios y oraciones tengan mucha desigualdad, y estén mezcladas con muchos defectos. Porque mientras no apartas tu voluntad de Dios, y te pesa y lloras muchas veces por tu imperfección y por tus muchas faltas, el Señor, por su inefable bondad juzga que tus obras merecen premio eterno.* Otra vez te digo, que mientras sustentas la buena voluntad, y te ocupas en la humildad y en las demás verdaderas virtudes, y con diligencia te apartas de los pecados, *estás en gracia de Dios y puedes morar y descansar alegremente en tu buena conciencia como en un paraíso ameno y deleitoso.*

Es cosa cierta que todos los bienes proceden de la buena voluntad y *cuando deseas tener humildad, caridad y otras cualesquiera virtudes, y eso lo quieres con toda la voluntad y haces lo que puedes; sin duda ninguna que las tienes ya delante de Dios.* De la misma suerte, *cuando con todo corazón deseas hacer alguna buena obra pero no puedes, Dios recibe la buena voluntad, como si fuera la misma obra. Y delante de Dios tan grande es tu deseo, cuan grande lo deseas tener y cuan grande querrías que fuese.* Pues con grande ánimo puedes orar de esta manera: “¡Ojalà, Señor, ojalà! por la gloria de tu nombre, te tuviera tanto amor y tanta afición, cuanta te tuvo jamás criatura ninguna. Piadosísimo Jesús, pido y deseo vehementísimamente estar siempre en ti elevado con entera voluntad y deseo perfecto;

¹ Lucas, 2, 14.

con todo corazón pido y deseo agradarte perfectamente, conforme a tu voluntad.

No todos son llamados a un gran rigor de vida.- No te acobardes, ni pienses que estás muy lejos de Dios, porque acaso no le puedes ofrecer grande austeridad y rigor de vida, o porque no sientes que allá dentro eres movido y llevado a imitarla; porque *no consiste en ella la perfección, ni la santidad verdadera sino en la mortificación de la propia voluntad y de los vicios, y en la humildad y caridad.* No leemos que fuese tan rigurosa y áspera la vida de la santísima Virgen María como la de la viuda Judit, y con todo eso fué más perfecta que la misma Judit. No van por el mismo camino en sus ejercicios exteriores todos los varones perfectos y amigos de Dios; aunque en lo interior todos, sin faltar ninguno, han de seguir el mismo camino, han de guardar la misma vereda, esto es; la de la humildad, y verdadera caridad o santo amor. Porque en su vida diferente traza siguió San Juan Bautista, de la que siguió San Juan Evangelista, mas porque entrambos eran humildes de veras y amaban de veras a Dios y al prójimo, por eso ambos agradaron mucho a Dios.

Alegrate y alaba a Dios, quien con su gracia hizo que muchos de sus siervos viviesen con grande rigor y aspereza; porque *con ese devoto agradecimiento y perfecto amor, harás que sus merecimientos sean en alguna manera tuyos, y recibirás de Dios premio y gloria por los bienes que puramente por amor de Dios amas en los otros. Y fuera de eso puedes ofrecer a Dios Padre, por la aspereza de vida que te falta, los ayunos, vigiliias, tribulaciones y la muy áspera pasión de Jesucristo.* Pero si, ayudándote Dios, siguieres algún día mayor aspereza de vida, mira que sea absolutamente a gloria de Dios; y no estribes mucho, ni confies en vida semejante, o en tus merecimientos, mas principalmente has de poner toda tu esperanza en la pasión de Cristo, en lo que satisfizo y ofreció por nosotros, y en sus merecimientos.

Los imperfectos no hay por qué teman.- No hay por qué

teman mucho los imperfectos, mientras procuren siempre ir adelante; y aunque no han de dejar jamás el santo temor de Dios, no tienen, digo, por qué temer desordenadamente; pues no ama solamente Cristo en su Cuerpo místico los ojos, que son los perfectos; sino también ama las manos y los pies, ama los más pequeñitos de sus miembros, ama los más menudos vasos de su misericordia, que los compró con su Muerte y Sangre preciosísima. muy ligeros y sueltos andan y corren los hijos grandes de Dios; pero los pequeños andan más floja y perezosamente. *Dichoso serías, si aún fueses del número de los hijos pequeños; pues todos ellos serán herederos del reino celestial. El mismo que crió a los grandes, crió a los pequeñitos; y Cristo no menos fué salvador de los pequeños que de los grandes.* Por todos derramó su sangre, a todos nos quiso redimir con su muerte, y ninguno hay a quien no alcance tan grande beneficio; si no es aquel que desventuradamente se priva de él por su culpa.

Utilicemos los méritos de Cristo que Él mismo nos entrega.- Créeme que el que es de veras humilde y de buena voluntad, tiene en Cristo, conforme a su buen deseo, todo lo bueno que le falta; tiene en Él toda santidad y perfección. Porque, realmente, para eso vino Cristo al mundo, para esto encarnó y padeció, para salvar a los pecadores que se humillasen, llevándolos a la eterna bienaventuranza y para pagar por ellos, para suplir y remediar sus faltas y para enriquecerlos con sus merecimientos. Como Padre fidelísimo atesoró para los hijos que amó en su eternidad. Suplícale, pues, que responda enteramente de tu gran deuda, y por ti satisfaga y supla tus faltas; ruégale que adorne tu alma mendiga y pobre con sus merecimientos y virtudes; *y pidiéndoselo, ten esperanza cierta, y confía en Él, que por su bondad inmensa hará lo que humildemente le pides.*

Porque si estás desconfiado, dudando y muy medroso, eres como el rústico a quien le quitan las vestiduras viles y groseras y le visten sin pensar, de otras reales y ricas, que no sabe andar con la decencia y compostura que pide el nuevo traje, mas anda

descompasadamente, conforme a su manera grosera, y con aire vulgar de un hombre sin educación.

Ofrécele al Padre eterno, su mismo unigénito Hijo Jesucristo, para entera paga de tus pecados y para suplir los merecimientos que a ti te faltan. Ofrécele todas las cosas que por ti hizo y padeció; ofrécele la encarnación, vida, trabajos, pasión, tormentos, sangre y muerte de tu mismo Redentor; *el valor y excelencia de esa ofrenda es del todo incomprensible. No puede haber pecados tan graves ni tan enormes, que no se limpien con los merecimientos de Cristo y con su preciosa Sangre, en el hombre de buena voluntad.*

Pide por los méritos de Cristo.- Puédese también decir a Dios Padre: “Padre clementísimo, por los merecimientos de tu querido Hijo Jesucristo, te ruego que tengas misericordia de mí, y me des tal o cual gracia, para eterna alabanza de tu nombre”. Porque todas las veces que se pide algo con devoción y espíritu en nombre del Hijo o por el Hijo, agrada mucho al Padre semejante petición; porque no tiene cosa ninguna que ame más que a su mismo Hijo.

Encomienda tus obras al Corazón de Cristo.- *Encomienda tus buenas obras y ejercicios al sacratísimo y sabrosísimo Corazón de Jesucristo, para que allí se enmienden y perfeccionen. Porque esto lo desea mucho aquel amantísimo Corazón, y siempre está aparejado a perfeccionar excelentísimamente todas tus imperfecciones.*

En Cristo eres rico.- Alégrate y regocíjate, porque, por mas pobre que seas de tu cosecha, *en tu Redentor eres muy rico, que quiso que fueses participante de sus merecimientos*, y que se hizo Hombre por ti, y por ti ayuno, trabajó, padeció tormentos, derramó su sangre y dió su vida. Ciertamente un gran tesoro tienes depositado en Él, si eres de veras humilde y de buena voluntad.

CAPÍTULO VIII

De la humildad, del conocimiento de sí mismo y de las tribulaciones

Humildad.- ¡Oh, cuántas alabanzas merece la santa humildad! Muchas veces te amonesto que sobre todo procures esta virtud, pues Cristo quiso que la aprendiésemos principalmente de Él. Porque dice: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón”¹. Esta enseñó siempre con ejemplo y doctrina, y así dice otra vez: “Si no os mudarais y os hicieréis semejantes a los niños, no entraréis en el reino de los cieos”². Esta es la que con grandísimo amor vió en su Madre y Virgen, como ella lo afirma diciendo: “Porque vió la bajeza y humildad de su sierva”³. Por esta virtud fueron y son todos los santos, hombres a medida del Corazón de Cristo Señor nuestro. En una palabra, digo que *en esta virtud está cifrada toda la doctrina de la sabiduría y perfección cristiana*. En vano te persuades que tienes caridad y que el Espíritu Santo, que no descansa sino en el corazón humilde, hallará en el tuyo morada deleitosa y apacible, si no deseas y procuras ser humilde. *La caridad siempre anda junta con la humildad, y la humildad con la caridad; es imposible que uno tenga caridad si no es humilde*. Porque, como dice San Pablo: “La caridad no es arrogante, ni hinchada, no es ambiciosa ni vengativa, sino sufrida y benigna”⁴. Tus obras y ejercicios, por más grandes que parezcan, son vanos y de ningún provecho, si no tienes humildad y caridad. Empero la humildad verdadera allá dentro en el corazón se ha de buscar; *si falta la humildad interior, no vale nada la exterior y es hipocresía*.

Conocerse a sí.- De manera que has de tener un corazón

¹ Mateo, 11, 29.

² Mateo, 18, 3.

³ Lucas, 1, 48.

⁴ 1a. Corintios 13, 4-5.

humilde y rendido; has de conocer tu nada, tu flaqueza y poca posibilidad; has de conocer tu ingratitud para con Dios, tu malicia y vileza. Por cierto, que de tu cosecha eres nada; y sin el favor y gracia de Dios no puedes tener un buen deseo, ni hacer una buena obra, ni aun tener un buen pensamiento. De tu cosecha siempre eres inclinado al mal, y si Dios no te guardase, no hay pecado tan horrendo y abominable que no lo hubieras cometido. Por lo cual, no te debes estimar en más que otro hombre ninguno por malo y pecador que sea. Si no has cometido pecados muy graves, realmente tienes mayor ocasión de humillarte y de reconocer la bondad de Dios, que no permitió que cayeses en ellos y te dió esfuerzo para vivir bien, que la que tiene aquel que después de cometidos muchos pecados alcanzó perdón y fué recibido en la gracia y amistad del Señor.

Nada tienes de sí el hombre sino el pecado.- Cualquiera cosa buena que tienes y haces, la has de atribuir a Dios y a su benignidad, pues sabes que no hay en ti cosa que sea propiamente tuya, sino el pecado, Y no te apropiés ni un hilo siquiera de los dones de Dios. Pues aunque tú solo hubieras hecho todas las buenas obras de todos los hombres, habías de quedar tan despojado de tu amor propio y de la vana estimación de tus obras, como si nunca hubieras hecho cosa buena. Mas si te atribuyeres y usurparas algo de los dones de Dios; y desearas ser muy estimado de los hombres por alguna gracia interior o exterior que tengas; sin duda es grande la soberbia que en ti está escondida, muchísimo has de aborrecer esta pestilencia muy perniciosa; y si acaso la sientes, no le des consentimiento. Dile a Dios: “Señor, yo querría más morir, que consentir en ella. Renuncio todo respeto humano, fuera de tu gloria” No solamente no te has de atribuir a ti cosa ninguna buena, sino que tienes de echarte a ti la culpa de todos los males que se hacen en el mundo. Confiesa que en ninguna manera mereces los dones y beneficios que recibes de Dios, y sábeselos agradecer. Confiesa que no mereces que te sustente la tierra.

Consuelo en las tribulaciones interiores.- Por cierto

sería muy justo que, pues tu has ofendido con tus pecados al Señor de suma majestad y santidad, el mismo Señor y todas sus criaturas te castigasen con espantosos tormentos. Por tanto no te maravilles, ni te turbes, cuando allá en lo interior te sientes seco, estéril, confuso, inconstante, desconsolado, y como dejado de Dios; y asimismo cuando te molestan graves y prolijas tribulaciones, angustias o tentaciones; cuando otros te estiman en poco, te persiguen y aun te lastiman la persona, te afrentan y maldicen. *Por ventura imaginas que está Dios contigo airado; mas esa es ira de padre, y procede del amor que te tiene. No te ha de descontentar Padre tan amable, porque consienta que seas afligido y atribulado. Amánsate, sufre, resignate y da gracias a Dios.* Ten un moderado temor, sabiendo que ve Dios en ti muchas faltas, cuando por ventura tú no ves sino una o ninguna; teme, te digo, y atribuye a tus pecados los trabajos que padeces, y confiesa que los merecías muy mayores; empero *de ninguna manera pienses que no te ama Dios por esos azotes que te envía, antes de ahí principalmente has de tomar confianza de que te quiere bien, porque "Dios castiga al que ama y azota aquel que recibe por hijo"*.¹ Canta en tu corazón estas palabras del profeta Miqueas: "Yo pondré mis ojos en el Señor, y en Dios esperaré mi salud. Sufiré el castigo y aflicción que me enviare (pues le ofendí) hasta que se vea mi pleito y me dé por libre. Sacame a la luz del descanso, de las tinieblas del trabajo en que estoy, y veré cuán justo es Dios en sus promesas"² Ruega a Jesucristo, tu Señor, que satisfaga Él mismo por tus pecados; y los trabajos que padeces, súfrellos por su amor.

Fuera de esto, perdona de corazón a aquellos que te enojan y molestan, todas las injurias que te han hecho, y muéstrate piadoso con ellos; dándoles bien por mal, llevando con paciencia y sosiego sus palabras ásperas, sus gestos terribles y sus obras crueles; y, finalmente, de todos los disgustos y desabrimientos que te hubieren dado a ti, o a tus amigos. Y porque no te parezcan

¹ Hebreos, 12, 6.

² Micheas, 7, 9.

estas cosas muy dificultosas de hacer, pon delante de los ojos de tu alma las que padeció Jesucristo, tu Señor, por ti, y el ejemplo que te dió; pues estando padeciendo no murmuraba, ni se enojaba o airaba, ni deseaba vengarse, antes rogaba benignísimamente por sus enemigos. ¿Por ventura no pensarías que te ha sucedido muy gran bien, si pudieses parecerte a tu Rey en alguna cosa?

Tribulaciones del hombre virtuoso.- Suelen algunas veces ofrecérsele al hombre virtuoso que busca a Dios de veras, gravísimas angustias y tribulaciones, ora sea por la indisposición de la complexión natural, ora por las influencias del clima y mudanza del tiempo, ora por obra del demonio, ora por otra alguna causa, permitiéndolo Dios así; y entonces este hombre espiritual que así se ve fatigado, pensando que no sirve a Dios, y que estos trabajos le vienen por pecados, suele perder la paz interior, y caer en una melancolía y turbación del alma. Si en semejante angustia te vieres, no has de querer echarla de ti luego violentamente, ni has de buscar muchas razones con que escaparte de ella, sino *recíbela con humildad, de mano del Señor, como cosa muy importante, para salud y remedio, y súbrela con un ánimo quieto y resignado, aunque te dure muchos años y aunque sea por toda la vida;* porque así Dios y los ángeles, encantados de tu humildad y paciencia, estarán siempre a tu lado muy complacidos.

Las tribulaciones son señal de la divina elección.- *Las tribulaciones en esta vida son excelentísimos dones de Dios; y no hay otra señal más cierta de que uno está predestinado que padecer adversidades con humildad y con ánimo resignado por amor de Dios.* El Señor apura, limpia, santifica, y adorna milagrosamente las almas de sus escogidos con fríos, calores, enfermedades y con otras molestias exteriores. Y a los que ve que no son para traer collares y joyeles de oro, los adorna siquiera con guirnaldas, esto es, con tribulaciones más fáciles y ligeras. Jamás permitiría que ni aún un ventecito muy delgado diese pena a sus escogidos si no supiese que les convenía a su salvación.

Del mérito de la paciencia.- *Más útil es al hombre sufrir una tribulación con paciencia, a honra de Dios o por su amor, que hacer grandes milagros y obras heroicas.* Dulcísimamente suena en los oídos de Dios la paciencia humilde y la resignación de sí mismo en los trabajos; y hace que se halle Dios al lado del hombre así afligido, para ayudarle. Por eso dice el Profeta: “Muy cerca está el Señor de los que tienen el corazón atribulado”¹. Todo lo que ahora padeces y como lo padeces, lo tiene Dios visto muy de atrás, y en su eternidad vió la hora y el día en que lo habías de padecer. Fuera de eso no tienes por qué atemorizarte; pues el piadoso Señor no cargará sobre tus hombros más de lo que puedes llevar, pues sabe lo que puedes.

Confianza en Dios en las tribulaciones.- Él atravesará la mano entre ti y el fuego de la tribulación, para que no te lastime demasiado, como suele hacer la madre regaladísima cuando desnuda a su hijo junto al fuego. Ofrécele devotamente para su eterna alabanza todas tus tribulaciones y molestias, así grandes como pequeñas, unidas con la Pasión y tormentos que padeció Jesucristo, porque así le agradarán mucho a Dios nuestro Señor, y serán de inestimable merecimiento.

Te recomiendo que aprendas a recibir, como de las manos de Dios, y no de otras, todas las cosas que te sucedieren, así en el alma como en el cuerpo, y en otras cualesquiera cosas; porque cualquier suceso va registrado por el orden sapientísimo de Dios: y no te puede venir tribulación sin que Él lo permita. *Aunque todos los demonios te quisieren acometer con grande impetu, no podrían ni aun acercarse a ti, si no lo permitiese Dios; y así no hay por qué temas a ellos, sino a Él.*

Como te decía, aprende a recibir de mano de tan buen Señor todas las cosas, como lo mejor y más provechoso para ti; *aun cuando te suceda alguna aflicción y calamidad que por ventura te parezca contraria a tu salvación. Que no es posible que no te sea muy bueno y muy provechoso lo que puramente recibes de la*

¹ Salmo 33, 19.

mano de Dios, pues Él no da cosa ninguna al hombre de buena voluntad, que no sea muy buena y conveniente para su salud y remedio, lo cual es tan cierto, como es cierto que vive Dios. Si Él diese poder a Satanás para que con terribles y crueles tormentos te fatigase corporalmente por todo el restante de tu vida, por ventura juzgarías tú que era esa una desventura intolerable y que Dios procedía contra ti con un muy horrendo y espantoso juicio ¹; y con todo eso no solamente no sería dañoso a tu salvación, antes si lo recibieses de la mano de Jesucristo, y por su honra y amor lo sufrieses humildamente, te sería de grandísimo provecho.

Tampoco mires como venidas de otras manos, sino de las denignísimo Dios, aquellas aflicciones y cruces que te vienen por tu culpa o siendo tu la causa de ellas. No obstante siempre te ha de pesar del mal que hiciste, y no eches de ninguna manera la culpa a Dios, el cual jamás es autor de pecado; ni al demonio, que no te pudo hacer fuerza para que pecases; solo a ti te has de echar la culpa, que diste consentimiento al pecado.

En cualquier desabrimiento o molestia que te dieren las criaturas, vuelve luego los ojos del corazón a tu Criador y Padre celestial que lo permite, para tu provecho, por el mucho amor que te tiene; pon los ojos en Él más bien que en las criaturas que te dan esa molestia; porque ellas son como instrumentos, son el hacha y la azuela de que aquel soberano artífice usa como quiere y como ve que conviene a sus escogidos. Si te turbas y pierdes la paciencia todas las veces que hablan los hombres mal de ti o de tus cosas, o te hacen alguna injuria, señal que no tienes puesta en Dios la quietud y sosiego de tu alma, sino en los hombres, y de ellos la haces depender. Y si esto fuese así, tú serías harto miserable por cierto, y harto desagradecido en tus cosas.

¹ Crisóstomo, in lib. *De providentia Dei ad Stagirium monachum*, T. 5

CAPÍTULO IX

De la perfecta resignación

Resignación perfecta.- Resígnate totalmente en Dios, sujetando y conformando tu voluntad con la suya, y con su santísima disposición en todas las cosas; porque al fin, de esa manera y no de otra, alcanzarás firme y verdadera paz de corazón, y así se echará de ver claramente que tienes verdadero amor de Dios. Así que has de estar contento, ora te dé Dios adversidades, ora te dé prosperidades; ora quiera que estés en luz, ora que estés en tinieblas; sufriendo con todas tus fuerzas igualmente, y con ánimo sosegado cualesquiera desigualdades, alabando a Dios y dándole gracias. Cuanto te pareciere que te pudres y consumes con una grande confusión y sequedad, y que eres fatigado de grandes angustias, *si conformándote con la divina voluntad sufres por amor de Dios aquella miseria y aflicción con un sosiego amoroso, le agradas más en eso a Dios, que si fueses interiormente alumbrado con grandes revelaciones del cielo, y en tu alma estuviesen todas las cosas floridas.*

En la pena y tribulación no es tan fácil al hombre buscarse a sí mismo como en la abundancia de dulzura y consolaciones sensibles; porque de ordinario la naturaleza se mezcla en estos favores, y si el alma no vigila cuidadosamente, pronto se mancha con algún desorden, entregándose excesivamente a estos deleites. En verdad no puede dejar de suceder que sufriendo con paciencia por la gloria de Dios, no se experimente también algo de su dulzura. Quizá no se experimente ningún gusto sensible, si el Señor se esconde por algún tiempo; no obstante, la conciencia que se tiene de querer sufrir esta pena por la gloria de Dios, la vuelve sabrosa.

Si la voluntad de Dios te es suave, cuando quiere que tengas salud y que vivas, y te es amarga y desabrida cuando quiere que estés enfermo o que mueras; no estas enteramente resignado, aun

no tienes el corazón ajustado con la voluntad de Dios. Si deseas que tu corazón no esté torcido, sujétale en todas las cosas de la voluntad de Dios, la cual siempre es derecha. Deja que Dios haga contigo lo que quisiere, y como quisiere, en vida y en muerte, en el tiempo y en la eternidad. Dios, aceptándolo tú de buen grado, haga de tu alma y de tu cuerpo, de tus amigos, de tus cosas y de todos tus negocios como más gusto le diere. Desea sobre todo que se haga siempre su voluntad; y *la misma voluntad divina sea tu sumo consuelo*.

Dile a Dios: “Señor, como tú lo quisiste en tu eternidad, así se haga, y no como yo quiero; hágase en mí y de mí y de todos los hombres y de todos los negocios tu agradable voluntad, ahora y eternamente.” Ninguna cosa mejor puedes pedirle a Jesucristo, ninguna oración más excelente puedes hacer en su acatamiento, que pedir que se cumpla su voluntad. Aunque haya pocos días que comenzaste a enmendar la vida y hubieses de morir luego, con todo eso has de estar resignado; y no quieras saber ni escudriñar si acaso, al morir, enviará Jesucristo tu alma al purgatorio o si la recibirá en el cielo. Así te ha de dar gusto la dulzura de la misericordia, de manera que no te disguste la hermosura de su justicia. Esta es la voz del hombre bien resignado: “Señor Dios mío, si yo supiera que es de tu gloria que después de mi muerte fuese yo atormentado en el fuego del purgatorio por espacio de cincuenta años, luego me echaría a tus pies y recibiría con una voluntad muy aparejada aquellas penas, a gloria y honra tuya”.

Orden para alcanzar indulgencia de culpa y pena.- Afirman los santos, que con la misma facilidad con que se consume una gota muy pequeña de agua en un gran horno, alcanzará indulgencia plenaria de todos sus pecados, y de las penas debidas por ellos, aquel que igualmente quiere y ama que use Dios con él así de su justicia, como de su misericordia, a gloria eterna del mismo Dios. A ti que eres hombre de buena voluntad, quiere Dios hacer bien; quiere que juntamente con Él

goces de la eterna bienaventuranza; y quiere Él esto, porque es sumamente bueno y misericordioso. Porque aquel riquísimo Criador no tiene necesidad de tus bienes; tan sólo pide un corazón convertido a sí, humilde, resignado y firme en una santa confianza en Él, como lo halló en aquel ladrón a quien dijo, estando crucificado: “Hoy estarás conmigo en el Paraíso”¹. *Si tuvieses así el corazón, de ningún modo podrás ser apartado de Jesucristo tu Dios. Pues Él te ayudará en vida y en muerte, con una afición más que de padre, y te amparará y consolará. Hará sin duda lo que por su profeta ha prometido, diciendo: “Así como la madre consuela a sus hijos, os consolaré yo a vosotros, y seréis consolados en Jerusalén; vuestros ojos lo verán y gozaros habéis y vuestro corazón se alegrará”*²

De manera que así en vida como en muerte, te has de encomendar a ti y todas tus cosas en la providencia de Dios, y arrojar en Él toda tu solicitud;³ pero ha de ser haciendo con prudencia lo que es de tu parte. Apóyate y descansa firmemente en su benignidad y bondad, y totalmente confía en Él, suceda lo que sucediere. Porque es cosa cierta que tiene Él de ti mayor cuidado, que tú lo podrías tener.

Con qué amor nos ama Dios.- El Señor te ama a ti, y tu salud y remedio grandemente, pues por sola su piedad te hizo a su imagen y semejanza, y por su purísimo y encendidísimo amor quiso hacerse hombre, padecer y morir por tí. Y ama tan ardientemente a los que le honran con un culto santo y amor sincero, que parecería que su felicidad y su esencia misma dependiese de ellos. Si con la caridad con que Dios te ama se comparase el amor que tuvieron, tienen y tendrán jamás todos los padres para con sus hijos, sería como una gota de agua, muy pequeña, comparada con el anchísimo mar.

Y en ninguna manera debes dudar del infinito amor que te tiene,

¹ Lucas, 23, 43.

² Isaías, 66, 13-14.

³ Mateo, 6, 25; 1a. S. Pedro, 5, 7; Salmo 54, 23.

porque tal vez has vivido toda o casi toda tu vida mal y en la iniquidad. Pues aunque las maldades y pecados con que ofendiste a Dios sean sin número y totalmente abominables, puesto que los confesaste ya, y les has vuelto el rostro y los has dejado, y te convertiste a Dios de veras, y no es tu humildad fingida y deseas mucho y procuras servir a Dios y agradecerle, *verdaderamente eres amado del Señor y de toda aquella Corte del cielo.* Dios, que te dió la verdadera contricción, te dió sin duda también el perdón y *no mira qué tal hayas sido, sino qué tal eres ahora o deseas ser.* Por cierto, es grande honra de Dios que se digne recibir tan misericordiosa y benignamente al pecador miserable que se vuelve a Él. Y aun los cortesanos del cielo, viendo que aquella suma Majestad se allana con tanta piedad a recibir por esposa a un alma pecadora, se deshacen con cánticos suavísimos de diversas alabanzas. Cree sin dudar en lo más mínimo que te quiere Dios con inmenso amor; cree también que ese Señor que te ama tanto; quiere y puede disponer tus cosas de manera que te salves. Ninguna cosa desea más de ti, ni te pide con mayor instancia, que la resignación humilde de ti mismo en todas las cosas, y la negación de tu propia voluntad y una perfecta confianza en Él.

Consuelos cuando nos falta resignación sensible.- Si no puedes como querías resignarte con tan libre y entero corazón; si te sientes medroso y cobarde por alguna adversidad, o por la muerte que se acerca, no te turbes por eso. Aun para consolarte en su flaqueza, quiso el mismo Cristo, estando cercano a su pasión y muerte, entristecerse y temer ¹. Así que debes depositar todo tu temor en el abismo de su misericordia y bondad; y ya que no puedes con un corazón dispuesto, dile siquiera con la boca devotamente: “Señor, yo me ofrezco, resigno y pongo en tus manos, hágase tu voluntad”. *Sucede muchas veces que recibe con más ánimo y confianza las adversidades aquel que no siente la voluntad resignada y que en lo interior las sufre más fuertemente, que no el que ya tenía su voluntad resignada desde*

¹ Mateo, 26, 37.

el principio. Desécha con cuidado de tu alma la tristeza desordenada, y (como está dicho arriba) apóyate y confía en la benignidad de Dios firmemente, diciendo con el Santo Job: “Aunque el Señor me quitare la vida, esperaré en Él”¹ Porque también el profeta Isaías te lo persuade diciendo: “Quien anduvo en tinieblas y le falta la luz, espere en el Señor y confíe en su Dios”.² Es imposible que Dios desampare a un hombre que espera en Él, si tiene fe recta y buena voluntad, por eso dice Él: Yo lo libraré, porque esperó en Mí.³

CAPÍTULO X

Del recogimiento interior del misterio de la Trinidad

Presencia de Dios.- Acude muchas veces con los ojos de tu alma a tu Dios y Señor, y anda con gran reverencia en su acatamiento, el cual con la Majestad de su presencia y con la grandeza de su virtud y poder, está en todo lugar, como Él mismo lo dice por Jeremías: Yo lleno el cielo y la tierra”.⁴

Dios en todo lugar está presente, pero ningún lugar lo contiene, ni encierra. En todas partes está todo sin división, y ninguna cosa sucia lo contamina. lo que mancha o ensucia las cosas exteriormente, sólo es mancha para los sentidos, pero no para el espíritu. Ninguna cosa es sucia para Dios, sino el pecado, y ése tampoco puede ensuciar a Dios; así como no se ensucia la claridad del sol, aunque alumbre los albañares y lugares sucios. Si preguntas

¹ Job, 13, 15.

² Isaías, 50, 10.

³ Salmo, 90, 14.

⁴ Jeremías, 23, 24.

adónde estaba Dios antes que criase el mundo, respondo que estaba consigo mismo y en sí mismo. Pues Dios, que está en todas partes, penetra todas las criaturas, y por su esencia simplicísima y oculta está más íntimo en ellas, que ellas en sí mismas. Dios es el ser de todas las cosas, porque de Él penden todas las cosas creadas, y sin Él todas no son nada, y si Él no las conservase, al punto se volverían a la nada que son. Todas las cosas están en Dios, como quien en virtud las contiene todas y las rige. Y así San Pablo, en los Actos de los Apóstoles, dice que nosotros “vivimos en Dios, y en Él tenemos ser”.¹

Asimismo están en Dios todas las cosas, según su idea; porque todas las ideas o formas ejemplares e inteligibles de las cosas estuvieron en el conocimiento y ciencia de Dios desde su eternidad, y allí están firmes y sin mudarse jamás, y allí son vida; y el mismo Dios o la divina esencia es una idea, traza y original de todas las cosas criadas, y las representa todas espiritualmente. Y así, en diciendo el evangelista San Juan que todas las cosas fueron hechas por aquella razón eterna y Verbo divino, y que ninguna cosa fué hecha sin Él, añade luego: “En Él estaba la vida”² Como decíamos: Dios está en todas las cosas, y en las criaturas racionales, que son a su imagen y semejanza, está mucho más noblemente, aunque los malos no lo sientan, paraciéndoles que está muy lejos. Cualquier pecador se aleja de Dios por la semejanza de su gracia. De manera que en los buenos también está Dios por su gracia saludable; en los cortesanos del cielo, por la clara manifestación de su gloria, y en los que están en el infierno, por la conveniente ejecución de su justicia. Dichosa el alma que, amando a Dios enteramente, sabe en este destierro contemplar su presencia, ayudada de su gracia, con ojos libres, claros, serenos y simples.

Misterio de la Trinidad.- Cuando se te ofreciere a la memoria el misterio de la Santísima Trinidad, no te forjes tres dioses, como los gentiles, mas cree que el Padre, el Hijo y el

¹ Actos, 17, 18.

² Juan, 1. 3, 4.

Espíritu Santo son un Dios, la plenitud infinita de esencia, vida, poder, santidad, sabiduría, bondad, suavidad, hermosura, riqueza, nobleza, bienaventuranza, gloria y de toda perfección. Cree, pues, tres Personas eternas y no criadas, una substancia o naturaleza que excede infinitamente a todas las criaturas; inmensa, que no depende de otra, ni tiene necesidad de nada; por sí tiene ser, y es para sí suficientísima, sumamente resplandeciente, sumamente hermosa, sumamente alegre, sumamente quieta, sumamente amable, sumamente perfecta, superesencial y simplicísima, la cual no se puede ver con ojos corruptibles, ni se puede comprender con entendimiento ninguno. Adora y reverencia la unidad de la substancia en la Trinidad de las personas, y la Trinidad de las personas en la unidad de la substancia. Una esencia indivisible son tres personas y tres personas son una indivisible esencia. El Padre y el Hijo, y el Espíritu Santo, en lo que toca a la substancia, son totalmente una cosa, aunque entre las personas hay grande diferencia. Otra es la persona del Padre, otra la del Hijo, otra la del Espíritu Santo; pero no es otra y diferente la esencia del Padre, y otra la del Hijo, y otra la del Espíritu Santo; porque una es la substancia, una la naturaleza, una la divinidad y una la majestad del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Así como confesamos que el Padre no es engendrado, que es perfecto e inmutable Dios, o que hay en el Padre una entera y verdadera divinidad; así hemos de confesar que el Hijo, que es engendrado del Padre, es Dios perfecto e inmutable; y el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, el cual es el amor del Padre y del Hijo, es Dios perfecto e inmutable. Empero el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo no son tres dioses, sino un Dios perfecto e inmutable, un Señor, un eterno, un omnipotente, un principio de todas las cosas criadas. Cuanto a la substancia o naturaleza. Todo lo que hay en una persona, todo lo hay en cualquiera de las otras; y una sola no tiene más que todas tres juntas, ni todas tres juntas tienen más que una sola. El Padre, de sí mismo tiene el ser, y es la esencia eterna de sí misma, y no recibe nada de otro. El Hijo no tiene el ser de sí

mismo, porque lo tiene de solo el Padre, y todo cuanto tiene lo tiene del Padre. Tampoco el Espíritu Santo tiene el ser de sí mismo, sino del Padre y del Hijo es el ser que tiene. El Padre se comunica todo al Hijo; por-que le da todo su ser divino, o toda su divinidad, y juntamente con el Hijo comunica toda su divinidad al Espíritu Santo. Empero en la gloriosa Trinidad no hay primero ni postrero, ni hay mayor ni menor; mas las tres divinas personas en las cuales hay una misma substancia, son igualmente eternas y sumamente iguales y sumamente semejantes, y entre sí están unidas. En el Padre está todo el Hijo y todo el Espíritu Santo; en el Hijo está todo el Padre, y todo el Espíritu Santo; y en el Espíritu Santo está todo el Padre, y todo el Hijo. Y aunque el Poder se atribuya al Padre, y la sabiduría al Hijo, y la bondad al Espíritu Santo, uno y el mismo es el poder, la sabiduría y la pura bondad de todas las tres personas. La persona del Hijo y no la del Padre, ni la del Espíritu Santo, tomó la naturaleza humana; empero toda la Trinidad obró la Encarnación del Hijo, porque así como es una la esencia de todas las tres personas, así también es una misma la obra y una la voluntad.

La imagen de la santísima Trinidad en el hombre.- Hermosísimamente resplandece en el alma del hombre la imagen de la santísima Trinidad. Porque el alma racional, como los ángeles, tiene tres potencias naturales muy excelentes, esto es, memoria, entendimiento y voluntad, las cuales puso Dios en ella, para que con la memoria se pudiese acordar de Dios, con el entendimiento pudiese conocerlo, y con la voluntad escogerlo, amarlo y gozar de Él. Y así como el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo son un Dios, o una divina substancia, así aquellas tres superiores y espirituales potencias del alma son un alma y una esencia. Las tres personas eternas e inseparables de la divinidad obran sin separarse ni dividirse; y las tres potencias dichas, inseparables también, no pueden separarse en la acción. Porque la memoria no se acuerda sin el entendimiento y la voluntad, ni el entendimiento conoce nada sin la memoria y la voluntad, ni la

voluntad escoge ni ama cosa ninguna sin la memoria y el entendimiento. Estas tres potencias del alma son sus tres sentidos espirituales; porque la vista se atribuye al entendimiento, el oír a la memoria, el oler, gustar y tocar a la voluntad. Y así como el espíritu es más excelente que el cuerpo, así aquellas potencias o sentidos del alma son más perfectos y más excelentes que los sentidos del cuerpo. Empero aquella alma, que elevada sobre sus fuerzas naturales merece hallar a Dios en su simple esencia, y en el muy secreto centro de su alma, y unirse con Él sin medio ninguno, ve, oye, huele, gusta, toca un no sé qué, que no es posible decirse con palabras.

El misterio de la Trinidad es inefable.- No hables del misterio de la altísima Trinidad sino con tiento y templadamente; porque es tan imposible querer explicarlo, como lo es tocar un hombre con el dedo en el cielo, estando en la tierra. Porque ¿quién dirá o entenderá cómo el Padre, mirando clarísimamente su eterna esencia y conociéndose a sí mismo perfectamente, pronuncia su palabra o engendra a su Hijo de su misma substancia, igual y eterno juntamente con Él? Porque aquel conocimiento de sí mismo en la eternidad es la generación de su Hijo. Asimismo ¿quién podrá comprender cómo el Espíritu Santo procede y mana del Padre, y del Hijo, siendo de una misma substancia igual y eterna con ellos? Estas cosas exceden toda la capacidad del entendimiento humano.

Comparación.- Empero, para que por una semejanza sensible se confirme también en ti esta fe, en que debes creer que el Hijo es eterno, y el Espíritu Santo es eterno, como el Padre (de quien proceden y tienen su origen) es eterno; mira con atención cómo el resplandor y calor proceden del fuego, o de la llama, los cuales no son ni un momento después que el fuego. Porque al mismo punto que es fuego echa de sí resplandor y calor, y nunca pudo haber fuego sin que hubiese resplandor y calor; de manera que si el fuego fuese eterno, también sería el resplandor eterno, y el calor

eterno. Ni más ni menos el resplandor y el calor que proceden del sol, son del mismo tiempo que el sol. Y así como aquella incomprensible generación y procesión en la santísima Trinidad nunca tuvo principio, así jamás tendrá fin; porque si hubiera tenido principio, o si hubiera de acabar, alguna mudanza se hubiera hecho, o se hiciera, en la divinidad, lo cual totalmente es imposible; porque la substancia y naturaleza divina es in-mutable. Como cualquiera de las divinas personas sea de infinita perfección y la una vea clarísimamente a la otra y perfec-tísimamente la comprenda, realmente se aman entre sí todas tres personas, con un ardentísimo y suavísimo amor, y de todo punto infinito. Empero mucho mejor es sentir allá en lo interior algo de este divino misterio, que decir de él con la boca muchas cosas.

Tú, en lo que no puedes alcanzar con la razón y entendimiento, conservando la fe entera y creyendo firmemente lo que cree la Iglesia católica, ocúpate en la humildad y en el amor.

Considera las perfecciones de Dios.- Considera con toda devoción la bondad, dulzura, hermosura, piedad, misericordia, caridad, fidelidad y las otras perfecciones amables e infinitas de tu Dios y Señor, las cuales todas son infinitas e incomprensibles.

Si te da gusto levantar el espíritu al dulcísimo Jesús con algunas palabras amorosas y jaculatorias, puedes, o con el alma, o con la boca, decir estas u otras semejantes: “¡Oh. buen Jesús, ojalá, estuviese yo en tu acatamiento inocente y limpio!.- ¡Ojalá te agradase con humildad verdadera y con perfecta resignación de mi mismo! ¡Oh, mi amado y mi querido! ¡Oh dulzura de mi corazón, vida de mi alma! ¡Oh, puro gozo mío y mis castos deleites! ¡Oh, Señor Dios mío!, ¿qué quiero yo fuera de ti? Tu sólo me bastas; tú eres único y alegre bien mío. Yo deseo suavemente abrazarte con los brazos de mi alma. ¡Ea! Señor, enciéndeme y abrásame con el fuego de tu divino amor. Concédeme que te ame con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas, conforme a tu agradable voluntad, etc.

Moderación.- No seas exagerado en estas cosas, ni pongas más fuerza en ellas de la que conviene, sino guarda en ellas una moderación discreta con gran diligencia, no te lastimes y dañes la cabeza, ni te fatigues ni consumas. y si de los ejercicios espirituales te resultare algún dolor, ofrécelo a Dios en alabanza eterna. No permite que Dios descanse en él quien procura hacer arrobamientos sin cesar, y elevarse en Dios, poniendo demasiado ahinco y violencia, sin considerar la medida de sus fuerzas. Empero, los malos pensamientos, con otros buenos se han de echar, y los ojos del corazón se han de volver a Dios, que está presente en todo lugar, con amor, con suavidad y simplemente. Por cierto que el que ama a Dios es forzoso que se acuerde de Él muchísimas veces, si no lo impidieren otros pensamientos; así como el que padece terrible sed, no así se olvida fácilmente de ella. Por que allí van los ojos y el pensamiento a donde está el amor y el cuidado. Cada uno ha de considerar con prudencia la medida de la gracia que ha recibido de Dios; porque el Espíritu Santo reparte sus dones diferentemente.

Orar cada día.- Por aquellas palabras del Evangelio: “Conviene siempre orar sin cesar”¹, y por éstas de San Pablo: “Orad sin cesar”²; no se nos manda continuar el ejercicio de la oración sin descansar, pues no lo puede cumplir la flaqueza humana, mas lo que nos aconseja es que no dejemos la oración, de suerte que cada día dediquemos a ella, con diligencia, ciertas horas. Y es cierto que el hombre de buena voluntad que siempre hace el bien y refiere todas sus obras a gloria de Dios, siempre está orando.

Lectura sagrada.- No sacas menos fruto, sino por ventura mayor que si orases, cuando te ocupas como conviene en la lectura de la Escritura Sagrada, o haces otra cualquiera cosa buena a gloria de Dios. *Porque no solamente las oraciones son las que adornan el alma maravillosamente, sino también cualesquiera*

¹ Lucas, 18. 1.

² 1a. Tesalonicenses, 5, 16.

palabras saludables, oídas o leídas y cualesquiera buenas obras o pensamientos.

Verdaderamente que saca muchos y grandes provechos el alma del hombre virtuoso de la doctrina espiritual, porque se conserva limpia, quita la ignorancia, le da la paz y la ilumina y la sustenta; sirve para despertarla y animarla; y recibe notable hermosura. Lee, pues, y oye de buena gana la palabra de Dios, y la doctrina santa de cualquier hombre que la diga y por más llana y simplemente que se predique y escriba; empero abomina de la doctrina estragada y pestilencial de los herejes. *Aunque un hombre no entienda perfectamente ni pueda retener en la memoria las cosas devotas que oye o lee a gloria de Dios; con todo eso son de mucho provecho para el alma.* Por cierto que, a lo menos, no pierde el hombre el tiempo, ni mientras oye o lee semejantes cosas; y piérdele sin duda, cuando lee muchas cosas y muy buenas, si le falta la pura y buena intención.

Variedad de ejercicios.- No te has de ocupar mucho tiempo en un mismo ejercicio, para que no te dé fastidio, y te haga perezoso, sino que con discreción deben variarse los ejercicios.

Si te faltan las lágrimas extteriores en tus oraciones o meditaciones y en otras ocupaciones santas, no por eso te turbes; porque no le faltan las lágrimas interiores al hombre que desea agradecer a Dios, y aunque no lloren los ojos, llora el corazón. *Ofrécele a Dios Padre, por las lágrimas que no tienes, las lágrimas de Cristo.* Algunos, realmente, es razón que eviten con gran diligencia muchas veces la grande alteración que suele proceder de la compunción o dolor sensible, porque no dañe a la salud y buena disposición del cuerpo, ni a la quietud y sosiego del alma.

Ocúpate en Dios y en las cosas divinas y espirituales, con alegre, libre, y simple corazón, sin congojarte demasiado y sin extender ni aplicar el entendimiento demasiadamente. En los ejercicios espirituales, antes has de buscar la gloria de Dios, que tu propio interés y tu propio deleite. Renuncia enteramente a tu propio querer y contentamiento, de suerte que estés siempre

aparejado para cortar el hilo, y aun dejar tus particulares devociones cuando supieres que Dios lo quiere así, o que lo requiere alguna justa causa. Hallarse han algunos, que se han encargado, por su propio gusto, de rezar cada día ciertas oraciones, y si les es forzoso dejarlas por negocios o necesidades que se ofrecen, o por la santa obediencia, se inquietan y turban completamente; pero este propio gusto es razón que se deje. Dicen los santos, que cuando alguno orare delante de otros, no ha de hacer en la oración gestos extraordinarios y extremados, hiriendo fuertemente y muchos veces los pechos; dando grandes suspiros, levantando las manos a lo alto, etcétera. Algunos, estando sentados, oran con más fervor que si estuviesen de rodillas; otros rezan mejor de pie, o paseando; toma tú la postura que sientes que te hace más al caso, pero de suerte que en todas las cosas tengas discreción y gran cuenta con no escandalizar a nadie. Así la oración vocal, como la mental si está bien hecha, agrada mucho a Dios.

Pensar en Jesucristo.- Ruégote que te acuerdes de las cosas que el dulcísimo Jesús (que es Dios, Señor, Padre y Hermano tuyo) hizo por ti, y dale gracias con devoto corazón. Él se hizo Hombre por ti. Él siempre y a donde quiera que estuviese se acordaba de ti, y te traía delante los ojos de su alma; haciendo y sufriendo de buena gana todas las cosas por tu salud y remedio. Mira con atención, e imita cuanto te fuera posible, su humildad, su resignación, su paciencia, su caridad, su benignidad, su modestia, su continencia, su templanza, y todas las otras virtudes que resplandecen en Él perfectísimamente.

El libro de todos.- La vida de Cristo es libro muy excelente, común para los doctos e indoctos, para los perfectos e imperfectos que desean agradar a Dios. Quien bien pasa este libro, se hace muy sabio, y alcanza fácilmente perdón de sus pecados, mortificación de sus malas inclinaciones, luz para el alma, paz y tranquilidad para la conciencia, y firme esperanza en Dios, fundada en perfecto amor. Aunque se quitasen cuantos

libros hay en el mundo, la vida y pasión de Cristo bastaría a todos los cristianos suficientemente, para aprender muy bien toda virtud. *Y todas las cosas que Jesucristo nuestro Señor hizo y padeció las has de recibir y considerar como si solamente por ti las hubiera hecho y padecido.* Porque, no menos te aprovechan a tí todas, que si tú solo hubieras de ser redimido por Cristo; y si no hubiera de redimir sino sólo a ti, por ti sólo hubiera querido hacerse hombre con grandísima prontitud, y padecer y morir; tanta sed tiene de tu salvación, y tan encendidamente te ama.

La memoria de la pasión de Cristo.- Ten guardada en lo más secreto de tu corazón, como una perla muy preciosa, su sacratísima pasión, y reflexiona en ella con ánimo agradecido. Ahí verás como tu Señor por su infinita caridad quiso padecer cosas muy viles y espantosas, para satisfacer por tus pecados y redimirte. Pinta tu alma con las imágenes suavisimas de su pasión, y en medio de tu corazón planta el florido árbol de la cruz del Señor. Escoge como Esposo muy querido de tu alma al mismo Jesucristo, atormentado y consumido con llagas y heridas; y contéplalo y abrázalo amorosamente. Porque de sus coloradas y floridas llagas manan ríos suavisimos de gracias. Verdaderamente gusta del vino de la vida eterna y conoce muy bien cuán deleitoso paraíso sea el dulcísimo Jesús, aquel que sabe llegar la boca de su alma al costado abierto y morar en él, y llegar a lo íntimo de su corazón. No se puede escribir ni comprender con el pensamiento, cuán grande sea el fruto que saca el hombre humilde y de buena voluntad, de la meditación devota de la pasión del Señor. *Aunque este tal lea o rumie algo de la vida y pasión de Cristo con poco espíritu, no es posible que deje de sacar de allí mucho provecho;* así como el que mete los dedos en la harina no es posible que deje de sacarlos cubiertos de ella. Sin embargo, aquel que sin acordarse de la verdadera humildad, paciencia y resignación, considera en la misma pasión aunque sea con grandes lágrimas, por cierto, poco o ningún fruto sacará de semejante meditación.

Qué es lo que principalmente habemos de pedir.- *No te desconsueles porque en esta vida no te levante Dios a algún grado más alto de contemplación; sino pídele con mucha instancia que te dé buena y humilde y resignada voluntad, y que tela conserve hasta la muerte; pídele que te dé su favor, para que puedas vivir siempre conforme a su muy agradable voluntad. Y porque careces de alas con que volar a lo alto, estate como un pollito pequeño de la divina y amorosa gallina, esto es, debajo de las alas de la eterna sabiduría, encarnada por tu amor.*

Escóndete y descansa en la santísima humanidad de Cristo. Porque ella te será un navío segurísimo con que puedas llegar a salvamento, por el mar tempestuoso de este siglo, aunque no conozcas ni tengas entera noticia de la divinidad, donde muchas veces el cuerpo corruptible impide al alma y le estorba la consideración de las cosas celestiales, y la morada de tierra de este cuerpo enmaraza el entendimiento con varias ocupaciones. Pero si el soberano Dios alumbrase tu alma con su luz, y te transformase en su divina claridad, tendrías más alto conocimiento de la misma divinidad. Mas pon en Cristo los ojos del alma (como te hemos aconsejado arriba) y considéralo no como hombre solo, sino como verdadero Dios y verdadero hombre. Considéralo como una piedra preciosa excelentísima de la divina nobleza y como una flor hermosísima de la naturaleza humana. Pues aunque no puedas ver los rayos lucidísimos de la divinidad, puedes creer que esa resplandeciente divinidad mora en la humanidad y en el cuerpo de Cristo como en un templo muy venerable.¹ Si esto creyeres, y así te alejarás de su divinidad, antes la tendrás para gran bien y provecho tuyo.

La encarnación del Verbo.- Cuando el mismo unigénito Hijo de Dios, para salvación del mundo fué concebido por obra del Espíritu Santo en las entrañas de la santísima Virgen, tomó en sí lo que no era y quedó lo que antes era. La naturaleza divina y humana (que son muy diferentes) fueron maravillosamente

¹ Colosenses, 2, 9.

unidas. No se mudó la divinidad en carne (porque no puede haber mudanza en la naturaleza divina), pero Dios juntó a sí la humanidad. Ambas naturalezas quedaron enteras, sin que la una quitase sus propiedades a la otra. porque entonces el Verbo eterno, el alma racional y la carne humana se juntaron en una persona; de suerte que aquellas tres cosas son una persona, un Cristo. Por cuya maravillosa unión el alma santísima de Cristo desde el principio de su creación contemplaba siempre clarísimamente en la gloriosa Trinidad. De aquí es que, cuando Cristo padecía y estaba colgado en la cruz, gozaba de la divinidad, como ahora goza en el cielo cuanto a la parte superior del alma; mas en la carne y potencias inferiores y sensitivas era terriblemente atormentado. Y porque su pasión fuese más penosa y amarga, no dió entonces lugar a que el consuelo que estaba en la parte superior del alma, se comunicase a la inferior y parte sensitiva. Y por esta razón, viéndose en la cruz tan afligido y desamparado de todo consuelo, daba voces de parte de la humanidad, diciendo: “Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste?”¹ Este Hijo de Dios vivo, Verbo y Sabiduría del Padre, luz verdadera y no criada, cuanto a la divinidad, donde quiera está presente, es igual con el Padre y con el Espíritu Santo; pero cuanto a la humanidad, es menor que el Padre y que el Espíritu Santo, y aun menor que sí mismo en cuanto Dios; porque no puede ser igual la criatura con el Criador. Y, realmente, la humanidad de Jesucristo es la misma puerta por donde se entra en la divinidad.

¿Por ventura deseas oír más claramente cuando la santísima Trinidad, que es Dios, crió el cuerpo y el alma de Cristo? Está, pues, atento. Luego que la bienaventurada Virgen María, por su humilde resignación dió el sí, diciendo al Ángel que traía la embajada de la Encarnación del Hijo de Dios: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra:”², descendió el Espíritu Santo en ella y en un punto el mismo Espíritu con el Padre y con

¹ Salmo 21, 1; Mateo, 27, 46.

² Lucas, 1, 38.

el Hijo, de la purísima sangre de la misma Sagrada Virgen formó un cuerpecito humano, acabado y perfecto con todos sus miembros; crió en el mismo punto el alma racional, la cual juntó con el mismo cuerpo en aquel mismo instante de tiempo. los cuerpos de los otros niños no se forman y perfeccionan de repente con todos sus miembros, sino poco a poco; y cuando en el seno de su madre están perfectos, cría Dios en un punto el alma, y, criándola, juntamente la infunde en el cuerpo.¹

Así que el camino y puerta (como hemos dicho) por donde se llega a la divinidad, es la humanidad; y *ninguno que trate la quietud de la más alta contemplación y de la divina unión, va seguro, si con diligencia no trabaja por imitar las virtudes santísimas de Cristo*, y por imprimir en su alma la amorosa imagen de su humanidad, por la devota meditación.

CAPÍTULO XI

De la mística unión, de las revelaciones ²

La unión con Dios.- Gran cosa es, verdaderamente gran cosa, en el tiempo de este miserable destierro juntarse con Dios en su divina luz por la secreta y pura unión. Y esto se hace cuando el alma, limpia, humilde y resignada, encendida con el fuego de la caridad por la divina gracia, es levantada sobre sí misma; y a una muy grande luz divina, que da de lleno en lo más alto de ella, pierde toda la consideración y distinción de las cosas visibles y deja las imágenes y formas de las cosas de acá, aunque sean muy excelentes, y toda desecha y derretida en amor, y casi reducida a nada, se pasa a Dios.

¹ El Venerable Blosio repetía con esto la opinión de los teólogos de su tiempo sobre la animación mediata. Pero hoy la opinión generalmente admitida es que la creación del alma sigue inmediatamente a la infusión de vida en el cuerpo del infante. (Nota del Editor).

² Este capítulo completa la última parte del DIRECTORIO ESPIRITUAL, cap. XII.

Porque entonces sin ningún medio se junta a Dios y se hace un espíritu con Él, y se transforma y muda en Él, como el hierro puesto en el fuego se muda en fuego, no dejando de ser hierro. Hácese una cosa con Dios, pero no que sea de la misma substancia y naturaleza que Dios.

Aquí descansa el alma y cesa de toda propia acción, y llevando dulcemente que obre en ella aquel soberano artífice, Dios, una obra de grandísimo gusto, está llena de paz y gozo inefable.

Es tanto el gusto que aquí recibe, que el cielo y la tierra y todo cuanto en ellos se contiene, comparado con el gran consuelo de que entonces goza, le parece que pueden dejar de existir y volverse en nada. Porque esta misma alma elevada sobre lo que pueden las fuerzas naturales, llega al íntimo silencio y sosiego de su esencia, donde está la unidad y simplicidad, y donde mora Dios, y hallando ya la verdad eterna (que es su propio objeto y lo que ella busca, aunque todavía algo escondido y cubierto aun a los muy amigos) posee grandísimas riquezas.

Venturosa alma, por cierto, aquella que, levantada sobre todas las cosas criadas y aun sobre lo que puede su acción personal, en la memoria es despojada de todas las imágenes y siente una simple pureza; en el entendimiento recibe rayos resplandecientes, o resplandores del Sol de justicia, y conoce la verdad divina; en la voluntad siente un encendimiento de amor quieto, como un toque del Espíritu Santo, una fuente viva donde salen ríos de eterna suavidad; y de esta suerte es llevada a la excelente unión con Dios.

Entrada, pues, el alma en aquel desierto anchísimo de la divinidad, dichosamente se pierde, y alumbrada con la luz de aquella obscuridad lucidísima, por conocer y ver tanto, queda casi sin conocimiento, y se halla en una sabia ignorancia. La cual, aunque ignore el ser de Dios, con estar con Él unida en aquella pura claridad, aunque no vea a Dios como está en su gloria, conoce por experiencia que excede infinitamente a todas las cosas sensibles y a todo lo que se puede escribir, decir o comprender con el entendimiento humano. Siente ser muy diferente cosa

pasarse a Dios, sin medio de imágenes y formas de cosas visibles, que verlo en nobles y divinas imágenes y semejanzas. Finalmente conoce mejor a Dios por el íntimo abrazo y contacto del amor, que los ojos exteriores ven el sol visible. Semejante alma sabe muy bien qué cosa sea la verdadera contemplación, porque enderezada la vista de su entendimiento a aquella región de la inefable luz, y fijada allí, ve cuán corto y cuán poco o casi nada es todo lo criado, comparado con el infinito y altísimo Dios.

No todos llegan a la unión.- Pero no todos los siervos de Dios en este siglo son de esa manera arrobados sobre sí mismos; no así todos llegan a la oculta parte más íntima y pura del alma divinizada; no son todos admitidos a aquella mística y alta unión con Dios, a la cual ninguno puede llegar por sus fuerzas, ni trabajo propio, si no es ayudado con especial gracia de Dios. *Empero los que allí son admitidos, en cesando en ellos aquella soberana acción de Dios, han de tomar luego la propia y las formas o imágenes santas, y acudir a las buenas obras y ejercicios de piedad; han de ser muy humildes y perseverar en el deseo de aprovechar y tenerse como si entonces comenzaran a vivir bien.* Porque mientras esta vida durare, no entrarán tan alta y profundamente en Dios, que no puedan entrar cada momento más y más profundamente, y *siempre quedará en ellos algo que no esté aun bien mortificado*, y dado caso que a estos ya no les impresione la vista y trato de las criaturas, con todo eso es necesario que velen y que tengan consigo grandísimo cuidado hasta la muerte. Cierto es que el rey David, y aunque en su mocedad, apacentando los rebaños de sus ovejas, había recibido gracia de soberana contemplación, empero después de tantas y tan admirables revelaciones proféticas con las que le había comunicado los inefables secretos de su sabiduría, después de muchos gustos de la dulzura divina, después de místicas transformaciones y amorosos y encendidos arrobamientos en Dios, ya viejo cayó en gravísimos pecados, esto es, en adulterio y homicidio.

Falsos contemplativos.- Algunos neciamente ponen la perfección en que puedan ellos, quietos y libres, despedir de su entendimiento todas las imágenes y formas y recogerse interiormente con una ociosa complacencia, sin hacer caso del amor de Dios, ni de otras obras y ejercicios espirituales. Los que procuran esta falsa quietud (pues torpemente se buscan a sí mismos y antes se deleitan en sí que en Dios) son miserables esclavos del demonio.

Contemplativos verdaderos.- Pero los buenos contemplativos y que trabajan por el sosiego y quietud sobrenatural, de tal modo procuran la desnudez de su alma y el santo reposo, que, con todo eso, no dejan las buenas obras y ejercicios. Porque con todas sus fuerzas se ejercitan en las virtudes y se ocupan en ellas y en la alabanza divina, y meditan la Pasión del Señor, y le dan gracias, tienen su oración ordinaria, cuando no les falta ocasión, y están por amor unidos con Dios; y miran más por su honra y gloria que por su propio deleite. Hace Dios en ellos aquella obra excelentísima que dijimos; porque, llenos de amor divino, se ponen, por el silencio interior, en un estado de desasimiento y simplicidad, no pensando ni considerando nada fuera de Dios. Libres de esta manera, por la gracia de Dios, de todas las imágenes y formas, son arrobados, y vuelan en busca de aquel rayo de la divina obscuridad y son unidos a Dios sin ningún medio.

Aunque muchos hombres espirituales, en el tiempo de este destierro, no llegan a este punto, sienten en sí no sé qué delicadezas de pensamientos, cuando desechados de su alma los bullicios, ponen los ojos humilde, apacible y amorosamente en la presencia alegre del Señor, haciendo poco o ningún caso de cualquier otra cosa. Empero como sería poca cordura que indiscretamente se sentase a la mesa del rey, sin su mandamiento y licencia, aquel a quien el mismo rey le hubiese encomendado que asistiese a ella para servirle; así ni más ni menos hace muy mal y descomedidamente, aquel que se quiere entregar del todo al

dulce reposo de la contemplación, no siendo con evidencia llamado del mismo Dios para ello.

Cada uno ha de contentarse con su suerte.- Así que cada día has de procurar y desear agradar y servir más y más a Dios, pero siempre contentándote con la gracia que Dios quisiere darte. Si él quisiere obrar en ti alguna cosa singular, no le impidas, ni te apartes; mas sigue con discreción su voluntad, manteniéndote en la santa humildad y en el menosprecio de ti mismo.

Revelaciones.- No desees desordenadamente visiones y revelaciones, que algunas veces se suelen conceder aun a los malos. Los que vanamente las desean, y sin consideración les dan crédito y confían en ellas, fácilmente son engañados de Satanás, que algunas veces se disimula como ángel de luz, y las más para engañar, mezcla cosas verdaderas con falsas; ¹ él unas veces dice cosas verdaderas, otras las dice falsas, mas el Espíritu Santo nunca revela ni dice sino cosas verdaderas. Cuando el espíritu de Dios bueno se hace visible al alma, suele ella, al principio, recelar y temer, pero luego recibe gozo y consuelo y conserva la alegría y paz interior, y el hambre y deseo de las virtudes. Pero cuando el demonio se ofrece y acude, dura el temor que pone en el alma, y aun cada momento crece más en ella, y aunque cuando el demonio se disimula en ángel de luz, al principio se alegra el alma, pero después queda avergonzada y llena de tinieblas, se inquieta y turba. No es ofender a Dios, cuando tienes alguna revelación, si estás dudoso hasta tener certidumbre de la verdad, aunque la revelación sea santo y divina. Es necesario examinar mucho si acaso esas revelaciones tienen encerrado algún engaño, disimulación u otro disparate; y si con conformes con lo que enseña la Fe católica, las sagradas Escrituras y los santos Padres, y si no, luego se les ha de apartar y no hacer caso de ellas. Las ilusiones o visiones engañosas del demonio suelen hacer al

¹ 2a. Corintios, 11, 14.

hombre soberbio, rebelde y obstinado en su parecer y propio juicio; pero la revelación divina hace al hombre humilde, resignado y suave. Hay algunos varones espirituales tan dados a Dios, que aun estando despiertos y sanos, por obra particular de Dios son arrobados fuera de los sentidos, y estando así con los sentidos suspensos y sin acción ninguna, atienden perfectamente a las visiones y revelaciones divinas.

Los humildes no son fácilmente engañados.- No es posible que el demonio engañe a aquellos que en las revelaciones están llenos de gran dulzura de amor divino y cubiertos de una luz pura, intelectual y espiritual. Y a los que tienen verdadera humildad, y que con devoción y espíritu buscan a Dios y le piden favor. Él mismo los preserva y ampara, para que no caigan en los lazos del demonio y se pierdan,. Porque aquellos que se ensorberbecen y tienen en sí encubierta alguna doblez o disimulación viciosa, miserablemente se engañan a sí mismos, y voluntariamente se meten en las redes del demonio. Siendo, como es, Dios Padre fidelísimo, a los hijos humildes que le piden pan o un huevo o un pez no les dará piedras en lugar de darles pan, ni algún escorpión o serpiente en lugar de darles un huevo o un pez; ¹ antes les da un espíritu bueno; dales lo que les importa para su salvación. De ninguna suerte puede Dios desamparar a los que humildemente acuden a Él, y ponen en Él su confianza. Así que los humildes siempre se escabullen de los lazos de Satanás. *Y no hay señal ni indicio más cierto de la verdadera santidad, que la humildad verdadera y la abnegación perfecta de sí mismo.*

¹ Lucas, 11. 11-12

CAPÍTULO XII

De la Sagrada Eucaristía: de la Santísima Virgen y de los Santos

Preparación para comulgar.- Cuando fueres admitido a aquel celestial convite, donde Cristo se recibe y se da en manjar, considera devotamente los beneficios de Dios y, principalmente, su santísima Pasión, donde resplandece más la caridad inefable de Cristo para con nosotros, porque hablando Él mismo de esta comida, dice: “Haced esto acordándoos de mí”.¹ Pues sí tienes tiempo propicio, piensa o medita, qué es lo que hizo o padeció por ti el benditísimo Jesús, y pídele juntamente que apareje en ti una apacible y deleitosa morada. Pídele que perdonados todos tus pecados, adorne tu alma pobre con sus merecimientos y virtudes. Recibe con reverencia, humildemente, la sagrada Eucaristía, creyendo que debajo aquellas especies de pan, recibes el verdadero e inmortal Cuerpo de Cristo. Porque con la virtud divina, por las palabras de la consagración que dice el Sacerdote, la substancia del pan y del vino se convierte y muda en el Cuerpo y Sangre de Cristo. Aunque la sagrada Eucaristía se dé a millares de hombres, cada uno de ellos recibe el cuerpo del Señor y a todo Cristo; asimismo si una Hostia consagrada se divide en muchas partes, debajo de cada parte de aquéllas está encerrado todo Cristo; y, con todo, está el mismo Cuerpo entero y todo Cristo a la diestra del Padre en el cielo. Este grande misterio, esta incomprensible mudanza o conversión de una substancia en otra, se hace como está dicho, por obra de Dios, a quien ninguna cosa es imposible; verdaderamente en la Eucaristía se te da todo Cristo a sí mismo; quiero decir, que se te da su soberana divinidad; el Cuerpo perfecto, con su Sangre y su sacrosanta Alma.

¹ Lucas, 22, 19

Si recibes dignamente o como conviene, este venerable Sacramento, *te confirmas y fortificas mucho en el bien y recibes un remedio singularísimo contra los pecados; y te juntas y llegas más cerca, y más íntimamente a Dios, y te haces al fin excelentísimamente partícipe de todos los merecimientos de Jesucristo y de todas las virtudes que en su vida y en su muerte obró, y eres enriquecido con inefable gracia.* No hay lengua que pueda declarar, ni corazón que pueda comprender cuán grandes sean los bienes que se le siguen al hombre, de recibir con espíritu y devoción este Sacramento. Alaba a tu Señor, que por su liberalísima bondad dejó y dió a su Iglesia en este miserable destierro tan gran tesoro.

Comunión espiritual.- No te descuides de recibir a Cristo espiritualmente, cuando no lo recibes en el Sacramento, y harás esto si te dispones y deseas que venga a tu alma. Nadie, si tú quieres, te puede estorbar que no recibas cada día espiritualmente el Sacramento de la Eucaristía.

Ofrenda en la misa.- Todas las veces que te hallas presente al divinísimo sacrificio de la Misa, ofrece tú devotamente a Dios Padre, en cumplida paga y satisfacción por tus pecados, la Hostia consagrada que ofrece el sacerdote; ofrécela en olor suavísimo y en alabanza eterna, para tu remedio y salud eterna, y de todos los hombres.

Honrar a la Virgen María.- Ama puramente a la dulcísima Virgen Maria, Madre de Jesucristo, reverénciala y pídele favor con gran cuidado; la cual *no solamente es consoladora y abogada benignísima de los perfectos, sino también de los imperfectos y pecadores. Porque esta Señora a ninguno desecha, a todos oye.* A los pecadores, que con devoción y humildad acuden a ella, los recibe, recoge y ampara blanda y suavemente, y con una confianza de Madre los reconcilia con su Hijo. *Antes faltará el cielo y la tierra, que falte su ayuda a cualquiera que de veras le*

pide favor. Da gracias a Dios, que te la dió por Madre, amparadora y ayudadora.

Que nos habemos de ayudar de los Santos.- Reverencia también a los otros Santos cortesanos del cielo, como a famosos príncipes y esclarecidos reyes y reinas. Y no oigas a los desventurados herejes de este tiempo, que con loco atrevimiento dicen que los Santos en el cielo no saben nuestras oraciones, y que, pues no nos pueden favorecer, no les habemos de pedir favor, ni ayudarnos de ellos. Porque la Iglesia católica y apostólica, que es columna y fundamento de la verdad, muy de otra manera lo siente. Cosa cierta es que no se compagina esta ignorancia e impotencia que, según dicen los herejes, padecen los Santos, con la bienaventuranza que tienen en el reino celestial; porque allí todas las cosas son sumamente perfectas. Los santos en el cielo contemplan claramente a Dios, y lo ven como Él es; porque si así no lo viesen y conociesen no serían bienaventurados. Porque Cristo en el Evangelio dice al Padre: “Esta es la vida eterna, conocerte a ti, que eres solo y verdadero Dios; y al que enviaste, Jesucristo”.¹ Luego los Santos, viendo a Dios cara a cara, están unidos con Él excelentísimamente; y como son una cosa con Aquel que las sabe y puede todas, también ellos en Él saben y pueden todas las cosas que pertenecen al estado de la gloria de que gozan; y saben y pueden sin duda cuanto quieren.

De aquí es, que conocen no solamente las voces de nuestras oraciones, sino también los santos deseos y pensamientos con que les hablamos y honramos, y con gran fidelidad socorren a todos aquellos que con devoción les piden favor. Grandemente se complace Dios en que todos los cristianos les tengan gran reverencia, pues son amigos íntimos e hijos muy queridos del mismo Dios, y reinan ya con Él gloriosamente.

Las imágenes de los Santos.- Así que los has de reverenciar (como está dicho), y honrar y respetar sus imágenes.

¹ Juan, 17. 3.

Muy locos andan los herejes de nuestro tiempo que quitan las imágenes de los santos, por lo que dice Dios en su sagrada Escritura: “No tendrás dioses ajenos en mi presencia. Y no hagas figuras ni ídolos para adorarlos”¹ O no quieren, o no saben los herejes diferenciar entre los ídolos, o figuras de los dioses, y entre las imágenes de los santos. Los cristianos, hijos de la Iglesia católica, no adoran de la misma suerte que adoraban los gentiles los ídolos como si fueran dioses (y esto es lo que manda Dios que no se haga), sino que honran y reverencian devotamente a los Santos en sus imágenes y retratos. Esto guarda hasta ahora fielmente la Iglesia, enseñada y regida por el Espíritu Santo, lo cual también lo recibió de los Apóstoles.

CAPÍTULO XIII

De las desolaciones y de las consolaciones

Como nos hemos de llevar en las arideces.- Has de emplear todo el tiempo a gloria y alabanza de Dios. Cuando estás sano, ocúpate en alguna cosa buena, y cuando estás enfermo, ten mansedumbre y paciencia. Las buenas obras que haces, cuando no dan gusto al paladar de tu corazón, y cuando no te sientes en ellas tan contento, o sea que te sientes encogido de frialdad interior, o cercado de tinieblas, no pienses que entonces no sean agradables a Dios, ni a ti provechosas, pues la verdadera devoción consiste en la verdadera humildad, resignación, abnegación, y en el menosprecio de si mismo, más que en el sabor y dulzura sensible. Ciertamente, que para la salvación de muchos aprovecha más el sentir sequedad y amargura de corazón, que gran suavidad y amorosos y grandes deseos. Agradece mucho a Dios aquel que estando lleno de fe y amor

¹ O. 4: 32, 2; Deuteronomio, 5: 8, 7, 25, Levítico, 26, 1.

divino, en esa esterilidad y pobreza interior sabe decir con humildad: "Señor, aunque yo sea un torpe y sucio y no merezca el consuelo de que gozan los buenos, con todo eso no te dejaré, sino que, desamparado, con mucho gusto perseveraré según tu voluntad y permisión." Muy infiel le es a Dios aquel que cuando lo consuela, lo quiere servir; mas cuando le falta el consuelo espiritual, luego se aparta de Dios y lo deja y busca otros consuelos ilícitos y torpes. *Sin duda que tendrías harto más consuelo verdadero y que amontonarías cien veces más premio delante de Dios, si deseando tú el consuelo divino, te lo negase Dios, y tú entonces por su gloria lo sufrieses con ánimo resignado, que si sensiblemente recibieses el mismo consuelo. No es indicio infalible de santidad aquella suavidad, sino que, en darla, muestra Dios su bondad; porque algunas veces la suele dar aun a los que viven mal. Por muy sospechosa se puede tener semejante suavidad, si el que la recibe no siente luego que queda en él una alegría espiritual, un hambre y deseo de aprovechar en la virtud, en especial en la santa humildad, obediencia y caridad divina.*

A muchos de los que de nuevo comienzan a servirle, suele a menudo el Señor moverles las potencias inferiores del alma con tan crecidos regalos de gracia, que, casi embriagados, les es forzoso manifestar con palabras y gestos no usados, la riqueza de los interiores deleites que sienten, y aun suelen venir en un pasmo, sueño o arrobamiento. Así son realmente juntados y unidos a Dios sus nuevos siervos y amigos por un abrazo divino, con sensible unión, y reciben de Él besos suavísimos. Buena es por cierto esta unión sensible, la cual se hace en la naturaleza del hombre con algún medio, *con tal que aquellos a quien se diere semejante gracia, procuren aprovechar más y más en la humildad, paciencia y verdadera resignación de sí mismos.*

Pero la mística y verdadera unión que algunos varones perfectos experimentan sin medio alguno, levantados sobre sus fuerzas naturales, absorbidos por el abismo del divino amor en la más alta y noble parte de su alma, que es el espíritu lo más íntimo y puro de ella, es sin comparación más excelente.

Cómo hemos de gozar de las consolaciones.- Empero tu también has de estar aparejado para sufrir la sequedad y angustias de corazón, y las tinieblas interiores *todo el tiempo de tu vida, si Dios lo quiere así*; pero si algunas veces por su benignidad (aunque no lo mereces) te diere consuelo y dulzura espiritual, no la deseches; mas *recíbela con alma agradecida y humilde, y persevera siempre en el temor de Dios*. Y guardate con gran diligencia que por semejantes consuelos no te engrías vanamente, ni te glories; guárdate también no descanses, ni confíes mucho en ellos, ni uses de ellos mal para tu propio deleite; pues *no se ha de buscar el descanso en los dones de Dios, sino en el mismo Dios*.

La naturaleza suele en cualquier ocasión buscarse a sí misma, y muchas veces hace esto con mucho secreto, encubriendo su amor propio con alguna razón justa o con alguna buena obra; pero se ha de tener gran cuenta con su mala inclinación y corregirla y mortificarla con diligencia. *Porque es mezclar un poco de estiércol hediondo con un bálsamo preciosísimo, querer buscar el propio interés y gusto juntamente con los divinos consuelos*. A Dios se han de volver los dones y beneficios que Dios hace, de suerte que *quien los recibe ha de quedar tan libre de gloriarse de ellos, como si no los hubiese recibido*. Pues *tanto has de ser más humilde, y tanto más firme en el desprecio de ti mismo, cuanto Dios más benignamente te consolare y visitare*.

Y cuanto te quite la suavidad y consuelo, no pierdas el ánimo, mas en esa pobreza interior y en esa angustia has de ocuparte en las buenas obras y ejercicios espirituales, igual que cuando te hallas en la abundancia y gozo. *Por esa sequedad y esterilidad de corazón has de ofrecer al Padre celestial los fervorosos deseos y el amor encendidísimo del corazón de Cristo; le has de ofrecer la santa devoción y caridad de la bienaventurada Virgen María y de todos los Santos*.

CAPÍTULO XIV

Sobre los Novísimos

La muerte del hombre resignado.- En cualquier suceso que se te ofrezca, has de perseverar unido con Dios con entera paz. Porque así vivirás en esta vida en gracia de Dios, y al fin saldrás de ella con una muerte santa. Morirás en gracia de Dios y será tu muerte una entrada a la vida verdadera, conforme a la promesa del Señor, que dice: “El que cree en mí, aunque muera esta muerte natural, vivirá en la otra vida; y cualquiera que vive y cree en mí, no morirá eternamente”¹. Cuando tu alma saliere de la estrecha cárcel de este cuerpo, el mismo Cristo, con grandísimo regalo, le dirá estas u otras semejantes palabras: “Yo soy tu salud, yo soy tu Criador, Redentor y amador tuyo; por las angustias de la muerte te he buscado y te he hallado; siempre estarás conmigo, no quieras temer”. Hombre de buena resignada voluntad, así te consolará entonces tu Señor y tu Dios.

No te entristezca desordenadamente, pues, la memoria de la muerte, antes debe consolarte y alegrarte, como se alegraba con ella una santa virgen, que le decía a Dios: “¡Oh Señor! ¿cuándo, finalmente, éste mi cuerpo, quitándole tú la vida, se volverá en polvo y mi alma tornará a su principio?” “Por cierto, que deseaba mucho la muerte esta santa, y que la vida le era padecer.

Tampoco te fatigue ni dé mucho que pensar qué muerte será la tuya, sino déjate todo seguramente a la disposición y voluntad de Dios; y si acaso no puedes desear la muerte, a lo menos, cuando viniere, llévala con paciencia. Dile al Señor: “Hágase tu voluntad.” Muriendo Jesucristo tu Rey, te allanó el camino y lo hizo seguro; sigue tú humildemente por donde Él fué. *Aunque te atemorices y temas, con todo eso persevera con una santa esperanza y confianza en tu buen Señor, que no te quiere tratar*

¹ Juan, 11, 25.

² Salmo, 34, 3.

como juez severo, sino como Padre misericordioso. El cual, como dijimos arriba, quiso también temer y entristecerse antes que muriese, para consolarte a ti cuando estuvieres temeroso y triste. *Ofrécele, en alabanza eterna, tu tristeza unida con la suya.* Innumerables bienes te traerá la muerte, si temes a Dios y lo amas. Cosa cierta es que acabada esta vida no te mancharás ya con ningún pecado, ni ofenderás a Dios jamás ni te embarazará ese cuerpo corruptible.

Bienaventuranza del cielo.- Después de ser purificado, si todavía fuere necesario, llegarás a aquella patria celestial, patria de claridad eterna, patria siempre florida y deleitosa; donde no hay enfermedad ninguna, ninguna corrupción, ningún miedo, ninguna inquietud, ninguna tristeza, ninguna necesidad, ninguna aflicción, ninguna molestia o miseria. Allí gozarás felicísimamente de aquel sumo e inmutable bien que ni ojos lo vieron, ni oídos lo oyeron, ni pudo caber en corazón de algún hombre mortal.¹ Porque verás claramente la gloriosa Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, un Dios sumamente amable. Estarás en Dios y Dios en ti, por un modo excelentísimo. De esta suerte unido con Dios, gozarás perfectamente la dulzura de su bondad, y serás enteramente embriagado en el impetuoso río de los divinos deleites. *Entonces conocerás y sentirás cumplidísimamente, con cuán inmenso amor te haya Dios amado desde su eternidad.*

Lleno de un gozo inefable e incomprensible, verás el rostro corporal de tu muy querido Jesucristo, el cual es sin duda todo gracioso, suave y resplandeciente; porque su hermosura y gracia hace grandísima ventaja a todo lo que esta vida se puede desear. Verás también con grandísima alegría a la benignísima, hermosísima y suavísima Madre de Cristo, la Virgen María, y a todos los Ángeles bienaventurados y a todos los Santos, y morando muy contento con ellos, amarás y alabarás a Dios sin fin, sin trabajo y sin embarazo.

¡Oh patria bienaventurada! sola tú eres verdadera patria. Todos

¹ 1a Corintios, 2, 9.

cuantos hay allí son reyes y reinas, e hijos de Dios. Allí florecen todos con una hermosura que jamás se marchita, y gozan de una paz que no hay quien la turbe. Todos allí son ilustrados con la serenísima luz de la divinidad y alcanzan conocimiento perfecto de la verdad. Cualquiera conoce allí distinta y perfectísimamente a cada uno de los ciudadanos del cielo, y tiene abundancia de todo género de riquezas, gozos y deleites. No debes temer que allí te falte alguna cosa de las que en esta vida te agradan; porque todo cuanto se puede hallar o sentir en esta vida, en todas las criaturas, de hermosura, gentileza, suavidad, gracia, perfección y excelencia, está allí abundantísima y soberanísimamente. Brevemente digo que hay allí una reunión de todo bien.

Gloria de los cuerpos.- Y verdaderamente que los justos que allí llegan antes de la resurrección general, reciben enteramente en el alma la gloria de la bienaventuranza; y después del último juicio la recibirán también en el cuerpo. Todos hemos de resucitar en la misma edad que tenía Jesucristo cuando murió por nosotros. De una misma estatura han de ser el viejo de cien años y el niño de una noche. Y aunque algunos de los justos y siervos de Dios sean ahora cojos, ciegos o feos; pero entonces resucitarán sanos, enteros, blancos, hermosos y sin mancha ninguna. Echarán de sí un olor suavísimo los cuerpos de los santos y amigos de Dios y serán siete veces más claros y resplandecientes que el sol, repartiéndose por ellos la gloria de las almas. También serán impasibles de manera que ya nada les pueda hacer algún daño. Y serán tan ligeros, que adondequiera que el alma quisiere estar, en un punto llevará allí su cuerpo. Serán tan sutiles, que con más facilidad penetrarán cualquier cosa maciza y gruesa, que penetra el resplandor del sol un vidrio. Asimismo, entonces, mudados y adornados de maravillosa hermosura los cielos y los elementos, resplandecerán perpetuamente; y quitada ya toda corrupción, quitadas las nubes, los vientos, las lluvias, las tempestades, los hielos, los truenos, las noches y las tinieblas, sucederá una perpetua tranquilidad, templanza y luz, y será la

claridad del sol siete veces mayor que es ahora. El aire tendrá muchas más luz que ahora tiene. El agua será más clara y pura y la tierra será transparente como el cristal y llana como la mano. Y esta máquina del mundo así renovada dará a todos los santos una muy alegre y eterna vista. ¡Oh! cuán florido y apacible será aquel verano perpetuo. Por cierto, entonces los santos que en el invierno de este miserable destierro, como árboles despejados y despojados de todo su ornamento, parecían viles y de poca estima, y eran tenidos por leños secos, serán adornados y vestidos de su inefable hermosura y gloria y florecerán como palmas por todos los siglos.

Desventura de los malos.- Empero a los pecadores y malos, que mueren en sus pecados, todas las cosas les suceden contrarias a la felicidad y gloria de los santos. Porque, enviadas sus almas antes del juicio último al fuego eterno y horrendas tinieblas, serán allí atormentados con penas intolerables. y el día del juicio volverán a tomar sus cuerpos; mas serán negros, feos, hediondos y más pesados que el plomo. Y después de acabado el juicio, los recogerá y encerrará en sí el infierno a todos ellos con cuanta asquerosidad y hediondez hay en el mundo, de donde después no saldrá jamás hombre ni demonio. Allí habrá llorar y crujir de dientes y aullido eterno. Allí jamás tendrá fin la miseria, el dolor, la envidia, el odio, la ira y la desesperación. Finalmente, allí se verán siempre condenados a tormentos incomprensibles, oirán y sentirán todo cuanto puede causar horror y abominación.

Pues tú, querido amigo, pensando dentro de ti mismo, y considerando la felicidad y bienaventuranza de los buenos, y la miseria y desventura de los malos que acaban la vida en sus pecados, ésta te atemorice y ponga miedo, y suspira por aquella con todo el deseo y amor que pudieres. Ahora, solamente puedes ver a Dios y aquella patria celestial con los ojos de la fe; empero cree lo que claramente no ves, para que cuando se te mostrare claramente lo que crees, enriquecido con aquella vista clara, te goces perfectísimamente.

Mírate muchas veces en este espejo espiritual, el cual escribi para ti y para mi al cabo de cincuenta años de mi vida. Contéplate a ti mismo en él con mucha diligencia, para que fácilmente veas tus faltas, y, vistas, las enmiendes con todas tus fuerzas. Verdaderamente importa, que el que desea aprovechar en la vida espiritual tenga algunos mandamientos y avisos señalados, para que conforme a ellos, con muchísimo cuidado ordene su vida. Aunque suficientísimamente basta para esto, a muchos, la eterna consideración de la vida de Jesucristo, la cual es un espejo clarísimo de todos los cristianos. A Él sea dada gloria en los siglos de los siglos. Amén.

DIRECTORIO ESPIRITUAL

INTRODUCCION

Porque algunos varones espirituales desean que este libro, que sólo para mi lo tenía escrito, lo saque a luz, quiero, por amor de los nuevos en las cosas del espíritu, decir primero algo del alma y de sus potencias. Importa, pues que sepamos que el alma racional (la cual en sí es indivisible) se divide por los santos Doctores en tres partes: de las cuales la ínfima se llama *alma*; la media *espíritu* y la más alta se suele llamar *mente*, o la *cumbre* y lo más alto del espíritu.

Se atribuyen al *alma* las potencias inferiores o sensitivas que tienen los brutos, esto es, los cinco sentidos exteriores y particulares, que proceden del sentido que se llama comun, el cual tiene su asiento en el cerebro, y son: la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto; como también lo tiene el apetito sensitivo, cuya raíz está en el corazón. Este apetito se divide en irascible y concupiscible; de donde nacen los otros afectos y pasiones naturales, conviene a saber, el deseo, la ira, el gozo, la tristeza, el amor, el odio y el temor, etc.

Al *espíritu* se refieren las tres potencias superiores racionales e intelectuales, las cuales tenemos comunes con los Ángeles, que son el entendimiento (que también se llama inteligencia), la memoria y la voluntad. Estas tres excelentes potencias son los sentidos espirituales del alma; porque la vista interior se atribuye al entendimiento; el oído, a la memoria; el olfato, el gusto y tacto, a la potencia afectiva donde está el amor, que es la voluntad.

Así las potencias superiores como las inferiores del alma fueron debilitadas, corrompidas y desbaratadas por el pecado; mas fueron restituídas a su antiguo grado y dignidad por Jesucristo Señor nuestro.

La *mente*, o cumbre del espíritu, es la parte más íntima y pura del alma divinizada, o sea la nuda esencia del alma marcada con la imagen de Dios. Conforme a ella, se llama superesencial la vida que constituye la perfección de la vida contemplativa y de la activa. De esta cumbre salen las tres potencias superiores y a ella se tornan como los rayos que salen del sol. Aquí sin duda resplandece excelentísimamente la semejanza que el alma tiene con Dios. Porque como el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo son tres personas y un solo Dios, así la memoria, el entendimiento y la voluntad son tres potencias y un alma. Y así como las mismas tres divinas Personas obran juntamente, así de la misma suerte obran aquellas tres potencias. Pues de nada se acuerda la memoria sin el entendimiento y la voluntad, ni el entendimiento entiende ni conoce, sin la memoria y la voluntad, ni la voluntad quiere nada sin la memoria y el entendimiento.

De aquí es que también esta porción suprema del alma, que llamamos cumbre y centro, se toma por las potencias superiores. Y algunas veces por este nombre *espíritu* se entiende la misma simple esencia del alma y las potencias superiores; como cuando decimos del hombre que es compuesto de espíritu, de alma y de cuerpo, y entonces solamente atribuimos al alma del hombre dos partes. Y aun por este nombre *espíritu* muchas veces se entiende el alma toda entera.

Cuando en la Escritura divina se hace mención del hombre interior y exterior, las más veces por el interior se entiende el centro del alma con las potencias superiores; y por el exterior, el cuerpo con los sentidos inferiores y animales, los cuales en sus acciones andan unidos con el cuerpo.

Conforme a la división que arriba hicimos del alma, puede el hombre conocer y apetecer de tres maneras. Porque hay un conocimiento sensitivo, al cual responde el apetito, el afecto y

amor sensual; también hay otro conocimiento conforme a la razón y entendimiento, al cual responde el apetito, el afecto y el amor intelectual; hay, finalmente, otro conocimiento según la simple inteligencia, a la cual responde el afecto supremo, y el amor según lo más alto de la voluntad, que se llama amor extático; porque el hombre, ayudado de Dios por este amor, es levantado sobre sus fuerzas naturales, y llega al centro y cumbre de su alma, y a la íntima unión con Dios, pasándose en el mismo Dios. Entonces entra verdaderamente el amor en la recámara divina, quedándose fuera el entendimiento.

Los brutos animales, como solamente tienen el conocimiento del sentido, así también tienen sólo el apetito sensitivo; quiero decir que tienen el irascible y concupiscible. También tienen memoria según el sentido, porque se pueden acordar de lo que perciben por la vista, oído, olfato, gusto y tacto, e imaginar en ello; mas el hombre también tiene memoria intelectual. Los brutos animales no tienen voluntad, sino una semejanza de ella. Porque como carecen de razón y de libre albedrío, no pueden querer y no querer; no pueden resistir a los movimientos sensuales, mas por fuerza los siguen. Pero al hombre, que tiene razón y libre albedrío, no le es forzoso seguir a la sensualidad; pues, en eso, el apetito superior y racional ha de ser el señor; y el sensitivo ha de estar conforme a la sensualidad y no a la razón que está junto a ella, habla así el Salmista: “No conoció el hombre la honra en que estaba, y así se igualó a los animales brutos y se hizo semejante a ellos”.

Cuando la razón atiende a las cosas temporales y transitorias, se llama razón interior; mas cuando atiende a las eternas y divinas se llama razón superior. Los inexpertos en la vida espiritual reciban con ánimo y afecto lo que aquí hemos dicho con un etilo ordinario y poco aseado, pues mucho les ha de aprovechar.

CAPÍTULO PRIMERO

Que todo hombre con mucha razón ha de procurar la perfección y la divina unión, y cómo se ha de alcanzar.

Sólo en Dios hay paz y gozo.- Como sea verdad que sólo Dios (que es sumo e inmutable bien) pueda hartar los deseos del alma racional y aquietarlos, con mucha razón habían de procurar todos los hombres con un fervor encendidísimo alcanzar la perfección, para unirse íntimamente a Dios aun en este destierro. Porque *si el hombre llegase a este punto, ciertamente en su interior hallaría y sentiría a Aquel que con su alegre presencia echaría de él toda miseria, y lo enriquecería con verdadera opulencia y lo henchiría de inefable gozo.* Y así no tendría el hombre necesidad de andar derramado y mendigar falsos deleites de las criaturas; porque a semejante hombre le sería amargo y desabrido todo lo que no fuese Dios.

Realmente es tan noble el alma racional, que ningún bien de este mundo le puede satisfacer. Porque no es posible hartarse ni ser bienaventurado con aquellas cosas que son inferiores y más

bajas que ella; y lo son el cielo, la tierra, el mar y todo lo visible y sensible. De manera que solamente con Dios su Criador puede estar contenta y bienaventurada. Entre tanto que el hombre no tiene perfectamente abrazado con la caridad a Aquel que por su merecimiento y valor no puede dejar de ser deseado, anda vagueando de una parte a otra sin quietud, muerto de hambre, sin sustento ninguno. Por más riquezas y deleites, por más honras que tenga, no puede saciarse, sino es que, por el toque del amor, alcance a Dios. Y si lo halla una vez en la parte más excelente de su alma, que es la cumbre de ella, con gran contento da de mano a todas las criaturas y canta con el Salmista: “Muy bueno me es a mí estar unido con Dios”; ¹ y dice con el santo Job: “en mi nido he de morir y como palma multiplicaré los días”. ² No busca ya exteriormente consuelo ninguno, porque en lo interior está unido a Aquel que es un río impetuoso y un piélago de inestimables deleites y un cumplimiento abundantísimo de todas las cosas que son hermosas, amenas, suaves muy excelentes y que merecen ser deseadas, y que pueden dar contento al corazón humano.

Conocimiento que da la unión mística.- *Cuando el espíritu humano alcanza aquella sabiduría de la Teología mística, esto es, la divina unión, ya está ilustrado del cielo con la luz de la eterna verdad, su fe se hace cierta, su esperanza se fortalece y su caridad se inflama.* De aquí es que si todos los sabios del mundo le dijese a un hombre que ha experimentado la mística unión: “te engañas, miserable, tu fe no es verdadera”, él respondería sin duda ninguna: “antes vosotros os engañáis, porque mi fe es muy verdadera y muy cierta”. Esto respondería firmemente, porque en su corazón tiene un fundamento inefable, no tanto por lo que ha inquirido y escudriñado con la razón, cuanto por lo que aprendió en la unión del amor. Por cierto que conoce éste mejor la Divinidad, que la conocen los más doctos maestros, que aun no fueron admitidos al *Sancta Sanctorum* y a la secreta recámara del

¹ Salmo, 72, 28.

² Job, 29, 18.

Rey eterno, y que aún no están ilustrados excelentísimamente con la luz de la gracia. *Dios le descubre a aquel la virtud de las divinas Escrituras, y le da el gusto de los Evangelios.* Éste, pues, ve claramente y entiende qué es lo que él y los demás estén obligados a hacer o dejar, porque no alcanzó de los libros la sabiduría que tiene, sino de la influencia del Espíritu Santo.

Vida angélica.- Por cierto que son *muy amados de Dios los que sin intermediario ninguno se unen a Él y le dejan libre para que obre en ellos, y aprovechan más a la Iglesia en una hora que otros, que no son tales, en muchos años.* Estos singulares amigos e hijos de Dios, gozan de una libertad de alma alegre y reposada, levantados sobre todos los cuidados, sobre toda turbación, sobre el temor de la muerte, del purgatorio, del infierno y de todas las cosas que le puedan suceder al alma, o cuerpo, en el tiempo o en la eternidad. Ni la frecuencia de los hombres, ni las ocupaciones exteriores los privan de la presencia de Dios; porque con la merced que Dios les ha hecho en darles un esencia y firme recogimiento interior, en medio del bullicio saben guardar la unidad del espíritu. *Todas las cosas que oyen o ven los llevan a Dios en un punto, y todas (y así se puede decir) se les convierten en alguna manera en Dios, porque ninguna cosa atienden ni aman en todas ellas sino a Dios;* así como la experiencia nos enseña que los que alguna vez miraron al sol de hito, en todo cuanto después miran, ven alguna imagen del sol. Éstos, como se ocupen de continuo interiormente en Dios, y se junten a Él, viendo las cosas exteriores están como ciegos, y oyéndolas están como sordos, y hablando, como si fuesen mudos., Viven en el mundo una vida angélica y sobrenatural, y por eso pueden ser llamados ángeles de la tierra.

Cómo se ha de alcanzar.- Ahora, pues, el que suspira por esto, deseando algún día ser perfecto y experimentar el íntimo abrazo de la divina unión, ha de procurar con gran ánimo *la negación y mortificación de sí mismo* y ejercitarse con diligencia

en el *santo recogimiento interior*, y con gran fervor levantar a Dios el espíritu *con oraciones, jaculatorias y santos deseos*; todo lo que hace o deja, ha de ser por *amor de Dios* poniendo en todas las cosas los ojos solamente en Él; y *deseando agradar a sólo Él, que por este camino, y no por otro podrá llegar a la perfección y a la mística unión con Dios*. Determinamos, pues, escribir de esto lo que Dios fuere servido de darnos.

CAPÍTULO II

De la entera negación y mortificación de sí mismo, y de la verdadera reformación de costumbres

Renuncia a los afectos sensibles.- Aprenda, pues, el que se ejercita en las cosas del espíritu a renunciar así y a todas las cosas por amor de Dios. Ninguna cosa tenga con amor demasiado. No pegue el corazón a alguna cosa visible y temporal, ni a criatura mortal. No desee con afecto sensible la amistad, ni familiaridad, o presencia de algún hombre, por más santo que sea. Considere que no solamente las cosas malas, sino que aun las buenas hacen grande estorbo, si se aman o buscan sin orden; así como no impide menos la vista la plancha de oro si se pone delante de los ojos, que la de hierro.

Renuncia al amor propio.- Arranque de raíz de su corazón el amor propio. *En cualquiera cosa deje su propia voluntad. Resígnela en Dios, traspásela en Él*; jamás ponga los ojos en sí, o en su propio interés, no diga con la boca ni con el corazón: “esto quiero, aquello no quiero; aquello escojo y aquello desecho: *No busque cosa ninguna suya en esta vida ni en la otra; mas, dando*

de mano a todo gusto propio, se despoje y prive totalmente de sí mismo, y de tal suerte muera a sí y a todas las cosas, como si nunca fuera criado. Mas en todo lugar busque a Dios y su honra y voluntad, de manera que aun en sus mismas oraciones y santos deseos junte la abnegación y abandono de sí mismo, pidiendo que se cumpla la voluntad de Dios y no la suya. Todo cuanto le sucediere, lo atribuya a la divina voluntad y de la mano sola del Señor lo reciba, sin cuya providencia no se cae una hoja del árbol. Lleve con paciencia y quietud la permisión y disposición de Dios, y así como en las prosperidades lo alaba, así también lo alabe en las adversidades, en los daños de sus cosas, en las injurias, calamidades, afrentas, denuestos y en el desprecio de sí mismo, en los dolores del cuerpo, en las angustias y fatigas del corazón, en las tristezas, en el desamparo y calamidad interior, y en otras cualesquiera aflicciones, creyendo que el Señor quiere y puede llevar adelante su salud y remedio en todas las cosas.

Renuncia a todos los deleites sensibles.- *Renuncie los deleites así del espíritu como de la naturaleza. No use mal para su deleite del consuelo y dulzura interior que recibe de Dios, buscándose a sí mismo en ella, porque eso sería ofender grandemente al Esposo celestial, sino reciba esas cosas con humildad de alma, y hállese tan libre, ajeno y desnudo de ellas, como si no las sintiese. Porque la naturaleza estragada suele en todas las cosas poner en sí los ojos y aun búscase a sí misma en los dones de Dios. Pues, el varon contemplativo no desee demasiado la suavidad espiritual, ni confie en ella; ni esté menos dispuesto para carecer de ella, que para tenerla; porque el alma en sólo Dios ha de buscar su quietud, y no en sus dones. Confiese que es totalmente indigno de cualesquiera dones de Dios, y no usurpe ni atribuya a sí cosa ninguna de ellos, sino déjelos de quién son; vuelve a Dios todas las cosas enteramente; glorificándole y dándole gracias, y ofreciéndole esos dones en alabanza eterna. No debe vanidosamente desear revelaciones divinas, ni tampoco, si Dios se las hace, tenerse con esto por más*

santo; no cuente indiscretamente a cada paso y sin permisión interior de Dios los dones que reciba.

Renuncia a la libertad de los sentidos.- Guarde con grandísima diligencia los sentidos exteriores. Y, cuanto le fuere posible, se guarde de no mirar, oír, oler, gustar, hablar o tocar cosa ninguna por sola inclinación o movimiento sensual, y, cuando en estas cosas cayere en algún defecto, aunque sea ligero, repréndase a sí mismo ásperamente. No quiera ver, oír, gustar, oler, hablar o tocar nada, ni de otra suerte de lo que interiormente se lo permite Dios. Porque, *si busca algún deleite en las criaturas, no podrá halar en Dios el verdadero deleite.*

Regla en el comer y beber.- Cuando diere al cuerpo la comida, o bebida o el sueño, no mire al deleite y gusto que estas cosas traen consigo, sino al sustento de la naturaleza. Cualquier bocado que comiere o trago que bebiere, sea modesta y templadamente, con un santo temor y mortificación de sí mismo a gloria de Dios. No beba mucho de una vez, empero, si la sed le fatiga mucho, beba muchas veces. *Tengo por acertado que en la comida se dé al cuerpo lo que pide la necesidad, más la cena sea templada y moderada, porque a la cena moderada suele seguirse un sueño moderado. Y aunque cuando come o bebe, sienta algún deleite terreno, pero no le dé lugar interiormente, ni se pegue a él.* No busques viciosamente manjares exquisitos y suaves, mas, si se los ponen delante, déjelos muchas veces sin tocar a ellos, por amor de Dios; pues a Cristo le dieron a beber hiel y vinagre. Deseo más comer manjares simples y delicados; no desee los superfluos; antes estime en más la necesidad que la abundancia.

Renuncia a las mortificaciones voluntarias extraordinarias.- No tome inconsideradamente alguna aspereza de vida extraordinaria, aunque sepa que muchos santos la pasaron muy rigurosa. Porque como ellos estaban alumbrados del Espíritu Santo, sabían que en eso agradaban a Dios. Muchos, siguiendo el

fervor que sentían en los principios de su conversión, fatigaron demasiado en esta parte su naturaleza, y se inhabilitaron a sí mismos para ocuparse en Dios. El cilicio, la cama dura, el comer pan y agua, las disciplinas y otras cosas de esta manera hechas solamente a gloria de Dios, le agradan mucho, y no son poco provechosas a los mancebos robustos para sujetar la carne; *empero el verdadero amor de Dios más íntimamente junta al hombre con Dios, y enfrenta y sujeta más presto, y con mayor eficacia, la desenvoltura y brío excesivo de la carne.* Suele Dios afligir a los que enteramente se abandonan a Él y que están dispuestos para recibir de su mano humildemente cualesquiera adversidades y sufrirlas con paciencia todo el tiempo que fuere su voluntad. Así que el varón espiritual no ha de fatigar su cuerpo con demasiada abstinencia, o con vigiliass y asperezas desordenadas, tomadas por su propia voluntad, ni tampoco lo regale demasiado, mas tenga discreción en todas las cosas, y confórmese con los consejos de personas prudentes.

Prudencia en dar consejo.- Empero cuando alguno le pidiere consejo, conozca en su corazón que de su cosecha no puede responder cosa conveniente, y volviéndose a Dios dígame así con el espíritu: “Oh Señor Dios que estás en mí, ten por bien de hablar por mí lo que es conforme a tu voluntad y lo que más conviene a tu gloria y a la salud y bien de las almas”; y, con esto, diga lo que hubiere de decir con humildad, con recato y discreción. Si dijo algo bueno, atribúyalo a Dios, y si habló mal, atribúyalo a sí.

Cautela en el hablar.- Huya siempre la aspereza indiscreta de palabras. Hable verdad y sin doblez y sin lisonja. No desee hablar en alabanza propia, ni en afrenta ajena, y no sea excesivo en alabar a nadie, para que no le noten de lisonjero. No murmure de nadie, ni jamás dé consentimiento a los que murmuran; mas aparte los oídos de las murmuraciones y de cualesquiera palabras dañosas, y acostúmbrese a cortar el hilo con discreción a semejantes pláticas; como hacía cierta persona que, cuando oía a algu-

no que hablaba mal de otro, solía decir: “nosotros hemos de dar muchísimas gracias a Dios si no somos tales”. Refrene con gran cuidado su lengua de palabras ociosas y vanas. No hable fácilmente de cosas soberanas y altas, y si importase que se hable de semejantes cosas, sea con humildad interior y exterior. *No sea amigo de hablar mucho, porque es muy dañoso a la vida espiritual e interior. Y ame el silencio moderado, el cual es madre de muchos bienes.* Mortifique en sí todas las palabras desenfrenadas, inconsideradas y arrojadas. Oh cuán dichoso es el que sabe guardar su lengua; porque está libre su alma de innumerables pecados y trabajos.

Pureza de corazón.- Tenga consigo cuidado el varón espiritual en todas las cosas, así en lo interior como en lo exterior; mirando siempre mucho por la pureza del corazón. *Ninguna cosa hable, desee, o haga con pasión*, ni que contradiga a lo que tiene allá dentro, mas procure en cualquier ocasión guardar una igualdad y libertad de ánimo; en las cosas dudosas, pida consejo y licencia al Señor o a algún hombre espiritual, *procure siempre conocer la muy agradable voluntad de Dios*, diciéndole entre sí: “¡Oh Señor!, ¿qué es lo que quieres que ahora haga? ¿Es tu voluntad que haga esto o aquello?” Porque el mismo Señor habla al hombre por la inspiración interior, y le dice: “Haz aquello y deja esto”. Y si el varón espiritual siente que Dios quiere o permite que haga alguna cosa, dígame así. “Señor, ten por bien de obrar en mí o por mí esto”. Y si echa de ver que eso no agrada a Dios, al punto negándose y mortificándose a sí mismo, lo deje, aunque le parezca que es muy poco: como es mirar alguna vez una cosa o decir alguna palabra jocosa.

Huir de la disipación y del ocio.- Huya con prudencia las ocasiones y peligros de pecar. *Ame la soledad y aprovéchese de ella discretamente*, porque si se deleita con la superflua compañía de los hombres, *si no puede sufrir el silencio, si desea mucho ver esas o aquellas cosas, si con grandes ansias procura saber*

*qué es lo que se dice o se hace, y de buena gana se ocupa en oír cosas impertinentes, será en vano que se prometa a sí mismo ni aún el más infimo grado de la vida santa y perfecta. Apártese, pues, y calle, para que pueda aprovechar en las verdaderas virtudes y contemplar las cosas divinas.*¹ Mas cuando lo pide la caridad y otra causa razonable, trate humildemente con los hombres; mostrándose benigno y afable con ellos, pero sin disipación.² conservando (cuanto es de su parte) la paz con todos.

Huya siempre como de una ponzoña abominable, del ocio descuidado y flojo, emplee el tiempo provechosamente a gloria de Dios.

Modestia cristiana.- Absténgase de alegrías vanas y de risas desenvueltas, y de chocarrerías y juegos indiscretos y de otra cualquiera descomposición. Sea en sus movimientos sosegado, en el rostro sereno, en el mirar vergonzoso, en el andar reposado, *y desee agradar a Dios y no al mundo.*

Tenga siempre puestos los ojos en Jesucristo como en un espejo vivo, e imítelo con gran cuidado, conformando su vida con Él perfectamente. Ayudándose de la poderosa gracia de Dios, quebrante en sí, degüelle la soberbia, la vanagloria, la complacencia de sí mismo, el apetito de la honra y del favor humano, los movimientos de la impaciencia, los ímpetus de la ira, los apetitos de la carne, los estímulos de la lujuria, y otras cualesquiera pasiones y malas inclinaciones.

Manso y humilde.- *No sea obstinado en su propio juicio y parecer. No con tradiga a nadie con pertinacia, sino lo fuerza la verdad y la justicia; no riña ni porfie por cualquiera ocasión. Ríndase fácilmente a otros, y en las cosas lícitas obedezca con prontitud de ánimo, teniendo en más la voluntad ajena, que la suya propia. Consienta ser reprendido y enseñado de todos. Acúsese de buena gana, de buena gana conozca su culpa y guste de que todos le corrijan sus faltas.*

¹ Romanos, 12 y 14.

² Hebreos, 11.

Perdón de las injurias.- Perdona luego cualquier injuria que se le haga, y muéstrase clemente y amoroso con quien le injurió. *Nunca crea que alguno le molestó injustamente, mas en cualquiera tribulación imagine que es más que aquello lo que merece*, acordándose de sus pecados y de la ingratitud que ha tenido con Dios, y que es muy justo que todas las criaturas lo aflijan y lo acocean y pisen como al lodo de las plazas. Vuelva los ojos interiores a Dios, que permite que sea afligido, y no mire quien lo persigue y fatiga, y sufra su tribulación con manso y humilde corazón, recibéndola de las manos de Dios, y no de otras. Porque, cuando el hierro corta, no se hace caso del hierro, sino de la mano del médico que lo guía.

Amor al prójimo.- Ame sencillamente a todos los hombres (sin exceptuar ninguno) como así mismo; quiero decir que *ame espiritual y ordenadamente, deseándoles la gracia de Dios y la felicidad eterna*. Y para que se disponga mejor para amar de veras al prójimo, imagine que cualquier hombre, capaz de la gracia, es él mismo. Mírelos a todos como a hermanos y hermanas, llamados con él a la misma bienaventuranza. No atienda en ellos la vileza de la carne visible, sino la nobleza y hermosura del alma invisible, donde Dios puso su imagen. Compadézcase de todos los que están en alguna necesidad, tribulación o trabajo. *Esté siempre aparejado para hacer bien a todos, para socorrer a todos y consolar a todos, en especial a los que le son contrarios y lo persiguen*. Compadézcase piadosamente de las imperfecciones ajenas, y súfralas, sanando y corrigiendo toda la amargura de su corazón con la dulzura de la santa caridad.

Caridad con el pecador.- Empero no disimule los pecados que ha de castigar y reprender; mas castíguelos y repréndalos con mansedumbre y suavidad conveniente. *Aborrezca el pecado en el hombre, mas no al hombre por el pecado; porque al hombre hízolo Dios y el pecado no lo hizo Dios sino el hombre*. Vanamente se lisonjea de que tiene la gracia de Dios, si quiere mal a alguno; en

vano presume que es uno de los especiales amigos de Dios, mientras ama a alguno no tan sencillamente, o está con alguno desabrido o desgraciado. Ámelos, pues, a todos con suave caridad, duélase de los pecados ajenos y gócese y de gracias a Dios por las virtudes que otros tienen; y sin duda que no podrá dejar de hacer esto, si (como hemos dicho) imagina que cualquier hombre es él.

Es hermano.- Porque como toda la Iglesia sea un cuerpo místico, cuya cabeza es Cristo, y nosotros seamos los miembros, si todo el cuerpo está unido con verdadera caridad, *cualquier miembro se ha de doler del otro miembro que no está bueno, y gozarse del que lo esta.*¹ El varón espiritual a ninguno condene, a ninguno desprecie; ni desespere de la conversión de ningún pecador, porque el que ahora es muy malo, con la divina gracia puede mudarse y ser muy bueno. *Aún no está derribado el puente de la divina misericordia, por donde se pasa a la vida santa.*

Como lo ha de corregir.- No examine ni juzgue las obras o palabras de los que no están a su cargo, mas, encomendándolo todo a Dios y recogiénzose dentro de sí mismo, persevere quieto. *Cuando vea alguno que hace mal y que peca, no por eso lo desprecie, sino encomiéndelo a Dios,* suplicándole que tenga por bien de ayudar a aquél, y conservarlo en su servicio. *Acostúmbrese a echar siempre a la mejor parte todo lo que oiga o vea.* Si acudiere a su corazón algún juicio temerario o mala sospecha, o el desprecio de algún hombre (las cuales cosas si con voluntad se admiten, totalmente impiden la gracia del Espíritu Santo), no les dé consentimiento, mas luego, hincado en espíritu las rodillas² y conociendo delante del Señor su culpa, repita estas u otras palabras semejantes: “¡Oh Dios, ten misericordia de mí, pecador! Yo beso las pisadas de aquel siervo tuyo y lo estimo en

¹ Corintios, 12, 26.

² Lucas, 18, 13.

más que a mí, y me ofrezco a ser hollado de sus pies y de los de todos los hombres; porque no merezco que la tierra me sufra.”

Téngase a sí mismo por el más miserable.- *A todos, pues, los estime en más que a sí.* Juzgue de sí que es el más vil y miserable de todos y desee que todos lo tengan en esa figura. Considere que si aun los muy malos y muy grandes pecadores hubieran recibido la gracia de Dios, que él ha recibido, hubieran vivido mucho mejor que él. Así que no desee ser de alguna auto-ridad y estimación; ni ser alabado, ni tenido por humilde y santo.

Ame la humildad.- Ame el estar escondido y olvidado, más que el ser conocido; el estar sujeto, más que mandar; y más ser enseñado, que enseñar. Conténtese con el último lugar. No se avergüence de la humildad exterior. No engrandezca en su opinión sus ejercicios, estimándolos en más que los ajenos. Tanto más humilde y despreciado sea en sus ojos, cuanto siente que aprovecha más y cuanto más dones reciba de Dios; *pues, si se estima en algo, es prueba que todavía está muy lejos de Dios.* Imagine siempre y confiese que de sí no es nada, ni tiene nada, ni puede nada; porque como cualquiera criatura sea hecha de nada, de su natural es nada; y aun el hombre, pecando, se vuelve en nada, y cuanto hay criado es nada comparado con el Criador. De suerte que, *considerando el varón contemplativo el abismo de su nada y anegándose en él, debe morar en el profundo valle de la humildad.* Dígale a Dios: “¡Oh Señor Dios! yo soy podre necesitado, nada soy, nada puedo, tened misericordia de mí” De este santo conocimiento y de la consideración de la propia nada pende todo el bien y salud del hombre.

Continua abnegación.- Ande el hombre por donde quisiere, *que no es posible que aproveche en la vida espiritual sin el continuo y solícito ejercicio de la negación y mortificación de sí mismo.* Porque no levanta el grano de trigo su caña y espiga

hermosa, si primero nomuere y se pudre.¹ Por lo cual dice un amigo de Dios: “Esta es la regla más verdadera de toda la perfección; que seas humilde, y que en toda ocasión renuncies a ti mismo. “ Y otra vez dice: “Una verdadera abnegación con una profunda humildad, es un atajo brevísimo para ir a Dios”.

Excelencia de esta práctica.- *En la verdadera y perfecta resignación está escondida la vida verdadera y muy alegre.* Realmente que es un ejercicio excelentísimo, traer de continuo el alma muerta de las cosas criadas y humillarse y juzgarse por el más bajo de todas las criaturas. Porque *el que siempre muere en sí mismo, siempre comienza a vivir en Dios vida nueva.* El alma mortificada y resignada es como un racimo de uvas maduro, blando y suave; mas el alma hecha a su voluntad, que no sabe renunciarse, es como un agraz duro y desabrido. *Ninguna cosa se le puede ofrecer a Dios que le dé más gusto que la resignación de la propia voluntad;* porque ninguna cosa estima más el hombre que su propia voluntad y libre albedrío. *Cuando alguno, por amor de Dios, resiste a su sensualidad y propia voluntad, y se mortifica a sí mismo, aunque sea en cosas muy menudas, hace más agradable servicio a Dios que si resucitase muchos muertos.* Si en un camino encontrasen dos hombres una florecita hermosa y el uno desease cogerla, y pensando mejor en ello, se dijese a sí mismo, “déjala por amor de Dios”; mas el otro sin pensar en nada la cortase; por cierto que no pecaría éste por coger aquella flor simplemente, empero aquél dejándola de coger por amor de Dios, tanto más merecía que el que la cogió, cuanto hay del cielo a la tierra. Y si Dios por una mortificación tan pequeña ha de dar tan grande premio, ¿qué dará a los que por su amor se menosprecian y dejan a sí mismo y a todas sus cosas? Diga, pues, el varón espiritual muchas veces dentro de sí mismo: “Señor, por tu amor no quiero ver aquello, pues no me importa verlo; por tu amor no quiero oír aquello, no quiero gustar aquello, no quiero hablar aquello, no quiero tocar aquello.” *No es posible que sienta a*

¹ Juan, 12, 24.

Dios dentro de su alma, si no muere en él todo lo que está desordenado.

Qué ha de hacer cuando falta.- Si cuando es tentado cae en algún defecto, gima y suspire: *mas no desmaye, aunque acaso caiga cien veces y aunque sea a millares de veces al día.* Llame a Dios y dígame: “¡Ay, Dios mio, cuán miserable pecador soy, pues todavía viven en mí los vicios! ¡oh, cuán flaco y deleznable me hallo! porque yo pensaba que ya del todo estaba mortificado, y he aquí que siento otra vez grave contradicción y rebeldía, otra vez estoy lastimado; otra vez caí, empero no desespero, Señor, de tu piedad, ni desesperaré jamás ayudándome Tú. Ten misericordia de mí y ayúdame; que por tu amor estoy dispuesto para dejarme a mí mismo otra vez y todas mis cosas, y, en efecto, las dejo.” Ore de esta manera y tenga buen ánimo. *No imagine que desagrade a Dios porque todavía es imperfecto: al contrario, le es muy agradable si de corazón y con toda diligencia procura ser más perfecto; y si muriese con semejantes disposiciones, será bienaventurado.*

Facilidad de adquirir la abnegación.- Esta mortificación es molesta y dificultosa en los principios; *mas cuando el hombre hubiere perseverado varonilmente en ella por algún tiempo, Dios la hace del todo fácil y muy amable.* Porque en el arte de mortificarse, pasa como en las demás artes, que si se ejercita muchas veces y con diligencia, al fin con la misma continuación se le hace al hombre como natural. *Muy presto aprende este arte el que piensa que todo cuanto hay en el mundo no le importa más que si estuviera muerto en el cuerpo;* acordándose muchas veces de estas palabras del Apóstol: Muertos estáis, mas vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.¹ Porque cuando uno en todas las cosas deja su propia voluntad y da de mano a su propio amor, cuando renuncia los deleites, así del espíritu como de la naturaleza, cuando mortifica los deseos desordenados, cuando se

¹ Colosenses, 3, 3.

conoce por el más vil de todos y que es nada, cuando en lo interior obedece prontamente a Dios y en lo exterior a los hombres, cuando no se mete en cuidados superfluos, cuando deja los hechos y dichos de los otros en lo que son, sin juzgar temerariamente las obras o palabras ajenas; cuando, aunque sea alabado o vituperado de los hombres, no se altera viciosamente, cuando por amor de Dios sufre con paciencia y suavidad cualquier injuria, adversidad o miseria, cuando no se queja fácilmente, cuando a todos los hombres les da un afecto común de caridad, y los mira como templos de Dios; este tal, *muerto a sí y al mundo, sin duda vive a Dios.*

CAPÍTULO III

Del recogimiento interior, y cómo se ha de levantar el espíritu a Dios

Procure estar siempre recogido.- Siempre, sin cesar, se debe ejercitar el varón contemplativo en el recogimiento interior y en acudir a lo íntimo de su alma. Vuelva con cuidado su espíritu de las distracciones y procure esté ocupado en pensamientos y meditaciones santas. Porque *no se podrá unir a Dios perfectamente si de vqluntad y adrede o con gusto piensa en cosas vanas.* Empero, algunas veces permite Dios que aún los varones perfectos sean molestados de muchedumbre de pensamientos e imaginaciones inútiles y aun malas, para que les hagan resistencia y sean útilmente ejercitados. Así que, aunque el varón espiritual se halle donde hubiere frecuencia y multitud de gente, procure, tanto como le fuere posible, hallarse libre de todo bulicio y en lo interior de su alma guarde la unidad de espíritu; conciba con el alma a Dios, con suma majestad y suma bondad; y en cualquier lugar atienda a su amable presencia, como lo hacía aquel real Profeta que dijo: “Tenía gran cuenta con traer siempre a Dios

delante de mis ojos”.¹ Considere, pues, que en todo lugar le está Dios presente, *poniendo en Él los ojos del alma, no con ímpetu y violencia sino quieta y sencillamente*, reclinando con amor el espíritu en su divinidad.

Persevere aunque falte, y se le hará fácil.- *No pierda la esperanza porque se vea inconstante demasiadamente y que con facilidad se derrama; mas, perseverando con ánimo invencible en este santo trabajo, recoja con diligencia su corazón cada vez que se derrame, y vuélvase a Dios que es sumo bien. Cuando esta buena costumbre hubiere echado raíces en él, ya no le parecerá tan dificultoso; antes, mudándose esa costumbre en naturaleza, atenderá a Dios y a las cosas divinas con la misma facilidad que respira y vive.* Empero, acuérdesse de continuo que por sus fuerzas no puede nada sin el favor de Dios; el cual no le faltará si él con humildad hace lo que es de su parte.

Presencia de Dios en el alma.- Acuda, pues, a lo íntimo de su alma y more dentro de sí; porque ciertamente ahí hallará a Dios. Pues el Señor, que está en todo lugar, principalmente se halla en el alma del hombre y mora en su cumbre simple y pura. *Allí mora en su misma imagen y nunca se aparta de ella.* Dichoso es aquel a quien asiste el mismo Dios, no solamente por esencia (como se sabe que está en todas las criaturas) sino también por gracia.

Presencia divina en las criaturas.- Porque Dios está en la tierra, en el mar, y en el aire y en todas las demás cosas por esencia; el cual dice por Jeremías: “Yo lleno el cielo y la tierra”;² *de suerte que está más íntimo a cualquier criatura que ella a sí misma.* Y ningún ser tendrían las criaturas, mas todas se volverían en nada; pues, como son de nada, se volverían a la nada de donde son, si Él no estuviese íntimamente en ellas dándoles

¹ Salmo, 15, 8.

² Jeremías, 23, 24.

ser. Y así se dice de Dios muy bien que es la esencia de todas las cosas que tienen ser, el cual, con el ser esencial de su presencia, hace que todas las cosas que crió tengan ser.

Presencia de Dios en todo lugar.- Él está todo en cualquier criatura; y todo, sin dividirse, en cualquier lugar. En el cielo manifiesta su gloria, en el infierno ejecuta su justicia. Una de las grandísimas penas que padecen los que están en el infierno es que tienen a Dios presente en sí, y nunca, con todo eso, pueden gozar de Él. Digo, pues, que está Dios íntimamente en todas las cosas y las penetra secretísimamente y también está en lo íntimo del alma, oculto a todos los sentidos y sin ser sentido de ninguno de todos ellos. Por lo cual, dice Isaías: “Verdaderamente Tú eres Dios escondido”.¹

Presencia purísima.- Con toda su esencia está presente en todo lugar, y, con todo eso, ninguna cosa sucia lo inficiona; porque nada le es a Él sucio sino el pecado, y tampoco éste lo tizna ni inficiona. Así como ninguna torpeza ni suciedad llega al sol, aunque con su resplandor alumbre un muladar. Y estando Dios todo en todas las cosas, es superior a todas ellas.

Cómo ha de hallar a Dios dentro de sí.- *Así que ha de creer sin vacilación el varón espiritual que el invisible Dios está cerca y dentro de sí; y esté delante de sus ojos como esposa casta, con un temor santo, con reverencia y humildad, diciendo con el Profeta Elías: “Vive el Señor, en cuya presencia estoy”.²* Asimismo repita muchas veces dentro de sí estas palabras: “El Señor está presente, el Señor me mira.” Cuando está muy distraído, vuelva a la presencia de Dios con la memoria de estas mismas palabras. Así ha de traer puestos los ojos en el Señor, dando de mano a todas las demás cosas, como si se viese delante

¹ Isaías, 45, 15.

² 3a. Reyes, 17. 1.

de la misma esencia de Dios,¹ y como si en parte ninguna hubiese más que Dios y él. Enciérrese en Dios y more en Él como en una recámara, o como en el cielo. *Gócese y alégrese de que tan fácilmente lo pueda hallar en sí mismo, y de que tenga tal y tan grande tesoro dentro de sí. Y lo halla en sí tan sólo con acordarse de Él; empero lo halla mucho mejor en sí, cuando se llega al íntimo centro y cumbre de su alma.*

Cómo ha de mantenerse en la presencia divina.- Si por estar ocupado en alguna plática o negocio, no puede tan libremente atender a Dios, no por eso deje enteramente su recogimiento, ni se aleje de Dios, mas esté de continuo allá, en su interior, suspirando por Él; de suerte que, acabada aquella ocupación y dejadas al punto todas las cosas que no son Dios, récojase a lo íntimo de su alma y aplique todo su espíritu a Dios. Porque, *si interiormente no está vacío de todas las cosas, como si nunca las hubiera visto, no sera apto para considerar la luz eterna.*

Entonces será sin duda bienaventurado, cuando ni la frecuencia y multitud de los hombres, ni otro ninguno impedimento le pudiere quitar de la presencia de Dios; y *esto será cuando de tal suerte estuviere unido con Dios, y encerrado y fundado en Él, que siempre lo vea más que a otra cosa ninguna.*

Por cierto que aquel a quien Dios ha dado verdadera resignación y desprendimiento interior, y que no atribuye a sí ni usurpa algún beneficio de los que el Señor le hace, aunque el tal esté siempre ocupado en todos los negocios y ocupaciones del mundo, ningún daño le hace todo eso, como él tenga fuerzas para llevar semejantes cargas. Por tanto dice uno de los Padres: “Quien no se aficiona demasiado a cosa ninguna exterior, antes pasa y deja correr todas las cosas sensibles y temporales, y se desinteresa de las que no le incumben, diciéndose a sí mismo: “yo sólomente he de buscar a Dios con la intención y con el amor, las demás cosas no me importan, vayan con Dios, déjenme”; aquel, pues, que jamás busca su gusto y propio interés, sino que en todas las

¹ 4º Reyes, 3.

cosas, así prósperas como adversas, pura y simplemente va enderezado a Dios, éste tal puede hacer todas sus obras perfectamente, sin distraerse y perseverar en muchos negocios como si fuese uno solo.”

Por el contrario, aquel que en todas las cosas no mira puramente a Dios, ni lo tiene en sí íntimamente impreso, con los lugares, con los hombres y con cualesquiera cosas fácilmente se derrama y turba. Este tal, alejándose de Dios, anda muy a peligro; porque está expuesto a los golpes de los enemigos.

El divino modelo.- El varón contemplativo tenga delante de los ojos de su alma a Jesucristo. Esposo de ella, que con gran primor viste las estrellas, despojado de sus vestiduras, despreciado, herido, afligido con inmensos dolores, y colgado en la Cruz. No le mire como a hombre solo, sino como a Dios y hombre, y verdadera luz. Forme, pues, una imagen sobrenatural del superesencial y Señor nuestro Jesucristo. Adórelo, alábelo y glorifíquelo. Considere y salude sus rosadas llagas. Piense bien su piedad, dulzura y caridad inmensa.

Líbrese de esta manera de todas las imágenes de las cosas terrenas y bajas (esto es, de las formas y semejanzas) y de todo otro impedimento y bullicio; conserve, de esta suerte su memoria pura y limpia, como un tálamo para su celestial esposo. Porque, haciendo esto, agradará sumamente al mismo Dios y, al fin, cayéndose voluntariamente de su alma las imágenes de las criaturas, se le dará el esencial recogimiento interior.

Perseverar confiadamente.- Y porque le parezca que no es para ello, o por la molestia que al principio recibe, no ha de dejar de hacer todo cuanto pudiere; pues muchas veces suelen hacer la obra imperfecta y mal acabada los que son principiantes en algún arte hasta que con la práctica consiguen la plena y expedita pericia en dicho arte. Algunos, cuando ven que han pasado uno o dos años en aquel trabajo y que no han alcanzado lo que desean, pierden el ánimo y dejan lo comenzado, mas no hacen bien,

porque *mucha perseverancia es menester que tenga el que desea llegar al fin de la perfección.*

CAPÍTULO IV

De algunas aspiraciones que siempre y en dondequiera se deben traer a la mano

Mas para que el varón espiritual se haga apto para el santo recogimiento interior, y para acudir al centro de su alma, aprenda y encomiende a la memoria algunas aspiraciones suaves y encendidas, que como flechas las tire a Dios, y con que en dondequiera, ora esté sentado, ora se pasee, pueda acudir a Él y juntarse y unirse con Él; y ha de hacer esto no con ímpetu demasiado (porque con la fatiga no dé con el ejercicio en el suelo), sino con suavidad. Señalaremos aquí algunas formas de semejantes oraciones.

1.- ¡Oh Señor Dios!, yo pecador, vilísimo, no merezco que la tierra me sufra. ¡Ay, que me aparté muy lejos de Ti! que eres Sumo Bien, y moro en la región muy apartada, en la región dela desemejanza. Miserable soy y ciego, nada soy, nada puedo sin Ti. ¡Ea, piadoso y dulce Jesús, ten misericordia de mí. Lávame con tu preciosa sangre, y límpiame de todo pecado, y sáname perfectamente, para que te agrade.

2.- ¡Oh!¿cuándo moriré a mí perfectamente y seré libre de todas las criaturas? ¡Oh! si fuese verdaderamente manso y humilde de corazón; verdaderamente pobre y desnudo de espíritu. Concédeme, Señor, que llegue a tu perfecto amor, por la perfecta negación de mi mismo, por la perfecta mortificación de mis vicios. Tú me mandaste que te amase; dame lo que me mandas y mándame lo que quisieres. Concédeme que te ame con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas y con todo mi espíritu. Ten por, bien de reparar y reformar todas las fuerzas desoladas y

destruídas de mi alma, con las de tu alma santísima. Desnuda mi alma de toda multitud y bullicio, desnúdala de todas las imaginaciones y recuerdo de las cosas terrenas. Concédeme que la tenga libre para el recogimiento interior; concédeme que pueda correr siempre a Ti con un firme pensamiento, claro conocimiento y encendido amor.

3.- ¡Oh, buen Jesús! ¡oh, esperanza mía y refugio mío!; ¡oh amado, amado, amado, el más amado de los amados! ¡Oh, mi especial amor! ¡Oh, florido esposo, esposo suave! ¡Oh, dulzura de mi corazón y vida de mi alma! ¡Oh, esencia de mi esencia y reposo alegre de mi espíritu! ¡Oh, mi deseado consuelo y mi gozo sin mezcla! ¡Oh, día hermoso de la eternidad y serena luz de mis entrañas! ¡Oh, mi lucidísima recámara y mi muy fresco paraíso! ¡Oh, amable principio mío y suma abundancia mía! Dios mío, ¿qué quiero yo fuera de Ti? Tú eres mi verdadero y eterno bien. ¡Ea, Señor! lléveme en pos de Ti, para que alegre, pura y perseverantemente corra al olor de tus vitales ungüentos.

4.- Apareja, amado mío, apareja en mí una apacible y deleitosa morada para Ti; para que vengas a mí y tengas en mí tu morada. Mortifica y quita de mí todo lo que te desagrada. Apártame y arráncame de todo cuanto hay debajo de Ti. Hazme hombre a medida de tu corazón. Hazme conforme a tu sagrada humanidad. Hiere lo íntimo de mi corazón con la flecha de tu amor. Embriaga mi espíritu con el vino de la perfecta caridad. Júntame a Ti íntimamente y transfórmame y múdame todo en Ti, para que puedas tener en mí tus deleites y regalos.

5.- ¡Oh Señor! ¿cuándo te agradaré en todas las cosas? ¿Cuándo estará en mí consumido y muerto todo gusto propio? ¿Cuándo seré todo tuyo? ¿Cuándo no vivirá en mí cosa ninguna fuera de Ti y de tu muy agradable voluntad? ¿Cuándo no vivirá en mí cosa ninguna sino Tú? ¿Cuándo te amaré ardentísimamente? ¿Cuándo me abrasarás todo en la llama de tu vivo fuego? ¿Cuándo me derretirás todo, habiéndome penetrado con tu eficacísima suavidad? ¿Cuándo me abrirás, si te llamare, y me mostrarás tu hermisísimo reino que está dentro de mí, el cual eres

Tú con todas tus riquezas? ¿Cuándo me arrobarás, anegarás y esconderás todo en Ti? ¿Cuándo quitados todos los impedimentos y medios, me harás contigo un espíritu, y me juntarás a Ti con un nudo ciego? ¡Ea!, único y especial amor de mi corazón, ten por bien de que esto se haga muy en breve, porque te deseo, por Ti suspiro y por tu amor desfallece mi alma, etc.

El principiante en las cosas espirituales rumie entre sí estas oraciones con devoción y espíritu. Acaso muchas veces le bastará para ejercitarse una sola, o dos de las sobredichas aspiraciones; mas alguna vez, si tiene lugar, las podrá decir todas, que le será de mucho provecho, y esto con solo el espíritu, si no gusta de decir las también con la boca. Si solas estas palabras: “¡Oh Señor Dios!”, se piensan y repiten muchas veces con devoción, podrán tener a un hombre en la presencia de Dios, o, en el mismo Dios, y desechar de él las imaginaciones peregrinas y vanos pensamientos.

CAPÍTULO V

Que con las aspiraciones fervorosas a Dios puede uno llegar muy presto a la perfección, a la sabiduría de la teología mística y a la divina unión, y que merecen ser llorados los que no hacen caso de esta unión

Camino breve de perfección.- La verdadera mortificación y negación de sí mismo, junto con estas aspiraciones jaculatorias y deseos fervorosos a Dios, son un atajo muy cierto, con que breve y fácilmente se llega a la perfección y a la sabiduría de la teología mística y a la divina unión. Porque semejantes aspiraciones penetran y vencen eficazísimamente todos los medios que hay entre Dios y el alma. Verdaderamente, que *cuantas veces*

uno, apartándose de todas las cosas de este mundo, vuelve a Dios su corazón enteramente con humildad y amor, tantas le sale Dios al camino y le da nueva gracia.

Error de algunos sobre la mística unión.- Grandemente merecen ser llorados aquellos que, siendo dados a cosas sensuales y contentándose solamente, con los ejercicios exteriores por toda su vida, se olvidan del centro interior de su alma, y de aquella bienaventurada unión. Porque éstos, estimando en poco la verdadera mortificación de sí mismos y consumiendo la edad y las fuerzas en aquellas cosas que no son principalmente necesarias, aprovechan muy poco o nada en las cosas del espíritu, estándose siempre en sus mismos descuidos. Y dicen, ya que no con la boca, a lo menos con el corazón y con las obras, estas palabras: Trate de esa unión con Dios el que quisiere, que nosotros no nos preocupamos de ella, porque no somos para ello.

Es fácil para todos.- También pueden los simples e ignorantes alcanzar esa sabiduría y unión mística; porque aquí no es necesaria alguna singular delgadez de ingenio, sino pureza y humildad de corazón, estar libre y desnuda el alma de todas las cosas, y un amor fervoroso. El humilde y encendido afecto, es el que lleva el nombre de esa soberana unión, harto más que el sutil y curioso entendimiento. Antes digo que por más ingenio y erudición que uno tenga, y por más conocimiento que tenga de cosas altas y soberanas, si no se humilla, si no se hace pequeñito y pobre y desnudo de espíritu, no podrá alcanzar los secretos de aquella sabiduría que sólo Dios por sí mismo la enseña, y, conforme a esto, alegrándose nuestro Salvador en espíritu, dijo al Padre: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y prudentes y las revelaste a los pequeñitos.¹

Ventajas de la unión.- Buenos son por cierto y muy aceptos

¹ Mateo, 11, 25.

al Señor lo ejercicios exteriores, el cantar devotamente las divinas alabanzas, el rezar muchas oraciones, el hincarse de rodillas, el ocuparse en Dios con devoción sensible, el ayunar, velar y hacer otras obras de esta suerte; mas mucho mejor es sin comparación ninguna el ejercicio interior con que el hombre se levanta a Dios con grandes ansias y con gran fervor, no por los sentidos e imágenes, sino en cierta manera sobrenatural, para unirse con Él. Por cierto, tanto mayores penas padecerán en el purgatorio, acabada esta vida, con semejante imperfección, cuanto más aquí se buscaron a sí mismos los que por su voluntad propia y gusto se ocupan solamente en ejercicios exteriores, y no procuran mortificarse a sí mismos y unirse a Dios en espíritu.

Dios llama a todos.- A éstos no los desecha el benignísimo Señor, empero deseando obrar en ellos, espera si por ventura alguna vez los hallará dispuestos y libres de los impedimentos. Déjalos en sus ejercicios y pensamientos, porque Él no hace fuerza a nadie. Realmente, si los impedimentos estuviesen quitados, desea Dios llevarlos todos a su conocimiento y unirlos consigo. *Sufre muy mal que nos contentemos con cosas pequeñas, pues Él está dispuesto para dárnoslas sumas y soberanas; porque desea dársenos a sí mismo en una manera excelentísima.*

Centro natural del alma.- Y por cierto que el alma libre de pecados y desconciertos, naturalmente camina a su principio y origen que es Dios, como naturalmente sube el fuego a lo alto, y la piedra baja a su centro. Porque el lugar natural del alma y su propio centro es Dios, en el cual sólo puede hallar su quietud y descanso. Así como el sol visible necesariamente comunica su luz al espejo que se le pone delante y forma en él su imagen, así el alma, limpia y libre de los impedimentos, es ilustrada de los rayos clarísimos del sol invisible y resplandece en ella excelentísimamente la imagen de ese divino Sol.

Medios que Dios nos da.- ¡Ah cuánta es nuestra ceguedad y descuido! Somos criados para gozar de Dios y para conocer el abismo de su bondad, y aun para que en este miserable destierro nos juntemos con Él y para que en alguna manera gustemos de la bienaventuranza venidera. Díósenos la memoria para que nos acordásemos de Dios, y el entendimiento para que por la fe y contemplación aprovechásemos en el conocimiento de Dios; y la voluntad para que escogiésemos y amásemos a Dios. ¿Por qué, pues, dejamos estar baldías estas potencias excelentísimas del alma, y las envilecemos y abatimos, pensando, conociendo y amando solas estas cosas bajas? ¿Por qué las sumimos en el cieno podrido? Dejemos, pues, os ruego, las tinieblas, volvamos el rostro y dejemos las torpezas y sigamos la luz y la pureza. Acordémonos de la nobleza que tenemos y consideremos que nuestras almas están ilustradas con la imagen de Dios, y sacudiedo toda la flojedad y descuido, dando de mano a todos los impedimentos, procuremos juntarnos con Dios por verdadero amor; como se juntaron con Él los santos apóstoles, los mártires, los confesores y vírgenes innumerables. Pues ellos, muriendo enteramente a sí y al mundo, fueron íntimamente unidos al Señor; entre los cuales tuvo el más excelente lugar, después de su Hijo, en toda perfección de Dios. Porque aquel ama de veras a Dios, a quien el mismo Dios le es todo el ser que tiene; a quien le dan gusto las cosas celestiales y le enfadan las terrenas; el que sabe recoger todos sus sentidos exteriores, desnudar los interiores de todas las cosas de este mundo y aplicar a Dios todas sus potencias; aquel que en echando de ver que piensa en cosas vanas y que dejó el recogimiento interior, luego, dando a otros de mano, acude al centro esencial de su alma y se vuelve enteramente a aquel bien simplicísimo que es Dios; y en conclusión, aquel a quien la dulzura de su Creador le convierte en amargura todas las cosas criadas.

CAPÍTULO VI

De la memoria y meditación de la vida, pasión y llagas de Jesucristo nuestro Señor

Devoción excelentísima.- El que se ejercita en la vida espiritual, tenga siempre guardada en el cofre de su corazón, como una piedra preciosísima, la amable vida y pasión de Cristo. Y considere al mismo Señor, como dijimos arriba, no como hombre puro, sino como a verdadero Dios y hombre; porque así jamás estará sin Dios. Cuando le fatiga ocuparse mucho en meditaciones altas y soberanas, acuda de buena gana a la humilde humanidad del Señor, ejercitándose en la memoria de lo que hizo y sufrió por nosotros. Empero ha de huir la imaginación vehemente y demasiada, para que no le dañe la cabeza. Ponga su nido en la Cruz o en la imagen de Jesucristo crucificado, la cual representa la suma de su vida y pasión. More y descanse en las sabrosas llagas del mismo benignísimo Jesús, y cuando come o bebe, si no está ocupado, moje con devoto pensamiento los bocados que come en su purísima sangre; y saque la bebida de sus rosadas llagas. *Una aspiración siquiera humilde y amorosa, que se haga a las dulces llagas del Salvador, le es al mismo Señor más agradable que toda la armonía y suavidad de las voces y músicas.* Con razón habían de llorar, aunque fuesen lágrimas de sangre, los especiales amigos de Dios, porque el día de hoy están olvidadas en todo el mundo esas excelentísimas llagas de Cristo. *No es posible que pueda alguno con humildad leer o pensar algo de la pasión del mismo Señor (aunque acaso sea con poco afecto y devoción) sin que de ahí saque muy mucho fruto para su salvación;* así como no es posible que quien tocó, aunque fuese muy poco, en la harina o en el bálsamo con los dedos, deje de

sacarlos cubiertos de harina o llenos de licor y olor del bálsamo. *Aunque no se haga más que mirar con devoción la imagen de Jesucristo crucificado, no será inútil ni vana semejante mirada.*

Camino de la contemplación mística.- Imprima, pues, íntimamente el varón espiritual en las potencias de su alma y en los sentidos de su cuerpo la imagen excelentísima de la humanidad de Cristo crucificado, y anéguese todo en ella. Porque ésta, al fin, lo levantará admirablemente a la imagen superesencial y desnuda de toda forma, digo al Verbo eterno y sabiduría del Padre, a la altísima divinidad de Cristo. *Porque la humanidad del dulcísimo Jesús es un camino seguro y la misma puerta para entrar a la divinidad. Y realmente en vano aspira el varón espiritual a la mística y verdadera contemplación, si no se quiere ocupar en la meditación de la pasión del Señor y en la verdadera humildad.* Porque si no la tiene por fundamento, cuanto procurare subir más por la contemplación, tanto más profundamente caerá. El varón espiritual aunque más lleno de gracia, fuese algunas veces arrobado por encima de su lumbré natural y absorto en las riquezas de Dios, y venturosamente se pierda en esa lumbré de la gracia, mas cuando volviera sobre sí, al punto deberá poner muy acertadamente los ojos del alma en Jesucristo crucificado, adheriéndose siempre a este amable fundamento.

Conviene, pues, sin duda, que unas veces considere la incomprensible divinidad de Cristo, y otras su nobilísima humanidad; y por ésta suba a aquella y de aquella torne a ésta. Porque así será regado maravillosamente por la corriente de la divina gracia, “como el árbol plantado a las corrientes de las aguas”.¹ De esa suerte entrará y saldrá venturosamente y hallará pastos muy agradables.², así en la humanidad de Cristo, como en su divinidad. *Porque la suma de todos los ejercicios interiores es que, apartándonos de todas las cosas, sólo a Dios abracemos amorosamente en el íntimo centro de nuestra alma, y que nos*

¹ Salmo, 1. 3.

² Juan, 10, 9.

escondamos en la amable humanidad de Cristo y nos conformemos con ella.

Considere diligentísimamente el varón contemplativo, con cuán encendido amor, y con cuan inefable gozo, el mismo Jesucristo haya tomado carne humana y obrado nuestra salud; cuán bien haya tratado nuestros negocios, *teniendo a cada uno de nosotros delante de los ojos de su corazón, en cualquiera cosa de las que hacía y padecía.* El cual, después de haber sufrido por espacio de treinta y tres años tan grandes trabajos por nosotros, al fin quiso también derramar su propia sangre y padecer una muy cruel y afrentosa muerte, para limpiar los pecados que habíamos cometido y cada día cometemos. Revolviendo, pues, en su memoria el varón espiritual esta piedad y caridad tan grande del Hijo de Dios, desee pagarle el amor que nos tiene, o esté *aparejado a sufrir por su amor no solamente las aflicciones temporales de esta vida sino también los tormentos eternos. Compadézcase íntimamente de su Señor y Dios atormentado por su causa. Y si es duro de corazón, muéstrole su dureza y humíllese. Muchas veces agrada a Dios más el deseo de tener compasión, que la misma compasión.*

Imitación de Cristo.- Mas el varón contemplativo no haga lo que suelen hacer algunos que, meditando con gran devoción y dulzura exterior y aun con lágrimas, en la pasión de nuestro Salvador, no quieren mortificar sus vicios y seguirlo. No ha de obrar así; mas contemple esa pasión del Señor como verdadero cristiano, deseando imitar los ejemplos de su santísima caridad, obediencia, humildad, paciencia y resignación. Desee conformarse en todas las cosas con la sacratísima humanidad de Cristo; y que, así como el espíritu de Dios estuvo siempre levantado, encendido, libre, sereno, quieto y alegre, así también lo esté el suyo. Pues aunque cuando estaba Cristo colgado en la cruz sentía y padecía tormentos gravísimos, cuanto al centro de su alma y a las potencias superiores gozaba de la divinidad no menos que goza ahora en el cielo. Y así como el alma de Cristo fué triste,

compasiva, modesta, mansa, mortificada y humilde, y su cuerpo templado, casto, puro, honesto laborioso y sufrido, así también lo sea el varón espiritual en su espíritu, su alma y su cuerpo. Pídale a Cristo con grandes ansias que le conceda esto; porque ninguna cosa le importa más, pues *la suma de la perfección consiste en esta conformidad*. ¡Oh! cuán venturoso es el que ha llegado a ella; porque en efecto le sucedió a éste lo que el apóstol San Pablo desea a todos los fieles, diciendo: “Dios que es el autor de la paz os haga a todos santos, para que vuestro espíritu entero, vuestra alma y cuerpo persevere sin pecado ninguno hasta que venga Jesucristo nuestro Señor”¹

Y es mucha razón que esté triste el alma del verdadero cristiano, a imitación de la de Cristo, cuando considera que muchos no solamente no sirven a Dios, antes abominablemente lo desprecian, y se ensucian con pecados y se condenan. Y ¿cómo no se ha de doler el que es de veras cristiano, viendo que se pierden tan hermosas y nobles criaturas? Porque cualquier alma racional (como esté hermo­seada con la imagen de la santísima Trinidad) es sin comparación más excelente que el cielo y la tierra. Tanta semejanza tiene con Dios, de quien tiene su principio, que ninguna criatura le puede comprender. Y el alma del pobrecito más despreciado no es de menos quilates que la del príncipe más honrado.

¹ Thesalonicenses, 5, 23.

CAPÍTULO VII

Del desamparo y calamidad interior, y que la verdadera perfección no consiste en la mucha abundancia de consuelos

Conducta en la tribulación.- Cuando el varón contemplativo es desamparado del consuelo o influencia de la divina gracia y es molestado de alguna frialdad interior, dureza de corazón, oscuridad de entendimiento, distracción de alma o de otra miseria semejante; no por eso ha de dejar sus devotos ejercicios, ni ser impaciente o murmurar contra Dios, ni buscar como huir esa molestia; no deje su recogimiento interior, no busque satisfacciones de los sentidos, ni se ocupe en hablar o en oír vanidades, ni gaste el tiempo sin provecho; *mas perseverando fielmente con Dios y dejándose a su voluntad y disposición, y resignándose en ella, sufra con paciencia tranquila aquella tribulación* y hágase fuerza a sí mismo para ocuparse en lo que importa, o aplíquese a alguna obra exterior conveniente. Ore entonces con humildad y sirva de buena gana al Señor a su propia costa, aunque sea con trabajo, *y levante a Él su espíritu, ya que no con suavidad, sea a lo menos con diligencia. Porque aunque le sean desabridas las obras que hace, estando en semejante fatiga, si hace lo que es en sí, le son muy aceptas a Dios y le dan mucho gusto.* Dígale, pues, a Dios: “Señor, aunque, ordenándolo Tú así, hubiese de estar todos los días de mi vida y aun hasta el día del juicio sin ningún linaje de consuelo, querría estar siempre, con tu favor, muy dispuesto para sufrir cualesquiera pesadumbres y molestias por graves que fuesen por tu amor.” *Muy errados andan los que imaginan que solamente agradan a Dios sus obras y ejercicios cuando son regalados de Dios sensiblemente.*

La tribulación y la santidad.- No consiste por cierto la

verdadera perfección en tener mucha dulzura, ni grande abundancia de consuelos; sino en *dejarse uno a sí mismo y todas sus cosas, por amor de Dios; en negarse y mortificarse de veras, y, substituyendo enteramente su propia voluntad por la de Dios, perseverar libre y sosegado en cualquier suceso y en estar unido con Dios y hecho un espíritu con Él.* Así que la verdadera perfección se alcanza con la entera resignación y mortificación; la cual no se ha de prometer ninguno a sí mismo mientras hubiere en él siquiera una gota de sangre que no esté del todo vencida con una batalla recia, varia y perpetua contra los vicios, y que aun no esté abrasada y consumida enteramente con el fuego del divino amor. Algunos piensan que ya están perdidos, y como gente sin remedio, cuando son privados del consuelo sensible; y creen por el contrario que son muy aceptos a Dios y a sus santos cuando lo reciben: mas en eso se engañan (como dijimos arriba) y van muy errados. Porque *muchas veces donde Dios no es sentido, allí está principalmente con su gracia: y muchas veces le es al hombre mejor la sequedad del corazón que una grande abundancia de suavidad.* Pues por la sequedad y esterilidad conoce el hombre mucho más claramente que de sí no puede nada. Fuera de que aquella suavidad algunas veces se concede a los que viven mal y que están muy lejos de Dios. De manera, que *no es ese indicio certísimo de santidad, sino una manera de mostrar Dios su bondad por ella. La prontitud de ánimo con que uno está dispuesto para servir a Dios, no menos en las cosas adversas que en las prósperas, es la santidad y devoción cierta.*

Del deseo de consolación.- Verdad es que le podemos pedir muy bien a Dios consuelo y gracia sensible, en especial cuando se comienza la nueva vida, para que habiendo gustado la dulzura de la gracia de Dios, muramos más presto y más perfectamente a todos los vicios y nos juntemos a Dios (que es sumo bien) tenacísimamente; empero en semejante petición está escondida alguna imperfección, la cual quita no se qué del lustre a la entera y perfecta resignación de sí mismo. *No son el mismo*

Dios los dones y regalos que Dios hace, y así no es lícito poner nuestro fin en ellos. Los que en semejantes dones de Dios buscan su descanso, por más mínimo que sea, y que reciben la Sagrada Eucaristía para su propio regalo, aunque sea muy pequeño, ellos mismos se embarazan y estorban para no poder gustar a Dios en sí mismo, que es su origen y principio.

Debemos enteramente dejar que Dios obre en nosotros, y que nos dé todo lo que quisiere y cómo quisiere; hemos de permitir que nos lleve por la sombra de la muerte y por las tinieblas del infierno; quiero decir por terribles y espantosos trabajos.

Así que no nos hemos de angustiar, si nos falta la devoción sensible y el amor sensible (que por la mayor parte no es agua limpia) y tampoco si nos faltan las lágrimas exteriores, mas procure cada uno estar siempre unido con Dios por amor racional, o intelectual, esto es, por la buena voluntad, y tenga por sumo consuelo la voluntad de Dios. Porque sería gran disparate decirle cada día a Dios en la oración del Padre nuestro: "Hágase tu voluntad" y, con todo eso, turbarse y tener pena cuando ella se cumple.

CAPÍTULO VIII

Sumario de algunos preceptos que es razón que sepa el varón espiritual

De la oración.- Antes de la oración, y en ella, el varón espiritual ha de desembarazar su alma, tanto como pudiere, de las imaginaciones y cuidados de otras cosas, y, así, considerando a Dios presente, suave, devota, simple y amorosamente, y poniéndose él también delante de Dios, hágale oración y adórelo en espíritu y en verdad. Y para que aprenda a estar atento, considere con tranquila aplicación, cuando está en el coro, qué palabras van enderezadas a Dios, y qué son las que Dios dice; y

ésas diga y oiga con ánimo agradecido. *Mas si aun así no pudiere fijar bastante su espíritu, no por eso se turbe, sino resígnese y supla la perfección que le falta a su obra, con la verdadera humildad, y con la buena voluntad y deseo santo.*

Después que estuviera arraigado y fundado Dios en él y él en Dios, por la íntima unión, digo que cuando libre de todo bullicio llegare al íntimo centro simple y puro de su alma, (donde se halla Dios en su fuente primera), entonces le ofrecerá a Dios su oración fija y estable. *Realmente, como Dios conoce nuestra flaqueza, no desecha las oraciones devotas, aunque vayan con distracciones del alma, si el que ora va con cuidado y se distrae contra su voluntad, y esa su voluntad no la aparta de Dios.*

La oración exterior que solamente se hace con palabras es como la paja; la interior que se hace con el alma, es el mismo grano; y así la que se hace juntamente con el corazón y con la boca, agrada mucho a Dios. Con la boca se han de pronunciar las horas canónicas y las otras oraciones a que uno está obligado, ora sea por voto, ora por constitución de la Iglesia o de su religión. *No hay oración más excelente, que pedir uno a Dios que se cumpla en él y en todos los demás su muy amable voluntad.*

Si el varón espiritual se encomienda a algún santo que ya está en el cielo, no dude que le oirá su oración, aunque no diga palabra ninguna con la boca. Ponga los ojos en él como que está presente en Dios a quien está unido. Muy agradables le son sin duda a la Virgen María Madre de Dios, y a los otros santos, cualesquiera oraciones o alabanzas que digamos con devoción a honra suya; empero ningún servicio les podremos hacer más acepto, ni en cosa ninguna los podremos honrar más, que imitándolos a ellos en ser pobres de espíritu, en atender a la presencia de Dios en todo lugar y en acudir muchas veces a lo íntimo de nuestra alma. Mas la verdadera pobreza de espíritu es la verdadera humildad de corazón, con que uno se tiene por inferior a cualquiera criatura, y está libre y exento de todas las cosas caducas, y renuncia el deleite de todas las consolaciones interiores, y afligido, humillado, desamparado, ultrajado y despreciado tiene paciencia por amor de

Dios, no procurando desechar de sí semejantes molestias y pesadumbres.

De la predicación.- Oiga con prontitud y deseo de alma el varón espiritual la palabra de Dios y la doctrina saludable, sea quien fuere el que la dice y por más simple y llanamente que la enseñe. *Porque así sacará fruto perpetuo de lo que oye, aunque se le pase de la memoria.* Y si no recibe con tanto gusto las cosas espirituales, crea que no es por falta del que las dice o enseña, sino por su culpa y humíllese. No haga mucho caso de que quien las dice tenga algunos defectos, como diga la verdad. Atienda a la misma verdad, como sale de su origen y fuente, que es Dios, y no examine con curiosidad qué tal es el acueducto o canal por donde corre. Tenga la voluntad dispuesta para cumplir todos los preceptos útiles que oye o lee, en lo que le atañe.

De la lectura espiritual.- Cuando se quisiere ocupar en leer libros santos, busque solamente la honra y gloria de Dios, y no mire a su deleite o a alguna vana curiosidad, o a saber muchas cosas; y en un mismo tiempo no lea juntamente muchas cosas porque no pierda la serenidad y sosiego de su alma, y se fatigue interiormente. Sino lea con una solícitud reposada y con un hambre interior, no con negligencia y fastidio.

Las cosas que fueren buenas y saludables, recíbalas siempre sin desabrimiento, como si fuesen cosas nuevas, aunque acaso se hayan oído o leído muchas veces. Por cierto que *si con humildad, con devoción, con llaneza, cuidado y reverencia las leyere, sacará de ellas mucho provecho, aunque no las entienda plenamente.*

Dé gracias a Dios después de la lección, y ofrézcale lo que hubiere oído y leído en alabanza eterna, en unión de su divino amor. Si tiene lugar, rúmielo entre sí, y pídale a Dios favor para ordenar su vida conforme a ello, y para aprovechar con ello en el amor de Dios, *porque la oración hace que la lección sea de mucho provecho.*

Al que desea llegar a la íntima unión con Dios, y leer la soberana lección en el amable libro de la vida, y contemplar las vistas inefables en el espejo incorruptible de la divinidad, realmente le importa más considerar la pasión del Señor, orar y levantar el espíritu a Dios, acudir muchas veces al interior de su alma y morar dentro de sí mismo, que ocuparse de continuo en lección de libros materiales.

De la comunión.- El varón contemplativo reciba con gran contento la sagrada Eucaristía. Porque *con la humilde, frecuente y devota comunión, aprovechará más en la santidad de la vida y en la divina unión, que de otro cualquier ejercicio.* Y si acaso no la recibe cada día sacramentalmente, recíbala espiritualmente, con un deseo santo y con una verdadera disposición y aparejo. De esta manera la puede recibir cada día, no una sino muchas veces, con inefable fruto. ¡Oh Sacramento dignísimo y suavísimo, en el cual, debajo las especies de pan y también debajo de las especies de vino, recibimos a Cristo totalmente, esto es el cuerpo, alma, sangre y divinidad de Cristo! *También recibimos toda la Santísima Trinidad: al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, porque ninguna de estas tres Personas, que tienen una misma deidad y esencia, se puede apartar de las demás. Toda la Trinidad mora en el mismo cuerpo de Cristo; porqué toda la divinidad está en Él. Y el que con reverencia debida recibe el santísimo cuerpo de Cristo, es limpiado de todos los pecados y absuelto de los pecados mortales que no sabe, o que no se acuerda que cometió, pero de suerte que si los supiese los confesaría y haría penitencia de ellos. Asimismo se hace partícipe de todos los bienes que Cristo mereció en su vida, pasión y muerte, de todos los que se hicieron de Adán acá y se harán hasta el último escogido; finalmente, es unido e incorporado en Cristo, de donde recibe vigor y fuerza para resistir a los vicios y para perseverar en las buenas obras; y se transforma y muda en Dios, adornado ya de vida más pura y excelente y es lleno de toda la gracia de la santísima Trinidad.*

De la abnegación y la obediencia.- Abraze siempre y haga el varón espiritual lo que es más contrario a su propia voluntad y sensualidad. Niéguese y déjese a sí mismo todas las veces que alguno le pida algo que no sea ilícito; y esté aparejado a cumplir la voluntad ajena, guardando la verdadera discreción.

Jamás tenga alguna cosa en más que la santa obediencia. Más quiera coger las hojarascas de los árboles por la obediencia, que, siguiendo su propia voluntad, ocuparse en grandes obras y en soberanos ejercicios. Obedezca con prontitud de ánimo a su superior, aunque vea que es imperfecto. Considere que es vicario de Dios, hónrele y ámele sencillamente. Es tan ilustre virtud la obediencia, que afirman los santos que merece más aquel que de muy buena gana, por amor de Dios, ayunaría, pero por cumplir con el mandamiento de su superior, o con la constitución de su religión, come carne, con moderada templanza, que aquel que por su propia devoción ayuna a pan y agua. *No es posible que llegue a la perfección, quién no deja su voluntad y parecer y no obedece con prontitud de ánimo.*

Fidelidad a las inspiraciones.- Tenga en su interior gran cuenta, el varón espiritual, con las divinas inspiraciones, oyendo lo que habla el Señor en él; las cuales inspiraciones y movimientos interiores de Dios percibirá manifiestamente, si no tiene el alma embarazada, derramada e inquieta. Ofrezcase de continuo a Dios como vivo instrumento, y esté muy aparejado para cumplir su voluntad, diciendo con San Pablo: “Señor, ¿qué es lo que quieres que haga?”.¹

No resista a la voluntad divina en alguna cosa ni en algún ejercicio. No tenga por su propio gusto algún modo de vivir, ni costumbre, por santa que sea; ni haga cosa por su propia voluntad. Abrácese con el orden de vivir o con el ejercicio que Dios más le inspire interiormente y con el que siente que se enciende más en el divino amor, o que se junta más a Dios.

Uno es el camino esencial para alcanzar a Dios, más los

¹ Actos, 9. 6.

ejercicios son diferentes. Si acaso está dudoso si su propensión y buen deseo es de Dios, considere si seguiría totalmente la voluntad de Dios, si la supiese. Porque si, en efecto, tiene este deseo y pide a Dios que lo alumbré y enseñe, entienda que eso a que interiormente es tantas veces movido, es de Dios. como no sea contra lo que enseña la Escritura sagrada, ni la Iglesia. empero en las cosas más graves y de más importancia, por los engaños y ardidés del demonio, que se transfigura en ángel de luz, es mejor aconsejarse con hombres de experiencia, y seguir humildemente su consejo.

De la hermosura y perfección divinas.- Todo lo que el varón contemplativo ve de hermosura, todo lo que siente de suavidad, todo lo que considera de perfección en las cosas criadas, lo atribuya a gloria de Dios, que es la fuente y origen de todas las cosas. A éste ame con perfecto amor, dejando todas las criaturas frágiles y corruptibles; porque, teniendo a Él, tendrá todas las demás cosas. Porque Dios contiene en sí abundantísimamente todo lo que deleita o pueda dar gusto. Todas las perfecciones, que están repartidas en las criaturas, se hallan juntas y unidas en Él; y como Él sea el primero y principal dechado, y original de todas las cosas, también Él lo es todas; Él es el ser no criado de todas las cosas. Pues tuvo en su ciencia eterna todas las ideas y trazas de todas las cosas que hizo; y siempre tuvo conocimiento de todo cuanto crió, y siempre vivió y vivirá en Él Por eso dice el Evangelio, “todo lo que fué hecho tenía vida en él”. ¹ Y así nosotros también estuvimos *ab aeterno* en Dios cuanto a la idea y original. En Él, pues, tuvimos y tenemos un ser no criado; en el cual, o en cuyo conocimiento, viven eternamente todas las cosas; y esa misma esencia divina es un dechado y una idea de todas ellas. Porque toda la variedad que hay en ellas se encierra en aquella unidad simplícísima y superesencial de Dios; y en Él todas las cosas son una. De manera que están en Dios los verdaderos y perfectísimos dechados de

todas las cosas, los cuales perseveran incorruptibles eternamente. En este mundo sensible, las cosas que vemos solamente son unas sombras y señales que vuelan y pasan con el tiempo. La hermosura, la gracia, la suavidad, la riqueza, la dignidad y perfección de todas las cosas criadas son nada, si se comparan con la hermosura, gracia, suavidad, riqueza, dignidad y perfección del Criador, así como apenas es algo una pequeña gota de agua comparada con todo el mar Océano. Verdaderamente, si se comparasen con Dios el cielo, la tierra y cuanto tiene criado, y puede criar (porque si quisiese podría criar muchos mundos, y más excelentes que éste), es todo tan nada. o a lo menos tan poco, cuanto es la punta de una aguja comparada con toda esta máquina muy grande del cielo. Y así como ese sumo criador y Dios nuestro es eterno, sin principio y sin fin, así también es inmutable, sin alteración ni mudanza, y siempre es el mismo.

Los misterios divinos.- El varón espiritual, si no quiere errar, no escudriñe por que deja Dios a algunos en su error y ceguera y a otros no; mas dejándole a Dios sus juicios (que son un abismo, que no hay quien lo puede vadear), crea, sin dudar, que ninguna cosa hace ni permite injustamente.

No debe tampoco investigar temerariamente ni hablar con curiosidad de los misterios de la altísima e incomprensible Trinidad; antes bien, conserve simplemente la fe verdadera e íntegra de un solo Dios en tres personas; sabiendo que es tan imposible que alguien pueda explicar la Trinidad en sí misma como es imposible que alguien, estando en la tierra, llegue con el dedo a tocar el cielo, ¿Pues quién puede entender que el Padre, contemplándose a sí mismo y viendo con conocimiento clarísimo el abismo de su esencia perenne, a causa del inmenso goce, pronuncie su Verbo eterno, o sea, engendre al Hijo? Porque en este conocimiento de sí consiste la generación de su Hijo desde toda la eternidad. ¿Quién puede entender que el Espíritu Santo proceda y emane del Padre y del Hijo? ¿Quién comprende que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, en cuanto a la esencia, sean

verdaderamente una sola cosa, y no obstante, en cuanto a las personas, haya una profunda distinción, y que cada Persona contenga en sí a las otras dos? En esto, es absolutamente mejor conocer algo por experiencia que discurrir acerca de estos misterios. Los que reciben de Dios especial iluminación y llegan a alcanzar la mística unión con Él, adquieren un conocimiento más cierto de lo que pertenece a la fe católica y a sus misterios, que el conocimiento que nosotros tenemos de las cosas que claramente vemos con los ojos corporales.

Asímismo, el varón espiritual tampoco debe investigar el modo como el verdadero, vivo e inmortal Cuerpo de Cristo se halla en el Sacramento de la Eucaristía; antes bien, creyendo firmemente que nada es imposible a Dios, procure conservar una fe pura e inviolada en las cosas que no le es dado alcanzar con el entendimiento y la razón.

La lucha con las pasiones.- No desmaye por las tentaciones que le sobrevienen, porque la perfección de las virtudes se alcanza con buena guerra. Para grande provecho nuestro dejó Dios en nosotros las malas inclinaciones; y esto hizo para que, resistiéndolas nosotros valerosamente y peleando muy bien con ellas, algún día nos dé gloriosamente la corona en el cielo. No conviene que todos, en dos palabras, sin contradicción ninguna de tentaciones, lleguen a la perfección, pues aun lo que se siembra no suele dar luego su excelente fruto, sin que sufra primero la aspereza del invierno. Es cosa cierta, que los que son notablemente inclinados a los vicios y que con gran trabajo se apartan de las imágenes de las cosas perecederas que tienen como pintadas en su alma, si con cuidado se procuran mortificar y desasir, serán mucho mejores que aquellos que no tienen esas inclinaciones y pasiones, y con facilidad se desprenden de semejantes imágenes. Porque de más valor es el retrato del príncipe, labrado y esculpido con mucho trabajo en la piedra dura, que aquel que sin ninguna dificultad fué estampado en barro blando. Y realmente *si alguno de estos valerosos guerreros saliere de esta*

vida imperfecto, y estuviere algún tiempo en el purgatorio, alcanzará, después de purgado perfectamente, más alto grado en el cielo que el que no peleó tanto, ni tuvo tanto fervor, aunque por ventura vaya luego a gozar de Dios, sin ir al purgatorio.

También los varones perfectos sienten algunas veces algunos movimientos desordenados, en las potencias inferiores y sensitivas, empero hácenles resistencia con la razón y la voluntad. Verdaderamente que se embravece entonces la tempestad en el hombre exterior, pero en el interior hay entera paz. Pues no imagine el varón espiritual que pierda la divina gracia por lo que padece, contra su voluntad, en las potencias inferiores del alma.

Muchas veces suele Dios llevar adelante el bien y remedio de sus escogidos, con algunas cosas que les parece a ellos que antes les son contrarias; y así permite algunas veces que les vengan tentaciones torpes, horrendas e infernales. El siervo de Dios en ellas resígnese todo en el Señor, recogién dose dentro de sí mismo. Y no deje por eso de comulgar y hacer las demás obras buenas; pues por más que las sienta, ningún daño le hacen mientras no les dá consentimiento.

No haga más caso de las blasfemias y de otros desvaríos, que el demonio suele ofrecerle, que de moscas que andan delante de sí volando, volviéndoles luego el rostro y dejándolos. Si le molestan demasiado, hecha la señal de la cruz pida a Dios favor, y dígame: “Señor, guárdame limpio en tu acatamiento; yo querría más morir mil veces que consentir en este pecado o en esta abominable sugestión”. Acuda al árbol de la santísima Cruz o a la pasión del Señor. Y aunque por ventura sienta que está tan desamparado, que parezca que le dice Dios: “Apártate de mí, que no te conozco, no me contentas nada”, de ninguna suerte pierda por eso la esperanza; mas, lleno de fe, diga con el santo Job: “*Aunque me mate, esperaré en él*”,¹ y aunque esté metido en el infierno, de allí me librará”. Y, volviéndose a Dios, añada estas palabras: “Mucho me fatigan, Señor, las cosas que padezco, y me parece que no son muy conformes a lo que me importa; mas tú, que ninguna cosa

¹ Job. 13.15.

permities sin causa, sabes la razón de ellas; por tanto, confiado en tu bondad, me resigno todo en Ti". Crea que si él no deja a Dios, Dios no le dejará a él. Dios que conoce bien la flaqueza del hombre, templea con gran diligencia las tentaciones de sus escogidos, para que no sean mayores de lo que pueden sus fuerzas; como cuando la madre desnuda su niño, porque el demasiado calor no le lastime.

Las tribulaciones, señal de salvación.- El varón espiritual sufra con mucho contento cualquier tribulación y angustia de espíritu, acordándose de la pasión del Señor y de sus propias culpas, y semejante trabajo, venga de donde viniere, recíballo, no de otra mano sino de la del mismo Dios, *aunque por ventura le haya sucedido por su culpa.*

Esté dispuesto y aparejado para vivir en semejantes angustias y dolores aunque sea hasta el día del juicio, si es esta la voluntad del Señor. Porque *nada le puede suceder al hombre de más provecho que la tribulación, ora sea exterior, ora interior. Y ninguna señal hay más cierta de que uno es escogido de Dios, y señalado para el cielo, que sufrir tribulaciones con humildad y paciencia por amor de Dios.* Porque la tribulación es el anillo precioso y excelente con que Dios desposa consigo el alma. Es de tanta estima el padecer por Dios, que con mucha razón ha de pensar el hombre que no merece tanta honra. *Y una muy pequeña molestia, sufrida con paciencia por amor de Dios, es sin comparación más excelente que muchos y muy grandes ejercicios de buenas obras.*

Las tribulaciones son dones de Dios.- Cualquier trabajo representa, en cierta manera, alguna imagen de la pasión de Jesucristo nuestro Señor, y puede el hombre merecer en él una perfecta participación de esa misma pasión del Señor. Por la tribulación alcanza el hombre los dones de Dios, y, si los recibe antes de la tribulación, se conservan con ella. Todo lo que padecemos lo tiene el Señor prevenido *ab aeterno*, y supo que habíamos de padecer aquello así, y no de otra manera. Jamás Él

consentiría que a ninguno de los escogidos le sucediese adversidad ninguna interior o exterior por pequeña que fuese, ni aun soplar contra ellos el más mínimo viento de tribulación, si no supiese que les importaba mucho. Con el frío, con el calor, el hambre y sed, con las enfermedades y con otras cualesquiera aflicciones, no solamente limpia nuestras almas, empero también las adorna y pule maravillosamente; así como el diestro pintor suele con los matices y colores sacar una imagen muy acabada; y a la doncella noble, que ha de casar con un príncipe, la adornan y componen con diferentes y ricos aderezos y joyas.

Dice Dios a los que ha escogido soberanamente para el cielo y que especialmente los tiene reservados para su servicio: “Quien os tocara a vosotros, me llegará a mí a las niñas de los ojos”,¹ empero antes permitiría que los demonios, los hombres y los elementos, y otras cualesquiera criaturas los fatigasen y molestasen, que dejarlos de limpiar y adornar con las tribulaciones. Así que cualquiera tribulación y trabajo se ha de sufrir con paciencia, en lugar de infierno o depurgatorio. Porque *el alma que está pura y resignada de veras, en saliendo del cuerpo, va a gozar inmediatamente de Dios.*

Las tribulaciones nos transforman en Dios.- Dice un amigo de Dios: “Si luego que el hombre siente la aflicción y dolor, se resigna en Dios con humildad y perseverancia, semejante resignación es, en el acatamiento del Señor, como una cítara dulcísima, en cuyas cuerdas cantando el Espíritu Santo suavísimamente, con cierta armonía interior y oculta, regala muy mucho los oídos del Padre celestial. Hacen en esta cítara las cuerdas gruesas, esto es, las potencias del hombre exterior que por todas partes están ocupadas del dolor, un sonido bajo y triste; pero las cuerdas más delgadas, esto es, las potencias del hombre interior, que perseveran con perfecta devoción, y con resignación voluntaria y sufrida, hacen un sonido agudo y alegre. Con la tribulación gime la naturaleza sensible, mas la superior está

¹ Zacarías, 2, 8.

sosegada y quieta. Y por cierto que por las tribulaciones ardientes y encendidas, que consumen los mismos tuétanos de los huesos, se hace el alma muy amada esposa del esposo eterno, y reina especial; las cuales no de otra manera la disponen, que el fuego dispone la cera para que el artífice imprima en ella la forma que más gusto le diere. Realmente que si aquel Supremo Artífice ha de imprimir en el alma la nobilísima imagen de su Eterna Esencia, es necesario que dejada su antigua forma se mude y transforme sobrenaturalmente, pues ninguna cosa se puede vestir de la forma ajena, si no se quita y pierde primero la propia. Para la cual venturosa mudanza y transformación, dispone el todopoderoso Dios el alma con muy graves y espantosas tribulaciones. Porque a quien Dios determinó adornar con dones soberanos y transformarlo altamente, no tuvo Él por costumbre de lavarlo con suavidad y blandura, sino de zambullirlo todo en el mar de grandes amarguras”. Hasta aquí son palabras de aquel amigo de Dios.

De las caídas en pecado.- Cuando el varón espiritual peca, a sí solo eche la culpa; y más se duela y llore por haber ofendido a su Dios, padre fidelísimo y dulcísimo, que por hacer merecido los tormentos eternos. No procure huir aquella áspera reprensión, con que entonces es fatigado de Dios interiormente, mas sùfrala con humildad como medicina saludable. *Agrave sus culpas, mas no desespere.* No es su enfermedad incurable, ni sin esperanza de remedio, cuando de la caída se hace más humilde y cauto. Y, después de caído, *no se ponga a examinar con grandes escrúpulos cómo le sucedió aquello, ni ande entre sí, como huyendo de Dios, revolviendo mucho tiempo, más de lo que importa, su defecto; sino acuda luego a Dios,* y volviéndose a Cristo con un corazón contrito y amoroso (aunque le falte la compunción sensible), dígame: “Señor, a Ti me acojo, conozco mi culpa, ten misericordia de mí, pecador. Mis pecados y negligencias arrojé en el abismo de tus misericordias. Renuncio todo lo que te desagrade, y desecho todo lo que Tú no eres. Propongo con tu gracia enmendarme, lávame con tu Preciosísima Sangre.

En Ti espero, mi Señor clementísimo, y beso esa tu amable mano derecha que cuando caigo siempre me recibe”.

Cometido el pecado, es mucho mejor volverse a Dios, y acudir luego derecho a Él, que ocuparse y detenerse mucho examinando el pecado. Porque en ninguna parte podrá dejarse mejor la disformidad contraída por la culpa, que en Dios. *No es posible, realmente, que Dios, que es fuente de misericordia inmensa, deje de socorrer ni perdonar al que con humildad y confianza acude a Él, aunque hubiese cometido, millares de veces, todos los pecados del mundo juntos.* Sin duda que no se prende tan presto el fuego en el lino echado en él, como está Dios presto para perdonar al que de veras le pesa de sus pecados. Ninguna cosa se interpone entre la bondad de Dios y el pecador que hace penitencia; y la penitencia verdadera y la contrición excelente es tener un alma humilde, y apartar la voluntad de todos los pecados y de todo lo que impide el divino amor, y convertirla enteramente al mismo Dios. Oh, cuán dulce había de ser nuestro Dios a nuestros corazones, el cual más nos ama que nosotros mismos; y se nos da y ofrece liberalísimamente a sí mismo; siendo nosotros totalmente indignos de Él, por nuestra grande malicia e ingratitud. *Aun con saber, Él, que dentro de un momento le hemos de ofender, alegra muchas veces nuestros corazones con el consuelo de su gracia.*

De los defectos incorregibles.- *No se desconsuele el varón contemplativo por aquellos defectos que en ninguna manera puede acabar de vencer en sí; mas, resignándose en Dios, no haga más caso de ellos que de un poco de estiércol, que, derramado por el campo de su alma, la fertiliza para que dé más fruto.* Porque muchas veces suele Dios dejar algunos defectos espirituales y algunas culpas pequeñas en sus especiales amigos (que por la mayor parte son algo coléricos y precipitados, o padecen mucho tiempo algunos primeros movimientos) para que, conociéndose a sí mismos y dándose a conocer a otros, se humillen más; y la gracia que recibieron de Dios esté escondida como el fuego debajo de la ceniza, y se conserven mejor.

Muchas veces acaece que aquellos que aun están llenos de sí mismos y que son grandes en sus ojos, enfrenan más valerosamente en si los primeros movimientos, y en lo exterior sufren cualesquiera adversidades, con más esfuerzo que los amigos de Dios humildes y de veras resignados; porque éstos, en cuanto al hombre interior, perseveran quietos en las adversidades, mas en la sensualidad, la mayor parte se turban y aborrecen las penas y trabajos. Ruegue, pues, a Cristo el varón contemplativo, que supla todas sus imperfecciones. Al fin, *si tuviere paciencia, merecerá oír interiormente al mismo Cristo, que le dice: "Te doy gracias, hijo, porque has llevado conmigo mi cruz, sufriendo con paciencia, hasta el cabo, tus defectos.*

De los escrúpulos y pusilanimidad.- Huya siempre el varón espiritual el demasiado temor, la desordenada pusilanimidad, los superfluos escrúpulos de la conciencia, los cuidados inquietos y las angustias perplejas, como muy graves impedimentos. Arroje en Dios con humilde y entera confianza todos sus negocios; porque, así en lo interior y exterior, le proveerá Dios mucho mejor que todas las criaturas juntas. Las más veces suele el Señor dejar que se vean en mucha miseria y necesidad los que se meten demasiado en cuidados y obras exteriores, que o no quieren o no se atreven a fiarse de Dios, para que así echen de ver cuán poco vale su industria. Pues, el siervo de Dios no dé lugar a cuidados que no sean muy moderados y convenientes.

No le fatigue mucho el pensar si después de esta vida será necesario que vaya al purgatorio a purgar sus culpas, mas abandonándose por entero y resignándose tranquilamente en la voluntad, providencia y disposición de Dios entodas sus cosas, tenga por bueno y muy agradable cuanto quisiere hacer de él, así en el tiempo como en la eternidad. *Confíe sin duda que el piadosísimo Señor de muy buena gana le perdonará todos sus pecados, mas no pida ni desee que no los castigue.* Así como ama la divina misericordia, ame la divina justicia; de suerte que *esté*

dispuesto para sufrir por sus pecados las mismas penas del infierno, si lo pidiera el decoro de la divina justicia, y Dios lo quisiera así. Y con esto podrá alcanzar indulgencia plenísima, quedando absuelto de culpa y de pena.

Conozca que todas cuantas obras ha hecho, y cuantas tribulaciones ha padecido, no tienen quilates para poder satisfacer como es razón por sus innumerables pecados. Pues las buenas obras que hiciere y las adversidades que padeciere, las haga y sufra para aplacar a Dios, a quien ofendió, y para agradarle y hacerse su amigo; y en ellas mire solamente la honra, amor y voluntad de Dios. Y, para satisfacción de sus pecados, ofrezca a Dios los merecimientos, trabajos, obras, dolores y llagas de Jesucristo; porque éstas sin duda tienen valor para satisfacer enteramente por todos los pecados. *No confíe indiscretamente en su buena voluntad o en el buen propósito por más firme que sea, ni en la costumbre adquirida de muchos días, ni en su industria, virtud y diligencia, ni en los dones que ha recibido de Dios; mas ponga su esperanza solamente en el Señor, en sola su misericordia, y en solo el favor de su gracia; porque sin Él no es posible comenzar ninguna obra buena, ni perseverar en ella.* Desconfiando, pues, de sí, confíe en Él, que lo puede todo. Nada de cuanto bueno hace, o dice, o piensa lo atribuya a sí, sino todo a Dios; conservándose siempre en su nada, estimando más que a sí, aun aquellos que le parece que viven muy mal, porque, en efecto, si tiene algún bien, no es suyo sino de Dios. Porque de su cosecha es notablemente mal inclinado, y si la gracia de Dios no lo guardase, caería en innumerables y gravísimos pecados. Y así, dice el Señor con mucha razón: “Cuando hubiereis cumplido todo lo que se os mandare, decid que sois siervos inútiles”¹

Del deseo de aprovechar y desconfiar de sí mismo.- Por más que aproveche en el servicio de Dios el varón espiritual, nunca deje el deseo de aprovechar. Porque no podrá llegar a Dios tan alta y profundamente, mientras vive en este destierro, que no

¹ Lucas, 17, 10.

pueda entrar en él cada momento más profundamente. Así se haya siempre consigo, y así se humille y desprecie, como si ahora comenzara. Probablemente, mientras viviere en esta vida, habrá algo en él que no esté todavía del todo mortificado. Además, aunque llegara a tal punto que la vista de las criaturas no le muevan ni alteren; demos que, aunque se le ofreciesen las más preciosas bellezas humanas del mundo, las despreciara luego (no por quererlas mal, pero no haciendo caso de su vana y corruptible hermosura), con todo eso ha de estar siempre muy sobre aviso, y tener consigo grandísima cuenta toda la vida. Aunque en cualquiera lugar, y entre cualesquiera hombres que se halle, sepa recogerse, atendiendo a dar la preferencia a Dios y estar con Él, con todo eso, es muy justo que si le diesen a escoger, que escoja un lugar quieto y apartado de todo bullicio y que se aparte de las ocasiones de ofender a Dios.

Examen diario.- A la noche, cuando se recoge a dormir, dé de mano a todas las ocupaciones que no son para aquel tiempo. Piense los descuidos que le ha hecho aquel día, en que ha ofendido al Señor, cuán negligente ha sido en su servicio y cuán ingrato a sus beneficios; y confiese delante de Dios esas culpas, proponiendo de confesarlas a su tiempo al confesor, y, con la ayuda del Señor, de enmendar su vida. póngase en la cama honesta y castamente; y rumiando entre sí alguna cosa espiritual, duerma entre santos pensamientos y devotos deseos, para que pueda decir con la esposa: Yo duermo y mi corazón vela.¹

Ofrecimiento matutino.- En despertando por la mañana, acostúmbrese a poner luego su primer pensamiento, su primera intención y sus sentidos en Dios, con amor y alegría espiritual; para que Dios lo visite y le dé su gracia. Ofrezcase a Dios en alabanza eterna. Mas si, en despertando, se sintiera fatigado, que no pueda libremente levantar el espíritu a Dios, no por eso desmaye; mas lleve con paciencia y humildad semejante molestia.

¹ Cantares, 5, 2.

Porque no medirá Dios su devoción por aquella confusión y desorden de su espíritu, sino por la buena voluntad y obras santas que se siguieren. Y si entre sueños le hubiere sucedido alguna torpeza, luego que pasado el sueño volviere sobre sí, abomine de todo ello, y confíe en el Señor.

Visiones y revelaciones.- No dé crédito indiscretamente a sueños y visiones; porque fácilmente engaña el demonio a los que fían en ellas, y las desean y estiman en mucho. Demos que por diez años enteros fuesen verdaderos los sueños y visiones de alguno, procurará el demonio después, por engañar a un hombre indiscreto, el modo de mezclarse en ellos alguna vez, transfigurándose en ángel de luz. Semejantes revelaciones se han de examinar con la divina Escritura y con los dichos de los santos; y si conforman con ellos, podrán ser recibidas por verdaderas; de otra manera, se han de dejar y no hacer caso de ellas. Asimismo es necesario tener gran cuenta si por ventura aquel a quien se hacen las revelaciones del cielo hacen al hombre humilde de espíritu, resignado y blando; mas las ilusiones del demonio, por el contrario, hacen al hombre soberbio, amigo de su parecer y obstinado. Realmente que algunos especiales y perfectos amigos de Dios suelen algunas veces tener arrobamientos, y se les hacen excelentes revelaciones. A veces aprenden la verdad que les es necesaria a ellos y a otros, y a veces algunas cosas que han de suceder, las cuales se les muestran o por palabras o por imágenes corporales, o por semejanzas espirituales, o por revelación intelectual, que se le muestra a su alma. Y no son las más excelentes las que se les explican en alguna manera con palabras; empero que sea lo que sienten estos mismos varones perfectos, cuando en efecto son arrobados en Dios, y unidos íntimamente con Él, no se puede explicar con palabras, ni comprender con el entendimiento. Los cuales en ningún regalo que Dios les haga buscan su descanso; mas los imperfectos (de los cuales también algunos incurren a veces en cierto pasmo y sueño o enajenamiento de espíritu, y ven cosas admirables en imágenes y formas) fácilmente

se aprovechan de los dones de Dios, ora sea para vanagloria, ora para su propio deleite y regalo.

CAPÍTULO IX

De la intención que el varón espiritual ha de tener en sus obras, y cómo las ha de encomendar al Señor y unirlas a las obras de Cristo; y cómo ha de suplir sus imperfecciones con los merecimientos del mismo Jesucristo

Rectitud de intención.- Acostúmbrase el varón espiritual, por una intención santa, a referir sus obras a gloria de Dios, y a juntar y unir por la oración y deseo con las obras y dolores de Cristo, así las obras que hace, como los trabajos que padece; porque así sus obras y trabajos, que son muy imperfectos y de ningún valor, se harán perfectísimos y nobilísimos, y serán muy aceptos a Dios.

Unión a los méritos de Cristo.- Porque de los merecimientos de Cristo a quienes estuvieren unidos, recibirán inefable dignidad y valor y merecimiento; así como una gota de agua echada en un vaso de vino se consume, y del mismo vino recibe el maravilloso olor y sabor, las buenas obras del que hace esto con devoción, exceden sin comparación ninguna a las del que no las hace. El varón espiritual podrá, si no está contento con aquella intención interior con que sin palabras mira y desea la gloria sólo de Dios, decir antes de sus buenas obras al Padre eterno: “Padre santo, yo me encomiendo todo en tus manos, y todas mis obras en unión del amor de tu querido Hijo; y te suplico

que tengas por bien de recibir todo cuanto yo hiciere para gloria eterna de tu Nombre, y para salud y remedio de todos los hombres. “O podrá decirle a Cristo de esta manera: “Oh Señor Jesucristo, que estás dentro de mí, cuanto a la divinidad, ten por bien hacer de mí esto, como fuere tu voluntad, para bien y salud de todos los hombres”. Antes de comer, o antes de dormir, teniendo lugar, dirá: “Concédeme Señor Jesucristo, que a gloria y honra de tu Nombre tome esta refección templadamente, o tome este sueño honestamente, en unión de aquella piedad suavísima, con que Tú, Dios mío, hecho hombre, tomaste por mí la refección o el sueño corporal estando en este mundo.” Algunos hay que mientras comen rúman estas palabras entre sí: “¡Oh mi amado Jesús!, la virtud de tu divino amor me incorpore y junte contigo íntimamente;” y cuando beben, éstas: “La dulzura de tu divina caridad, mi amado Jesús, corra por mis entrañas, y penetre toda mi substancia, para tu eterna gloria.” Los religiosos que tienen lectura mientras comen, han de estar atentos a ella si la entienden.

Ofrecimiento de obras.- El varón espiritual ha de encomendar sus obras y ejercicios al piadoso y suave Corazón de Jesucristo (que está unido al corazón de la divinidad de donde mana todo bien) para que allí se enmienden y perfecciones; y ofrézcalas para alabanza eterna de Dios, de ésta o de otra manera semejante: “Buen Jesús, yo encomiendo a tu divino Corazón esta obra que hice, estos mis ejercicios para que los encomiendes y perfecciones, y te los ofrezco para tu alabanza eterna; y para salud de toda la Iglesia, en unión de aquel amor con que Tú Dios nuestro, quisiste hacerte hombre y morir por nosotros”. O de esta manera: “En unión de tus perfectísimas obras y ejercicios”. De la misma suerte podrá ofrecer sus oraciones, en unión de las oraciones del Señor; sus ayunos, en unión de los ayunos del Señor; su comida y su sueño, en unión de aquella inestimable caridad con que el mismo Cristo, hecho hombre por nosotros, comió o durmió en este mundo, Asimismo podrá ofrecer sus palabras en unión de las sacratísimas palabras de Cristo; y

también las lágrimas que algún día derramó, las podrá ofrecer en unión de sus purísimas lágrimas etc. Si la ofrenda va enderezada al Padre, ofrezca sus obras, ejercicios y palabras en unión de las obras, ejercicios y palabras del Hijo, como está dicho, o puede decir así: “Padre santo, yo te ofrezco estos mis ejercicios, estas mis palabras, por amor de tu único Hijo, en virtud del Espíritu Santo, para alabanza eterna de tu Nombre, y para salud y bien de todos los hombres”.

Ofrecimiento de penas.- Empero casi de esta suerte podrá ofrecer sus tribulaciones, ora sean gandes, ora pequeñas; ora interiores, ora exteriores: “Yo te ofrezco, dulcísimo Señor Jesucristo, esta molestia, esta tribulación, este impedimento, esta angustia, esta tentación, o estos dolores, esas calamidades y todo cuanto he padecido en mi vida, en unión de tu sacratísima Pasión, o en unión de todo lo que padeciste por mí. Ofrezcolas para gloria eterna de tu Nombre y para bien y salud de toda la Iglesia.” O le podrá decir al Padre: “Padre santo, yo te ofrezco todos mis trabajos y molestias en unión de la Pasión sacratísima de tu muy amado Hijo, para gloria eterna de tu Nombre, etc.”

Satisfacción por los pecados.- Para enmienda, paga y satisfacción cumplida de todos sus pecados y negligencias y de todos los pecados de todos los hombres, así vivos como difuntos, y para su salud y remedio, ofrecerá al Padre eterno los merecimientos de Jesucristo; le ofrecerá su Encarnación, Nacimiento, Vida, Pasión y Muerte, Resurrección y Ascensión; o en especial, ofrecerá por su soberbia, la humildad de Cristo; por su impaciencia la paciencia de Cristo; por su incontinencia, la continencia de Cristo, y por su malicia, la inocencia de Cristo, y podría decirle a Jesús: “¡Ea, Señor mío! responded por mí y satisfaced por mis pecados, ofreciendo al eterno Padre los merecimientos de vuestra santísima humanidad”. Asimismo podrá ofrecer por sus pecados y por los ajenos, la Hostia santísima, cuando el sacerdote la hubiere consagrado en la Misa. De paso

advertimos aquí, que esta Hostia santísima se puede ofrecer para aumento del gozo y gloria de algún santo que ya está en el cielo. También se les puede ofrecer a los santos el Corazón dulcísimo de Jesucristo (el cual es tesoro de toda bienaventuranza) para aumento de la gloria de los mismos santos

Plegaria universal.- Cualquiera cosa que el varón espiritual pidiere en nombre del Hijo, ora sea perdón de sus pecados, ora sea otra cosa necesaria para su salud y remedio, la alcanzará fácilísimamente. Como si le dijese al Padre: “Padre clementísimo, ten misericordia de mí, perdona a este pecador. Perdona, Señor, mis pecados y negligencias, por los merecimientos de tu único Hijo” Porque no es posible que no le sea muy aceptable al Padre eterno la petición y ofrenda que se le hace por los merecimientos de su único Hijo; así como lo que se mira por alguna piedra preciosa, o vidrio de color de oro, o carmesí, forzosamente ha de parecer dorado o colorado. Y porque en el cielo ni en la tierra no tiene el Padre eterno cosa que más quiera que a su único Hijo. Y por eso la Iglesia, nuestra Madre, suele concluir sus peticiones diciendo: Por Jesucristo, Señor nuestro.

Podrá también pedir a Cristo el varón espiritual que supla sus imperfecciones con estas o con otras palabras semejantes: “Buen Jesús, yo te sirvo con mucha imperfección, yo te alabo imperfectísimamente; yo te deseo y amo no como es razón, todavía estoy muy lejos de la verdadera negación y mortificación de mi mismo, de la verdadera humildad, mansedumbre, paciencia, caridad, continencia; te suplico, pues, Señor, que tengas por bien de suplir en mí lo que me falta, ofreciendo al Padre eterno tu divino Corazón.” O podrá decir así: “Las alabanzas y el oficio divino que he rezado, y este mi tibio y distraído servicio, lo encomiendo todo a tu divino Corazón, para que en ello me enmiendes y perfecciones; y te lo ofrezco para gloria de tu Nombre, y salud de toda la Iglesia, en unión del amor con que Tú oraste y alabaste a tu Padre en la tierra; ruégote que a ti mismo te alabes en mí perfectísimamente”. Cuando estas cosas

se dicen con humildad, sin duda que suple Cristo todo lo que al hombre le falta. Creámoslo así, que será realmente. Porque infaliblemente alcanzamos del Señor lo que nos importa, si con humildad y segura confianza esperamos que lo alcanzaremos.

Aquel que pide a Jesucristo que satisfaga por él y se reviste con sus méritos infinitos, y a pesar de esto se queda medroso y vacilante, es semajante a un hombre que despojado de un vestido pobre y sucio para vestir ornamentos de príncipe, sin embargo, no sabe dar a su porte la nobleza y gravedad que exige la pompa real, antes bien conserva sus maneras rústicas y su andar sin elegancia ni distinción.

Todo esto que hemos dicho fué Dios servido de revelarlo a algunos especiales amigos suyos; para que así hagamos nuestras obras de valor y merecimiento, y para que por este camino aliviemos nuestra pobreza con el tesoro infinito de los merecimientos de Cristo; y para que hermoseemos nuestras almas con los mismos merecimientos de Cristo, y , en conclusión, para que por este orden satisfagamos facilísimamente por nuestros pecados.

CAPÍTULO X

Declaración de un muy devoto ejercicio para cada día

Recogimiento.- Aunque el varón contemplativo, cuanto lo permite la flaqueza humana haya de estar siempre recogido interiormente, con todo eso, cada día, si no es impedido, ha de procurar presentarse delante de su Esposo celestial, y unirse con Él, ora sienta devoción, ora no, escogiendo para esto alguna hora conveniente, y no le ayudará poco para ello el ejercicio que arriba pusimos, adonde señalamos algunas oraciones o aspiraciones con

que levantar el espíritu; empero aquí enseñaremos otro, que afirman los Padres que es muy provechoso, y no lo estimará en poco el que comienza la vida espiritual.

Contrición de los pecados.- Primeramente, pues, recogidas todas sus potencias y sentidos, póstrese en espíritu a los pies de Jesucristo, y llore allí sus pecados con humildad y dulzura, arrójelos en el abismo de las misericordias de Dios; para que, anegados allí, se consuman y vuelvan en nada. Ha de desear con todo su corazón no haber jamás ofendido a Dios; para que por este camino merezca agradarle como si nunca lo hubiera ofendido. Proponga de huir, con su divina gracia, todo lo que le desagrade; y pedir perdón por los merecimientos de la Humanidad de Cristo, y por los de la gloriosísima Virgen María y de todos los santos; y pedirá ser lavado con la Sangre preciosísima de Jesucristo, y ser sano y santificado perfectamente; y de esta suerte *estará confiado de que ha recibido plenaria indulgencia y perdón de todos sus pecados.*

Dar gracias por los beneficios.- Levantándose, luego hará una breve memoria de la Vida y Pasión de Cristo, y dará gracias a su soberano Redentor.

Humildad y abnegación.- Después se humillará a toda criatura, y a todos los hombres los estimará en más que a sí, y los amará a todos; y renunciará todo cuanto hay debajo de Dios; ha de resignarse enteramente en la divina voluntad; y estará aparejado para sufrir cualquiera adversidad. Procurará hacer todo esto sin fingimiento alguno; *mas si no puede con entero corazón y voluntad decirlo, a lo menos sea como mejor pudiere, y agradecerá en ello al Señor.*

Plegaria para alcanzar la divina unión.- Esto acabado, le pedirá al Señor lo que le es necesario para llegar a la íntima unión con Él.

Intercesión de la Virgen y de los Santos.- Después, pedirá favor a la gloriosísima Virgen María, Madre de Dios, y a los demás ciudadanos del cielo para que por su intercesión alcance la gracia que desea.

Orar por los vivos y por los difuntos.- Asimismo rogará por todos aquellos por quien Cristo nuestro Señor se quiso ofrecer en sacrificio al Padre eterno. Rogará por todos los cristianos y por todos los infieles que hay en el mundo; compadeciéndose íntimamente de los que afean con sus pecados la hermosísima imagen de Dios, que tienen impresa en sus almas, y se apartan de la bienaventuranza y reino celestial. También se compadecerá mucho de las almas que están en el purgatorio. De esta manera, tendrá cuidado de toda la casa y familia de su Señor, y deseará grandemente la salud y bien de todos. Y así facilísimamente alcanzará que use Dios con él de su clemencia.

Alabanzas a la Santísima Trinidad y deseos fervientes.- Concluídas estas cosas, enderazará su oración a la Santísima Trinidad, y prosígala con alabanzas; tendrá un deseo de alabar a Dios, más perfectamente de lo que le alaba y puede alabar. Porque *ante Dios, el deseo de hacer una buena obra cuenta como la obra misma; recibiendo la buena voluntad del hombre en lugar de las obras que no puede efrecer ni practicar. Y cuan grandes queríamos que fueren nuestros deseos, tan grandes son en el acatamiento de Dios.*

Últimamente el varón contemplativo amorosamente levantará a Dios su espíritu, y deseará con encendidos deseos la bienaventurada unión con Él.

CAPÍTULO XI

De este mismo ejercicio cotidiano en forma de oración, con que el varón espiritual podrá aprovechar mucho en la divina unión

Por el contento del que comienza las cosas espirituales, paréceme bien poner aquí una forma de orar conforme al sobredicho ejercicio.

Dolor de los pecados.- “¡Oh Señor Dios mío Jesucristo! ¿qué diré? Hincó las rodillas de mi corazón, y confieso mis pecados. Porque pequé a ti sólo he ofendido. Pequé contra tí, benignísimo Creador mío; pequé contra ti, muy amable bienhechor. ¡Ay! que siempre te fuí muy ingrato, y no te guardé fidelidad. Soy vilísimo, soy polvo y ceniza; nada soy, Señor; ¡ten misericordia de mí, ten misericordia de mí! En tus muy amadas llagas echo todos mis pecados y negligencias, que son innumerables y gravísimas; y las arrojo en el inmenso fuego de tu amor, y las anego en el infinito abismo de tus misericordias. ¡Ojalá, Señor, nunca te hubiera ofendido, ni hubiera impedido en mí tu gracia! ¡Ojalá te hubiera siempre agradado, y en todas las cosas hubiera siempre obedecido a tus inspiraciones y voluntad! Propongo de huir de aquí adelante, con tu divina gracia, todo lo que te desagrada; estando dispuesto de morir antes que ofenderte. ¡Ea, piadoso Jesús!, perdóname por los merecimientos de tu santísima humanidad, por los merecimientos de tu santísima Madre y de todos tus santos. Lávame con tu preciosa Sangre y límpiame interiormente, sáname y santifícame perfectamente”.

Acción de gracias.- “Te adoro, alabo, glorifico, bendigo y te doy gracias, Señor Jesucristo, por todas tus misericordias y

beneficios. Te doy gracias, ¡oh Hijo de Dios vivo!, altísimo Dios, que por el excesivo amor con que me amaste, tuviste por bien hacerte Hombre. Quisiste nacer por mi en un establo, y, niño, ser envuelto en pobres pañales, fajado con pobres mantillas, reclinado en un duro pesebre, mantenido con la leche de tu dulce Virgen y Madre; quisiste sufrir pobreza y necesidad, y padecer muchos y muy diferentes trabajos y molestias, por espacio de treinta y tres años. Quisiste, por las grandes angustias que te fatigaban, ser cubierto de un sudor de sangre, ser preso, atado, condenado, escupido, herido con bofetones y pescozadas y vestido como loco, de una vestidura blanca. Quisiste ser cruelmente azotado y coronado de espinas, enclavado en una Cruz y beber hiel y vinagre. Tú, que vistes las estrellas, estuviste por mi causa colgado en una Cruz desnudo, despreciado, llagado y afligido; por mi derramaste tu purísima Sangre, y por mí padeciste muerte. ¡Ea, dulce Jesús! única salud mía, concédeme que te ame con un amor encendido, y que me compadezca de ti íntimamente. Abrazo tu venerable Cruz con los brazos de mi alma, y por tu gloria y amor la beso. Reverencio las coloradas y sabrosas llagas, que por mi amor recibiste, y donde me tienes dibujado y esculpido. Salve, salve, salve, resplandecientes y saludables llagas de mi Señor y amador mío”.

Acto de humildad y resignación.- “Heme aquí, Salvador mío, digno de toda reverencia, yo, pecador abominable, me pongo en el más ínfimo lugar, y en el último de todas las criaturas, porque no merezco que me sufra la tierra. A todos los hombres los prefiero a mí, a todos me sujeto, y me señalo por siervo de todos. A todos los amo con la sincera caridad que puedo, especialmente a los que me molestan y persiguen. Renuncio por tu amor todo pecado y vanidad, todo deleite y desconcierto, toda propia voluntad y poca mortificación. Dejo y renuncio a todas las cosas inferiores a ti, sólo a ti escojo entre todas ellas. En ti me resigno enteramente. Deseo y ruego que tu muy agradable voluntad se cumpla en mí, así en el tiempo como

en la eternidad. A ti me ofrezco con ánimo de sufrir con tu gracia, a gloria de tu Nombre, cualquiera ignominia o injuria, cualquier baldón, cualquier afrenta, cualquier tribulación y dolor. Estoy dispuesto para carecer de cualquier consuelo sensible. No huiré, siendo tu voluntad de vivir en la misma pobreza y aflicción que Tú viviste”.

Plegaria para obtener la mística unión.- ¡Ea, suavísimo Jesús! mortifica en mí todo lo que te desagrada, adórneme con tus merecimientos y virtudes. Dame humildad, obediencia, mansedumbre, paciencia y caridad verdadera; dame una perfecta continencia de mi lengua, y de todos mis miembros y sentidos; dame pureza, desprendimiento, libertad interior, y recogimiento íntimo de mi alma. Conformar mi espíritu con el tuyo, mi alma con la tuya y mi cuerpo con tu santísimo Cuerpo. Serena y alumbrar lo íntimo de mi alma con la luz de tu divinidad. Creo que, cuanto a tu divinidad, estás dentro de mí ; suplicote, pues, Dios mío, que seas servido de mirar por mis ojos, oír por mis orejas, hablar por mi lengua, y obrar por todos los demás miembros lo que fuere tu voluntad. Líbrame de todos los impedimentos, para que si en alguna manera es posible, sea contigo unido perfectamente. Méteme por tus sacratísimas llagas al íntimo centro de mi alma, y trasládame en ti. Dios mío y mi origen; para que sienta en mí una vena de aguas vivas, y te conozca claramente, te ame encendidamente, y sea contigo unido sin medio ninguno, y en ti descanse por una quieta fruición, a gloria de tu Nombre. Óyeme, Señor mío, no conforme a mi voluntad sino conforme a la tuya; óyeme como sabes que conviene a tu honra, y a mi salud y remedio”.

Súplica a María y a los Santos.- “¡Oh María, dulcísima madre de Dios, oh Reina gloriosísima del cielo!, ten misericordia de mí. Intercede por mí, ¡oh, azucena de la resplandeciente y siempre sosegada Trinidad!, para que por ti abrace con amor perfecto a tu Hijo Jesucristo, y para que sea hombre conforme a

su Corazón. ¡Oh santos y santas de Dios y ángeles bienaventurados , ayudadme! Rogad por mí, flores fresquísimas de la patria celestial; para que por vuestros merecimientos agrade al sumo Rey, con cuya clara y suave contemplación estáis siempre alegres”.

Plegaria por los vivos y por los difuntos.- “¡Ea, misericordiosísimo Jesús!, apiádate de tu Iglesia, apiádate de todos aquellos por quien tu derramaste tu Sangre preciosísima. Convierte a los miserables pecadores. Convierte a los herejes y cismáticos, alumbra a los infieles que no te conocen. Ayuda a todos los que están en alguna necesidad y tribulación. Ayuda a los que se han encomendado o desean encomendarse en mis oraciones. Ayuda a mis padres, parientes y bienhechores, haz que todos cumplan tu voluntad. Concede a los vivos perdón y gracia, y a los difuntos descanso y luz eterna. Por todos ellos te ofrezco tu preciosísima Sangre, ofrézcode todo lo que quisiste hacer y padecer por nuestro remedio; ofrézcode los merecimientos de toda tu Humanidad”.

Alabanza a la Santísima Trinidad y fervientes deseos.- “¡Oh altísima , clementísima y benignísima Trinidad! Padre, Hijo y Espíritu Santo, un solo Dios, enseña guía y ayuda a este que en tí espera. ¡Ea, Padre soberano!, por tu infinito Poder, fija mi memoria en ti, y llénala de santos y divinos pensamientos. ¡Ea, Hijo, por tu eterna Sabiduría ilumina mi entendimiento, y adórnalo con el conocimiento de la suma verdad y de mi vileza. ¡Ea, Espíritu Sato!, que eres Amor del Padre y del Hijo, por tu incomprensible Bondad traspasa en ti mi voluntad, y enciéndela con un ardor de caridad que jamás se apague. Ojalá, ¡Oh Trinidad dignísima de ser alabada!, ojala yo te pudiese amar y alabar tan perfectamente, cuanto te aman y alaban todos tus santos y ángeles. Heme aquí , Señor, que celebro , todo cuanto puedo, tu sabia y benigna Onnipotencia, bendigo tu Sabiduría omnipotente y benigna; glorifico tu Bondad sabia y omnipotente. Empero,

pues no soy suficiente para alabarte como es razón, ten por bien de alabarte Tú a ti mismo en mí perfectísimamente. Con grandísimo contento pusiera en ti solo el amor de todas las criaturas, si lo tuviera ¡Oh Señor Dios! , ¡Oh amado principio mío!, ¡oh esencia sumamente simple!, sumamente quieta, sumamente amable, ¡oh abismo sumamente dulce!, sumamente deleitoso, y que merece ser sumamente deseado. ¡Oh alegre luz mía y suave alegría de mi alma! ¡Oh rio impetuoso de inestimables deleites, oh piélago de inefables gozos, oh cumplimiento sin término de todo bien! ¡Oh Dios mío, y todas las cosas! ¡Oh suma suficiencia mía! ¿Qué quiero yo fuera de ti? Tú solo eres único e inmutable Bien mío. A ti solo debo buscar; a tí solo busco y deseo. ¡Ea!, llévame en pos de ti. Abrásame con el fuego encendidísimo de tu amor. Mira mi desamparada pobreza, mi ignorancia y ceguedad. Ábreme, Señor, que te llamo; abre a este huérfano que te está dando voces. Anégame en el abismo de tu divinidad, absórbeme todo, y hazme un espíritu contigo, para que puedas tener en mí tus regalos “.

Si a alguno le pareciere largo este ejercicio, podrá repartirlo en muchas horas, resumirlo brevemente en pocas palabras o sin ellas.

CAPÍTULO XII

Qué es lo que ha de esperar el varón contemplativo que persevera en las cosas sobredichas, y como se hace la unión mística; y de algunos consejos a este propósito y del centro íntimo del alma o cumbre del espíritu

Fruto seguro.- Si el que comienza la vida espiritual se

ejercitare cada día en estas cosas y se juntare a Dios; si procurare sin cesar llegarse a Él con interiores coloquios y amorosos deseos, si perseverare constante en la negación y mortificación de si mismo, no abandonare su santo propósito ni por sus repetidas faltas ni por innumerables distracciones de su pensamiento, realmente llegará a la perfección y a la mística unión; y si no en la vida será en la muerte, y si tampoco entonces la alcanzare, la alcanzará sin ninguna duda después de la muerte del cuerpo.

Eficacia del deseo.- Porque en la eternidad gozará *esa misma perfección tanto más o menos, cuanto mayor o menor hubiere sido el deseo con que la procuró aquí. Pues Dios, por los deseos santos nos dará su eterna bienaventuranza, aunque en esta vida no lleguemos a conseguir lo que deseamos.* Tenga, pues, buen ánimo el varón espiritual; pida, busque y llame; acordándose de aquella fiel promesa de Jesucristo nuestro Señor, que dice: “el que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama le abren”, ¹ esto es, cuando conviene. Crea que *no es posible que se quede sin fruto oración alguna por pequeña que sea, ni aun el más pequeño suspiro.*

Ame en los demás amigos de Dios la perfección que él desea, aunque no la tenga. Gócese, y dé gracias al Señor por los beneficios que reciben de su mano; porque así, libre de toda envidia, por la caridad y agradecimiento hará como si los bienes ajenos fueran suyos propios.

Oración para alcanzar la unión divina.- Podrá (y le será de mucho provecho) repetir en el corazón estas palabras: “Oh Señor Dios mío!, Tú siempre me estás presente, Tú moras, en lo íntimo de mi alma. ¡Oh bien simplicísimo y suavísimo! ¿cuándo te hallaré? ¿cuándo me juntaré a ti con un nudo inseparable? ¡Oh deseable principio mío! ¿cuándo tornaré a ti, y, dejada la antigua forma me transformaré sobrenaturalmente en ti? ¡Ea, Señor!, ten misericordia de este pobre desterrado, ten misericordia de este

¹ Lucas, 11, 10.

pobre desterrado, ten misericordia de mí, vilísimo pecador. Limpia, Señor, y santifica mi corazón; levanta y alumbra mi alma. Hazme interiormente puro, simple, desprendido de todo y libre; hazme hombre a medida de tu corazón. Enciéndeme y abrázame totalmente con el fuego de tu amor; para que mi alma toda derretida corra en tí, y sea contigo unida sin algún medio, a gloria de tu Nombre. ¡Oh Jesucristo!, Hijo de Dios vivo, hazme conforme a tu santísima Humanidad”.

Descripción de la mística unión.- Dichoso el hombre que de continuo procura la pureza de corazón, y que se ocupa en el santo recogimiento interior, acudiendo a lo íntimo de su alma, y totalmente renuncia su amor propio, su propia voluntad, y propio gusto; porque el tal merece acercarse más y más a Dios; y al fin, levantadas, clarificadas y adornadas con la divina gracia sus potencias superiores, alcanza la unidad y pureza de su espíritu, y posee un puro y simple amor, un pensamiento simplícimo, ajeno a todos otros pensamientos. Y así, en haciéndose capaz de la inefable y excelente gracia de Dios, es llevada a aquella fuente viva que corre *ab oeterno*, y, hasta hartar, sustenta las almas de los santos.

Resplandecen entonces sus potencias como unas estrellas, y se hace capaz para contemplar el abismo de la divinidad con una serena, simple y alegre vista, sin que allí obre la imaginación ni el entendimiento. Y así, cuando con amor se convierte a Dios enteramente, resplandece en su centro una luz incomprensible, la cual dando de hito en los ojos de la razón y del entendimiento, los oscurece; mas queda abierto el ojo simplicísimo del alma, esto es; el pensamiento puro, simple, y libre de toda imagen, y levantado sobre el entendimiento. Y el alma oscurecida, y a la lumbre del entendimiento con tanta claridad, ninguna cosa ve en el tiempo más levantada sobre todo tiempo y lugar, y toma una propiedad de la eternidad. Porque perdiendo las imágenes y distinción y consideración de las cosas, aprenda ya, por experiencia, que Dios pasa y se levanta muy mucho sobre todas las imágenes

corporales, espirituales y divinas, y sobre todo lo que el entendimiento puede comprender de Dios, y se puede decir o escribir de Él y de cualquier nombre que se le puede poner.

Ve clarísimamente que todas esas cosas están muy lejos infinitamente de la verdad de la divina esencia. Con todo eso, no sabe qué cosa sea este Dios que siente en sí. De aquí es que alcanzado ese conocimiento, descansa en solo Dios amable, puro, simplicísimo, y no conocido. Porque la divina luz, por su demasiada claridad no es posible penetrarse, y así se llama tiniebla y oscuridad. Aquí recibe el alma la palabra escondida que Dios le habla en el silencio interior, y en lo más secreto de su alma. Ésta recibe y siente por experiencia el abrazo de la mística. Porque, después que por amor se arrebató sobre el entendimiento y sobre todas las imágenes, y aun sobre sí misma (lo cual es obra que solo Dios la puede hacer), saliendo de sí, se pasa en Dios que entonces es su paz, su descanso y fruición. Pues aquella alma, en semejante arrobamiento, con mucha razón canta: “Dormiré y descansaré en paz, juntamente con Él”.¹

Digo, pues, que aquella alma enamorada de Dios se deshace y desfallece en sí misma; y como convertida en nada, se encierra en el abismo del eterno amor de que gusta. Porque en aquella soledad, y oscuridad anchísima de la divinidad, se pierde, y perderse allí es hallarse. Allí, despojándose realmente de lo que es humano y vistiéndose de lo divino, se transforma y muda en Dios; así como el hierro metido en el fuego, toma forma de fuego y se muda en fuego. Empero semejante alma, deificada, no deja su ser, así como el hierro, aunque esté encendido, no deja de ser hierro. De manera que la misma alma, que primero estaba fría, arde ya; y la que antes estaba oscura, resplandece ya; y la que antes estaba oscura, resplandece ya; y la que antes estaba dura, ya está blanda. Verdaderamente todo aquel color que tiene es de Dios, porque toda su esencia está empapada en la esencia de Dios. Toda ella abrasada en el fuego del divino amor; y, toda derretida, se pasa en Dios y está sin medio unida con Él, y hecha

¹ Salmoo, 4 y 9.

con Él un espíritu, como del oro y del cobre derretido se hace un metal.

Empero hay diferentes grados de estos que así se arroban en Dios; porque tanto uno llega a Dios más profunda y soberanamente, cuando más eficaz encendida y amorosamente se convierte a Él, y cuanto más en esa obra se desnuda de todo propio gusto e intereses.

Dionisio Areopagita, en el libro que escribió a Timoteo, de la Mística teología, le exhortó de esta manera a la sobredicha unión. “Tú, dice, amigo Timoteo, para que puedas recibir las contemplaciones secretas, por medio del ejercicio interior del alma, deja las potencias sensitivas e intelectuales y sus operaciones, y a todos sus objetos, así de las cosas que tienen ser, como de las que no lo tienen; y procura con todas tus fuerzas, como si no entendieses, unirme a Aquel que es sobre toda sustancia y conocimiento. Porque cuando te levantes sobre ti mismo despojado y puro de todo deseo y cuidado, y sobre todas las cosas, por un arrobamiento de alma, y dejándolas entonces todas y estando libre de ellas, volarás por la contemplación al rayo supersustancial de la divina oscuridad.” Y después de algunas palabras dice: “El varón contemplativo, desamparando las cosas visibles y las intelectuales, entra y se anega en la secreta oscuridad a donde no alcanza el entendimiento, a donde se encierra todo saber y conocimiento, y todo se anega en Aquel que es sobre todas las cosas, a donde no llega ningún sentido”. Y poco después: “Pedimos, dice, ser levantados a esta oscuridad que excede a toda luz, y por un arrobamiento del alma (a donde el entendimiento no ve ni conoce cosa alguna), ver y conocer a Aquel que es sobre toda vista y conocimiento. Porque aquí el no ver ni conocer, es ver y conocer de veras”. El mismo Dionisio, escribiendo a Doroteo, diácono, habla así de esta oscuridad: “La divina oscuridad es una luz inaccesible, en donde se dice que mora Dios. Ésta es invisible por la demasiada claridad que sobrepuja a toda sustancia; y la misma es inaccesible por la gran abundancia de luz supersustancial que de ella procede. Aquí llega

cualquiera que mereció conocer y ver a Dios, y es anegado en ella; y, no viendo ni conociendo, es más íntimamente unido a Aquel que excede toda vista y conocimiento, conociendo que Él es sobre todas las cosas sensibles e inteligibles, y diciendo con el Profeta: *Tu admirable sabiduría excede mi capacidad, y se encumbra más de lo que yo puede alcanzar.*¹ De esta manera dice que conoció a Dios el santo y admirable apóstol, San Pablo, el que conoció que *era sobre toda ciencia y entendimiento*²; y así dice que sus consejos no se pueden comprender con algún entendimiento, ni escudriñarse sus juicios, ni contarse sus gracias, y que *su paz también excede a todo entendimiento.*¹ Porque había hallado a Aquel que era sobre todas las cosas y sabía y sobrepujaba toda la capacidad del entendimiento humano, porque a todas las cosas hace grandísima ventaja el Autor de ellas." Estas son palabras de Dionisio, discípulo del apóstol San Pablo.

Oh, cuán santa es aquella alma que siendo visitada de Dios con singulares regalos, y levantada sobre todas las cosas criadas, y sobre su acción, en su memoria se desnuda de todas las imágenes, y siente una pureza y simplicidad; en su entendimiento recibe rayos excelentísimos del sol de justicia, y conoce la divina verdad; mas en la voluntad siente un encendimiento de amor quieto, o un tocamiento del Espíritu Santo, como una fuente viva que mana arroyos de eterna suavidad; y así es convidada a la excelente unión con Dios, y medita en ella. ¡Oh bienaventurada aquella hora! Entonces sin duda goza el alma interiormente de una fiesta sobrenatural, y muy alegre, y de un hermosísimo gusto; y en alguna manera gusta de la bienaventuranza venidera. ¡Oh, cuán dichoso es aquel a quien le nace aquella olorosísima primavera y aquel suavísimo verano, a quien siquiera por un momento le es concedido gozar de aquella divina unión!

Porque el tal llega a una cosa que no puede comprenderla el entendimiento ni la razón, ni explicar la lengua. Por una sabia

¹ Salmo, 138, 6.

² 2a. Corintios, 5, 12.

¹ Romanos, 11, 33.

ignorancia, y por un tocamiento de amor, conoce mejor a Dios que los ojos exteriores al sol visible. De tal manera se fortifica en Dios, que siente que lo tiene más cerca, que está él a sí mismo. Y por eso vive una vida endiosada y superesencial; hecho conforme a Cristo cuanto al espíritu y alma y cuerpo. Ora coma, ora beba, ora vele, ora duerma, siempre obra Dios en él; el cual superesencialmente vive en él: y Dios le enseña todas las cosas, y le descubre soberanos secretos. Muy muchas veces y aun sin cesar, lo visita, abraza, besa, alumbra, enciende y lo penetra e hincha. Porque como ya su alma sea un muy claro y limpio espejo que está enfrente del divino sol, con proporción y conveniencia, no es posible que de continuo deje de comunicarle el rocío de su gracia, los rayos de su sabiduría y las centellas de su caridad. muy alta y admirablemente se manifiesta Dios algunas veces al alma perfecta. Mas aun no se muestra como Él es en su inefable gloria, sino como es posible verse en esta vida.

Advertencias y consejos.- *Empero el alma no puede llegar a esta íntima unión con Dios, si no tiene semejanza con Él, estando toda limpia y pura.* Pues para que merezca ser unida con Dios, guárdese (cuanto pudiere) libre y exenta de todo pecado y de todo deleite vano y desnudo su entendimiento y afecto de todas las cosas criadas. Ruegue a Dios que la haga tan pura y despojada de todo, cuanto lo estaba cuando nació segunda vez en el sagrado bautismo; porque así correrá a Él sin impedimento ninguno.

Conózcase siempre, por una humildad profunda, por muy vil y de ningún merecimiento, sujétese totalmente a la divina voluntad y tenga su alma levantada en Dios.

Los pecados graves y el no tener nuestra voluntad mortificada, nos hacen muy desemejantes a Dios, y son como unas muy gruesas murallas que nos apartan de Él.

Un poquito de amor y afecto muy pequeño con que uno se pega a las criaturas, y la palabra ociosa, y el bocado comido sin orden, y otros descuidos y negligencias menores, no permiten que Dios (que es suma pureza) se junte al alma, si primero no se limpian por la penitencia.

Y, finalmente, cualquiera imagen o pensamiento de estas cosas, transitorio, aunque sea de los mismos ángeles, y ni más ni menos el pensamiento de la Pasión del Señor, o cualquier pensamiento intelectual, le impide al hombre en esta vida, cuando se quiere levantar a aquella mística unión con Dios, que es sobre toda sustancia y entendimiento. Pues al punto que quisiere hacer esto, se han de dejar y despedir semejantes imágenes y pensamientos santos, que en otra ocasión con grandísimo provecho se reverencian y conservan; porque ponen algún medio entre el alma y Dios.

Y así el varón contemplativo que desea llegar a esta unión, *al punto que siente que el amor divino lo inflama y levanta, corte cualesquiera imágenes, y acuda con presteza al Santa Sanctorum, y a aquel silencio interior, a donde no es la obra humana, sino divina; porque allí Dios es el que hace, y el hombre el que padece.* Que mientras allí cesan las obras del alma abrasada en amor, y están libres de todas las imágenes, y como en profundo silencio, habla Dios; y ocupa esas potencias como Él quiere, y hace en el alma una obra excelentísima. *Cuando el varón contemplativo siente que ya ha cesado esa obra, vuelva él a tomar la propia, y a ocuparse en sus ejercicios.*

Además de esto, advierta el varón espiritual que en semejantes arrobamientos no ha de extender demasiado su entendimiento; porque, pretendiendo volar más alto de lo que importa, derramándose fuera de la simplicidad, no se embarace con algunas tinieblas interiores, de las cuales suelen nacer grandes miserias y angustias intolerables. Acuda simplemente al íntimo centro y cumbre de su alma, humillando y cegando con diligencia y suavidad los ojos del entendimiento.

Huya con discreción el ahinco violento, no fatigue la naturaleza, no se debilite demasiado. Y si con todo eso no pudiere excusar la fatiga, no se aflija ni turbe ni pierda el ánimo; más sufra con humildad y paciencia esa molestia; recibiendo de las manos del Señor y ofreciéndosela en alabanza eterna. Si esto hiciere y perseverare constantemente en el ejercicio de este recogimiento

interior, al fin será sustentado abundantemente con un maná celestial, y algún día se verá hartó.

Algunos, ejercitándose en aspiraciones fervorosas a Dios, muchas veces sienten gran tormento, hasta que al fin, por beneficio de Dios y por la perseverancia que tuvieron, llegan a saberse ejercitar sin esta molestia. También algunos no pueden sufrir una muy pequeña compunción sensible, sin mucho daño. *El varón espiritual procure con cuidado huir todo lo que le puede enturbiar la serenidad y quietud interior; empero, como arriba dijimos, los impedimentos que no pueda excusar, ofrézcalos a Dios en alabanza eterna.*

No se espante demasiado de lo que siente, ni haga gestos extraordinarios cuando recibe de Dios algún consuelo, y es visitado de Él con algún regalo singular, y cuando lleno de lumbre de gracia es arrobado fuera de su lumbre natural. No escudriñe qué sea Dios, o cómo sea. No examine qué luz es la que allá dentro lo alumbra y esclarece, y qué gusto es aquel que recibe; mas dejando esas cosas en su ser, sin curiosidad ninguna descanse en solo Dios, no conocido ni nombrado.

Y para que no esté con recelo ni temor, cuando es copiosamente alumbrado con alguna luz y consuelo interior, importa que sepa que cuando aquella luz que resplandece en el centro de su alma la hace que conozca la bondad de Dios y su propia vileza, y hace también que aproveche en la humildad, es luz que le envía Dios y no el demonio.

Es cosa cierta que puede el demonio engañar a los hombres vanos y soberbios, metiendo secretamente una luz fingida, y despertando en la sangre o en el corazón una dulzura falsa; mas sólo Dios puede penetrar la esencia del alma y entrar en ella.

El varón espiritual no busque su interés en los dones que de Dios recibe, sino la gloria y alabanza del mismo Dios; no se aproveche de ellos para su propio deleite, porque sería muy poco miramiento mezclar estiércol del propio deleite con el bálsamo preciosísimo de la divina gracia; antes, muerto a todos los dones, solamente desee que Dios pueda hallar en él deleite, gozo y paz, y

que pueda él gozar del afecto de su muy agradable voluntad divina.

Esté siempre con el deseo de carecer de los *consuelos que Dios le hace*; mas los que le hiciere, no los deseche ni los impida, sino recibéndolos con ánimo humilde y agradecido, *se admire de cuán bueno es Dios, pues hace tan soberanas mercedes a quien tan poco merece como él.*

Realmente es cosa excelentísima y de grandísimo contento descansar interiormente con Dios, haciéndose un espíritu con Él; mas *no por eso se han de dejar las buenas obras y los demás ejercicios.* Porque la abeja, mientras está de asiento en la flor, no hace miel ni cera; y ¿de qué sirve concebir los consuelos y regalos de Dios si no se sigue también el fruto?

Por cierto que es muy agradable a Dios, y muy provechosa al hombre, la perseverante resignación en la flaqueza, esterilidad, oscuridad y pobreza de espíritu. Y es de advertir que algunos se ocupan en Dios y contemplan mejor estando sentados, que en pie o de rodillas.

Si el varón espiritual en su ejercicio, es llamado, o le obliga la obediencia a dejarlo, no se le haga discurso; mas obedeciendo con prontitud y alegría, así se ocupe en las cosas exteriores que no deje las interiores; porque siempre se ha de negar y renunciar a sí mismo, estando siempre dispuesto para dejar sus ejercicios acostumbrados, conforme a la voluntad de Dios, y a la justa petición y necesidad de los hombres. También ha de mirar mucho no le impida la gracia y obras de Dios, el afligir y castigar la carne demasiado, siguiendo su parecer.

De la consumación de la unión divina en la cumbre o centro íntimo y puro del alma.- Algunos de los Padres hablan, casi de esta suerte, de esa divina unión que se hace en la cumbre y centro del alma. Dicen, pues, que cuando lo más alto de la voluntad o el supremo afecto se enciende en el divino amor, también la parte suprema del entendimiento, o la simple inteligencia, recibe de Dios su luz; y ya se manifiesta a sí misma

la santísima Trinidad; el Padre, en la memoria, por una simple luz del pensamiento; el Hijo, en el entendimiento, por un conocimiento claro; el Espíritu Santo, en la voluntad, por un amor encendido. Y así el alma que contempla aquella lucidísima oscuridad y aquella oscurísima luz, desfalleciendo de sí misma y pasándose en Dios, se hace un espíritu con Él en su íntimo centro; y engendrada con la palabra eterna de Dios (que allí pronuncia el Padre celestial), es nobilísimamente renovada y hecha apta para cualquier buena obra o ejercicio; de manera que el mismo Dios Padre dice ya de ella: “Esta es mi hija amada, de quien me agrado mucho”. Y así exhorta muy bien, cierto amigo de Dios, al alma racional: “¡Oh alma generosa! Guárdate pura y limpia de toda concupiscencia; porque la libertad es un tesoro preciosísimo. No te derrames con los sentidos, mas enfrenándolos, mora dentro de ti. Recógete, pues, en tu íntimo centro, y, convirtiéndote a Dios amoroso y encendidamente, anégate siquiera mil veces al día en ese abismo de la divinidad. porque sin duda que alcanzarás allí noticia de la bienaventuranza no criada. Allí recibirás un gozo grandísimo aunque no perfecto. Pues sólo en aquella patria celestial, en donde verás perpetuamente a Dios como Él es, se dará el gozo perfecto, sin que cese jamás.” Hasta aquí son palabras de aquel amigo de Dios.

Verdaderamente que el alma que está anegada y absorta en Dios, de una parte a otra nada en la divinidad, como en un mar anchísimo, y está llena de un gozo inefable, el cual comunica abundantemente al cuerpo; y esa ama ya comienza en este destierro la vida eterna. Porque tienen sus pensamientos fijos y fundados en Dios, y va siempre entrando más en su principio, estando de continuo delante de Dios. Posee cierta unidad sobrenatural de espíritu, donde mora con en estancia propia; y se inclina en la divina esencia, hasta llegar a aquella suprema unidad donde el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo son una cosa en su simplicísima esencia; de manera que, semejante alma, tiene su trato y conversación en los cielos, esto es, en las tres divinas Personas; y, cuando está unida con Dios excelentísimamente,

goza de la misma eternidad, sin tener cuenta con lo pasado, ni por venir, mas con un presente eterno; y allí, en aquella inmutable eternidad (que es Dios), tiene todas las cosas, y conoce aquel orden y distinción soberana, libre de todas imágenes y formas. Así, vuela en su idea y principio que es Dios, el alma levantada sobre el entendimiento; y allí es hecha luz en la luz. Entonces se estrechan y oscurecen todas las lumbres infusas y naturales, que resplandecieron algún tiempo debajo de esta luz; así como no se echa de ver la luz de las estrellas delante del sol. Porque cuando nace la luz no criada, desaparece la luz criada. Así que la luz criada del alma se muda en la luz de la eternidad.

Vida exterior del hombre espiritual.- A éstos, que sin duda han vencido y mortificado excelentísimamente su naturaleza y sensualidad con la divina gracia, ya casi se les transformó y mudó el alma en espíritu; y así no se mueven viciosamente con las prosperidades ni adversidades, mas gozan de una paz esencial. Porque no es posible que dure en ellos la esperanza, ni el temor, ni el gozo, ni la tristeza, ni el odio, ni el amor sensual y desordenado, ni otra inquietud ninguna. Y aunque estos hombres, que merecen ser amados, sean ilustrados abundantemente con la divina luz, en la cual conocen claramente qué es lo que deben hacer y dejar; empero de muy buena gana, por amor de Dios, se sujetan a otros, de muy buena gana obedecen a todos en lo que es conforme a Dios, y de muy buena gana escogen el más humilde lugar. Por muchos y muy excelentes dones que reciban, no se ensorbecen; porque se han anegado profundísimamente en su propia nada. Ninguna cosa sienten en sí; conociendo que cuanto hacen bueno es obra de Dios. Perseveran de continuo en la verdadera humildad y en el temor de hijos y juntamente conocen de sí que son siervos inútiles.¹

Todo lo que pueden huyen con gran diligencia, no solamente de los pecados graves, pero de los muy pequeños y menudos, y luego limpian y lavan con Sangre de Cristo, y con su Pasión y

¹ Lucas, 17.

merecimientos, las culpas y negligencias en que caen por su flaqueza. Dejan los ejercicios y ocupaciones propias que algún tiempo tuvieron; porque ningún ejercicio tienen por su propio gusto, ni son suyos, sino de Cristo. Y sin que sepa el mundo de ellos, se están escondidos; y apenas hay quien conozca ni eche de ver su vida, la cual es verdaderamente cristiana y simple, y su trato levantado a las cosas del cielo, sino es que reciba la misma gracia que ellos; porque en lo de fuera no suelen mostrar alguna especial y extraordinaria manera de vivir. En la comunicación son suaves y benignos, y comunes compañeros de todos; mas de suerte que no se ofenda Dios. No son muy severos, sino muy clementes, y con todos son misericordiosos; y así se tiene por verosímil que jamás se podrán apartar de Dios, si no es que acaso (lo que Dios no permita) dejan la humildad. Y estos hijos ocultos de Dios, por ser sus palabras humildes, y ellos vivir como gente de poca estima, por la mayor parte son desestimados, aun de aquellos que parece que en lo exterior tienen alguna santidad. Y aun de aquellos que tienen la vida muy rigurosa y áspera y que principalmente confían en la aspereza exterior, tomada por su propia voluntad, son algunas veces menospreciados; porque los tales dan a sus cuerpos razonablemente el sueño y las demás cosas necesarias, para poder servir mejor al espíritu; pero más gusto le da a Dios cualquiera de éstos, y más deleite recibe, que con muchos otros hombres que no están unidos con Él íntimamente.

Cuán desconocida es esta materia.- Pocos se levantan sobre sus fuerzas naturales (y es cosa cierta que ninguno por su propia industria, por sí mismo, puede sobrepasarlas, mas sólo Dios levanta sobre ellas al hombre que ora humildemente y hace lo que es de su parte), pocos saben que es supremo afecto, y la simple inteligencia, y lo más alto del espíritu, y el escondido centro del alma; y apenas se les puede persuadir a algunos que hay en nosotros semejante centro Porque él es más interior y más alto que las tres potencias superiores del alma, porque es la fuente

de ellas, Él es simplisísimo, esencial y uniforme, de suerte que no hay en él multiplicidad sino unidad, y las tres potencias en él son una cosa. Allí hay suma tranquilidad, y sumo silencio; porque no puede llegar allí imagen ninguna. Nosotros somos semejantes a Dios cuanto a este íntimo centro y cumbre, en el cual está escondida la imagen de Dios. El mismo centro que va a parar a cierto abismo, se llama el cielo del espíritu; porque en él está el reino de Dios, conforme a lo que el Señor dice: *El reino de Dios está dentro de vosotros*.¹ Y el reino de Dios es el mismo Dios con todas sus riquezas. Pues este centro simple y puro y sin alguna imagen, está levantado sobre todas las criaturas, y sobre todos los sentidos y potencias, y está fuera de todo lugar y tiempo, estando unido con su principio, que es Dios, con una unión perpetua; empero esencialmente está dentro de nosotros, porque el abismo del alma es también su íntima esencia. Cuando al hombre se le descubren y comienzan a parecer unos rayos de este centro a donde de continuo alumbra la divina luz, grandemente lo engolosina y atrae a sí.

¡Oh centro noble, templo divino de donde jamás se ausenta Dios! ¡Oh cumbre excelentísima donde mora la santísima Trinidad y en donde se gusta de la misma eternidad! Más vale acudir una vez siquiera a esta cumbre, y al mismo Dios perfectamente, que otras muchas obras y ejercicios, y esto suele bastar para enmendar muchos años perdidos. Realmente que mana de esta cumbre el agua que sube a la vida eterna; 2 la cual agua es de tanta eficacia y suavidad, que fácilmente destierra toda la amargura de los vicios, fácilmente vence y rinde toda la contradicción de la naturaleza. Porque, en bebiéndola, se derrama por toda el alma y cuerpo, y les comunica a entrambos admirable pureza y fertilidad.

No ha de cesar nuestra oración hasta que merezcamos beber de aquella fuente. Porque en recibiendo la más pequeña gota de ella, no tendremos ya sed de cosa ninguna criada, sino solamente de

¹ Lucas, 17, 21.

² Juan, 4.

Dios y de su divino amor. Y cuanto mas creciéremos en este amor, tanto más aprovecharemos en esta divina unión; y cuanto más perfectamente estuviéremos unidos a Dios y más profundamente anegados en Él, tanto más claramente conoceremos esto en Él y por Él; y cuanto más claramente lo conoceremos, tanto más encendidamente lo amaremos. Llegando unos más tarde y otros más presto a aquella vena de agua viva, todos los ilustrados excelentísimamente con la lumbre sobrenatural. Empero lleva Dios a algunos muy presto a la perfección; a los cuales las más veces, previniéndolos de repente, los arrebat a sí tan fuertemente que no es posible que le hagan resistencia.

Dichoso aquel que, aunque sea después de muchos años, gastados cavando con trabajo continuo, finalmente merece hallar en el centro de su alma la misma vena de las aguas vivas. No hay que espantarnos de que antes de que el hombre sea admitido, para ser de la cámara del Eterno, le sea necesario estar primero fuera de la puerta, velando, esperando y llamando mucho tiempo. Dios, que es abismo no criado, tiene por bien de llamar a sí a nuestro espíritu criado y hacerle consigo una misma cosa; para que ese nuestro espíritu, anegado en el mar profundísimo de la divinidad, venturosamente se pierda en el espíritu de Dios. Porque en esto se alcanza el fin y blanco de todos los ejercicios y de todas las escrituras y mandamientos.

Todo lo que hemos escrito en este libro lo sujetamos a la censura de la santa Iglesia, y de los santos Padres, en cuya fe deseamos vivir y morir, a gloria de Dios, que es bendito en los siglos eternos. Amen.

GUIA DEL ALMA ESPIRITUAL

ADVERTENCIA ACERCA DE ESTA EDICIÓN

El presente opúsculo de Ludovico Blosio, Abad benedictino (1506-1566), que ofrecemos gustosamente al público piadoso, es la primera producción del fecundo ingenio de aquel célebre autor ascético, hoy por desgracia tan ignorado en los países donde se habla la lengua de Cervantes.

Compúsole Blosio poco tiempo después de ser elevado a la dignidad abacial, y ver cuán lastimosamente, merced a varias causas, largas de explicar, se habían introducido costumbres bastantes relajadas, en las casas religiosas de su época lo mismo que en su monasterio. Lleno de celo para reformar las costumbres de sus súbditos y poner en vigor los preceptos de la Regla, mostróse él mismo exactísimo observante de cuanto ella mandaba, siendo el modelo de sus religiosos en la puntualidad a asistir a todos los ejercicios conventuales, y en permanecer en su monasterio compartiendo con ellos los trabajos y privaciones de la vida monástica. ¡Tan íntimamente convencido estaba de que el cargo tan elevado que ejercía de Abad, no se le había dado para pasar la vida en la inacción y en los placeres, sino para trabajar resueltamente en procurar el provecho espiritual y la salvación eterna de sus religiosos!

Al ejemplo continuo de su vida edificante, juntó también las instrucciones acerca de los deberes de su estado, a cuyo efecto escribió en latín, sin que lo supiesen los monjes, y bajo el nombre

de *Dacriano*, “El Espejo del religioso”¹, del cual, impreso en 1538, mandó se leyera en Liesse todos los días un trozo de capítulo; costumbre que observó en adelante aquella comunidad, y que fué asimismo adoptada en la Congregación de Valladolid. De esta suerte, con el ejemplo, las enseñanzas sólidas sobre las obligaciones de la vida religiosa, y con el poder de su oración fervorosa, consiguió Blosio hacer de su comunidad una de las más ejemplares de su tiempo.

Hemos dicho que el venerable Abad hizo que se leyera en comunidad el opúsculo de que nos ocupamos, y en verdad, tardóse poco en ver los frutos que produjo en las almas la lectura de este libro “preciosísimo”, como le llama el sabio y no menos piadoso benedictino P. Steyrer; libro -dice- “que conviene no sólo a los religiosos, sino también a cuantos seglares se ocupan seriamente en su salvación”.

“Mucho se equivocarían, dice su autor célebre², aquellos que, juzgando sólo por el título de “Espejo de los religiosos”, creyesen que únicamente conviene a aquellas personas para las cuales fué escrito principalmente. No existe ningún cristiano, y de cualquiera estado que sea que no pueda leerle y meditarle con fruto. Todos los preceptos de la vida espiritual, cuantos consejos pueden llevar a las almas a la perfección se encuentran reunidos en este librito, y nos atrevemos a decirlo, presentados con un encanto, muy propio para hacer que se saboreen, y sin mezcla de la aridez escolástica, que con frecuencia deslucen a los mejores libros de esta clase. No conocemos libro ninguno, sin exceptuar la *Imitación de Cristo*, tan superior desde otros puntos de vista, que reúna, en grado igual al de este libro, la suavidad, ternura y vivacidad de sentimientos con tal sencillez de expresión. Se echa de ver, se nota por doquiera que el autor está profundamente penetrado de las verdades que predica y que su boca esta *instruída por su corazón, y éste derrama la gracia en sus labios*”³

¹ El título que más le cuadra es “Guía espiritual”

² LAMENNAIS, Préface du traducteur, Edit. 1809.

³ Prov., XVI, 23

Tal es el libro que miran todos como la obra principal de Ludovico, escrito con sencillez, elegancia y unción; libro que compendia por modo maravilloso la doctrina ascética, y que se ha traducido en los principales idiomas del mundo, y al nuestro lo trasladó el P. Gregorio de Alfaro, Abad, publicándolo entre las demás obras de Blossio en el in folio que salió de Sevilla el año 1597.

Esta traducción es la que hoy reimprimimos después de haberla cotejado y corregido en algunos puntos, según la edición crítica latina (1726) de las obras de Blossio, preparada por el Abad Antonio de Winghe, y los monjes de Liesse en 1632.

Réstanos añadir: 1º que los títulos de los capítulos y sumario analítico de lo que encierra no se hallaban en la primera edición hecha por Blossio ni en la castellana del P. Alfaro, sino que los puso Winghe, para mayor comodidad del lector; 2º que siempre se indica el capítulo y versículo de la Escritura Sagrada, cuando Blossio cita fielmente el texto o las palabras mismas, y tan sólo el capítulo, cuando refiere el sentido.

Bendiga el Señor los deseos que tenemos, al dar esta edición, de ser útiles a las almas piadosas, y multiplique en ellas el fruto que ha de producir, no lo dudamos, la lectura de tan sustanciales y suavísimas páginas.

D. HERMENEGILDO NEBRED A

Baronville, Mayo de 1907.

PREFACIO

Este opúsculo, cuyo autor es el venerable Blosio, llevó en algún tiempo el título de *Dacriano*, que significa, el que llora; porque Blosio, verdadero y pieadoso *llorador*, a ejemplo de Jeremías o de Heráclito, y bajo el pseudónimo de Dacriano, expone, como en un espejo, a los religiosos de su tiempo, la relajación introducida en la vida religiosa, a fin de que la consideren y se purifiquen y corrijan de sus vicios.

Tú que lees o te miras en este espejo, considera, gime con Blosio, y trata de corregirte.

CAPITULO PRIMERO

**El religioso debe pensar con diligencia
en el fin que se propuso al abrazar
una vida más austera.**

1. Se excusa humildemente el autor del encargo aceptado.-2.- La obra propia del religioso es la continua mortificación de sí mismo.- 3.- Carácter del religioso fingido.- 4.- Contra qué debe pelear siempre el verdadero religioso.

1.- Me pides, muy amado hermano Odón, un espejo espiritual, en el cual puedas contemplarte a ti mismo, y echar de ver muy bien lo que en ti hubiere de hermoso o feo. Esta petición tuya es nueva, y pienso que no me conoces: porque si me conocieses, ¿cómo pedirías a un hombre carnal alguna cosa espiritual? Mas porque no parezca que dejo pasar tu piadosa petición, o por decir mejor, que no hago caso de ella, ahí te envío lo que pudo dar nuestra pobreza. Toma, pues, estas enseñanzas breves, de cuya

lección, por ventura siquiera, aunque no sea sino superficialmente, podrás aprender qué es lo que eres, y qué es lo que no eres: o a lo menos, lo que debes ser.

2.- Lo primero que te amonesto es que pienses muchas veces, y muy de veras, a qué viniste al monasterio. Sin duda que para que, muerto para el mundo y para ti, sólo vivas para Dios. Trabaja, pues, con todas tus fuerzas, por hacer aquello a que viniste. Aprende a despreciar fuertemente todas las cosas sensibles, y a quebrantarte varonilmente a ti mismo, y abnegarte saludablemente: date prisa en mortificar tus pasiones y afectos viciosos. Pon diligencia en reprimir las inconstantes distracciones del alma, procura vencer la fatiga, la pereza, el desabrimiento espiritual de tu ánimo flaco y débil. Este sea tu trabajo cotidiano, esta tu gloriosa pelea y tu saludable aflicción. No seas flojo, sino levántate, anda con suma vigilancia, y ofrécete todo a los trabajos; y no tengas desordenadamente lástima de ti mismo. Esto es lo que Dios te pide, esto es lo que pide tu estado. Religioso te llamas, mira que cumplas de veras con el nombre que tienes: haz obras de religioso. Así que debes tener gran diligencia en vencer los vicios y destruirlos. Siempre has de estar armado contra las malas inclinaciones naturales, contra el demasiado brío, contra los deleites de la carne y contra los regalos de la sensualidad.

3.- Entiende lo que te digo. Si permites que la soberbia, la vanagloria, la altivez y el gusto propio se enseñoreen de la razón, si te atreves a seguir tu propio parecer, si te atreves a despreciar las cosas humildes y sencillas, no eres religioso.

Si no desechas de ti todo cuanto pudieres, la envidia, el odio, los desabrimientos y la ira; si no das de mano a los juicios temerarios, a las quejas pueriles y a las murmuraciones perversas, no eres religioso.

Si habiéndose levantado entre ti y otro alguna rencilla áspera y temosa, no tratas luego de reconciliarte, y aunque hayas recibido cualquier injuria que sea, si no perdonas luego, antes deseas vengarte, o guardas secreta en tu corazón alguna enemistad

voluntaria y alguna doblez o fingimiento, o en lo exterior muestras algunas señales de mala voluntad; si dilatas el ayudar al que te injurió, cuando no eres religioso, no eres cristiano ¹, eres abominable delante de Dios.

Si después de haber pecado tienes vergüenza de acusarte y de confesar llanamente tu culpa, conforme a la Regla, si no tienes paciencia y humildad cuando te corrigen, reprenden y castigan, no eres religioso.

Si no haces caso de obedecer con presteza y fidelidad a tu padre espiritual en todas las cosas que no son malas, si no quieres reverenciar y amar sinceramente al mismo padre espiritual como a vicario de Cristo, no eres religioso.

Si con gusto hurtas el cuerpo al oficio divino, y a los demás actos de comunidad; si en el mismo servicio de Dios no asistes con gran cuidado y reverencia, no eres religioso.

Si descuidado de las cosas interiores, sólo procuras las exteriores, y sólo mueves el cuerpo en las obras de la religión, por una costumbre seca e indevota, y no el corazón, no eres religioso.

Si no te ocupas con diligencia en la lección sagrada, ni en los otros ejercicios espirituales; si tienes el alma tan embarazada y abatida de las cosas transitorias, que pocas veces levantas el espíritu a las eternas, no eres religioso.

Si buscas manjares delicados y superfluos, y deseas beber vino destempladamente, y más de la medida ordinaria y regular, en especial si tienes salud, y te sobra la cerveza, u otra bebida conveniente², no eres religioso.

Si indiscretamente buscas vestidos preciosos, camas blandas, y otros regalos sensuales, que no son conformes a tu estado y profesión; si amando el descanso del cuerpo, huyes padecer trabajos y aflicciones por amor de Dios, no eres religioso.

Si no sufres la soledad y el silencio, antes te deleitas con

¹ Vid. D. Thom, 2, 2, q. 25, aa. 8 y 9.

² Téngase en cuenta que escribía Bloisio en un país, en el cual la bebida ordinaria es la cerveza.

palabras ociosas y risas desordenadas, no eres religioso.

Si gustas de estar con seglares; si deseas andar vagando por las villas y lugares, no eres religioso.

Si presumes dar o enviar, recibir o tener alguna cosa, aunque sea muy pequeña y menuda, sin que tu superior lo sepa y lo permita, no eres religioso.

Si tienes en poco las constituciones y ordenanzas de la sagrada religión por menudas que sean, y voluntariamente las quebrantas, no eres religioso.

Finalmente, si buscas en el contento otra cosa fuera de Dios, y no procuras cuanto puedes la perfección de la vida, no eres religioso.

4.- Pues para que, como te tengo dicho, seas de veras lo que suena tu nombre, y no traigas en vano el hábito de religioso, haz obras de monje. Ármate dentro de ti mismo; pelea contra tí. Y todo lo que es de tu parte, véncete, y mortifícate a ti mismo. Y si no hallas tan presto la paz que deseas, si aun no se te concede que descanses, sino que todavía te inquietan y fatigan movimientos brutales y pasiones desasosegadas; y aun si de esa manera, para provecho tuyo, permitiéndolo Dios, hubieres de pelear toda tu vida con semejantes enemigos, no desconfíes, ni pierdas vilmente el ánimo: mas humillándote delante del Señor, persevera firmemente en tu lugar y pelea varonilmente.

El Apóstol San Pablo, vaso escogido de Dios, sufrió también por toda su vida una tentación con que el demonio le fatigaba; y aunque muchas veces pedía al Señor que lo librara de tanta fatiga, con todo eso no lo libró, porque no le convenía; antes, estando en oración, le respondió: *Mi gracia te basta, porque la virtud se afina con los trabajos*.¹ Y de allí en adelante sufrió San Pablo de buena gana el azote de la tentación. Así que no has de perder el ánimo en las tentaciones, esforzado con el ejemplo de este fortísimo y no vencido luchador, mas sufre con energía, perseverando firme y sin mudanza en tu buen propósito.

Porque aunque a ti te parezca muy desabrido ese trabajo, sin

¹ 2 Cor., 12.

duda que es muy grato a Dios. Has de sufrir el martirio espiritual con ánimo invencible. Y no dudes que, si pereverares, aunque seas herido millares de veces, mortificado millares de veces, si no dejares la batalla y arrojares las armas, recibirás la corona. haz lo que es en ti, y lo demás déjalo a la divina disposición, diciendo: *Como fuere la voluntad del cielo, así se cumpla.*¹ Esa divina voluntad y disposición ha de ser tu consuelo. Mientras durare esta vida, adonde quiera que te vuelvas y estuvieres, has de hallar tribulaciones y tentaciones, y conviene que estés dispuesto para sufrirlas con paciencia. Y serás muy venturoso, si la gracia de Dios te llevare al fin a este punto, que, por amor suyo, te sea sabrosa cualquiera molestia y aflicción.

CAPÍTULO II

Qué debe hacerse cada día

1.- Cómo debe portarse el alma religiosa al levantarse.- 2.- Su comportamiento en el rezo y oraciones.- 3.- De qué modo han de soportarse la distracción y la desolación en las oraciones.- 4.- Tres clases de siervos de Dios, los infieles, los fieles y los tibios.

1.- ¿Por ventura no ha crecido mucho, hermano mío, nuestro espejo? Oh, aún no ha crecido lo que basta, según me dices; sino que aún deseas oír todavía, más clara, difusa y apaciblemente, cómo te hayas de componer dentro y fuera; cómo hayas de ordenar discretamente tu vida, o cualquiera día de los que vivieres en el acatamiento de Dios. Óyeme, pues.

En despertando, si has de levantarte a maitines, haz atentamente la señal de la cruz; y pide a Dios brevemente que te perdone todos tus pecados, y tenga por bien ayudarte.

Luego, dando de mano a cualesquiera imaginaciones nocturnas,

¹ I Machab., 3.

repasa alguna cosa espiritual, y procura cuanto pudieres la pureza del corazón, gozándote dentro de ti mismo de ser llamado a alabar y glorificar a tu Creador.

Si te derriba la flaqueza del cuerpo, la pesadumbre del sueño, la turbación del espíritu, no desmayes, mas ten ánimo, y hazte fuerza a ti mismo venciendo con la razón y la voluntad todos los impedimentos. Porque *el reino de los cielos se gana a fuerza de brazos, y los animosos lo arrebatan* ¹ Dios te dará sin duda alguna, el premio conforme al trabajo que por Él padeces. ²

En saliendo de la cama, encomienda y ofrece a Dios tu alma y tu cuerpo.

Llega con tiempo al coro, como a un lugar de refugio y a un jardín, de celestiales deleites.

Antes que se empiece el oficio divino, procura conservar tu alma en sosiego y sencillez, desembarazándola de vanos pensamientos, recogiendo un dulce y devoto afecto para con Dios, por una sencilla oración o meditación.

2.- Ten gran diligencia en pronunciar y escuchar perfectamente las palabras sagradas y con gran reverencia, gusto y atención, mientras durare el rezo divino, para que gustes *cuán suave es el Señor* ³, y sientas que la palabra de Dios tiene una dulzura y virtud incomprensible. Pues todo lo que dictó el Espíritu Santo es un manjar que da vida, y un consuelo regalado del alma casta, sobria y humilde. Mira, pues, y está fielmente allí con atención.

Empero has de huir la vehemente imaginación y la demasiada fuerza, en especial si tienes la cabeza flaca; porque si interiormente recibes alguna fatiga, turbación o violencia, será cerrarte a ti mismo el santuario de Dios.

Asimismo has de desechar el demasiado cuidado, de donde suele nacer la pusilanimidad y la turbación, y ocúpate en las divinas alabanzas con un espíritu suave, quieto y cuidadoso, sin mirar a tu propio gusto.

¹ Math., 11.

² I Cor., 3.

³ Salm. 99.

3.- Si no puedes tener recogido el corazón, no pierdas el ánimo; sino hazte fuerza con suavidad, y haz lo que buenamente pudieres, dejando lo demás a la divina voluntad. Persevera en Dios con devoto afecto, y en alguna manera serán para consolarte aún esos mismos defectos que no puedes excusar. Porque así como la tierra que es de buen natural da mucho más fruto si le echan estiércol: ni más ni menos el alma de buena voluntad, de la miseria de los propios defectos que sufre contra su voluntad, a su tiempo recibirá el dulcísimo fruto de los regalos de Dios, si los sufiere con paciencia. Y, ¿de qué te servirá, si eres impaciente? Acaso ¿no será añadir un trabajo a otro? Fuera de que se echará de ver que no tienes humildad, sino pernicioso amor propio. Cumplido tienes con Dios, si estás con reverencia, y dispuesto siempre con pronto deseo de la voluntad para estar atento, aunque no hayas podido estarlo siempre: no te culpará por esa inconstancia desordenada si por tu descuido no le das consentimiento, antes al tiempo de la oración pones guarda en los sentidos. Si no puedes ofrecer sacrificio perfecto, ofrece a lo menos buena voluntad: ofrece con espíritu humilde buena intención; y ya no tendrá el demonio de qué calumniarte, ni de qué burlarse de ti.

Confía que no perderás tu galardón, aunque no hayas podido ofrecer otra cosa más de que con un temor santo, con el cuerpo y con el alma, asistes a servir al Señor. Empero ¡ay de tu alma! si fueres negligente y remiso y no procurares estar atento. Porque escrito está: *Maldito es el hombre que hace descuidadamente la obra de Dios*¹ Trabaja por ser solícito, de manera que des lo que puedes dar; y estarás seguro, si no puedes dar lo que deseas. Con esta seguridad, no te turbes cuando se te ofrecen impedimentos y no puedes dar todo lo que querrías dar. Digo, pues, que cuando te aflige la distracción de los sentidos, el abatimiento del ánimo, la sequedad del corazón, el dolor de la cabeza, u otra cualquier miseria y tentación, guárdate, no digas: Estoy desamparado, el Señor me ha desechado, no le da gusto mi servicio. Estas

¹ Jerem., 48.

palabras suelen proferir los hijos de la desconfianza; lleva, pues, todas estas cosas con ánimo sufrido y aun alegre, por amor de Aquel que te llamó y escogió, creyendo sin duda que *Él está cerca de los que tienen el corazón atribulado* ¹ Porque si con humildad, sin murmuración, llevares la carga que te pusieren, no se puede explicar cuánto peso de gloria amontonarás en la vida venidera. Podrás de veras decir a Dios: *Estoy hecho un jumento en tu presencia* ², *aunque siempre estoy a tu lado*. Oye hermano ³. Si lleno de dulzura interior y levantado sobre ti mismo volares hasta el tercer cielo, y allí gozares de la conversación de los ángeles, no harás tanto, como si con afecto sufrieres alguna molestia o desamparo del corazón por amor de Dios, y te conformares con el mismo Salvador; el cual, estando en suma tristeza, congoja, temor y angustia, dijo a su Padre: *Hágase tu voluntad*; y estando crucificado, las manos y pies atravesados con clavos, no tuvo adonde arrimar la cabeza, y finalmente, sufrió por causa tuya con grandísimo amor todos los dolores y afrentas de su muy amarga pasión. Así que ten ánimo, y espera en silencio, hasta que Dios lo ordene de otra manera. Y realmente que el día del juicio no se te pedirá cuenta de la dulzura que aquí hubieres sentido, sino de cuán fiel hayas sido en el servicio y amor de Dios ⁴.

4.- Muchos de los que se llaman siervos de Dios sirven infielmente, y pocos sirven con fidelidad. Los siervos desleales, mientras tienen presente la devoción sensible y la gracia de las lágrimas, sirven a Dios con alegría, oran de buena gana, y perseveran con gusto en cualesquiera obras buenas, y parece que moran en una profunda paz de corazón; mas en quitándoles Dios aquella devoción, luego verás que se turban y enojan, y se hacen desabridos e impacientes, y después no tratan de oración, ni de otro ningún ejercicio espiritual. Y como no sienten conforme a

¹ Salm. 33.

² Salm. 72.

³ El R.P. Tomás de Jesús cita varias palabras de este párrafo y del siguiente en el libro 4 de la *Oración Divina*, c. 20.

⁴ Math., 26.- Math., 8.- Luc., 9.

sus deseos los consuelos interiores, se vuelven abominablemente a los exteriores y contrarios al espíritu. Así se ve claro que no buscan puramente a Dios, sino que, con fin muy torpe, buscan los dones del mismo Dios, y usan mal de ellos para su deleite. Porque si amasen a Dios sin otra mira, y no pusiesen viciosamente su fin en los beneficios y dones de Dios, perseverarían en Él sosegados y quietos, aunque se los quitase todos; y aun entonces no buscarían consuelos ilícitos. Luego son desleales, pues no guardan a Dios lealtad en las adversidades: *A tiempo creen, y en el tiempo de la tentación pierden la fe*¹.

Siempre quieren cosas prósperas, y no sufren las adversas. Sirven a Dios, cuando les da las alegres que ellos quieren, y si no se las da, se apartan de Él, y lo dejan. Antes digo que ni aun en las cosas alegres sirven a Dios, sino a sí mismos. En cualquiera cosa quieren que se haga su voluntad más que la de Dios. Antes ponen su santidad en la dulzura y consuelo interior, que en la mortificación de sus vicios; porque no saben que, quitándose la devoción, se echa de ver mucho mejor, y con más certidumbre quien ama a Dios de veras, y no por esa devoción. Aquella devoción sensible muchas veces más propiamente es afecto y pasión natural, que obra de espíritu. Y sea lo que fuere, sino se usa de ella con discreción, muchas veces suele llevar al que la tiene a una soberbia secreta, a un contento vicioso, y a una seguridad vana; como se puede ver en los mismos siervos infieles; porque en siendo interiormente llenos de dulzura, luego dan en juzgar y despreciar a los demás; imaginan de sí que son ya santos y secretarios de Dios; desean y aun esperan por muchas vías revelaciones celestiales, y juntamente desean que por ellos o de ellos se muestren algunos milagros, para que los demás puedan conocer la santidad que ellos imaginan que tienen, y no la tienen. De esta manera se suelen desvanecer en sus imaginaciones los que suspiran por la gracia sensible, más que por el dador de ella.

Muy de otra suerte se han los siervos leales, porque no se buscan a sí, sino a Dios: no ponen los ojos en su consuelo, sino

¹ Luc. 8

en la voluntad y honra de Dios; en todas las cosas huyen su propio gusto. Siempre están de un ser, ora les quite Dios la suavidad interior, ora no se la quite; y perseverando en una igualdad de ánimo, nunca cesan de amar y alabar a Dios. Ni las tinieblas interiores, ni la dificultad de recoger los sentidos, ni la frialdad de los afectos, ni la sequedad de corazón, ni el derribamiento del ánimo, ni el estarles el espíritu entredurmiendo, ni las angustias de las tentaciones, y finalmente, ningún suceso próspero ni adverso, los podrá derribar del lugar que tienen, ni aun alterarlos. Porque aunque a veces por ventura sientan alguna tristeza desordenada por alguna tribulación, o algún ímpetu de deleite sensual por alguna prosperidad, pero no son derribados; porque procuran perseverar quietos en la parte superior del alma, y conforman su voluntad con la voluntad y permisión de Dios; y reciben mucha pena porque sienten en sí la menor contradicción de algún movimiento indecente y feo. Así que fundados sobre la firme piedra ¹, perseveran estables y constantes en la caridad de Dios, y tienen por sumo consuelo la divina voluntad. Siempre están devotos; porque huyendo y abominando con sumo cuidado todo lo que desagrade a Dios, apenas pueden ni en un pelo turbar la pureza de su corazón; y resignándose en Dios en cualquier suceso, tienen perpetuamente el alma limpia, libre y quieta; que esta es la muy verdadera devoción, y que agrada muy mucho a Dios.

No dura así, ni tiene tanta certidumbre la otra devoción sensible, y que es común a los principiantes y nuevos en el servicio de Dios; pero mucho nos aprovecha, si con discreción usamos de ella. Los siervos fieles (que así llamo yo ahora a los que el dulcísimo Jesús *llama, no siervos sino amigos*) ², digo, pues, que los siervos fieles también buscan aquella eficaz y muy sabrosa suavidad de gracia: buscan la *alegría saludable del Señor* ³; buscan su amable rostro y sus dulcísimos abrazos; mas hacen eso

¹ Math., 7.

² Ioan., 15.

³ Salm. 50

con un deseo espiritual y vergonzoso, no con apetito sensual, ni con liviandad de niños, ni con impaciencia turbada. No desean los dones de Dios para deleitarse en ellos sensualmente; sino para que, encendiéndose más en el amor, y, purificándose más de cualquiera defecto, agraden más al esposo celestial.

Aman los dones de Dios, y le dan siempre gracias por ellos y retíranse de ellos como gente que no ha trabajado por ellos, ni los merece, no buscando en ellos su último fin. Por la gracia y merced que reciben, van en busca del dador de ella y del sumo bien; en el cual sólo es lícito buscar el descanso y la quietud. Sin duda son dichosos, porque cuanto menos se aficionan a los dones, tanto más beneficios reciben

Y por más mercedes que reciban de Dios, no se engríen, ni desprecian a los demás, sino a sí mismos. Digo que se desprecian a sí mismos, y creen que no merecen alguna gracia espiritual. Piensan de continuo que todo cuanto tienen es pura misericordia de Dios; y *cuanto más se da a uno y encomienda, tanto más cuenta se le ha de pedir*¹. Y perseverando de esta manera en un temor santo, y humillándose más con los dones que reciben, confiesan que son los más viles de todos.

Entre sí mismos se gozan y glorían de que siendo injustamente infamados y afrentados, injuriados y ultrajados hasta más no poder, han imitado a Cristo; y no de que han podido tener grandes arrobamientos, o ver nuevas revelaciones, o hacer evidentísimos milagros. Haciendo la señal de la cruz, desechan en un punto las sugerencias con que el demonio procura moverlos a vanagloria y a que se agraden a sí mismos; sin dar jamás consentimiento a las astucias de la maliciosa serpiente.

No ponen confiadamente la esperanza de su salvación en el número o merecimiento de las buenas obras que hacen, sino en la libertad que tienen de hijos de Dios, la cual alcanzan por la sangre de Cristo.

Tú, hermano, que has conocido ya la diferencia, que hay entre los siervos fieles é infieles, trabaja por ser de los que por ventura

¹ Luc., 12

no eres; y procura no ser de los que por ventura eres. Si aun eres de aquellos que no querías ser, gime y humíllate, *porque Dios da las gracias a los humildes*.¹ Y por cierto que si, humillándote en el acatamiento de Dios, te pesa de que todavía eres del número de los siervos infieles, en alguna manera te has pasado ya al bando de los fieles. Trabaja, persevera, no temas; que no serás reprobado con los infieles, sino recibido con los fieles y leales.

Fuera de los sobredichos, hay algunos dedicados al servicio de Dios, que no se pueden llamar siervos de Dios, fieles, ni infieles; antes con justo título los llamará alguno esclavos perezosos del demonio. Entiendo aquellos miserables y desventurados, que no haciendo caso, o a lo menos muy poco, de la devoción o gracia de Dios, descuidándose totalmente de las cosas interiores, fingen realmente que alaban a Dios con sus labios², y su corazón está muy lejos de Dios. Sumidos en un abismo de males, apenas piensan en cosa ninguna que toque a su salvación. Lo mismo son hoy que ayer; así salen del coro, como entraron; conviene a saber, torpes, tibios, descuidados, distraídos, descompuestos, sin temor ni reverencia. Más enojan a Dios con las palabras santas que echan por su boca torpe y sucia, que le agradan.

¡Ojalá se los guardara allá el mundo para sí!.. Porque, ¿para qué moran en los conventos? ¿Para qué pisan la tierra santa? ¿Para qué comen las limosnas de los justos? ¿Para qué inficionan con deleites carnales la escuela de los ángeles, adonde se ejercitan obras espirituales? Si habían de estar sucios, hubieran debido quedarse en lugares torpes y asquerosos, y no entrar en los limpios y santos. Viviendo en el siglo, tuvieran un simple infierno; más viviendo descuidadamente en los conventos, oblíganse a un infierno doblado. Empero, no es nuestra intención decir aquí por ahora muchas cosas de éstos; a tí, pues, vuelva mi discurso y plática.

¹ Jacob., 4.

² sai., 49.

CAPÍTULO III

Ocupaciones espirituales fuera del coro

1.- Dividir el día en varias obras.- 2.- Evitar el ocio nocivo y la ocupación ociosa.- 3.- Encantos de la lección sagrada.- 4.- Oraciones privadas.

1.- Mira que seas concertado y tengas traza en tus ejercicios particulares. Señala lo que quieres hacer cada hora, y en qué te quieres ocupar; pero ha de ser de manera que no recibas mucha pena, ni se te haga muy de más de abreviar cualquiera ejercicio, y aun dejarlo del todo, por la obediencia, o por otra causa razonable o negocio que se te ofrezca. Lo que principalmente has de procurar es perseverar siempre delante de Dios, pacífico y sin turbación ninguna; con libertad, con igualdad y pureza de corazón, dando de mano a todo gusto propio; que más se agrada Dios de esto, que de todos los otros ejercicios, por más trabajosos y dificultosos que sean. Por lo cual conformándote con el tiempo cuanto la obediencia lo permite, has de dejar todo lo que en ti impidiere semejante libertad, aunque te parezca muy espiritual y muy provechoso. Pues (como decía) ten gran cuidado en dar de mano a toda inquietud de corazón, con la cual se impide la verdadera paz, la entera confianza en Dios y el aprovechamiento espiritual.

2.- Nunca des lugar a la ociosidad, viciosa y mala, porque esa es la que mata las almas. Huye también las ociosas ocupaciones; y llamo ociosas las que totalmente son inútiles. Y no te espantes de que te haya dicho que no des lugar a la ociosidad viciosa; porque hay un ocio loable, conviene a saber, cuando ¹ el alma, ocupada en Dios, libre de todo bullicio é imaginación de todas las cosas sensibles, como si estuviese ociosa, descansa en un silencio interior, en un abrazo venturoso de su amado. Útil y dicho-

¹ Buena descripción del ocio místico. El P. Maximiliano Sandeo explica en su opúsculo de Teología mística los términos análogos al ocio místico.

samente estarás ocioso, si la mano y gracia del Señor te llevare a este punto. De otra suerte, o lee siempre, ora o medita; u ocúpate en otra cualquiera cosa conveniente o necesaria.

3.- Por cierto que si con prontitud y diligencia te quisieres ocupar en la sagrada lección, que te será de mucho gusto, y todas las cosas espirituales comenzarán a hacérsete dulces, y habituándote a deleites santos, facilísimamente despreciarás todos los sensuales y carnales; y a maravilla se fortificará tu alma en el buen propósito.

Pues para ¹ que merezcas gozar tan gran fruto, ocúpate de buena gana y con prudencia en la lección; quiero decir, que en ella busques provecho y consuelo espiritual, y amor de Dios, y no curiosidad, ni entender y saber cosas superfluas, ni ornato y elegancia de palabras. Porque no consiste en eso el reino de Dios², sino en la santidad de la vida. Empero, como no es justo que esa elegancia se busque con demasiada solicitud, si falta; así no es justo que estime en poco, si la hay; porque también ella es don de Dios. Todas las cosas has de recibir con hacimiento de gracias; y así te aprovecharán todas para tu salvación.

Y no te turbes porque no se te quede en la memoria todo lo que oyes o lees; porque así como está limpio el vaso adonde muchas veces se echa el agua, aunque se vierta luego, de la misma suerte se hace y conserva limpia y agradable a Dios el alma bien intencionada, por donde pasa muchas veces la doctrina espiritual, aunque no se quede allí. Tu particular provecho no consiste en que tengas memoria de lo que oyes o lees, sino de que eso haga en ti efecto; quiero decir que de ahí saques pureza interior y una voluntad determinada para cumplir los mandamientos divinos.

Aprende a atribuirte a ti lo que se dijere contra los vicios, porque muchas veces no será seguro atribuirlo firmemente a nadie; que de esa manera no mancillarás ni turbarás tu propia conciencia, juzgando al de alguno obstinadamente.

También, cuando en la lección o conversación se te ofreciere

¹ Citado por el P. Julio Nigronio en sus *Tratados Ascéticos de lectione Librorum spiritualium*, c. I, § 4, y en otros capítulos.

² I Cor., 2.

tratar del acto carnal, pasa con un pensamiento ligero sin detenerte; y considera con tanta quietud interior la obra de la generación como todas las demás obras de los hombres; imaginando que aquel acto en el matrimonio no es más que un ministerio necesario al linaje humano. Y eso ha de pasar de los ojos del alma tan de camino y tan simplemente como si se tratase de piedras. Y así, cuanto te fuere posible, has de hurtar el cuerpo al más mínimo deleite de cualquiera movimiento lujurioso y sensual, en todas las cosas que parecen torpes. Si a porfía te fatigan y turban tentaciones de semejantes cosas, hazles total resistencia con la razón; no les des consentimiento; y haciendo la señal de la cruz, levanta el alma a Dios, porque así no correrás peligro ninguno.

Además de esto, te aviso ¹ que no imites a aquellos que no guardan orden en su lección, sino que gustan de leer lo que acaso se les ofrece, o lo que encontraron; a los cuales ninguna cosa que no sea nueva y peregrina les da contento; y las que son antiguas y comunes, por más provechosas que sean, les enfadan. Mil leguas ha de estar de ti semejante inconstancia; que antes sirve para distraer y derramar el espíritu que para moverle, y corre grandísimo peligro el que está inficionado con este humor.

Has de ir atado con prudencia a lección cierta y determinada, y aunque a veces no te agrade, acostúmbrate a detenerte en ella. Así que no has de leer confusamente y salpicando, sino por orden. No te dé pesadumbre oír muchas veces las mismas cosas, si son buenas.

Empero, cuando se te ofrece alguna tribulación o pobreza de espíritu, alguna vez podrás cortar el hilo a lo que hubieres comenzado y pasar a otra lección devota que, conforme a la necesidad en que estás, pueda aliviarte más.

Es de mucho provecho (como afirman los Padres) pasar de la lección a la oración, y volver de la oración a la lección; para que por una loable alteración y mudanza, sucediendo la oración a la lección y al revés, se quite el fastidio, y el espíritu esté siempre esforzado, y, como de nuevo, acuda a la oración que tiene

¹ Citado por el P. Nigronio, c. V § 23 y 24.

delante, y de ambas cosa se saque copioso fruto. ¿Y quién es-
torbará que algunas veces en la lección no hagas también algunas
breves oraciones, y por unos deseos santos levantes el espíritu a
Dios? Hay algunas cosas que se pueden tomar por lección, por
oración o por meditación; conviene, a saber, todas las divinas
Escrituras en donde se habla con Dios.

4.- De continuo has de preferir las oraciones conventuales a las
tuyas propias, y aunque te parezcan desabridas y estériles, las
tienes que juzgar por mejores. Ni más ni menos, cualquiera acto
conventual y regular, lo has de preferir a tus particulares ejer-
cicios. Porque ante todas y sobre todas las cosas ha de tener
siempre en ti la obediencia el primer lugar.

Acaso me preguntarás en qué oraciones y meditaciones prin-
cipalmente has de ocuparte cuando estás solo. Si me crees, lo que
sobre todo has de pedir a Dios en tus oraciones después de haber-
te acusado de tus pecados y pedido perdón de ellos, es, que total-
mente mortifique en ti tus pasiones y afectos viciosos, y que te
desnude perfectamente de todo desorden, y que te dé gracia con
que puedas llevar con paciencia y alegría cualquiera tentación y
tribulación. Has de pedir una humildad muy profunda y una
caridad muy fervorosa. Asimismo has de pedir que tenga por bien
de guiarte, enseñarte, alumbrarte y defenderte en todas las cosas.
Estas creo que te son muy necesarias.

Ellas son muy arduas y dificultosas; y no las podrás alcanzar, si
no fueres continuo y perseverante en pedir las. Pues persevera
cada día llamando ¹, y sin duda que al fin te abrirá el Señor, y te
dará tantos panes cuantos hubieres menester. Mira no te descuides
en darle siempre gracias por lo que recibieres, porque el olvido y
la ingratitud de los beneficios recibidos ofende mucho a Dios.

Y para que con más presteza y facilidad alcances de la be-
nignidad de Dios lo que pides en tus oraciones, has de rogar con
atención por el estado de toda la Iglesia, encomendando a Dios a
todos los fieles, vivos y difuntos, y a todos los hombres.

¹ 1.ª... 2.

CAPÍTULO IV

La principal materia de la oración mental debe ser la vida y pasión de Cristo

1.- Meditar la vida y pasión de Cristo es el ejercicio más útil.- 2.- Ejemplo.- 3.- Utilidad y orden de este ejercicio.- 4.- Método para los principiantes.

1.- Quieres oír todavía en qué cosas te podrás ejercitar con gran provecho tuyo? Yo te lo diré. Útil es rezar los salmos; útil es rumiar devotamente las divinas Escrituras; útil la consideración de las criaturas, si de ellas se alaba al Creador; útiles son cualesquiera oraciones, himnos, hacimientos de gracias y meditaciones santas; empero todos dicen, y con mucha razón, que la memoria de la humanidad de Cristo, y principalmente la de su sacratísima Pasión ¹, es utilísima y sumamente necesaria. Porque ella es el destierro segurísimo de todas las pasiones y afectos desordenados, una acogida muy acomodada en las tentaciones, un seguro fuerte en los peligros, un suave refrigerio en las angustias, un querido descanso en los trabajos, un fácil atajo en las distracciones, una verdadera puerta de la santidad, una sola entrada de la contemplación, un dulce consuelo del alma, un fuego del divino amor que jamás falta, una salsa de todas las adversidades, una fuente de la cual corren en nosotros todas las virtudes, y, finalmente, es un modelo y dechado acabadísimo de toda perfección, puerto, esperanza, confianza, merecimiento y salud de todos los cristianos.

2.- Yo he conocido un hermano ² que tenía costumbre de señalar cada día un paso de la misma pasión del Señor. Como si dijésemos: Ponía delante de los ojos un día a Cristo en el huerto; y

¹ Esta útil y piadosa práctica para con la pasión de nuestro Redentor, la recomienda el P. Antonio Molina (Tratado 1º de la Oración, c. XVII § 2) á todas las personas devotas.

² Bloisio, por su grande humildad, se oculta en este ejemplo.

adonde quiera que iba aquel día, adonde quiera que se hallaba desembarazado de otro pensamiento importante y necesario, en todo cuanto hacía exteriormente, procuraba enderezar los ojos al mismo Señor, cómo estaba padeciendo en el huerto diferentes angustias, y casi de esta suerte hablaba muchas veces a su alma: “¡Oh alma mía! ves ahí a tu Dios; ves ahí a tu criador; ves ahí a tu padre; ves ahí al Redentor y salvador tuyo; ves ahí tu refugio, tu guarida y amparo; ves ahí tu esperanza, tu confianza, tu fortaleza y tu salud; ves ahí tu santificación, tu pureza y perfección, ves ahí tu ayuda, tu merecimiento y tu premio; ves ahí tu reposo, tu consuelo y tu suavidad; ves ahí tu gozo, tus deleites y tu vida; ves ahí tu luz, tu corona y tu gloria; ves ahí tu amor y tu deseo, ves ahí tu tesoro y todo tu bien; ves ahí tu principio y tu fin. ¿Hasta cuándo has de andar distraída, hija andariega? ¹ ¿Hasta cuándo has de dejar la luz y amar las tinieblas? ¿Hasta cuándo has de dejar la paz y has de andar envuelta en turbaciones? Vuélvete, vuélvete, Sunamites ²; vuélvete, hija, vuelvete y recógete, muy querida; deja muchas cosas y abraza una, porque una sola es necesaria ³. Estate con tu Señor; ponte cerca de tu Dios; no te quieras apartar de tu maestro; siéntate a la sombra de Aquel ⁴ a quien amas; para que su fruto dé gusto a tu garganta. Bueno es hija, estar aquí, que aquí no llega el enemigo; aquí no hay asechanzas, no hay peligro ni tinieblas ningunas, aquí todas las cosas están seguras, todas están serenas. Asíéntate aquí de buena gana, muy querida mía, que aquí estarás libre y segura; aquí estarás muy alegre y regocijada. Aquí hay rosas, aquí hay lirios y violetas. Aquí dan sabroso olor las flores de todas las virtudes. Aquí verás un resplandor que suavemente esclarece todas las cosas. Aquí hallarás verdadero consuelo; aquí hallarás paz y descanso; aquí, finalmente, hallarás todo tu bien”. Con estas y con otras semejantes razones, constreñía fuerte y dulcemente su alma, y si andaba derramada, la recogía y le hacía

¹ Jerem., 31.

² Cant., 2. Cant., 5.

³ Luc., 10.

⁴ Cant., 2.

fuerza para que atendiese al sumo bien. Tomaba de estas sentencias unas veces más y otras menos, a veces una, a veces dos y a veces tres, conforme a su devoción y a lo que el Espíritu Santo le inspiraba; y aun muchas veces repetía las mismas.

También imprimía en su alma las cosas que el Señor hizo y padeció en el huerto por ella; despertándola entonces a considerar, unas veces la profunda humildad, la mansedumbre, la paciencia, la incomprensible y muy fervorosa caridad de su Salvador, otras veces a tener compasión del Señor de suma majestad, tan humillado y afligido; otras veces a darle gracias por tantos beneficios y por tanta piedad; otras veces a recompensarle fielmente el amor; otras veces a pedirle perdón de los pecados; otras veces a pedirle esta o aquella gracia. Muchas veces mudaba su plática en estas o semejantes aspiraciones, afectuosas y encendidas. “¡Oh alma mía! ¿Cuándo has de estar dispuesta para seguir la humildad de tu Señor? ¿Cuándo has de imitar su mansedumbre? ¿Cuándo resplandecerá en tí el ejemplo de su paciencia? ¿Cuándo te irá mejor? ¿Cuándo te verás de todo punto libre de las pasiones y afectos viciosos? ¿Cuándo morirá totalmente en ti todo pecado? ¿Cuándo se borrarán en ti todo desorden? ¿Cuándo sufrirás con suavidad y amor todas las tribulaciones y tentaciones? ¿Cuándo amarás perfectamente a tu Dios? ¿Cuándo lo abrazarás íntimamente? ¿Cuándo serás toda abismada en su amor? ¿Cuándo estarás pura, sencilla y desnuda delante de Él? ¿Cuándo no te impedirá cosa alguna sus dulcísimos abrazos? ¡Oh, si fueses pura y limpia! ¡Oh, si amases a tu Dios ardentísimamente! ¡Oh, si te juntases a tu sumo bien con un nudo ciego!”

Y poniendo los ojos del corazón en el cielo o en el abismo de la luz eterna, ordenaba las aspiraciones de esta suerte: “¡Oh alma mía! ¿Adónde está tu Dios? ¿adónde está tu amor? ¿Adónde está tu tesoro? ¹ ¿Adónde está tu deseo? ¿Adónde está todo tu bien? ¿Adónde está tu Dios? ¿Cuándo estarás con Él? ¿Cuándo le verás? ¿Cuándo gozarás venturosamente de Él? ¿Cuándo le alabarás libremente con todos los cortesanos del cielo?” Estas aspi-

¹ Salm. 41.

raciones u otras de este talle, decía en silencio o con el alma, tomando unas veces muchas, otras veces pocas, como le inspiraba el Espíritu Santo.

Muchas veces reprendía a su misma alma, porque era perezosa, descuidada, tibia, ingrata, dura, insensible, inconstante, miserable y desventurada. Y otras, cuando estaba pusilánime y temerosa la esforzaba y animaba diciéndole estas u otras semejantes palabras: “Alma mía, no quieras desesperar; consuélate, hija, confía, mi muy querida. Si pecaste y estás llagada, ves ahí a tu Dios, ves ahí a tu médico aparejado para darte salud. Es muy benigno y muy misericordioso, para querer, y todopoderoso es para poder perdonarte en un punto tus pecados. ¿Por ventura temes porque es juez? Mas cobra ánimo, porque el mismo que es tu juez, es también tu abogado. Es abogado para defenderte y excusarte, si haces penitencia; luego también es juez para darte por libre y no para condenarte, si te humillas; mayor es, sin comparación, su misericordia, de lo que es o puede ser tu malicia. Y esto te digo, no para que, perseverando en los pecados, no merezcas alcanzar misericordia, sino para que, dejándolos, no desesperes el perdón. Tu Dios es dulcísimo, es suavísimo, todo amable y todo deseable, y ama muy mucho todas cuantas cosas crió. Cuando imaginares o pienses en Él, muy lejos ha de estar tu imaginación de todo espanto, aspereza y amargura; porque si se llama terrible, no es por sí, sino por los que usan mal de su benignidad, y dilatan el hacer penitencia; cuyos muy graves y muy torpes pecados rechaza y castiga Él como muy contrarios a su dulcísima y purísima bondad.

“No te turbe demasiado ni te atemorice tu imperfección; que no te desprecia tu Dios porque eres imperfecta y miserable, antes te ama mucho porque deseas y procuras ser más perfecta; y aun si perseveras, Él te ayudará y te hará más perfecta, y quizá te hará toda hermosa, aun más de lo que tú osaras esperar, y que en todas las cosas le agrade”. Con estas trazas y con otras semejantes, tenía una conversación muy amorosa con su alma; y con palabras castas la convidaba al casto amor de su querido.

También volvía su plática al mismo Señor, y levantando el espíritu a Él por santos deseos, decía: “Buen Jesús, piadoso pastor, dulce maestro, rey de eterna gloria. ¿Cuándo he de estar limpio y de veras humilde en tu acatamiento? ¿Cuándo menospreciaré totalmente por tu amor todas las cosas sensuales? ¿Cuándo me dejaré aun a mí mismo perfectamente? ¿Cuándo estaré desnudo de toda propiedad? Porque si en mí no hubiese alguna propiedad, no habría en mí voluntad propia, no tendría lugar en mí los afectos y pasiones viciosas; en ninguna cosa me buscaría a mí. Sólo esta propiedad es la que pone impedimento y medio entre ti y mí, la propiedad sola me detiene para que no llegue a tí. ¿Cuándo, pues, me veré desnudo de toda propiedad? ¿Cuándo me resignaré todo libremente en tu divina voluntad? ¿Cuándo te serviré con una alma limpia, quieta, sencilla y serena? “¿Cuándo te amaré perfectamente? ¿Cuándo te abrazaré suavemente con los brazos de mi alma? ¿Cuándo te amaré con deseos encendidísimos? ¿Cuándo la inmensidad de tu amor tragará y consumirá toda mi tibieza é imperfección? ¡Oh Dios mío, dulzura de mi alma! ¡Oh consuelo! ¡Oh vida mía! ¡Oh. amor mío! ¡Oh mi deseo! ¡Oh mi tesoro! ¡Oh todo mi bien! ¡Oh mi principio y mi fin! ¡Oh si gozase mi alma de tu dulcísimo abrazo! ¡Oh si fuese atada con el estrecho nudo de tu muy regalado amor! ¡Oh si fuese unida contigo perfectísimamente! ¿Yo, qué tengo en el cielo,¹ y sin ti, qué quiero yo en la tierra? Dios de mi corazón, y Dios es eternamente mi herencia. ¿Cuándo no habrá mundo para mí? ¿Cuándo cesarán en mí todos los impedimentos, todos los desasosiegos y mudanzas de este siglo? ¿Cuándo se acabará mi peregrinación? ¿Cuándo dejaré esta morada en tierra ajena? ¿Cuándo se alzaré el miserable cautiverio de este destierro? ¿Cuándo tendrá fin la sombra de la mortalidad y vendrá el día de la eternidad?² ¿Cuándo, dejada ya la carga de este cuerpo, te veré? ¿Cuándo te alabaré con tus santos sin impedimento, dichosa y eternamente? ¡Oh Dios mío! oh amor mío! ¡Oh todo mi deseo! ¡Oh todo mi bien!”

¹ Salm. 71.

² Cant. 2 y 4.

3.- Muchas veces solía repetir estas aspiraciones, como quien sabía que con este ejercicio se junta poderosamente el alma con Dios, y con más brevedad llega uno a la perfecta mortificación de sí mismo. Adonde quiera las tenía a la mano; y si alguna vez se hallaba muy desocupada, entonces se asentaba como la Magdalena,¹ y gustaba de detenerse en ellas más tiempo y con más libertad; y esto hacía, más por la gloria de Dios que por su gusto desordenado. Y entonces, ensanchando interiormente el corazón con un sencillo y suave afecto, no dejaba de adorar y bendecir y dar gracias a Dios y orar.

Fuera de eso, enderezaba su plática a la gloriosa Virgen María, Madre de Dios, como a Señora misericordiosísima y madre dulcísima, y reparadora liberalísima; delante de ella multiplicaba sus devotas quejas, y con una importunidad santa, le pedía su bendición.

Otro día señalaba cómo Cristo fué preso y entregado de Judas; y en este paso también repetía los sobredichos ejercicios, y de esta manera acababa la Pasión por su orden, y, en acabándola, la volvía a comenzar desde su principio. Y en aquel paso que representa a Cristo colgado de la Cruz, no se ejercitaba solamente conforme al orden y al día, sino todos los días, si le agradaba así, a lo menos brevemente, atendiendo a las angustias, a los cardenales y dolores del Crucificado, considerando las santísimas llagas y la sangre sacrosanta que corría de ellas como de fuentes; despertando su alma a la solícita contemplación de estas cosas.

En las fiestas de Cristo y de su Santísima Madre la Virgen María, ponía delante de los ojos de su alma (si le parecía así) el misterio que aquel día se celebraba, en lugar del paso de la Pasión que le venía por su orden, Y cerca de la obra, causa, misterio o regocijo de la misma fiesta, hacía sus ejercicios interiores y pláticas amorosas con su alma. También se deleitaba mucho ocupándose en rezar salmos.

Yo sé muy bien que el sobredicho hermano, con la ordinaria continuación de este santo ejercicio, alcanzó gran consuelo y

¹ Luc. 10.

notable fruto de su trabajo. Yo te he puesto el ejemplo; imítalo si te da gusto. Que por este camino te acostumbrarás a atender siempre a la presencia de Dios; por este orden comenzarás a tener los sentidos templados, alertas, ejercitados y serenos; con esta traza entablarás de la suma contemplación y perfección; con este orden, adonde quiera que te hallares, emplearás bien el tiempo; como quien, habiendo desterrado y arrancado los pensamientos inconstantes y vanos de lo secreto de su corazón, los pone y planta santos y buenos.

Si quieres, puedes ordenar otras meditaciones y aspiraciones fuera de las que pusimos arriba, con otras palabras. Y si en ellas sientes que mirar al libro te impide el alma para que no puedas llegar a Dios y unirte con Él, no lo mires; y al revés, si sientes que mirando al libro se ayuda tu ejercicio, míralo. Porque quiero que tu devoción sea libre y que sigas la gracia del Espíritu Santo sin confusión ni pesadumbre ninguna. Y entendemos por aspiraciones (como puedes advertirlo en las trazas arriba puestas) unas oraciones, breves jaculatorias, o unos deseos encendidos, y unos afectos vivos y amorosos para con Dios.

4.- El que no ha comenzado aún la vida espiritual, o la propia mortificación, o el que es nuevo en ella, por ventura no es justo que luego, a los primeros principios, en todas las cosas siga el sobredicho ejercicio; antes importa que algún tiempo se ejercite conforme a la traza que añadiré ahora. Éste también ha de poner delante de los ojos del alma cada día alguna parte de la Pasión del Señor, y ha de acudir a Él con el espíritu, ora esté sentado, ora en pie, ora ande, ora descanse, como no lo impida algún negocio forzoso en que se haya de ocupar interiormente. Y puesto en presencia de Cristo, así como lo imagina padeciendo, hable con su alma de esta o de otra manera semejante:

“¡Oh alma mía! Ves ahí a tu Dios; mira, ingrata; atiende, miserable; considera, pobre y mendiga; ves ahí a tu Dios, ves ahí a tu Creador y Redentor. Ves ahí cómo se humilló por ti el Rey de la gloria; ves ahí cómo se inclinó por ti la soberana majestad. Mira cuán tristes, cuán amargas y viles cosas sufre por ti tu Salvador.

Pondera con cuanta caridad te amó el que por ti sufrió en sí tantas aflicciones y tormentos.

“Sacúdete, alma mía, sacúdete del polvo; desata los lazos de tu cuello, cautiva hija de Sión. Levántate, sal del lodo de los vicios, deja las torpezas ¹ de la vida descuidada. ¿Hasta cuándo con tanto gusto has de andar entre tantos peligros? ¿Cuándo has de acabar de tener por descanso los tormentos y angustias? ¿Cuándo has de acabar de dormir segura en la muerte? ¿Cuándo has de acabar de dejar por tu voluntad el camino derecho, y has de andar por tantas partes descarriada y vagamunda? Vuélvete a tu Señor y Dios, que te está esperando: apresúrate, no tardes, que aparejado está para recibirte. Con los brazos abiertos te saldrá al camino, como tú no dilates el volverte a Él. Llégate al benignísimo Jesús, y te sanará y purificará; llégate al benignísimo Jesús, y te alumbrará. Llégate al benignísimo Jesús, y te echará su bendición y te salvará”.

Algunas veces dirá a su alma afrentas, y la reprenderá por su demasiado desagradecimiento y malicia, diciéndole: “Ay alma mía, ¡cuán ingrata has sido a tu Dios! Él te ha hecho innumerables y excelentes beneficios, y tú, en lugar de los bienes, siempre le has vuelto males y ofensas. Él te crió a su imagen y semejanza: Él te enriqueció con la inmortalidad; Él señaló para tu bien y provecho el cielo y la tierra, y cuanto en ellos se contiene, y te adornó con muchas gracias y dones; Él te trajo a la luz de la fe católica; Él te libró de las peligrosas olas del siglo, y te puso en el puesto y quietud de la vida religiosa; adonde como en un muy deleitoso paraíso de regalos espirituales tuvieses infinitas ocasiones de alegría santa y de hacer buenas obras. Con gran paciencia te ha sufrido, ofendiéndole tú, y te ha sacado de la boca del infierno. Por ti encarnó el Rey de los reyes, por ti se hizo tu hermano tu mismo Criador. Y no se contentó con nacer por ti, sino que también quiso padecer por ti: por ti se entristeció y angustió; por ti fué vendido y preso; por ti fué atado y maltratado; por ti fué escupido, y recibió pescozones y bofetadas; por ti fué escarnecido y ultrajado; por ti fué despedazado con azotes, y su cabeza atrave-

¹ Isai., 52.

sada con una corona de espinas; por ti sufrió que le diesen golpes con una caña, y que le fatigasen con el peso de la cruz; por ti fué enclavado en ella con clavos de hierro, y quiso que le diesen vinagre a beber; por ti derramó su sangre sacrosanta y lloró; por ti murió y fué sepultado. Él mismo te hizo heredero del reino de los cielos; Él te ha prometido cosas que ni ojos las vieron, ni orejas las oyeron, ni el corazón humano las puede comprender.¹

“Y tú dejaste y despreciaste a quien te hizo tantos beneficios; desechaste el temor santo de Aquel que tanto te amó; sacudiste el suave yugo de Aquel que te escogió; te has hecho como una de las hijas de Belial², y has servido a los pecados sin respeto ninguno, como una ramera desvergonzada. Hiciste pacto con la muerte; y has trabado amistad con el demonio³; para cualquiera maldad has estado de continuo muy presta y haldas en cinta; amontonaste pecados a pecados; y siempre gustaste de añadir unas maldades a otras mayores. Otra vez crucificaste con tus pecados a Jesucristo, el cual te había escogido por esposa; y con ellos renovaste sus llagas.

“¿Quién te dará gemidos y suspiros? ¿Quién te dará fuente de lágrimas para que de día y de noche llores tu ingratitud?⁴ ¡Oh desventurada de ti! ¿Qué harás? ¡Oh si hubieras guardado la inocencia! ¡Oh si hubieras perseverado limpia! ¡Oh si no te hubieras afrentado miserablemente a ti misma! ¡Oh si no te hubieras apartado de tu Dios! Perdiste la inocencia, manchada estás, a ti misma te has infamado. Te has apartado de tu Dios. ¡Oh desventurada de ti! ¿y qué harás? ¿Á quien te acogerás? ¿De quién esperas socorro? ¿De quien sino del mismo a quién tienes ofendido? Piadosísimo es, benignísimo es, misericordiosísimo es. Humíllate, derríbate, derrámate como agua en su presencia⁵; y Él usará contigo de su misericordia”.

¹ I Cor., 2.

² I Reg., 2.

³ Isai., 28.

⁴ Jerem., 7.

⁵ Trenn., 2.

Algunas veces volverá sus quejas y lamentos al Señor diciendo estas u otras palabras semejantes: “¡Ay de mí, Jesús mío! ¿Qué he hecho? ¿Cómo te he dejado? ¿Cómo te he despreciado? ¿Cómo he olvidado tu nombre? ¿Cómo deseché tu temor? ¿Cómo conculqué tu ley? ¿Cómo quebranté tus mandamientos? ¡Ay de mí, Dios mío! ¡Ay de mí criador mío! ¡Ay de mí, Salvador mío! ¡Ay de mí, vida mía, y todo mi bien!... ¡Ay miserable de mí, ay de mí, que pequé, que me he hecho semejante a los brutos! ¡Ah de mí que me hecho más sin razón que las bestias! ¡Oh buen Jesús! ¡Oh piadoso pastor! ¡Oh dulce maestro, ayúdame! Levanta a este caído, dale la mano a este que peligra: limpia a este sucio; sana a este llagado; esfuerza a este flaco; da salud a este desahuciado. Confieso que no merezco que me sufra la tierra, que no merezco ver la luz, que no merezco tu favor y gracia. Porque es muy grande mi ingratitud, grande y muy grande la torpeza de mis pecados; empero sin ninguna comparación es mayor tu misericordia. Pues, Dios mío, amante de los hombres, mi última esperanza, ten misericordia de mí, según tu gran misericordia ¹; y conforme a la multitud de tus misericordias, limpia mi maldad”.

A veces sin otra prevención sino a deshonor, hincando las rodillas en tierra delante de Dios, con ansias del corazón, podrá decirle: “Señor, si quieres, puedes limpiarme ²”; o aquello de la Cananea: “Hijo de David, ten misericordia de mí, pecador”; o también aquello: “Señor, ayúdame”. De la misma manera derramará su corazón delante de la Virgen María Madre de Dios, y de los santos y santas, pidiéndoles humildemente que sean sus abogados.

¹ Salmo 50.

² Matth., 8 - Lic., 18.

CAPÍTULO V

Doctrina acerca del examen y expiación de los pecados

1.- Examen diario de los pecados.- 2. Modo de ejercitarse en el deseo de la vida eterna.- 3. Cuanto tiempo debe pasar uno en purificarse del pecado.- 4. Tener en cuenta la capacidad de cada uno.- 5. Templanza en el fervor.- 6. Constancia y orden en los ejercicios.

1.- Si tienes lugar todos los días, o a lo menos muchas veces, se recogerá, y con humildad profunda y propósito firme de enmendarse, pensará los pecados de la vida pasada, y en particular los confesará delante de Dios: en especial aquellos con que más fea y gravemente ofendió a la divina bondad; y en los pecados carnales no se detenga indiscretamente; porque el acordarse de pecados viejos y revolverlos despacio, no sea de nuevo ocasión de algún deleite culpable.

En esta confesión, contricción y devoción sensible, acostúmbrese a llorar más el haber injuriado y sido ingrato a su Dios, Criador y Padre dulcísimo, que el haber merecido ¹ los tormentos eternos.

En los lamentos y quejas devotas que arriba pusimos, no mire en decir muchas sentencias; sino tome las que quisiere, y cuantas le dieren gusto, aunque no guarde orden. Muy bien obrará si escogiere una, dos o tres para repetirlas muchas veces dentro de sí, donde quiera que se hallare, y también acertará si quiere rumiar muchas de ellas.

Lo que nosotros queremos es que haya según la devoción que tuviere, y que en todas las cosas haya toda confusión y

¹ En esto tenemos solamente lo que se llama atrición y procede del temor servil; en esotro existe un dolor más excelente que se llama contricción procedente del temor filial (Sto. Tomás, 3 parte in Suplemento quaest., I, art. 3)

perplejidad. Yo conocí a uno que andando ocupado exteriormente, cuando acudía a la Pasión del Señor, entre otras castas razones se holgaba de rumiar estas pocas palabras, u otras semejantes: “¡Oh buen Jesús! ¡Oh piadoso pastor! ¡oh dulce maestro, buen Jesús, sé misericordioso conmigo; pastor piadoso, guíame; dulce maestro, enséñame; Señor mío, ayúdame!” Otro se deleitaba algunas veces en rumiar muchas, y otras menos, y explicar las mismas con palabras diferentes, siguiendo su devoción y afecto.

El novicio y principiante (como habemos dicho) ha de andar en todas estas cosas con libertad, el cual, si le da gusto, podrá mover su espíritu a compunción, y a que ande solícito en las cosas espirituales, con la meditación de la muerte, del purgatorio, del juicio, del infierno y de la patria celestial. Y cuanto más se acerca la meditación de estas cosas al temor filial y amor de Dios, tanto más agradable le es al Señor, y más eficaz para limpiar las almas; y al contrario, cuanto más se acerca la sobredicha meditación al temor villano y servil, tanto menos provecho se sacará de ella. Por el temor filial tememos pecar por no ofender a nuestro benignísimo Dios y Señor, y por no perder su gracia y familiar amor. Por el temos servil tememos hacer mal porque no nos castiguen y condenen. Con todo eso es bueno el abstenernos de los pecados, aunque sea por el temor servil; empero ha de ser de manera, que no nos quedemos en él, sino que pasemos al temor liberal y noble.¹

2.- Cuando meditare en la gloria celestial podrá rumiar entre sí estas u otras cosas semejantes: “¡Oh, cuán bienaventurada es aquella celestial Jerusalén, cuyas murallas son de piedras preciosísimas²; cuyas puertas resplandecen con perlas escogidísimas; cuyas plazas están cubiertas de oro purísimo; cuyos jardines, llenos de muy frescas flores, deleitan incomprensiblemente! Allí se oye sin cesar una voz de alegría; allí

¹ Esta graduación que se verifica en la justificación del pecador, la señala y explica el Concilio Tridentino, sesión 6a., cap. 6, y sesión 14, cap. 4, aduciendo el ejemplo de los Ninivitas, (Jonás, 3).

² Apoc., 21.

se canta sin fin un cantar de gozo; allí se renueva de continuo un regocijo que no se puede explicar con palabras; allí suenan siempre órganos de santos; allí sin faltar jamás echan de sí inefable olor el cinamomo y el bálsamo; allí hay una paz y descanso que excede a todo sentido; ¹ allí hay una templanza y serenidad, que excede toda la capacidad humana; allí hay un día eterno, y es uno espíritu de todos; allí hay una seguridad cierta, y una eternidad segura; y un sosiego eterno, y una bienaventuranza, y un deleite suave; allí resplandecerán como el sol los justos en el reino de su padre.²

“¡Oh, cuánta ventura es hallarse entre los coros de los Ángeles, tener compañía perpetua con los Santos Patriarcas y Profetas, con los Santos Apóstoles y mártires, con los santos confesores y vírgenes, con la gloriosísima Virgen María, Madre de Dios, no temer, no entristecerse, no angustiarse; no recibir pena ni desabrimiento, no padecer algún trabajo, embarazo, fastidio, ni necesidad!

“¡Oh, qué abundancia de consuelos! ¡oh, qué copia de regalos! ¡oh, qué sobra de gozos! ¡oh, qué abismo de purísimos deleites es ver aquella luz infinita, ver aquella luz sumamente amable, ver aquella inefable gloria de la Altísima Trinidad, ver al Dios de los dioses en Sión³, y verle ya, no en sombras, sino cara a cara⁴, y asimismo ver glorificada la humanidad del Hijo de Dios! Porque si tanto contento da ver el ornamento visible del cielo, ver la claridad resplandeciente de las estrellas, ver el lucídisimo resplandor del sol, y ver el clarísimo lustre de la luna, considerar la luz agradable del aire, contemplar la lindeza de las aves, flores, hierbas y colores, oir los cantos suaves de los ruiseñores, y gilgueritos, oir la dulce consonancia de la cítara y lira, gozar del sabroso olor de las rosas y azucenas, y de la excelentísima suavidad de las especies aromáticas y olorosas, y gustar del regalado

¹ Filip., 4

² Matt., 13.

³ Salmo 83

⁴ I Cor., 13.

sabor de frutas diferentes; y si tanta dulzura se siente de estas cosas, ¿qué río impetuoso de purísimo deleite será contemplar perfectamente aquella hermosura inmensa, gustar perfectamente aquella dulzura infinita, de donde procede y mana toda la hermosura y toda la dulzura de las cosas criadas?

“Sin duda que el tiempo de la primavera, cuando el cielo, la tierra, los árboles y todas las demás cosas están matizadas con una nueva gracia, y con un admirable ornamento, es un traslado y lindo dibujo de la felicidad eterna y de la resurrección que esperamos. Pero es mayor la diferencia que hay entre el dibujo y lo que por él se representa, que la que vemos entre las tinieblas de la oscura noche, y la claridad del sol al mediodía. Así que es bienaventurada, y otra vez bienaventurada aquella celestial Jerusalén; donde hay todo lo que puede agradar; y donde falta todo lo que puede dar disgusto; donde dichosamente es alabado el todopoderoso Dios en los siglos de los siglos”.

Ha de acostumbrarse a acudir muchas veces puramente a estos goces de la soberana ciudad, y a amarlos y desearlos, no tanto por su propio interés cuanto por gloria y honra de Dios. Aunque quien ha aprovechado ya en la vida espiritual, con más pureza se podrá ejercitar en semejante meditación de la vida eterna, que no el que apenas ha llegado a los principios de la mortificación interior, y que sabe buscarse aun más a sí que a Dios.

3.- El nuevo en estas cosas podrá ejercitarse en los sobredichos lamentos y quejas devotas, uno, tres o seis meses o un año entero, o más; quiero decir, que hasta que sienta que en alguna manera ha aprovechado interiormente en el desprecio del mundo y de sí mismo, y que tiene ya un deseo más encendido en la vida espiritual. Unos se convierten con más facilidad, otros con más pesadumbre; y algunos hay a quienes con particular favor ayuda el benignísimo Dios liberalísimamente, tanto que en un punto se renuevan y totalmente se mudan.

Asimismo podrá este principiante ocuparse a veces en otras oraciones, en dar gracias a Dios y en alabarlo; empero su singular y propia ocupación ha de ser en lágrimas discretas y en perseguir

sus propios pecados. Si no halla lágrimas exteriores, no por eso se turbe; porque no le faltan las lágrimas interiores a aquel al cual ofenden de veras todos los vicios.

Así que, cuando en alguna manera hubiere interiormente reformado la imagen de Dios con la saludable amargura de las lágrimas y de la contricción, podrá con más confianza seguir el otro ejercicio que arriba puse, y le será de provecho. Pues ha de levantarse humildemente, y aparejarse con gran fervor para la más íntima familiaridad del celestial esposo.

Y cuando se siente miserable y frío, con la solícita meditación de la Encarnación o Pasión del Hijo de Dios, repasando suavemente estas cosas con su alma, despertará en sí muchas veces la centella del divino amor. Y encendido con esta meditación, se volverá a la oración y a las aspiraciones; deseando por ellas unir su espíritu con el Sumo bien.

Si por este orden perseverare muchas veces en hacer fuerza a su corazón para que se encienda en el amor de Dios, en breve llegará a que luego, en acudiendo al centro de su alma o a la primera aspiración sin que preceda otra meditación, se podrá apartar de las criaturas y de sus imágenes, y anegarse en la suavidad del mismo divino amor.

De ahí adelante no tendrá tanta necesidad, cuando en el acatamiento de Dios hace penitencia, de acordarse en particular de todos los pecados de la vida pasada, ni de poner con gran solicitud en ellos los ojos del corazón; porque así se impedirían la libertad y el afecto para con Dios; antes guiará amorosamente su corazón al mismo Señor, abominando entonces de todo lo que puede apartar y desviar de él.

Y en esto no queremos decir que jamás permita que por descuido se le caigan de la memoria ¹ sus pecados; lo que decimos es que así se acuerde de ellos, que esa memoria no le impida de otro bien

¹ Este y otros consejos para que nunca deje uno de dolerse de los pecados pasados o perdonados mientras viviere se encuentran también (I). Thom., 3 parte, Suplemento quæst., 4 art. 1, et 2. Explica el Santo Doctor el texto del Ecclesiástico. *De propitiato peccato noli esse sine suætu*, c. 5; y cita la doctrina de S. Agustín, *De Vera et falsa poenitentia*, cap. 13.

mayor y más importante, de manera que cada día se confesará a Dios de sus pecados, y antes sea sumariamente que no en particular.

Sin duda que el acudir a Dios con un afecto de amor dulce y eficaz, es más fuerte remedio para quitar de nosotros las culpas ligeras, que el ocuparnos muy de asiento en considerarlas, y en castigarlas con aspereza. Así que eche los pecados en el abismo de la divina clemencia, para que allí se consuman, como una centella se consume en medio del mar. Procure desechar totalmente toda pusilanimidad desordenada, y los superfluos escrúpulos de conciencia, y la perpleja é intrincada desconfianza, de dondequiera que nazcan. Porque si luego al principio no se cortan, ahogan por diversos caminos la alegría del alma, y no hacen poco daño para el aprovechamiento interior.

4.- No intente cosa alguna que exceda sus fuerzas; mas esté contento con su suerte. Si no puede llegar donde desea, procure llegar donde pueda. Si no se lisonjea a sí mismo abominablemente, con facilidad entenderá a dónde puede llegar. Empero liberal es, y de todo punto liberal la divina bondad, la cual huelga de comunicarse abundantísimamente donde quiera que halla el alma bien dispuesta.

Por tanto si el varón espiritual no es admitido aún a la alteza de la contemplación y caridad perfecta, imagine que aún no está dispuesto para recibir tanto bien. Y ¿qué le aprovechará recibir la gracia de que no había de saber usar bien? Apresúrese a desarraigar todos los vicios, para que esté más bien dispuesto: y (como tengo avisado) no salga de lo que puedan sus fuerzas.

No pretenda con impaciencia caminar más que la divina gracia; lo que ha de hacer es seguirla con humildad. Digo que no procure que su espíritu suba con violencia adonde no puede; de suerte que, presumiendo sin discreción lo que no debe, con su violencia se despeñe a sí mismo, y en pena de su presunción, se destruya. De tal manera procure subir a más perfección, que la fuerza que pone esté ajena de todo ímpetu desenfrenado y de toda solicitud inquieta y desasosegada.

Mire la medida de la gracia que Dios le ha dado, y acuérdesse que muy más fácil, más segura, más breve y venturosamente llegará al más alto grado de la contemplación, conviene a saber, a la unión mística con Dios, si fuere llevado y levantado de la pura gracia del mismo Señor, que si con su trabajo procurare llegar allá. Ande, pues, con medida y discreción en todas las cosas, de suerte que, por no dar en algún exceso, dé en algún desconcierto.

5.- Bueno y dulce es el pan de las lágrimas, pero algunas veces, con ese pan, ahogan más su alma, que la sustentan; porque se ocupan tanto y con tanto quebrantamiento y fatiga en llorar, hasta que por la demasiada prolijidad o intensión del ejercicio consumen el cuerpo y el alma. No negamos que hay algunos que por la discreción y con la ayuda del Espíritu Santo, pueden llorar mucho tiempo y con mucho provecho.

También se hallan algunos que, cuando interiormente están embriagados del río impetuoso ¹ de los deleites de Dios, no con mucha cordura se apresuran y mueven ² a mayor ímpetu; y no dejan estos apresuramientos indiscretos, hasta que lastimados y turbados en sí mismos, dan de ojos, y se hacen inhábiles de ahí adelante para recibir la suavidad de la gracia. Conviene, pues, que el fervor o ímpetu interior se temple de manera que con él se esfuerce el espíritu y no se anegue.

Los que tienen buena cabeza pueden algunas veces, ocuparse con más eficacia en aspiraciones fervorosas, empero los que la tienen flaca (en especial los que adquirieron esa flaqueza por su poca cordura) no se pueden ejercitar sino con suavidad y apaciblemente. Y algunas veces apenas pueden dar lugar siquiera a una sencilla compunción de alma, meditación o lección, sin peligro, ni aun divertir muy poco la cabeza a otra cosa; tanta pesadumbre nace de la indiscreción.

No desesperen los que han llegado a semejante necesidad; sino huyan con gran diligencia el peligro, todo lo que pudieren, y

¹ Salmo 35.

² Aviso digno de tenerse en cuenta para no estimular el ímpetu espiritual o fervor en tiempo de consolaciones.

pidan a Dios con humildad que les dé aquello de que ellos mismos se privaron miserablemente. Si al fin Dios los oyere, denle gracias; y si no, se las den de la misma suerte. Y aprendan con paciencia hasta que sea su voluntad, a sufrir por su amor la miseria que ellos mismos se buscaron.

6.- Cualquiera que se ejercita en las cosas espirituales ha de huir también toda inconstancia y poca firmeza. Debe abrazarse de tal suerte con los ejercicios buenos, que jamás los deje, aunque alguna vez no le den mucho gusto; pero sea de manera, que en todas las cosas siga la voluntad del Espíritu Santo, dejando su propio parecer y sentimiento. Porque el Espíritu Santo suele por diversos caminos atraernos y convidarnos, y meternos en la recámara y tálamo del divino amor: y es razón que atendamos a sus inspiraciones, y que con gran voluntad las sigamos en cualquiera cosa, dejando nuestro propio gusto. Y así, el varón contemplativo siempre se ha de ofrecer a sí mismo al Espíritu Santo como un instrumento muy preparado; y lo ha de seguir luego a cualquiera parte, que él lo llevare. Si alguna vez fuere llevado o levantado a más alta contemplación, y al abrazo del Sumo Bien, todo se ha de ofrecer libremente; y si entonces acude a alguna meditación o imagen de la Pasión de Cristo, u otra, no se detenga en ella, sino pase adelante adonde le llama el Espíritu Santo.

Cuando está dudoso titubeando en su buen propósito y santa determinación, que no sabe cómo proseguir su jornada, aprovéchese del consejo de hombres prudentes, experimentados y humildes; que así aprovechará más, que si fiando de sí mismo siguiese sus invenciones y trazas.

Pero entre tanto no deje de acudir con diligencia al remedio de la oración pidiendo al Señor con humildad que lo encamine y alumbre en todas las cosas; porque alguna vez no se engañe, y siga la mentira por la verdad.

Y acuérdesse siempre que jamás se podrá ocupar perfectamente en Dios, si no tiene corazón libre y desembarazado de todas las cosas, fuera del mismo Dios.

CAPÍTULO VI

Lucha contra las tentaciones y desolaciones

1.- El alma debe prepararse a la desolación y pérdida de la gracia sensible.- 2. Huir de la ociosidad.- 3. Modo de pelear en las tentaciones de la carne.- 4. Evitar la ostentación en los dones de Dios.

1.- Ves ahí, hermano, y en alguna manera has oído cómo haya de comenzar y proseguir en los ejercicios exteriores el que quiere llegar a un grado soberano de vida más pura y excelente. A cuenta tuya queda ahora el no contentarte con oír y leer estas cosas, sino con ponerlas en ejecución. Y si esto hicieres, y Dios te ayudare, y comenzare a florecer lo íntimo de tu alma, y a darte gusto, el asistir al Oficio divino en el coro, no te ensoberbezcas, sino teme.¹ Porque aunque algún tiempo corras en el camino de la ley de Dios con el corazón ancho² y extendido, no te lo ensanchaste tú, sino Dios; y ese mismo que te ensanchó el corazón, puede, quitándote la gracia, permitir otra vez que se estreche. El sol de justicia te esclareció, y quitándote unas como cataratas, serenó tu alma; y si quisiere esconderse, ¿quién le estorbará que no se esconda?

Importa que estés apercebido; porque se esconderá, y dejándote el amable resplandor, se te oscurecerá y embozarán los sentidos. Pero no se que tempestades movidas por el demonio por todas partes embisten en la nave de tu augusto pecho; y aun acaso crecerá tanto la tentación³ que se pueda creer que es totalmente infernal. Te parecerá que estás entregado a Satanás, y no podrás ni aun abrir la boca para alabar a Dios. Y esta molestia no durará por poco tiempo, ni una vez sola, ni tres o seis, o diez veces, sino te fatigará muchas, unas con más fuerza, y otras con menos.

¹ Rom., I.

² Salm. 118.

³ Salmo 77.

Y esto no te haga perder el ánimo, ni presumas mal de tu amado. Que para que se vea si lo amas¹ de veras, permite Él que seas tentado; y juntamente para que aprendas a tener compasión de los demás que son tentados. Él te azota y te quebranta para limpiarte de los vicios, y disponerte para mayor gracia. Él muestra que en alguna manera se aparta de ti, para que jamás te ensoberbezcas, sino que conozcas siempre que sin Él no puedes nada; y en efecto no se aparta de ti. Con estas y con otras tribulaciones te fatiga, por la inefable caridad con que te ama.

Porque aquel esposo celestial casi de esta traza suele usar con el alma fervorosa, que se convierte a Él. A los principios de sus nuevos propósitos y manera de vivir, la visita, esfuerza y alumbra soberanamente, y la lleva en pos de sí recreándola y engolosinándola con su olor suavísimo, y casi en todo lugar le sale al camino con grandísimo gusto, manteniendo con esta como leche a la nueva enamorada. Después comienza a darle pan con corteza de aflicciones y trabajos, y le muestra claramente que por su nombre y gloria le importa sufrir muchas cosas. Luego por todas partes te comienza a levantar adversidades; acá fuera molestan hombres, allá dentro turban pasiones, acá fuera afligen penas; allá dentro derriban pusilanimidades; acá fuera cargan miserias; allá dentro oscurecen y anublan tinieblas; las cosas exteriores andan fatigadas, las interiores secas y sin ningún jugo de devoción; unas veces el mismo esposo se esconde al alma, otras se le muestra; unas veces hace que la desampara en la oscuridad y horror de la muerte, otras la llama a los regalos de la luz; de suerte que se dice de veras de Él que lleva a la sepultura y saca de ella.² Por estos caminos prueba, purifica, humilla, enseña, quebranta, acepilla, iguala, alisa y adorna al alma.

Y si en estas cosas la halla fiel y de buena voluntad, y que tiene tanta paciencia, y asimismo halla que ya por el largo ejercicio y con su gracia y favor lleva suave y amorosamente cualesquiera tribulaciones y tentaciones, entonces la junta a sí más per-

¹ Deut, 13.

² I Reg., 2.

fectamente, y con más familiaridad la admite a sus secretos y la apretará consigo muy de otra manera de lo que al principio de su conversión lo había hecho.

Pues cuando te fatiga alguna recia tentación, no te turbes, sino persevera en la batalla, fiel y no vencido, como quien ya recibió prendas del amor diciendo luego con el santo Job: aunque me mate, esperaré en Él.¹ Entre tanto que dura esa tempestad², por la demasiada inconstancia y turbación de tu alma, se te hará muy dificultoso el asistir al Oficio divino; mas ten ánimo, y haz buenamente lo que pudieres. Se pasará la noche, y se ausentarán las tinieblas, y otra vez nacerá la luz.

2.- Mientras dura la noche, ten gran cuenta con que no te hallen ocioso y negligente. Si no puedes orar o rezar los salmos, o meditar, lee. Y si también te enfada la lección, escribe; o si no, ocúpate entonces varonilmente en otra obra exterior, desechando con gran diligencia el ruido de pensamientos vanos.

Si fuera de tiempo y sazón te fatiga el sueño, y te da notable molestia, acaso te será mejor, si lo permite el lugar y el tiempo, arrimar la cabeza, y entre dormir, a la gloria de Dios, un poco y de paso, que si quisieres hacer mucha resistencia. Porque si con sólo el trabajo pretendieres atajar el sueño, mientras dura ese trabajo estarás libre, mas acabado él y volviendo a tus ejercicios espirituales, fácilmente acudirá luego. Y eso no ha de ser más de descabezar el sueño ligeramente, de manera que dure poco más o menos lo que se puede tardar en leer un salmo, dos o tres. El espíritu saldrá de allí como renovado, y más pronto y alegre.

Y se ha de temer que no acudan al sobredicho remedio los que aún no son templados en el comer y beber, y en los sentidos; porque acaso no agraven su enfermedad antes que la aligeren; y cayendo por su flojedad en algún profundo y largo sueño, pierdan miserablemente el tiempo.

3.- También has de andar muy solícito en aquellas tentaciones

¹ Job, 13.

² El R.P. Tomás de Jesús, *De Oratione divina*, lib. 2, cap. 21, explica largamente todo esto.

con que el demonio procura derribar el alma a cosas feas y viciosas, y trabaja tú por desecharlas al principio ¹, antes que ocupen lo íntimo de tu corazón. Porque si luego al primer encuentro no rechazares al enemigo, si lo dejas entrar, enlazará tu alma, y tu, desamparado ya de la libertad y de las fuerzas, resistirás peor en adelante.

Empero aunque hayas sido negligente y el demonio te haya aprisionado, no por eso te has de rendir, sino da voces, y aunque sea arrastrando por el suelo, haz fuerza y llama a Dios con todo tu espíritu, para que sacándote de las prisiones, te ponga en libertad, o a lo menos te guarde de que no des consentimiento.

Y hágote saber que vencerás con más ventura al mismo enemigo, cuando te persuadiere alguna cosa torpe y abominable, si despreciases sus ladridos, y no hicieres caso de ellos, y así te pasares de largo, que si determinares de disputar mucho con él, y de taparle con gran trabajo su boca maliciosa. Pero es forzoso el pelear y romper batalla, cuando es muy importuno, acudiendo con insistencia a la oración, para que vencido en la pelea, huya afrentosamente.

Andando el tiempo nos acomete por diferentes caminos; que unas veces ordena sus celadas en secreto y con capa de piedad y religión; otras acomete a escala vista, y con furia manifiesta; algunas veces entra gateando muy secreto, y con gran recato, otras de repente y sin ser esperado con gran violencia. Algunas veces hace guerra con adversidades o prosperidades, interiores y espirituales; otras con las mismas adversidades o prosperidades pero exteriores y corporales. Por tanto es necesario andar de continuo con suma vigilancia ², acudir siempre a los auxilios de la Pasión del Señor, y llamar a Dios con lágrimas.

4.- Y como te había comenzado a decir, no tomes fantasía por la gracia que por ventura tienes *Porque ¿qué tienes que no lo hayas*

¹ S. Jeronimo enseña en la Carta 22 a la virgen Estoquio, *De custodia virginitatis*, como el presente remedio tiene su aplicación principalmente en las tentaciones carnales. Indica también en ella otros remedios contra los pensamientos torpes.

² I Petr., 5.

recibido? Y si lo has recibido, no es razón que te engrías como si no lo hubieses recibido. ¹ De manera que ya has de guardar de no abrir la ventana de tu corazón al viento de la vanagloria, o al aire de la complacencia o gusto propio por ninguna ocasión. Mira no te gloríes vanamente, mira no desees mostrar con ademanes a cada paso lo que has recibido, sino guarda tu secreto para tí, si no es que acaso por algún bien o consuelo espiritual lo hayas de manifestar, y eso con humildad y vergüenza, a algún amigo íntimo y discreto; o si no te necesita la obediencia u otra manifiesta necesidad o algún provecho.

Mira que no creas que por tus merecimientos y trabajos recibiste algún don de Dios; mas júzgate por indigno (como en efecto lo eres) de toda gracia y consuelo, y que mereces toda afrenta y desamparo. No te compares con los inferiores é imperfectos, sino con los más santos, para que, considerada su perfección conozcas mejor cuán imperfecto eres.

Humíllate y derribate, y ponte en el último lugar después de todos los hombres, y esto sin algún doble ni fingimiento. Pero me dirás: ¿Cómo podré yo hacer eso viendo que viven muchos con tanta disolución, y que totalmente han dado de mano al temor y a la vergüenza, lo cual no hago yo ni quiero hacer? ¿Cómo, aún a esos me tengo también de sujetar? ² ¿También a esos los he de preferir a mí? Digo que también a esos. Porque si considerares que los que hoy son malos, mañana podrán ser más perfectos, y que si esos hubieran recibido de Dios los beneficios que tú has recibido, hubieran vivido más santamente; y tú, si no te hubiera prevenido Dios con gracia tan abundante, hubieras pecado más gravemente que ellos; digo que si considerares estas cosas, fácilmente echarás de ver, cuán justo es que estimes en más que a ti a cualquiera hombre por pecador que sea. ¡Oh, si supieses los secretos de Dios, con cuánto gusto les darías a todos la ventaja,

¹ I Cor, 4. Isafas, 24.

² Esta práctica sólida y útil de humillarse y tenerse por más vil que los hombres pésimos, valiéndose de piadosas consideraciones, la ensalzaron en sus acciones y escritos S. Bernardo, S. Francisco, S. Buenaventura y otros muchos santos.

con cuánta alegría servirías aun a los más ínfimos, con cuánta devoción los honrarías a todos, con cuánta aficción sin tardanza ni queja les obedecerías.

Empero otra cosa más excelente aun quiero de ti, y es que no solamente te juzgues en tu corazón, por amor de Dios, por el más ínfimo de todos los hombres y que entre todos ellos aun no mereces el último lugar, mas aun entre todas las criaturas te estimes por el último, teniéndote por vil zizaña; creyendo de ti que no mereces que te sufra la tierra ni ver la luz. Considera más profundamente cuán ingrato, infiel, tibio, inconstante, miserable y vil eres, y podrás llegar a la perfectísima humildad.

Si el demonio, antiguo enemigo de tu alma, llamare con importunidad a la puerta de tu corazón, persuadiéndote que te estimes en algo, y que te gloríes vanamente, y que te prefieras a los otros, échalo a empellones y cierra las puertas; y aunque sientas algunas tentaciones pestíferas, más nunca les des consentimiento. Porque si se lo dieres, y abrieres a ese embaidor, y te dieren gusto los deleites ilícitos, ya quebrantaste la fe que le habías dado al esposo de tu alma, y ensuciaste el lecho de tu amado, que antes estaba florido, y no podrás ser admitido a su muy dichosa familiaridad, sino fuere que echando al momento el adúltero, te humillares mucho. Y primero que de todo punto seas recibido a tu amistad, por ventura te será forzoso que lo pagues muy bien, y que seas fatigado hasta que con el azote de Dios se raigan y quiten los torpes besos que imprimió en las mejillas de tu alma aquel embustero malicioso. Mas basta lo que de esto hemos dicho.

CAPÍTULO VII

Conducta por lo que se refiere a la comida, vestido y conversación

1.- Regla para el alimento corporal.- 2. Forma de los hábitos.- 3. Gravedad y modestia en los gestos.- 4. Moderación en el hablar y silencio.- 5. Recreaciones.- 6. Evitar la singularidad.- 7. Evitar la crítica de las acciones ajenas.- 8. No poner su amor en criatura alguna.- 9. Corregirse con celo de los defectos.

1.- Dijimos hasta ahora cómo has de asistir al Oficio divino, de qué ejercicios interiores te has de aprovechar, qué traza has de guardar, y qué has de seguir y huir en ellos. Pasemos ahora a lo que nos falta por decir.

En lo que toca al sustento del cuerpo, guárdate de cualquier exceso, porque si está cargado el estómago, no estés inhabil para los ejercicios espirituales. Que no es posible, y otra vez digo que no es posible, que no aparte tu espíritu de Dios y de todo lo que importa a tu salvación, el vientre lleno y repapilado. En especial, el vino es grande impedimento, aunque no se beba en abundancia, y hasta embriagar; que al fin enciende el cuerpo, turba las cosas del alma, y estrechando la alegría del espíritu, trae cierto entumecimiento y flojedad bestial. Así que en vano procura levantarse a la vida espiritual, el que también no procura enfrenar la gula.

Corta, pues, con diligencia los deseos viciosos. Haz poco caso de que la comida o bebida de que usas sea muy exquisita o suave de su naturaleza. Si puede comerse y es razonable, ¿qué más buscas? Te llamas religioso, habías de llegarte a la mesa para sustentar el cuerpo con los dones de Dios, y no para mantener el deleite de la carne. Por tanto si te turbas y murmuras por la vileza de la comida (como te lo dije al principio, así te lo digo ahora) no eres religioso.

Si tu corazón gustase de veras de Jesucristo, ¿qué pobreza de manjares daría gusto a tu paladar por su amor? Porque el mismo Jesucristo es muy agradable salsa, aun de la suma pobreza; y si tú le amas, no te serán menos suaves los manjares groseros, sino mucho más que los banquetes reales. Por causa tuya se sustentó muchas veces el benditísimo Jesús con solo pan, teniendo hambre; y asimismo por tu causa le dieron a beber hiel y vinagre, teniendo sed.¹

Come y bene templadamente, poco a poco y con modestia, desechando totalmente cualquiera glotonería bestial. Has de andar muy sobre aviso en que no te pegues al deleite natural que procede de la comida del cuerpo, ni mires en mantener la sensualidad; porque si en eso te quisieres ocupar, ella misma te consumirá y mancillará lo interior de tu alma.

Y así como muchas veces se ha de negar a la carne lo que apetece desordenadamente, así también algunas veces se le ha de hacer fuerza para que coma lo que ella no querría, porque acaso le vendrá a dar en rostro tantico que le será necesario para conservar la naturaleza.

Y advierte que no es justo que el alma quede² ayuna y muerta de hambre, cuando come el cuerpo; guste entonces el paladar de tu corazón la palabra de Dios y la doctrina saludable, y oigan tus oídos las obras de los Santos. Si por ventura estás a alguna mesa donde no hay lección entretanto que comen, no por eso prives a tu alma del manjar espiritual; mas lo que el silencio diere lugar, habla interiormente, o con ella o con Dios, y rumía entre ti alguna cosa devota.

2.- Mira que así en el vestido como en la comida seas templado; desprecia, escupe y abomina totalmente de todo lo que es contrario a la simplicidad monástica y religiosa; y no imites a algunos muy vanos y desventurados religiosos, que se avergüenzan de su estado, y no de su maldad. Si alguna vez han de salir fuera, o ir a vista de seglares, verás que andan con

¹ Salmo 68.- Matth., 27.- Marc., 15.- Luc., 23.- Joan, 10.

² Cita y explica esto el P. Julio Nigronio en sus *Tratados ascéticos*, 4, p. I, c. 3.

grandes ansias dando de ojos, buscando cosas curiosas y muy ajenas de su profesión, y deseando vestirse tales y cuales vestidos, y los hábitos muy aderezados. Afréntanse si lo que llevan es conforme a la Regla y a las ordenanzas de los Padres. Y no procurando salir como religiosos humildes ¹, sino como hombres de palacio, delicados y galanos, sin duda que con aquel monstruoso espectáculo provocan a tristeza a los discretos y prudentes, y a grandes carcajadas de risa al demonio, porque con esta indecencia muestran claramente, que tales son en lo interior, conviene a saber, soberbios, afeminados y llenos de vanagloria.

¡Oh religiosos my ajenos de la verdadera religión! ¡Oh religiosos no religiosos, oh religiosos endemoniados! ¿Es por ventura esto lo que prometieron a Dios cuando por el sacratísimo voto de pobreza renunciaron solemnemente al mundo y a todas sus pompas y vanidades? ¿Es por ventura esto lo que enseñó con su palabra el Rey de los reyes? ¿Es por ventura esto lo que mostró con su ejemplo, cuando, vestido de pobres mantillas, tuvo por cuna un pesebre, y cuando, escarneciendo de Él, le pusieron una vestidura blanca y otra de púrpura? ¿Es por ventura esto imitar las pisadas de Jesucristo? ¡Oh confusión intolerable y extremada locura!

Ten gran cuenta contigo, hermano, no te hagas jamás sejemante a éstos; mas conténtate con la simplicidad de los vestidos, ora sea en el monasterio, ora fuera de él. Porque eso es lo que pide tu profesión.

3.- Adonde quiera has de tener recogida la vista, en especial en los divinos oficios; y no andes ligeramente y sin necesidad mirando de una parte a otra; no veas algo que pueda quitarte la atención y la pureza de tu alma. Y si no se ofreciere algún peligro, la misma disciplina monástica y religiosa pide que, ora estés sentado, ora andes, te acostumbres a tener los ojos vergonzosos y bajos. nunca pongas curiosamente los ojos en rostro alguno de persona de otro sexo.

No seas ligero, ni apresurado en el andar, especialmente en el

¹ Entiendase esta invectiva contra el exceso de buscar y llevar hábitos muy lujosos.

templo, sino es que acaso lo requiere la necesidad; tampoco fuera del templo has de ser tardo y remiso; mas anda con modestia y honestidad. Templa y modera todo tu cuerpo con una loable composición.

Muestra a todos un rostro alegre con una gravedad decente, ofreciéndote a ellos benigno y afable. Si te fatigare alguna tristeza profunda, aunque sea contra tu voluntad, disimúlala de suerte que no te muestres cetrino ni desabrido, y seas a los demás enfadoso. Cuando te fuere forzoso el reir, ha de ser moderada y religiosamente; de manera que tu risa apenas se pueda llamar risa. Huye de la risa desordenada como de notable impedimento a tu instituto, y como un profundo despeñadero de tu alma, y como quien entiende que la risa desenvuelta y sin modestia suelta las riendas a la vergüenza, y arruinando lo interior del alma, destierra del corazón la gracia del Espíritu Santo.

4.- Sobre todo has de amar la soledad y el silencio; y siempre has de estar más aparejado para oír que no para hablar. No te muestras en tus palabras arrojado, bullicioso, vocinglero, ni porfiado; y las que son buenas y verdaderas has de decirlas modesta, vergonzosa y benignamente, sin fingimiento ni dobles.

Pues no levantes la voz sin orden, ni por el contrario la bajes de suerte que con dificultad puedan atenderte, en especial si el lugar, el tiempo, la causa o la persona con quien hablas pide que sea con más claridad. Porque como la voz del religioso ha de ser siempre vergonzosa, y muchas veces baja, conforme a los estatutos de la religión, así también ha de ser, algunas veces, razonablemente clara.

Jamás afirmes fácilmente cosa alguna con tema, sino te obliga a ello algún negocio tocante a la fe, o importante a tu salvación; mas en todas las ocasiones, si alguno te contradice, ríndete o calla, o sino conviene nada de eso, di con modestia y humildad lo que entiendes que es cierto; porque así con más facilidad quitarás la ocasión de toda porfía desenvuelta. No sean tus palabras enojosas y desabridas.

Nunca digas con gusto alguna palabra con que tú puedas ser

alabado, u otro vituperado; y si la necesidad o algún provecho que se haya de seguir, pide que se digan semejantes cosas, ha de ser con una vergüenza loable, y con una intención pura.

Abomina de patrañas disolutas, como de ponzoña ordenada para tu alma; y si en tu presencia se dijeren algunos cuentos vanos, mira que no los vuelvas a referir. Jamás consientas que delante de ti se digan cosas torpes, feas y perniciosas; y cuando se dijeren, si hay oportunidad y es cordura, reprende con mansedumbre y discreción al que las dice; pero si no hay oportunidad, a, lo menos cuanto es de tu parte, corta honestamente la plática, y procura divertirla a otras cosas que no sean malas. Si es posible ni aun los oídos has de llegar a las palabras de murmuración.

5- Guárdate, no uses mal de las recreaciones exteriores o paseos lícitos; quiero decir, que uses de esas cosas con tanto recato, que te ayuden y no te impidan en el aprovechamiento espiritual. Puedes sin duda a gloria de Dios aflojar el ánimo, pero no es justo que lo dejes, para que entretanto que te adviertes y andas fuera de tu recogimiento, no se apodere de ti algún deleite contrario al espíritu u otra cualquiera pasión, y desbarate el centro de tu alma y lo hinche de alguna melancolía o desabrimiento. Aprende, pues, a perseverar dentro de ti mismo por una ingeniosa y sutil simplicidad de alma, para que, reprimido el estruendo y tabahola de pensamientos ligeros y de movimientos desordenados, guarde tu corazón en paz y libertad. Tu principal y aun todo tu pensamiento ha de ser Dios; porque no te has de contentar con que en todo lugar sea Él toda la intención de tus actos.

Ni más ni menos has de procurar en otras cualesquiera ocupaciones exteriores, no solamente con hacer tus obras con Marta a honra de Dios, discreta, devota y alegremente; sino también con que en las mismas obras que así haces fielmente a gloria de Dios, endereces con María a Él o a las cosas divinas tu alma desembarazada y libre del bullicio de pensamientos, y de la imaginación confusa de las cosas sensibles, en especial si alguna plática discreta u otra necesidad no impide a Marta, porque aun todavía se distrae en su buena intención y en sus obras exteriores por la

multitud de pensamientos vanos y muchas cosas la inquietan y turban; y aunque acaso no esté fea, pero no está hermosa todo lo que es menester. La hermosura de María es más perfecta, porque ya sabe huir el tropel de inconstantes pensamientos, y morando en la unidad y reposo del corazón procura unirse al sumo bien.

Pues cuando te ocupares en obras exteriores, no te has de contentar con que en tu intención seas recto y santo con Marta, sino que procures también el ser sencilo y claro con María. *María escogió la mejor parte y jamás le será quitada.*¹ Tú también has escogido la misma parte, y si conforme a tu posibilidad no la conservares, no lleva el fruto que merece tu profesión. Luego en todas las cosas has de procurar la simplicidad del alma.

Si eres pequeñito en Cristo, y no puedes alcanzar a María cuando con espíritu penetra las cosas soberanas, imítala siquiera cuando se ocupa en cosas humildes; imítala cuando riega afectuosísimamente con sus lágrimas² los pies del Señor; imítala cuando busca con grandísimo amor al Señor en el sepulcro; imítala cuando oye dulcísimamente las palabras del Señor; porque también en estas cosas tuvo simplicidad de alma. Una cosa amó, una pensó, una buscó; y la has de imitar, no tanto para que te deleites, cuanto para que agrades al mismo Señor. Porque si principalmente te buscas a ti mismo, no es tu alma³ esposa casta de Cristo; antes diremos que es sierva vilísima del pecado por no decir que es muy torpe ramera del demonio.

Algunas veces por estas cosas humildes (si es justo que así se llamen, pues no son humildes sino totalmente altísimas), merecerás ser admitido a gozar de las soberanas y altas.

6.- Sigue a la Comunidad en todo aquello que es conforme a la integridad y perfección del estado monástico y religioso, huyendo totalmente la viciosa singularidad. Y porque moras entre hermanos que viven loablemente conforme a la muy suave aspereza de la santa Regla, has de tener por muy sospechosas las asperezas

¹ Luc., 20.

² Luc., 7.- Luc., 10.- Ioan., 20.

³ Esto es cierto cuando la delectación sensual es pecado mortal.

y vigiliass singulares: y no excedas en ellas notablemente a los demás hermanos, sino conocieres por revelación especial del Espíritu Santo que esa es la voluntad de Dios.

Y no intentes nada sin el consejo y parecer de tu superior; porque no hagas tu cuerpo inútil y desaprovechado para las buenas obras, y te prives de todo punto del fruto de tu trabajo, atreviéndote a afligirlo más de lo que puede llevar. Dios te pide pureza de corazón, y no que destruyas tu cuerpecillo. Quiere que lo sujetes al espíritu, y que no lo acabes.

De manera que el fervor del ánimo se ha de templar con la santa discreción, así en los ejercicios exteriores, como en los interiores. Si la voluntad está perezosa y remisa, y como que se entreduerme en la virtud, despiértala y dale de espuelas: y si se va con ímpetu a rienda suelta, dale una sofrenada y detenla.

7.- Asiste siempre en presencia de Dios con un temor santo; suenen de continuo en los oídos de tu corazón estas palabras: *Ten gran cuenta contigo*.¹ No mires con curiosidad a lo que otras hacen, ni que tales sean sus costumbres y ademanes, sino fuere que por ventura esté a tu cargo. Tu curiosidad y ocupación ha de ser mirar por ti. Y no queremos decir en esto que estimes en poco las faltas y pecados ajenos, y que en lo que fuere de tu parte no hagas caso de enmendarlos, o procurar que se enmienden: lo que aquí condenamos es la curiosidad, no la caridad, y el celo santo de la justicia; en esta parte no condenamos lo que es contra la moderada firmeza del alma y contra el no fingido amor del prójimo.

Piensa simplemente que los vicios y faltas que en otros ves, u oyes, o que del todo no son verdaderos, o a lo menos, échalos a la mejor parte. Y si son tan claros que no es posible hacer eso, procura apartar de ellos los ojos y el pensamiento, y poniéndolos en tus pecados, si tienes lugar ruega humildemente a Dios por ti y por ellos: porque así con más facilidad te escabullirás de sospechas inquietas y juicios temerarios.

Asimismo te has de guardar, muy mucho, de gozarte jamás de ningún pecado ajeno por liviano que sea, ni de ningún trabajo,

¹ 1 Tim., 4.

consintiendo en ello la razón: mas llora delante del Señor por tu hermano, porque somos miembros unos de otros, y un mismo cuerpo, y todos redimidos con la misma sangre. Aprende a no airarte, sino a compadecerte de los defectos ajenos, y a sufrirlos con paciencia, ora sean corporales, ora espirituales. Porque está escrito: *Llevad los unos las pesadumbres y defectos de los otros, que así cumpliréis la ley de Cristo* ¹

Todo lo que hallares en otro de gracia celestial, no te ha de mover a envidia satánica, sino a fiel imitación, y a una piadosa alegría: y aunque veas que te falta el bien espiritual que otro tiene, con todo eso te has de alegrar entre ti mismo de que Dios sea honrado por él; y no has de ser menos solícito en dar gracias al Señor que si el bien fuera tuyo; y en efecto lo será sin duda, y tú serás premiado de lo ajeno, como si fuera propio; y aun te será propio.

8.- Gobierna de tal suerte tu alma que no desees agradar al mundo, ni temas desagradarlo. Ninguna cosa has de amar en el hombre, aunque sea muy allegado tuyo, fuera de Dios, o de su gracia y obras; y por el contrario ninguna cosa has de aborrecer sino los vicios y pecados. Jamás estés dispuesto para hacer ninguna ofensa a Dios, aunque sea ligerísima, por hombre ninguno, por más allegado y amigo tuyo que sea, ni por más beneficios que hayas recibido de él, o que quieras favorecerle, lisonjearle, o darle gusto en algún pecado.

Nunca desees con grandes ansias la presencia o conversación de algún hombre, sino fuere para tu aprovechamiento espiritual: y aun así realmente no será buena la perpleja y demasiada solicitud. Ama a todos los hombres, pero con amor espiritual, y no sensual; porque de ahí procederá que no te angustie demasiado la ausencia corporal de los justos, o amigos, ni te aflija indiscretamente la presencia corporal de los malos o enemigos; y más que aún no tendrás enemigo ninguno, antes amarás a los que te persiguen como a solícitos agentes y muy queridos procuradores de su salvación.

Todo lo que ves, oyes y percibes que causa deleite, y que mere-

¹ Gálatas 5.

ce singular admiración, ora sea del orden y disposición natural, ora sea del arte o industria humana, has de referirlo a gloria del sumo Creador, o al estado de la bienaventuranza, para que te deleites en el Señor. Siempre has de tener por sospechoso cualquiera deleite sensual, venga de donde viniere: porque si por él te buscares a ti mismo, y te pegares a él, serás enlodado y manchado.

9.- Abomina totalmente el afecto de todos los pecados, por más ligeros que sean; y si acaso te cogen de repente, y se anticipan, y por tu flaqueza caes, no te aflijas indiscretamente con desordenada pusilanimidad, sino confiesa humildemente tu culpa delante del Señor, y renovando tu buen propósito, y cobrando piadosamente confianza, arroja con grande afecto todas tus negligencias en el abismo de sus misericordias, o en sus sacro-santas llagas. Mientras vives en la casa de barro de tu cuerpo, podrás mortificar en ti los afectos de los pecados menores, pero no es posible ¹ que de todo punto excuses las caídas.

Aunque los buenos religiosos caigan algunas y aun muchas veces, mas siempre aborrecen el caer, y se guardan de ello, y después de haber caído, les pesa mucho. Empero los malos religiosos caen, y no aborrecen el caer, ni se guardan de ello; porque no procuran mortificar los afectos de las culpas ligeras ², ni huir las ocasiones. Desean una libertad de vida más ancha; huélganse de faltar al oficio divino, y a los demás actos conventuales; desean manjares y vinos delicados y superfluos. Buscan oportunidad para hablar dislates y devaneos; procuran consuelos de risas desordenadas; desean mucho oír cosas curiosas para sus necesidades; creen que la propia complacencia, la necia alegría, la ociosidad, las palabras vanas, las chocarrerías, los ademanes y actos descompuestos, y otros vicios semejantes, o que no son vicios, o que apenas lo son; y así los cometen sin algún escrúpulo de conciencia siendo verdaderamente insensibles. Se tienen por sanos, estando cargados de heridas; y por eso no

¹ Jacob., 3.- Trid. ses. 6, can. 23.

² Triste cuadro de los vicios del religioso imperfecto.

procuran llorar sus males y pecados, ni enmendar su mala vida. ¿Y qué dicen? Que esas no son heridas; o si lo son, son muy pequeñas, o casi ningunas.

¡Oh religiosos desventurados, oh religiosos locos! ¡oh religiosos, no religiosos! Pues por más pequeñas que parezcan las heridas, como no se guardan de recibirlas, y después que las recibieron no aplican el remedio necesario, se hacen llagas totalmente ¹ mortales; por no decir que de semejante descuido suelen también caer en soberbia, rebeldía, desobediencia, murmuración, furor, en decir mal, en odio, envidia, desprecio, gula y en otros pecados muy graves.

No quieras, hermano, no quieras imitar a éstos: porque no son de los verdaderos discípulos del Crucificado, y de los amigos queridos de Dios, ni lo podrán ser, mientras no dejaren de ser lo que son, Tú hermano, ten más cuenta contigo, deja, aparta, destruye, y da de mano a todo aquello, que, siquiera un punto, puede desviarse del divino amor. Date prisa por alcanzar la perfección de la vida, la cual se alcanza por la general mortificación de si mismo, como por un cierto y singularísimo atajo.

¹ Los pecados veniales, si se cometen en gran número disponen próximamente al alma al pecado mortal; aunque los pecados veniales, por muchos y graves que sean, no puedan llegar a ser formalmente mortales, según la sentencia común de los escolásticos . Thom. 1, 2, q. 88. , art. 3.

CAPÍTULO VIII

La mortificación es el compendio de la perfección

1.- Negarse a si mismo y ser humilde es un breve camino para la perfección.- 2. Feliz el alma que desarraiga toda propiedad en sí misma.- 3. Obligación del religioso a tender a la perfección.- 4. Exhortación para que lo haga.- 5. Puntos del examen de la noche.

1.- ¿Quieres oír en pocas palabras que mortificación sea esta? ¿quieres oír aquel atajo cierto? Yo te lo diré, yo te lo mostraré: estate atento. Desnúdate de toda propiedad. Ves aquí el atajo. Desnúdate de toda propiedad, quiero decir, que te desnudes de toda propia voluntad y propio gusto, y de lo que heredaste del viejo Adán.

Y para que entiendas mejor lo que se dice, quiero poner esto mismo algo más a la larga. ¿Te has obligado a la guarda de la pobreza? Mira que seas pobre. ¿Cómo pobre? Pobre de las cosas y más pobre de los afectos de ellas, y de las pasiones del alma; pobre de espíritu. Si todavía amas o deseas algo por propiedad de afecto o sensualidad; si todavía te buscas en alguna cosa, aún no eres voluntariamente pobre, aún no puedes decir a Dios con San Pedro: He aquí que hemos dejado todas las cosas, y que te hemos seguido ¹. Desembarázate, deja todas las cosas, desnúdate de toda propiedad. No has de tener en el corazón pegada ni asida cosa ninguna que no sea Dios, has de estar libre y exento de todas las cosas que son fuera de Dios, de suerte que ni te goces neciamente por las cosas alegres, ni pierdas demasiadamente el ánimo por las tristes; y ya sea que no te den lo que no tienes, ya sea que hayas

¹ Matth., 19

perdido lo que tenías, en ambas cosas guarda en tu alma un estado firme y quieto.

Así que has de negar totalmente por amor de Dios todas las cosas sensibles, y a ti mismo. Quiero decir, que mortifiques en ti el mal deseo, el deleite, la ira, y el desabrimiento natural, y te resignes en todas las cosas adversas y prósperas en la voluntad divina, sin que haya de tu parte contradicción alguna.

Ya te he mostrado el atajo, ya te he mostrado cómo la general mortificación de ti mismo es un desprecio general de toda propiedad, esto es, un deshacerte y envilecerte a ti mismo. Porque sin duda que la misma humildad es este atajo por donde irás derecho a la cumbre de la perfección; y la caridad y pureza es esa cumbre.

Pero me dirás: ¿Cómo sabré yo si he llegado a esa cumbre y alteza de la perfección? También te mostraré eso. Si morando en el continuo silencio de tu corazón, como en un puerto muy sosegado, guías y pones en Dios con grandes ansias tu alma libre de todo cuidado desordenado, de toda afección, de toda fuerte imaginación de las cosas temporales y bajas, y finalmente, de toda inquietud y bullicio; de suerte que tu memoria, tu entendimiento y tu voluntad, quiero decir, todo tu espíritu esté venturosamente unido al mismo Dios, entonces posees la sobredicha cumbre; porque esta es la suma de toda la perfección.

Y aunque entre tanto que estamos cercados de esta carne corruptible no podemos tener de continuo el entendimiento y la memoria ocupados en la contemplación de Dios; mas nos importa que por la intención estemos siempre fijos en Él; y aquí debemos acudir con diligencia como a nuestro fin y paradero, todas las veces que nos derramamos en pensamientos inútiles, livianos y descompuestos. No nos apartamos de la contemplación de Dios cuando leyendo, meditando, escribiendo, oyendo y hablando, tratamos de cualesquiera cosas contemplativas y espirituales provechosa y sencillamente; ni tampoco nos apartamos muy lejos de Él, cuando a su tiempo conforme a la necesidad oímos, hablamos y pensamos con la misma sencillez y modestia cualesquiera cosas exteriores.

2.- ¡Oh, cuán aventajado filósofo serás, o cuán sabio, o cuán insigne teólogo, o cuán dichoso y bienaventurado una y muchas veces, si recibes estas cosas no solamente con los oídos corporales, sino también con los del espíritu, y con un encendido deseo de la verdadera mortificación llevas el hacha a la raíz del árbol! ¿Qué árbol es este? Esa misma propiedad de que antes hablábamos. ¿Qué hacha es esta? Ese mismo fervor del ejercicio interior y espiritual; pero el hacha principal es la continua memoria de la Pasión del Señor, y las ordinarias aspiraciones a Dios con una pronta obediencia, y con una templanza discreta en el comer. Esta por cierto que es hacha aguda, hacha bendita, hacha muy agradable, hacha que acarrea todos los bienes y toda pureza, hacha que resplandece como el oro, y que está adornada de piedras preciosas. Mas el árbol, es árbol maldito, árbol lleno de frutos muy amargos, árbol de todos los males, que produce y cría todo desconcierto, árbol oscuro y tenebroso. En ti, como en todos los hombres está este árbol; en ti está, y mientras durare en ti, no habrá en ti luz perfecta. Pues si deseas ver claramente el serenísimo resplandor del sol de justicia, corta este árbol, y arrójalo de ti. El es muy grueso y duro; no se derriba del todo a los primeros golpes, ni en el primer día, ni por ventura el primer año, ni aun acaso en mucho tiempo; es necesaria perseverancia y sufrimiento.

Y como el oro naturalmente camina hacia bajo, y la llama del fuego a lo alto si no tiene algún impedimento; así el alma que ya está apurada y purificada de toda propiedad, y que solamente busca la divina voluntad, naturalmente se levanta en busca de su principio que es Dios, y más libremente se junta a él. Empero el alma que en algo está desnuda, aunque ella también acuda a su principio, y en alguna manera sea esclarecida del cielo con el resplandor de la luz eterna; mas como no está quitado todo el impedimento, no puede libremente pasar, correr, y ser anegada en el abismo de la luz eterna; quiero decir, que no se puede libremente unir a Dios, su bien sumo.

Y aunque el benignísimo Señor, a las veces levante a algunos a su amor por un camino más suave sin muchas tentaciones; pero

ninguno, por más rico que se halle de dones espirituales, confió fácilmente que ha llegado a la perfecta resignación de sí mismo, si en efecto no ha sufrido muchas y gravísimas tribulaciones, y si sufriendolas, no ha guardado una quietud y libertad perfecta de alma.

Muchos por cierto parecen devotos, sufridos y humildes mientras no reciben alguna reprensión, injuria, daño, tentación, ni molestia; mas en llegando alguna de las cosas sobredichas, luego con su impaciencia y cólera muestran soberbiamente cuán mal mortificados están en lo interior. Pues antes que nadie se persuada que ha llegado a la verdadera mortificación, es necesario que sufra de buena gana y con reposo muchas y diferentes tribulaciones.

Imagine que no ha llegado a poderlas sufrir, el que no está perfectamente probado con ellas; porque si hubiera llegado a ese punto, sin duda que no le hubiera faltado ocasiones de diferentes pesadumbres y molestias. Dios en efecto se huelga mucho de adornar con muchas aflicciones, como con perlas muy preciosas, el alma que secreta y perfectamente está unida con Él; y de llevarla por ese camino a hacerla de veras semejante a Jesucristo.

Pues el que despojado de toda propiedad, en todas las cosas conforma totalmente su voluntad con la de Dios, y con su disposición, y está igualmente dispuesto para recibir por amor de Dios cualquiera adversidad, afrenta y desamparo de dulzura interior, así como la abundancia de cualquiera prosperidad, honra y devoción; digo, que el que llegó a este punto, de que con gusto y gozo interior puede sufrir cualquiera tentación y tribulación, ese tal halló una piedra preciosa, ese tal llegó a la más alta cumbre de la perfección. Porque en cualquiera lugar y negocio está unido con Dios, y con el alma corre dulcísimamente en él. Siempre anda puro, quieto, simple, alegre y suave en la luz del rostro del Señor; y cuando quisiere, puede llegarse a la suma contemplación con tanta facilidad, con cuanta vive y respira. No es posible decirse, qué sea aquello que recibe del cielo en este valle de miserias, y a qué cosas le admite Dios familiarmente; porque son inefables. El que así es, alabe a Dios, y confiese que Jesucristo sacó al men-

digo del polvo de la tierra, y de lo más ínfimo y bajo levantó al pobre ¹, cuando en este suelo, de un hombre asqueroso hizo un ángel semejante a Dios.

3.- Acaso me dirás: Muy levantada está de mí esa perfección; y porque no parezca que trabajo en vano, no quiero extenderme ni procurar alcanzarla. Mas yo te responderé, que si haces eso que dices, no eres religioso. *Porque aunque no estés obligado a procurar todo lo que pudieres acercarte a ella. Lisonjéate, como quisieres lisonjarte; persuádetelo que quieras persuadirte; finge y traza las excusas que quisieres fingir; que obligado estás a caminar con todas tus fuerzas a la perfección. Ello es así, y no de otra manera, si hasta aquí no lo sabías, ves ahí que ya lo sabes. Tú mismo lo prometiste y te obligaste, atado y obligado has de estar. ² *

No puedo, dices, llegar a tanta perfección. ¿Qué quiere decir semejante desconfianza? ¿Por ventura no sabes que puede hacer más la virtud divina, que puede ni aún siquiera imaginar la flaqueza humana?

Confieso que no podrás llegar por tus fuerzas, mas puede Dios llevarte. Fía de Dios, espera en Dios, y no en ti; confía en la gracia y ayuda de Dios, y no en tus fuerzas; y para que Dios te ayude con su gracia, mira no te faltes a ti mismo por tu descuido y flojedad. Haz lo que es de tu parte, descubre las manos, estira los brazos, anímate para la destrucción de los vicios, y para la negación perfecta de ti mismo, recoge el corazón, ensancha el deseo, levanta el alma a la contemplación de las cosas eternas, acostúmbrate adonde quieras a considerar que Dios está presente.

Y para que puedas hacer esto mejor, pon cada día delante de los ojos alguna parte de la Pasión del Señor, como lo mostramos en el ejemplo que arriba ³ pusimos; y vuelve allí de continuo los ojos interiores, mezclando a veces algunas pláticas dulces con Jesucristo o con tu alma, tratando del mismo dulcísimo Jesús.

¹ Salmo 112.

² Lo encerrado entre asteriscos se aplica especialmente a los religiosos.

³ Cap. 4º.

Ocupa, pues, de continuo tu pensamiento, todo lo que cómodamente pudieres, en alguna cosa divina. Este sea tu fin y paradero, éste el blanco de tu alma; trabaja en esto sin cesar, con una solicitud quieta y apacible.

Y aunque a cada momento (hablando así) te derrames, y caigas de tu buen propósito, no por eso desmayes y te acobardes, sino ten firmeza, y acude siempre a lo mismo. Sin duda que vencerás la pesadumbre de la dificultad con la perseverancia en el trabajo. Y asimismo sentirás muy en breve que aun ese trabajo te es más apacible y aun agradable y nuevamente engendrado con la novedad de una luz no experimentada, comenzarás a gustar los regalos que están guardados para los santos. Ya no serás el que solías; antes mudado venturosamente en otro hombre y vestido de cierta gracia angélica, tendrás ahora en mucho lo que antes menospreciabas y menospreciarás ahora lo que antes tenías en mucho. Lo que antes desordenadamente te había agradado, ahora te dará en el rostro, y lo que desordenadamente te daba en el rostro, ahora te agradará; y ahora llevarás de buena gana y con mucho gusto lo que antes te parecía insufrible. ¡Oh, qué deleitosa transformación! ¡Oh, que mudanza de la mano derecha del altísimo Dios! Y al fin, mudándose en naturaleza la buena costumbre, y ocupando más perfectamente el divino amor lo íntimo de tu corazón, realmente que ni trabajo sentirás: sino que como primero sin trabajo pensabas cosas torpes, sucias, indecentes, desvariadas, vanas, inconstantes y semejantes al sueño, así podrás ya llegarte a Dios y a las cosas divinas sin trabajo ninguno. Porque es forzoso que el alma acuda muchas veces a aquello que ama mucho el corazón.

¡Ay! y otra vez digo ¡ay de los religiosos perversos, tibios y negligentes, religiosos en el nombre y no en la vida, que no haciendo caso de la reverencia de su estado, y quebrantando los votos, no tienen vergüenza ni temor de estar tendidos en el muladar de su descuido, de su vanidad y de sus pasiones!

Empero ¡bienaventurados, y otra vez bienaventurados aquellos religiosos que, aunque son imperfectos y pequeñitos, con todo

eso aspiran a la perfección y la procuran! Porque claro está que son de los hijos adoptivos de Dios, a quien el piadoso Jesús consuela diciendo: *No temáis, pequeña grey, porque se complace vuestro Padre en daros su reino.*¹ Esperen la muerte con seguridad, aunque estén en los principios de su santo propósito, porque será de mucha estima² delante de Dios. Esperen con seguridad la muerte, aunque se hallen aún en los principios del propósito santo; para ellos no será muerte, sino un sueño de paz, un término y fin de la muerte, un paso de la muerte a la vida.

4.- ¿Qué dices, hermano mío? Estás todavía titubeando? ¿Estás todavía dudoso? Ea, ruégote ya; que no te detengas, mas tomando con esta seguridad el camino de la salud eterna, apercibe tu alma para sufrir las tentaciones sin temor alguno. No te atemorice ningún color de dificultad. Dí con alegría en cualquiera tribulación interior o exterior que te sucediere: *Hágase la voluntad del Señor*³. Aunque sea forzoso sudar mucho y mucho tiempo, y luchar fuertemente, primero que totalmente acabes de vencer y derribar al hombre viejo, en ninguna manera te turbe eso. No pongas los ojos en el trabajo, sino en el fruto que trae.

Créeme que la soberana piedad adonde quiera ayudará al que trabaja y le favorecerá benignamente: dará ánimo al temeroso, esforzará al que titubea, acogerá al desechado, dará la mano al que se desliza, levantará al caído, consolará al triste, y muchas veces derramará en él el preciosísimo bálsamo de la dulzura interior.

Y si perseverares, necesariamente se rendirán las fuerzas de las tentaciones a las del divino amor; y esas mismas tentaciones y tribulaciones ya no serán pesadas ni amargas, sino ligeras y suaves; entonces, finalmente, verás todo el bien; y aun en esta vida hallarás el paraíso.

Esto digo que será si perseverares y no fueres del número de aquellos que comienzan bien, empero burlados con los halagos del demonio, o fatigados con la molestia de las tentaciones y

¹ Luc., XII, 32

² Salmo 115.

³ Act., 21.

trabajos, fácilmente dejan después el buen propósito. No quieren ser oprimidos del peso de la tribulación, y así al tiempo de la aflicción se escandalizan en el Señor, y apartándose de Él, parece que en alguna manera dicen: *Recio negocio* ¹ *es éste: ¿quién podrá con él?* Sin duda que no edifican sobre piedra firme, sino sobre arena movediza, y por esto fácilmente el primer viento y a la primera avenida su edificio da en el suelo. Y pluguiese a Dios que ellos echasen de ver sus caídas; y aun por ellas no perdiesen el ánimo, antes pusiesen diligencia en renovar el edificio caído; no fundado sobre arena, sino sobre piedra.

Hermano mío, si (lo que Dios no quiera) sucediere que tu edificio se caiga, repara luego lo caído, y vuélvelo a edificar mejor de lo que antes estaba. Aunque se caiga dos veces, aunque sean diez, aunque sean ciento, aunque sean millares de veces, y muchas más repáralo tantas cuantas cayere. Jamás desesperes de la misericordia de Dios. Porque no hay multitud innumerable de pecados espantosos y graves que de tal modo haga que Dios no se aplaque ni perdone, como una desesperación: porque el que desconfía del perdón, niega que Dios es misericordioso, y este es blasfemo contra el Espíritu Santo. No podemos estar nosotros tan dispuestos para pecar, cuanto lo está el Señor para usar la misericordia. Cualquiera cristiano lo ha de sentir así.

5.- Y porque con la demasiada proligidad no enfaden las cosas que decimos, es necesario detener la pluma y no pasar adelante en la navegación comenzada. Y entre tanto que se recogen las velas, no será inútil decir brevemente lo que al fin de cada día es razón que hagas. pues cada día antes que te vayas a dormir, piensa muy de veras, aunque sin fatigar demasiadamente el espíritu, en qué has faltado aquel día, y pide perdón al misericordiosísimo Dios, proponiendo de vivir mejor de ahí en adelante, y de huir con más diligencia los pecados. Pídele luego que tenga por bien de guardarte aquella noche el alma y el cuerpo de cualquiera pecado, encomendándole la guarda de esas dos cosas a Él y su sagrada Madre, y a tu santo ángel custodio. Finalmente, metiéndote en la

¹ Ioan., 6.

cama, ármate con la señal de la cruz y poniendo tu cuerpo honesta y castamente, suspira por tu amado, rumiando alguna cosa divina hasta que venga el sueño.

El cual si fuere pesado y diere al cuerpo más molestia que descanso, y si por algunos sueños carnales cayeres en alguna torpeza, no te entristezcas demasiado; mas gime con humildad delante del Señor, y pídele con oración humilde que te dé templanza en el comer y en los demás sentidos, de lo cual se suele seguir el sueño moderado y la pureza del cuerpo.

Esto tuve, hermano, que enviarte. Me pediste un espejo: mira si has recibido Espejo. Si en algo siquiera, se ha cumplido con tu deseo, Dios sea bendito; y sino, también sea bendito. He dado lo que el Señor me ha dado; y sea lo que fuere, lo que te ruego es, que de cuando en cuando lo leas. Dios te dé salud, y ruega por mí.

JOYEL ESPIRITUAL

ADVERTENCIA

Para preparar la presente edición del JOYEL ESPIRITUAL, cuya lectura juzgamos muy provechosa a las familias cristianas por la unción y piedad que respira todo él, hemos revisado el texto español del P. Alfaro, ajustándonos a la edición latina de las obras de Blosio (1726). Según ella, hemos puesto los títulos de los capítulos, adoptando también igual división en los números de los mismos.

Santo Domingo de Silos y Noviembre de 1907.

PREFACIO

Importa amonestar al lector que no siga el perverso juicio de algunos hombres, que haciendo poco caso de las revelaciones y visiones divinas, se muestran poco espirituales y humildes. Porque no es razón que se tengan en poco las revelaciones con que Dios muestra cuán maravillosamente es alumbrada su Iglesia. Es cosa cierta que aprendieron la verdad sin error los Santos Profetas, (en los cuales cayó el divino Espíritu como un dulcísimo arroyo), por revelaciones. Y encareciendo el Apóstol San Pablo a los Gálatas ¹ la Majestad del Evangelio que pre-dicaba, afirma que no lo recibió *de algún hombre, sino por revelación de Jesucristo*. Finalmente, la Sagrada Escritura está llena de revelaciones, y siempre pudo y podrá el Señor obrar en las almas limpias de sus escogidos lo que quiere. Así que reciba el devoto lector con humildad y con ánimo agradecido las revelaciones que aquí se pusieren, porque de esa manera sacará gran consuelo y fruto de ellas.

¹ Gal. I.

CAPÍTULO PRIMERO

De la inmensa clemencia de Dios, y de la benignidad de la Madre de Dios para con los pecadores, manifestada con varias revelaciones.

1.- El divinísimo Dionisio Areopagita, en una carta que escribió a Demófilo, mostrando cuán grande sea la benignidad y clemencia de Dios para con los pecadores, y cuánto desea el buen Señor su salvación, cuenta una hermosa visión que a este propósito se le mostró a San Carpo Obispo (a quien Dios revelaba muchas cosas) y que el mismo Carpo se la había contado a él. Como un hombre infiel apartase de la fe de la Iglesia a un cristiano, el sobredicho Carpo, que se había de compadecer de ambos, y rogar benig-nísimamente a Dios por ellos, se indignó contra ellos grande-mente. Por lo cual pedía a Dios que los acabase a entrambos con alguna muerte repentina, no pudiendo sufrir que viviesen hom-bres tan abominables, que estragaban los caminos derechos del Señor. Estando en esto, alzó los ojos hacia arriba, y vió el cielo abierto, y a Jesucristo sentado en un trono, acompañado de innu-

merables ángeles. Y en bajando los ojos, vió una balsa profundísima, en donde había gran multitud de serpientes. Y en la boca de aquella balsa o tragadero, estaban temblando porque se les iban deslizando los pies, y en suma miseria, aquellos dos hombres, a quien tanto mal había deseado. Y como recibiese gran pena en ver que no los acababa de tragar aquella profundidad, levantando a lo alto los ojos, vió que movido de misericordia el clementísimo Jesús se levantaba de su celestial silla y bajaba a ellos, y les daba su benignísima mano, y que juntamente le ayudaban los ángeles. Volviéndose entonces Jesucristo a Carpo, le dijo: “Carpo, otra vez estoy dispuesto a padecer por salvar a los hombres; y esto es para mí de grandísimo gusto con tal que los demás hombres no pequen. Y mira tú si tendrías por mejor aquella estancia con aquellas serpientes, que la compañía de Dios y de los buenos y piadosos ángeles”. Añade luego Dionisio estas palabras: “estas son las palabras que yo oí, y creo que son verdaderas”.

2.- Fué una vez enseñada del cielo la virgen santísima y muy querida de Dios, Gertrudis o Trutha, que mirando el hombre con atención la imagen de Jesucristo Crucificado, el mismo Jesucristo con una suave y blanda voz le dice: “Vesme aquí como por tu amor fuí colgado en esta cruz, desnudo, despreciado, todo mi cuerpo llagado, y todos mis miembros lastimados. Y mi corazón esta aún todavía tan preso de tu amor, que si fuese necesario para tu remedio y no pudieses de otra suerte alcanzar la bienaventuranza eterna, querría por ti solo padecer, ¹ lo que por todo el mundo padecí”. ²

3.- Dijo Cristo nuestro Señor, oyéndolo en espíritu Santa Brígida: “Yo soy la infinita caridad: porque todas las cosas que hice desde el principio del mundo las hice por caridad; y todas las cosas que hago y haré de aquí adelante, también proceden y procederán de mi caridad. Tan grande es igualmente y tan incomprensible el amor que tengo ahora al hombre, como era al tiempo de mi pasión, cuando por mi muerte libré con mi excesiva

¹ (S. Pablo. *Tradidit semetipsum pro me*, Gal., II.)

² Lib. 3. *Insin.*, c. 41.

caridad a todos los escogidos. Y si se pudiese hacer que tantas veces muriese cuantas almas hay en el infierno, yo con voluntad prontísima y con caridad perfectísima entregaría mi cuerpo, y sufriría la misma pasión y muerte por cada uno de ellos, que sufrí por todos”¹. Estas palabras dijo Cristo. Ves aquí cuán tierna y decididamente ama Dios al alma racional, y cuanto desea que todos alcancen la celestial bienaventuranza. Empero el mismo Señor crió noblemente al hombre a su imagen y semejanza, dándole razón y voluntad libre, para que si quisiese obedecer y servir a Dios, recibiese en el cielo premio eterno; y que si no quisiese, recibiese en el infierno eterno castigo; y esta es justicia.²

Mas aquel que pecando despreció a Dios y no le obedeció, si por caridad y penitencia verdadera se convierte a él, por muchos y graves que sean sus pecados, lo recibirá Dios en su gracia y no se condenará, como perseverare en el bien; y esta es misericordia.

4.- Como estuviese una vez pensando entre sí Santa Gertrudis qué podría decir a los hombres que les fuese más útil, de los secretos que había aprendido de Dios; acudiendo el mismo Señor a sus pensamientos, le respondió: “Mucho haría el caso que los hombres supiesen y tuviesen siempre en la memoria que yo, hijo de la Virgen, asisto por su remedio delante de Dios Padre; y todas las veces que ellos por su flaqueza pecan por pensamiento con su corazón, le ofrezco yo al Padre en satisfacción mi puro y limpio corazón; y cuando pecan por obra, le ofrezco mis manos horadadas; y de la misma suerte, en cualquiera cosa que ellos pecan, luego con mi inocencia aplaco al Padre, para que haciendo ellos penitencia, les sea siempre fácil alcanzar perdón de sus pecados”.³

5.- Orando la santa virgen Mechtilde por cierto hombre con quien estaba enojada, porque no se quería enmendar, y estaba casi incorregible, dijo el Señor a la misma Santa: “Ea, escogida mía, apiádate de mí y ruega por los miserables pecadores, los cuales compré con tan caro precio, y los espero con tanta longanimidad

¹ Lib. 7. Rev., c. 19.

² Salmo XXIV, 10

³ Lib. 3. Insin., c 40.

deseando grandemente que se conviertan a mi. Vesme aquí que como algún día me ofrecí en sacrificio en el ara de la Cruz, así ahora con el mismo amor asisto delante del Padre eterno por los pecadores, porque deseo grandemente que el pecador se convierta a mí y viva por verdadera penitencia”¹

6.- Dijo el Señor otra vez a la misma santa virgen Mechtilde de cierta persona devota: “Cuando por la flaqueza humana hizo algún pecado, si luego por la penitencia se convirtiere a mí fiando de mi misericordia, estoy preparado para perdonarle toda la culpa a un solo gemido”.²

7.- La santa virgen Gertrudis entendió una vez del Señor: Que si a alguno le pesa prestamente de todos sus pecados, así de comisión como de omisión, y con todo corazón se sujeta a obedecer a los mandamientos de Dios: es delante de él tan verdaderamente santificado, como fué sano aquel leproso, que diciéndole a Cristo: “Señor, si quieres, me puedes limpiar”, le respondió Cristo: “Quiero; queda limpio”.³

8.- Dijo Cristo a Santa Brígida: “Mira que seas constante y humilde. Cuando te muestro los peligros ajenos, no te ensoberbezcas, ni descubras sus nombres, si no te fuere mandado. Pues no lo hago yo para su confusión, sino para que se conviertan y conozcan la justicia y misericordia de Dios. Tampoco has de huir de ellos como de gente ya condenada, y echada en el infierno; porque si el que ahora es muy malo, me pidiere favor, con dolor y voluntad de enmendarse estoy aparejado para perdonarle luego. Y aquel a quien ayer llamé muy grande pecador, le llamo hoy grande amigo, por la contrición verdadera; y si fuere perfecta y firme, no solamente le perdonaré el pecado, sino también la pena⁴ que debía al pecado”.⁵

9.- Dijo el Señor a Santa Mechtilde: “Ninguno hay tan grande

¹ Lib. 4. Sprir. gratie, c. 24.

² Lib. 3. Sprir. gratie, c. 43.

³ Lib. 3. Insin., c. 30. Luc., 5.

⁴ D. Thomas, p. 3; in Supplem, q. 5, art. 2.

⁵ Lib. 3. Tev., c. 26.

pecador, que si se arrepintiere de veras, no le conceda luego indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados, y con tanta clemencia y dulzura me regalaré con él, como si nunca hubiere pecado”.¹ ¡Oh piedad inefable de Dios! Luego si alguno (como dice un santo) negase que Dios estaba aparejado para perdonar los pecados a los verdaderos penitentes, aun tantas veces cuantos momentos tiene el tiempo, verdaderamente que procuraría quitar a Dios grande honra.

10.- Dijo otra vez el Señor a la misma virgen Mechtilde: “Aunque las estrellas, quiero decir, las almas de mis escogidos sean a veces muy oscurecidas con la nube de los pecados y con la tiniebla de la ignorancia; mas en su firmamento, conviene a saber, en mi divina luz, no pueden ser oscurecidas. Quiero decir, que aunque mis escogidos muchas veces se envuelvan en grandes pecados, siempre los miro con aquella claridad que los escogí, y los considero en aquella claridad a que han de llegar. Luego muy bueno es que el hombre piense muchas veces con cuánta piedad lo escogí, y cuán bien haya tratado sus negocios, y cuán amorosamente haya mirado por él, y puesto en él los ojos, aun cuando estaba caído en sus pecados. Y cuán benignamente haya trocado sus males en gran provecho suyo”² ¡Oh alteza de la Sabiduría de Dios, que no es posible escudriñarse, que por tantos y por tan maravillosos caminos procura convertir y atraer a sí el corazón del pecador, no dejándole lugar para que desespere!.

11.- Como oyese en un sermón la santa virgen Gertrudis, que nadie se podía salvar sin tener siquiera un poquito de verdadera caridad, para que por su amor de Dios le pesase de sus pecados, y se apartase de ellos; ella pensaba entre sí que salían muchos de esta vida, que parece que les pesaba más por temor del infierno, que por amor de Dios. Estando, pues, revolviendo estas cosas en su corazón, le respondió el Señor de esta manera: “Cuando aquellos que alguna vez se acordaron de mí dulcemente, o hicieron alguna obra meritoria, los veo estar agonizando, en el

¹ Lib. 4. Sprir. gr., c. 26.

² Eod., lib. 4, c. 11.

mismo artículo de la muerte, allí me muestro con ellos muy piadoso, amable y benigno, para que de lo íntimo de su corazón se duelan de haberme algún día ofendido; y con semejante penitencia se disponen para alcanzar su salvación, y no se condenarán”.¹

12.- Dijo una vez el Señor a la gloriosa Mechtilde que estaba considerando cuán inmensa era su divina piedad: “Ven y mira al más mínimo de los bienaventurados, que están en el cielo: porque en él podrás conocer mi piedad”² Pues como ella mirase con atención deseando saber quien fuese aquel de quien le decía el Señor, le salió al camino un varón de aspecto y dignidad real, y de edad florida, el rostro hermoso y resplandeciente, y muy amable, díjole la Santa Virgen: “¿Quién eres tú? Y ¿cómo llegaste a tanto gozo y a tanta gloria?” Respondió él: “Yo era en el mundo un ladrón y malhechor, empero porque los males que hice, más era por cierta ignorancia y costumbre, o mal hábito heredado de mis padres, que por malicia, al fin por la penitencia alcancé misericordia. Pero estuve en el Purgatorio cien años padeciendo grandes tormentos para que fuese purgado; y ahora solamente la piedad de Dios me trajo a este descanso”. Así conoció la santa virgen Mechtilde la piedad de Dios en aquel que era el último de los bienaventurados. Porque si a aquel, que tan mal había vivido, le hizo el clementísimo Señor tanta merced, ¿qué les dará a los que viven justa y santamente?

13.- Hablando el Señor con la virgen Santa Catalina de Sena, le dijo: “Mucho más me ofenden, y mucho más disgusto me causan los pecadores que a la hora de su muerte desesperan de mi misericordia, que con todas cuantas maldades cometieran en toda su vida. Porque el que desespera, claramente desprecia mi misericordia, y juzga perversamente que es mayor³ su malicia que mi bondad y misericordia. Y así, impedido de semejante pecado, no le pesa de las ofensas que ha cometido contra mí, sino de que su daño sea irremediable. El cual si de veras se doliese de

¹ L. 1. Spir. gr., c. 59.

² Lib. 1. Spir. gr., c. 59

³ Genes., IV.

haberme ofendido y despreciado, y fielmente esperase en mi misericordia, sin duda ninguna que la hallaría, porque esa misericordia es infinitamente mayor que cuantos pecados jamás se cometieron, ni pueden cometerse por alguna criatura.¹

14.- Empero, no basta dolerse de los pecados, sino que es también necesario confesarlos al sacerdote competente, conforme al mandamiento de la Iglesia, salvo si la necesidad no diere lugar a semejante confesión. Sobre lo cual dijo Cristo a Santa Brígida: “No hay pecador por grande que sea, a quien yo niegue mi misericordia, si con humilde y perfecto corazón me la pide. De manera que los pecadores que quisieren reconciliarse conmigo, y alcanzar mi gracia y amistad, primeramente se han de doler de todo corazón por haberme ofendido, siendo yo su creador y redentor; y luego delante del confesor se han de limpiar por la humilde y pura confesión, y enmendar la vida, y cumplir finalmente la satisfacción conforme al consejo y discreción del confesor. Si esto hicieren, yo me acercaré mucho a ellos, y el demonio se alejará. Después importa que con devoción y verdadera caridad reciban mi cuerpo; teniendo voluntad de no volver jamás a los primeros pecados, y proponiendo de perseverar hasta el fin. Yo les saldré al camino a los que esto hicieren, como sale la madre a los hijos perdidos, y los recibiere con grandísimo contento”. Yo estaré en ellos y ellos en mí, y vivirán y se alegrarán conmigo para siempre.²

15.- Estando Santa Brígida orando con gran compasión por un señor ilustre y muy poderoso en cuanto al mundo, el cual estaba muy enfermo, y no quería confesar sus pecados al sacerdote, como lo tienen por costumbre los fieles cristianos, apareciéndose Cristo a la dicha Santa Brígida, dijo: “Di a tu confesor que visite a ese enfermo y lo confiese” Santa Brígida lo envió a visitar al enfermo; mas él respondió que se había confesado muchas veces, y que no tenía entonces necesidad de confesarse. El día siguiente por mandado de Cristo fué enviado otra vez el sacerdote por Santa

¹ Tract., 3. Div. doct., c 132.

² Lib. 7. Rev., c. 27.

Brígida al sobredicho enfermo, el cual le dió la misma respuesta que al primero. Empero volviendo al tercer día el sacerdote al enfermo, le declaró los impedimentos de su salvación, que se los había el Señor revelado a Santa Brígida. Entonces él, deshecho en lágrimas, dijo al sacerdote: “¿Y cómo podré yo alcanzar perdón estando enmarañado en tantos pecados?” Díjole el confesor: “Aunque muchos más y mayores los hubieres cometido, te salvarás por la verdadera contrición y confesión; esto te prometo confiadamente”. Dijo él: “Yo desesperaba de la salvación de mi alma, porque del todo me había sujetado y entregado al demonio, el cual también ha hablado conmigo muchas veces. Soy de sesenta años, y jamás confesé ni comulgué; empero ya siento que tengo unas lágrimas, que hasta ahora nunca las sentí como ellas”. Confesóse, pues, cuatro veces aquel día con el sacerdote, y el día siguiente, después de la confesión, recibió la Sagrada Eucaristía, y al sexto día murió. Del cual dijo después el Señor a Santa Brígida: “Aquel por su confesión y contrición no fué al infierno, sino al Purgatorio. Halló remedio, y por mi bondad se salvará, con la cual espero la conversión del pecador hasta el último punto de su vida, y por los merecimientos de mi Madre, de cuyo dolor cuando vivía aquel hombre, solía compadecerse”.¹

16.- Dijo Dios Padre a la virgen Santa Catalina: “Mi bondad ha concedido un privilegio a la gloriosa María Madre de mi Unigénito Hijo, por la reverencia del Verbo encarnado, que cualquiera, aunque sea pecador, que con devoción acude a ella, en ninguna manera será arrebatado por el demonio infernal. Porque fué escogida por mí, preparada y dispuesta como cebo dulcísimo para cazar a hombres, y principalmente almas de pecadores”.²

17.- La misma bendita Madre de Dios la Virgen María dijo a Santa Brígida: “Por mucho que un hombre peque, si con todo corazón, con verdadera enmienda y caridad acudiere a mí, estoy al momento aparejada para recibirlo cuando viene. Y no miro cuánto uno haya pecado, sino con qué intención y voluntad acude a mí.

¹ Lib. 6. Rev., c. 97.

² Tract., 4, c. 139.

Pues por vil y sucio que sea el pecador, no tengo asco de tocar sus llagas, untarlas y sanarlas: porque me llaman, y realmente lo soy, madre de Dios".¹

18.- Vió una vez Santa Gertrudis que unas como bestezuelas de diferente linaje se acogían debajo del manto de la dulcísima Virgen María, Madre de Dios, por las cuales se entendían los pecadores, que le tienen especial devoción. Recibiéndolas benignamente a todas, la madre de misericordia, y como cubriéndolas con su manto, las regalaba y acariciaba a cada una de ellas, con su delicada mano, y amorosamente las halagaba, como suele un hombre halagar a su perrito. Y por esto daba claramente a entender con cuánta misericordia recibe la Santísima Virgen a todos los que le piden favor, y cómo con piedad de madre defiende a los que esperan en ella, aun a los que están envueltos en pecados, hasta que convertidos y penitentes los vuelve a su Hijo.²

19.- Queriendo una vez el demonio engañar a la santa virgen Catalina, o traerla a demasiada pusilanimidad o desesperación; procuraba persuadirla de que su vida era falsa, inútil y muy abominable. Empero enseñada de la bondad de Dios (que nunca se niega a quien le pide favor de veras), levantó humildemente el alma a la divina misericordia diciendo: "Claramente confieso a mi Criador, que he estado mucho tiempo en pecado, y que he vivido mal; mas confiadamente me esconderá en las llagas de mi Señor Jesucristo, y lavaré las manchas de todos mis pecados con su preciosa Sangre, y de continuo me gozaré con un deseo santo en mi Criador y redentor". Después de las cuales palabras, huyó el demonio.³

20.- Cristo dijo a Santa Gertrudis: "Cualquiera podrá tomar ánimo y respirar con la esperanza del perdón (aunque se sienta oprimido con la penosa carga de los pecados) ofreciendo a Dios Padre mi inocentísima Pasión y muerte. Crea, pues, el pecador que por este camino alcanzará el fruto saludable del perdón; porque ningún remedio tan eficaz se podrá hallar en la tierra con-

¹ Lib. 2. Ke.v, c. 23.

² Lib. 4, Insin., c. 49.

³ Tract., 2, c. 66.

tra los pecados, como la devota memoria de mi Pasión con fe recta y verdadera penitencia”.¹

21.- Empero no solamente la misericordia de Dios, sino también su justicia se ha de considerar con prudencia, de la cual justicia dijo muchas veces Cristo a Santa Brígida cosas muy terribles. La cual oyó una vez (queriéndolo Dios así) que los demonios, dando testimonio de la verdad, decían al Señor: “Si aquella criatura que tanto amas (conviene a saber la Virgen que te engendró, y nunca te ofendió) hubiera pecado mortalmente, y muriera sin contrición, no hubiera alcanzado el cielo, sino que con nosotros fuera atormentada en el infierno; tanto amas, Señor, la justicia”.² Luego no diga entre sí ningún pecador: Seguiré ahora libremente mi voluntad y mis contentos, gozaré los deleites y regalos de este mundo; después, al cabo de mi vida, me enmendaré. Porque grande e inmensa es la misericordia de Dios, siempre que me pesare de mis pecados, me recibirá el Señor piadoso, y me salvaré; mientras quiero hacer lo que se me antojare. No diga esto el pecador, no haga así, ni se meta en semejante peligro; antes sin aguardar el día de mañana procure enmendar su mala vida. Y si puede, confiese entera y puramente sus pecados al sacerdote. Porque aunque Dios prometa misericordia al pecador que de veras hace penitencia, pero no promete verdadera penitencia al pecador que persevera en sus pecados, ni tampoco le promete larga vida. Mas cosa cierta es, que si el pecador que con sus maldades y pecados injurió a Dios, antes que el alma se aparte del cuerpo, no tuviere verdadera contrición y penitencia, pidiéndolo así a la divina justicia, será eternamente condenado. ¡Oh, cuantos perseveran y mueren en sus pecados, engañados con persuaciones del demonio! Por lo cual se dice en las revelaciones de Santa Brígida, que bajan las almas algunas veces al infierno, como baja la nieve sobre la tierra

¹ Lib. 4, Insin., c. 25.

² Lib. 4. Rev., c. 7.

CAPÍTULO II

De la discreción y recta intención que debe el varón espiritual seguir en todas las acciones.

1.- Apareciéndose a Santa Brígida la gloriosa virgen y mártir Santa Inés, le dijo: “Ten, hija, firmeza, y no vuelvas atrás, ni tampoco te adelantes más de lo que conviene. Porque ni estás obligada a afligirte más de lo que pueden tus fuerzas, ni a imitar a otros en las buenas obras sobre tu naturaleza flaca; porque Dios en su eternidad ordenó que abriera el cielo a los pecadores, por las obras de humildad y caridad, y quiere que en todo se guarde discreción y medida. Mas el demonio, envidioso muchas veces, persuade al hombre imperfecto, a que ayune más de lo que pueden sus fuerzas, y que tome otros ejercicios insoportables, o que se adelante demasiado a cosas muy levantadas. Y esto hace el astuto enemigo, para que cuando semejante hombre, por vergüenza de los que le miran, prosigue cosas mal comenzadas, con la flaqueza y pocas fuerzas desmaye presto. Por tanto, mídete a ti misma conforme a tu fortaleza o flaqueza; porque unos son más fuertes, otros son más débiles; otros con la gracia de Dios son más fervorosos, y otros con la buena costumbre y hábito más alegres. Rígete, y ordena tu vida conforme al consejo de los siervos de Dios, y no quieras parecer lo que no eres, ni desees con inquietud lo que es sobre tus fuerzas. Hay algunos que se persuaden que han de alcanzar el cielo totalmente por sus merecimientos; y hay otros que piensan que pueden satisfacer con sus obras a lo que justamente merecen sus pecados. Pero esto es error intolerable; porque aunque un hombre entregase cien veces su cuerpo a la muerte, no podría satisfacer a Dios por mil uno”.¹ Estas cosas dijo Santa Inés.

¹ Lib. Rev., v. 2.

2.- Algunas veces dijo Cristo a la misma Santa Brígida, que la satisfacción se había de hacer con todos los miembros, así como con todos ellos se cometieron los pecados. Enmiédese, pues, y corríjase el hombre con toda diligencia y humildad, y como pudiere, no se descuide de satisfacer a Dios (el cual en el otro mundo perdona gravísimos tormentos, por penitencias de buena voluntad cumplidas como es razón en esta vida) refrenando por amor de Dios los ojos de ver cosas malas e inútiles, los oídos de oír cosas dañosas e impertinentes, la boca de palabras malas y ociosas, el corazón de pensamientos perniciosos y desordenados, y de malos deseos, y todo el cuerpo de cosas que inficionan el alma. Refréñase no solamente de cosas ilícitas, sino también con discreción de algunas lícitas. Mortifique en sí con mucho cuidado la propia voluntad y los vicios, sufra con paciencia cualquiera adversidad, y sea muy dado a buenas obras, a santos ejercicios y virtudes. Empero siempre confié más en la satisfacción y merecimientos de Jesucristo, que en sus propias obras y merecimientos. Porque una sola gota muy pequeña de la Sangre preciosísima de Jesucristo Señor Nuestro, es de más valor que todos los merecimientos de los hombres.¹

3.- Dijo Cristo a Santa Brígida: “La abstinencia y continencia, por más pequeña que sea, si se recibe discretamente por mi gloria y amor, merece delante de mí grande precio”.² Y por cierto que quien con prudencia se va a la mano, y se refrena, no mirando, oyendo, oliendo, gustando, hablando o tocando todo aquello que no le es necesario o provechoso, y con discreción hace resistencia a su propia voluntad y sensualidad, aun en cosas muy pequeñas, hace a Dios mayor servicio que si resucitase muertos. Por lo cual dicen los santos lo que sigue: “Si caminando dos hombres hallasen una florecita muy graciosa, y el uno de ellos deseara cortarla, pero mirando en ello mejor, la dejase por amor de Dios; mas el otro, sin reparar en nada, la cortase; éste, cortándola así simplemente, sin duda que no pecaría, pero dejándola el otro por

¹ Lib. 1. Rev. c. 2, et lib. 4., c.26.

² In Revel. extrar. c. 65.

amor de Dios, tanto más merecimiento recibiría en comparación del otro, cuanto hay del cielo a la tierra. Empero si el que cortó la flor, la cortara puramente a gloria de Dios, también mereciera muy mucho". Asimismo, el que por amor de Dios con discreción se abstiene de comer, agrada mucho a Dios, y de la misma suerte el que ordenadamente come a gloria de Dios, también agrada a Dios.

4.- La bienaventurada Gertrudis oyó al Señor, que entonces la mostraba grandísimo amor cuando a gloria suya pensaba, miraba, oía o hablaba algunas cosas útiles. Entendió también que cuantas veces uno mira con devoción la imagen de Jesús crucificado, tantas es mirado amorosamente por la benignísima misericordia de Dios: y de ahí viene que recibe en sí el alma de ese hombre una imagen muy alegre, como un claro espejo del divino amor, de lo cual también se alegra toda aquella corte celestial. Asimismo entendió de Dios, que si alguno por su amor y gloria levantaba una paja del suelo, o daba un solo paso, que le agradaba mucho al Señor, y que por eso merecía premio.¹

5.- Como la misma virgen Gertrudis se quejase una vez de que no podía tener tan levantado su deseo a Dios, cuanto ella estaba obligada a tenerlo, fué enseñada del cielo, que para con Dios bastaba muy bien que el hombre quiera y desee de veras tener gran deseo, cuando lo siente en sí pequeño, o ninguno: porque tan grande tiene el deseo delante de Dios, cuán grande lo querría tener. Y de mejor gana mora Dios en el corazón que tiene semejante deseo (conviene a saber voluntad de tener deseo) que podría un hombre morar entre frescas y deleitosas flores.²

6.- Muchas veces reveló el Señor a sus muy amadas esposas Gertrudis, Brígida, Mechtilde y Catalina, cuán acepto le es a él, y cuán provechoso al hombre, el meditar la pasión de Cristo con piadosa, humilde y perfecta atención y devoción, lo cual hicieron ellas siempre con gran cuidado. Porque tan profundamente habían fijado en sus almas la sobredicha pasión del benditísimo Jesús (la cual aunque haya sido muy desabrida y amarga, con todo eso está

¹ Lib. 4, Insin. cap. 45.

² Lib. 3, Insin. cap. 30

lleno de toda dulzura de caridad) y con tan fervoroso y sueva espíritu solían rumiar en ella, que les era miel en la boca, música en los oídos, y regocijo en el corazón.

7.- Asimismo la virgen Santa Isabel de Espalbeeck tenía por costumbre meditar cada día con gran devoción en la pasión del Señor; y así Cristo le imprimió realmente las señales de sus cinco llagas en sus manos, pies y costado: de manera que muchas veces salía sangre de ellas en grande abundancia como de heridas recientes y frescas, especialmente los viernes. La cual purísima virgen era de tal suerte arrobada en Dios cada día siete veces, que no se veía en ella sentido, movimiento, ni respiración ninguna, porque todo su cuerpo se elevaba totalmente, sin que parte ninguna de él se pudiese entonces mover, si no lo movían todo junto. Esculpamos nosotros en nuestros corazones, a imitación de estas santas vírgenes, la pasión de Jesucristo nuestro Señor, y demosle con cuidado gracias por ella.

8.- Con esta semejanza enseñó Dios a Santa Gertrudis: “Así dice, como un Emperador muy poderoso no solamente se huelga de tener en su palacio doncellas delicadas y pulidas, mas también ordena y nombra para diferentes obras príncipes, capitanes, soldados y otros oficiales idóneos que estén siempre preparados para acudir a sus negocios; así yo no solamente me deleito con los regalos interiores de aquellos que (llevándolos yo) siguen la quietud de la divina contemplación, empero también me aficiono a vivir entre los hombres, cuando ellos se ocupan en otros cualesquiera ejercicios y negocios importantes, por mi gloria y por mi amor”. De manera que adorna mucho el alma de aquel que tiene lugar para orar muchas veces, y favor y gracia para ello, la oración continua y pura, (porque ¿qué cosa de más estima que hablar de ordinario con el Rey Celestial?) empero también las buenas obras exteriores, cuando se hacen por amor de Dios, adornan y hermosean mucho el alma fiel.

CAPÍTULO III

Documentos sobre la oración y el oficio divino.

1.- Dijo el Señor a Santa Catalina: “El deseo santo del alma, que es la buena voluntad, es una oración continua, porque tiene la misma virtud que la oración. Y todo lo que el hombre hace por amor de Dios y del prójimo puede llamarse oración, porque el deseo inflamado y encendido de caridad, se juzga por oración. Empero la buena voluntad y el piadoso afecto a ciertos tiempos se ha de levantar a mí por la actual devoción. Hija, razón es que sepas que el alma que persevera en una humilde y fiel oración, alcanza todas las virtudes. Y así, en ninguna manera se ha de tener en poco ni dejar el ejercicio de la oración por algunas contradicciones que haya, ora procedan de ilusiones, o engaños de Satanás, ora de la propia flaqueza, ora de pensamientos torpes, ora de estímulos desordenados, y de algún movimiento carnal. Porque el demonio de continuo procura molestar más con diversas imágenes y fantasmas al tiempo de la oración que fuera de ella. Y entonces con gran astucia la hace creer al que está orando, que no le sirve de nada aquella oración, pues no habrá de estar pensando en otra cosa sino en lo que ora. El malicioso enemigo procura persuadir esto, para que el que está orando caiga en un desabrimiento y confusión de alma, y así deje el ejercicio de la oración, la cual es una armadura fortísima contra todos los enemigos: ¡Oh, cuán provechosa es al alma y a mí cuán agradable la oración que siendo con caridad, va con un conocimiento de su propia vileza, y de mi bondad!”¹

2.- Dijo otra vez el Señor a la misma Santa Catalina: “Alguna vez

¹ Tract. 2, c. 66.

determina uno de rezar algún cierto número de salmos o de otras oraciones, a que no está obligado por la obediencia o por otra razón: si yo entonces le visito su espíritu benignamente, suele él dejar pasar aquel beneficio que yo le hago por acudir a cumplir sus oraciones. Pero no lo ha de hacer así, ni creer al demonio que lo quiere engañar; mas en sintiendo que yo singularmente lo visito, siga el beneficio que de mí recibe, y no lo impida con las oraciones que determinaba decir, y después (si tiene lugar) podrá acudir a esas oraciones y cumplirlas. Pero si cómodamente puede, no se angustie, ni dé lugar a alguna confusión de alma. El que, cuando está orando solamente mira a decir muchas palabras, muy poco fruto saca de la oración”.¹

3.- Entendió una vez en espíritu la santa virgen Gertrudis, que las palabras de las oraciones que van con atención o santa devoción, son como unas piedras preciosas muy resplandecientes; o como unas flores muy frescas; pero las que van con tibieza, y por sola costumbre sin devoción, son como piedras y flores, pero muy oscuras. Y como la misma virgen Gertrudis leyese un verso saludando a Jesucristo doscientas veces, conoció que cualquiera salutación de aquellas era presentada al Señor como un instrumento músico de lindísimas voces, porque aquellas saluciones que había leído con devoción, daban música suavísima, pero las otras que había leído no con tanto cuidado, sonaban menos, y no tan suavemente.²

4.- Guárdese el que ora, de no distraerse voluntariamente y adrede por grave negligencia, al tiempo que está en ese ejercicio; asimismo se guarde de no dejar la oración porque acaso no sienta en ella algún consuelo. Sin duda que como el distraimiento que sucede contra la voluntad del que ora, no quita el fruto y utilidad de la oración, así tampoco la quita la sequedad del corazón, cuando hay buena voluntad. Acerca de esto dijo una vez el Señor a la misma virgen Gertrudis: “Yo querría que mis siervos estuviesen persuadidos de que todos sus buenos ejercicios y

¹ Ibid. post medium.

² Lib. 4. Insin. c. 2.

obras me agradan mucho, cuando ellos gastan de lo suyo y me sirven a su costa; y aquellos me sirven a su costa, que aunque no sienten gusto de devoción, con todo eso (como pueden) perseverar en sus oraciones y en esos otros sus devotos ejercicios, confiando de mi clemencia y bondad que recibiré de muy buena gana y con mucho gusto semejantes servicios. ¹ Muchos hay que si se les concediese el gusto y consuelo interior, no les aprovecharía para su salvación, y se les disminuiría su merecimiento”.

5.- Algunas veces padece el hombre tanta inconstancia de alma, que si orando o meditando quiere levantar su corazón a Dios o fijarlo en algún buen pensamiento, luego es echado de allí. Lo cual muestra tambien S. Agustin diciendo: “Por la mayor parte son nuestras oraciones impedidas con vanos pensamientos, de manera que con dificultad está nuestro corazón fijo en su Dios; y quiere sustentarse a sí mismo, pero en alguna manera huye de sí, y no halla rejas que lo detengan, ni pihuelas que le impidan sus vuelos desmandados, y sus movimientos inquietos. Apenas entre muchas oraciones se ofrece alguna que tenga firmeza. Y sufre Dios corazones de hombres que están orando, y están pensando en diferentes cosas, y no quiero decir que algunas veces son dañosas, perversas y enemigas de Dios. Empero, pues, es grande su misericordia, digámosle: Alegra el alma de tu siervo, porque a ti Señor la he levantado. ¿Y cómo la he levantado? Como pude, como tú me diste las fuerzas”.² Hasta aquí son palabras de San Agustín. Pues el que es de buena voluntad no se turbe demasadamente por la inconstancia de sus pensamientos; mas cuando ora, haga buenamente lo que es de su parte, y persevere con humildad y paciencia; porque así será muy acepto a Dios. Cerca de lo cual enseñó Dios a Santa Gertrudis, que cuando alguno orando, meditando o contemplando, endereza santamente su intención y sus pensamientos a Dios, entonces delante del tono de la gloria, le presenta al mismo Dios uno como espejo de admirable resplandor, en el cual el Señor que nos envía todos los bienes, contempla

¹ Lib. 3. Insin. c. 18.

² In. Psal. 85.

su imagen con grandísima alegría. Y cuando el hombre por los grandes impedimentos y por la inconstancia de su corazón hace esto con mayor dificultad, cuanto más y con mayor paciencia trabaja, tanto más hermoso y más claro parece aquel espejo en el acatamiento de la Santísima Trinidad y de todos los Santos. Pero hanse de guardar de la fuerza demasiada, no se fatigue la cabeza, y se impida el espíritu.

6.- Como, estando Santa Brígida en oración, fuese fatigada de tentaciones, la gloriosísima Virgen María, Madre de Dios, le dijo: “El demonio, que es espía envidioso, busca cómo impedirles a los buenos su oración, cuando están orando. Empero tú, hija, persevera en el deseo o buena voluntad y en el ánimo de que pones todo cuanto pudieres, por más que seas molestada de tentaciones entre tanto que oras; porque tu buen deseo, y ese trabajo que pones será estimado por efecto de la oración. Aunque no hayas podido echar los malos y torpes pensamientos que acuden a tu corazón más por aquella fuerza que en ello pones, recibirás corona en el cielo; tanto te aprovechará aquella molestia, con la condición de que no les des consentimiento, y te pese de lo malo”.¹

7.- Enseñó Dios a la santa virgen Gertrudis, que cuando alguno se encomienda en las oraciones de otro, confiando que por sus merecimientos podrá alcanzar la divina gracia, realmente hace Dios bien a aquél conforme a su deseo y fe, aunque el otro en cuyas oraciones se encomendó se haya descuidado de rogar a Dios por él con devoción.²

8.- Pidió a Santa Brígida un hombre muy simple, que apenas sabía leer bien la oración del Padrenuestro, que le dijese qué haría para salvarse. Ella hizo oración por él, y díjole Cristo: “Más me agrada la simplicidad de este hombre, que la prudencia de los soberbios. Así le aconsejarás que prosiga su obra y costumbre loable, que yo le daré el premio. Mucho me agrada su buena voluntad. Él aprendió de mí la sabiduría verdadera, conviene a saber, el amor de Dios por el cual guarda la ley y todos los mandamientos

¹ Lib. 6. Revel. cap. 94.

² Lib. 3. Insin. cap. 73.

divinos. Dígate, hija, que cualquiera que con fe y voluntad perfecta lee estas palabras, “Jesús, tened misericordia de mí”, me agrada más que el que sin atención dice mil oraciones”.¹ Otra vez dijo el Señor a Santa Gertrudis: Aunque para ayudar a las almas del purgatorio aproveche mucho cualquiera cosa que se haga por su salvación y remedio como rezar el oficio o vigiliass de los difuntos y otras oraciones; pero más les ayuda a ellos, y les alcanza mayor alivio en sus penas, la oración que aunque tiene pocas palabras, lleva mucho espíritu y devoción”. Mas no por esto que dijo el Señor, tiene alguno de dejar de rezar las oraciones prolijas y largas a que está obligado, salvo si la necesidad no le fuerza a que las deje. Porque conviene que siempre sean preferidas las oraciones a que obliga la obediencia ú otra obligación (cuando se puede rezar) a todos los otros ejercicios y oraciones.

9.- Como la misma Santa Gertrudis, estando una vez en la cama enferma, no pudiese rezar sus horas, ni conforme a su deseo pudiese decir enteramente aún la salutación angélica a gloria de la misma gloriosísima Virgen María, empero trabajó muchas veces por repetir siquiera estas palabras: “Dios te salve, María, llena de gracia, el Señor es contigo”² Apareciósele la Virgen Santísima, Madre de Dios, vestida de un manto maravillosamente bordado de flores de oro, en las cuales estaban señaladas las saluciones que había dicho con tanto trabajo Santa Gertrudis; y en ellas resplandecían excelentísimamente el santo afecto con que había deseado saludar a la misma gloriosísima Virgen; resplandecía también la santa discreción con que había rezado aquellas palabras solas, sintiendo que no podía rezar otras; y asimismo resplandecía la entera confianza con que fiaba que la Madre de Dios había de recibir benignamente este servicio, aunque muy pequeño.

10.- Fué revelado a la gloriosa Mechtilde que haría muy bien, y con mucho provecho suyo, si el que ha de rezar las horas canónicas, juntase el trabajo de sus horas con las oraciones de

¹ Lib. 6. Revel. cap. 11

² Luc. 2.

Cristo. De suerte que cualquiera que ha de comenzar las horas a que tiene obligación, puede con el corazón o con la boca orar de esta o de otra manera semajante: “Señor, Jesucristo, yo deseo por tu gloria obedecerte humildemente, y servirte fielmente, y alabarte perfectamente, en unión de aquella perfectísima atención con que tú oraste y alabaste a tu Padre en la tierra; ayúdame con tu gracia, porque sin tu favor no puedo nada”. Con esto ennoblece grandemente su ejercicio, y agrada mucho a Dios Padre; porque su ejercicio será estimado como si fuese el mismo con el de Cristo, así como una poca de agua echada en el vino y unida con él, se estima como si fuese vino.¹

11.- Como la misma virgen Mechtilde orase por un hombre que se le había quejado, que por su flaqueza natural rezaba de continuo las horas canónicas distraído y pensando en otras cosas, recibió del Señor esta respuesta:² “Aquel hombre, por quien me ruegas, diga siempre después de las horas con humildad estas palabras: “Dios mío, tened misericordia de mí, pecador, que pues tanto le valieron al publicano, que por ellas fué perdonado de sus pecados, ¿cómo también no alcanzarán perdón a otro? “ Porque no está menos dispuesta y aparejada ahora mi clemencia y misericordia para perdonar, que estaba entonces”. Empero dichoso aquel que, obedeciendo humildemente de buena voluntad, y pronunciando enteramente las palabras sagradas, cumple con cuidado sus horas; porque aunque éste se distraiga, pero no es por su voluntad.

12.- Estando un día rezando el oficio divino la santa virgen Gertrudis con las demás religiosas de su monasterio, procuraba pronunciar todas las palabras con grande atención; y como por la flaqueza humana muchas veces se distrajese, con gran desconselo dijo entre sí: “¿Y qué fruto se podrá sacar de este trabajo y ocupación, envuelta con tan poca quietud?” Queriendo el Señor consolarla, le mostró aquel excelentísimo tesoro de todo bien, y de toda bienaventuranza, conviene a saber, su Corazón, y le dijo:

¹ Lib. Spirit. gratiae. Cap. 30

² Ibid. Cap. 31.

“Ves aquí pongo mi dulcísimo Corazón delante de los ojos de tu alma, al cual encomendarás todas las cosas que no pudieres hacer tan perfectas, para que confiadamente se perfeccionen como si tú misma las hicieras, porque así aparecerán todas delante de mis ojos muy perfectas”.¹ Por cierto que como mi divino Corazón conoce la flaqueza y poca firmeza humana, espera siempre con grandes ansias, que tú, ya que no con palabras, a lo menos con el pensamiento, le encomiendes todo lo que por ti no puedes acabar perfectamente, para que lo supla, enmiende y perfeccione por ti. Así que podrá cada uno al fin de las horas (las cuales no se han de rezar solamente con el corazón, sino también pronunciarse con la boca) decir de esta o de otra manera semejante: “Buen Jesús, tened misericordia de mi pecador. Yo encomiendo este servicio, tibio y distraído, a tu suave y sabroso Corazón, para que en él lo enmiendes y perfecciones, y él mismo te ofrezca por la salud y remedio de todos los fieles, en unión de la perfectísima atención con que oraste y alabaste a tu Padre en la tierra. Responde, te suplico, satisfaz y suple por mí perfectísimamente. Amen”.

13.- Como la misma virgen Gertrudis, sintiendo gran dificultad en una obra, dijese a Dios Padre: “Señor, esta obra te ofrezco en alabanza eterna, por tu unigénito Hijo, en virtud del Espíritu Santo”, entendió que todo lo que se ofrece con devoción al Padre por el Hijo, y todo lo que se pide humildemente por el Hijo, se ennoblece sobre toda humana estimación, y se hace acepto a Dios Padre; así como parece verde o dorado todo lo que se ve por algún vidrio o por alguna piedra preciosa verde o de color de oro.

¹ Lib. 3. Insin. Cap. 25.

CAPÍTULO IV

De la corrección de los defectos cotidianos, sus remedios, y del auxilio en las tentaciones.

1.- Afeándose mucho, y reprendiéndose a sí misma, por cierto defecto muy ordinario, la misma virgen Gertrudis, deseó y pidió al Señor, que del todo se lo enmendase y quitase. Respondióle blandamente el Señor: “¿Y por qué has tú de querer que yo sea privado de una grande honra, y que tú carezcas de un grande premio? Porque todas las veces que conociendo ese u otro defecto semejante, propones de enmendarlo, de ahí adelante lo ganas muy grande; y por todas las veces que alguno por mi amor trabaja por vencer sus defectos, tan gran servicio me hace, y tanta fidelidad me muestra, cuanta muestra el soldado a su Señor, saliendo animosamente al encuentro de sus enemigos en la batalla, y venciéndolos, y sujetándolos varonilmente”.¹

2.- Orando la misma virgen por un defecto de cierta persona que gobernaba una Congregación, se le apareció el Señor, y le dijo: “Yo, por la abundancia de mi piedad, dulzura y amor divino con que escogí esta Congregación, permito que tengan algunos defectos aun los mismos que la gobiernan; para que por ese camino se aumente el merecimiento de la Congregación. Porque mucha mayor virtud es sujetarse a alguno cuyas faltas se conocen, que a otro cuyas obras parece que son perfectas. Yo consiento que los superiores tengan algunos defectos, y que por las muchas ocupaciones y diversos cuidados que tienen, que algunas veces se descuiden para que se humillen más. El merecimiento de las súbditas crece y se aumenta, así con los defectos, como con las virtudes de quien las gobierna; y de la misma suerte crece el merecimiento de quien las gobierna y rige como es razón, así con el aprovechamiento y virtudes, como con los defectos de los

¹ Lib. 3. Insin. Cap. 58

súbditos”.¹ En las cuales palabras del Señor, entendió Santa Gertrudis la abundantísima piedad de la divina sabiduría, que tan sutilmente dispone la salvación y remedio de sus siervos, permitiendo faltas en ellos, para hacerlos más perfectos. Parecíale a esta santa, que aunque no se echase de ver la bondad de Dios en otra cosa más que en ésta, por ella sola aún, no podrían alabar a Dios suficientemente todas las criaturas.

3.- Acercándose la fiesta del nacimiento de Jesucristo, y estando la misma Gertrudis en la cama enferma, había caído por su flaqueza en una impaciencia. Como rumiase en su corazón con tristeza aquel defecto, juzgándose por muy indigna de todos los dones de Dios, porque por un pequeño descuido de los que la servían, había caído en tan grande impaciencia, fué instruída por Dios, que todos los pensamientos con que el hombre se reprende con tristeza a sí mismo de la culpa en que cayó, después de hecha suficiente penitencia (de la cual dice Dios en la Escritura: En cualquiera hora que el pecador se convirtiere, y llorare, no me acordaré más de ninguno de sus pecados para su daño) no son sino una disposición y aparejo para recibir la gracia de Dios.²

4.- También otra vez, por una trizteza desordenada, juntamente con una impaciencia, había incurrido la misma virgen Gertrudis en una turbación y tinieblas tan grandes que le parecía que había perdido mucha parte de la alegría y gusto de la divina presencia; mas las sobredichas tinieblas fueron después templadas y mitigadas por la intercesión de la gloriosa virgen María. Y como siedo luego visitada del Señor con más benignidad y amor, se acordase de su impaciencia, y de todos los otros defectos que tenía, con gran desabrimiento de sí misma, y con grande humildad de espíritu, dijo a Dios: “Señor, suplícite que pongas fin a mis males, porque yo no les pongo ninguno. Líbrame y ponme cerca de ti, y pelee contra mí todo el poder del mundo”.³ Compadeciéndose el Señor de su desconsuelo, le preguntó si

¹ Lib. 3. Insin. Cap. 83

² Lib. 4. Insin. c. 2.

³ Job., 17.

habría algún deleite o regalo en el mundo que ella escogiese antes que a él, y si querría estimar alguna cosa más que a él. A lo cual respondió ella: “Dios me libre, Señor, Dios me libre, que yo prefiera cosa ninguna a ti, verdadero, sumo, firme y eterno bien”. Díjole el Señor: “Claro está que estás en caridad y gracia, pues ninguna cosa estimas en más que a mi, y deseas siempre sujetar tu voluntad a la mía; y así ¿por qué hablas de tus pecados tan desconfiadamente?” Porque conforme a la Escritura, la caridad cubre la multitud de los pecados.¹

5.- Como otra vez cayese la misma virgen Gertrudis en una impaciencia, y con todo eso la visitase Dios benignamente, al fin dijo al Señor: “¡Oh dulcísimo Dios! ¿cómo pudiste ahora con un alma tan miserable, y tan mal aparejada, repartir tan excelentes dones de gracia y de tanto consuelo?” Respondió el Señor: “El amor me movió”. Dijo ella: “¿En dónde, Señor, están las manchas de la impaciencia que tuve, y que en alguna manera la mostré con palabras?” A lo cual respondió el Señor: “El fuego de mi divinidad las consumió”. Dijo entonces ella: “¡Oh clementísimo Dios, pues tantas veces tu gracia enriquece mi vileza, querría saber si acaso la sobredicha impaciencia, y otros semejantes defectos, se han de purgar en mi alma después de mi muerte!” Y como disimulando el Señor benignamente, no le respondiese, añadió ella: “Verdaderamente, Señor, si lo requiere el decoro de tu justicia, de mi voluntad, y con mucho gusto, bajaría también al infierno,² para que yo te diese más digna satisfacción de mis culpas; empero si a tu natural bondad y misericordia conviene más que mis manchas se consuman del todo y se deshagan con tu amor, muy libremente pediré que ese tu mismo amor limpie muy cumplidamente esas manchas de mi alma”. Luego el Señor, con su acostumbrada piedad, satisfizo prontísimamente a su petición y deseo.

6.- Reprendió el Señor blandamente a Santa Brígida por una impaciencia e ira con que se había turbado, y le dijo: “Yo, tu cria-

¹ I. Petr. 4.

² Conservando siempre, por supuesto la amistad y gracia de Dios. Es un grado excelentísimo de resignación.

dor y esposo, sufrí azotes. por tí :y tú fuiste tan impaciente que aún no pudiste sufrir palabras. Estando yo delante del juez, y siendo acusado, callé, y no abrí mi boca: y tú, respondiendo ásperamente y diciendo palabras afrentosas, levantaste demasiado la voz. Tú habías de sufrir todas estas cosas con paciencia por mí, que fuí por ti enclavado en una cruz: estabas obligada a edificar con tu paciencia a aquel que había errado, y a mejorarlo. De aquí adelante has de ser más cauta: y cuando alguno te diere ocasión para airarte, no hables fácilmente, hasta que se te pase el enojo. Empero, después de pasada aquella alteración, y considerada con diligencia la causa que hubo para ella, podrás hablar con mansedumbre. Y si no aprovechases nada hablando, y callando no pecases, mucho mejor harías en callar, y te sería de más merecimiento.¹

7.- Entendió la virgen Gertrudis que gustaba Dios muy mucho, todas las veces que alguno con dolor del alma se acuerda que dejó a su Señor y Dios, que todas las horas y momentos tan benignamente lo previene y sigue con beneficios; ora sea por distracciones de espíritu, ora por disolución de obras o palabras inútiles. Entendió que cuando el hombre con dolor y sentimiento de corazón dice dentro de sí estas u otras palabras semejantes: “¡Ay de mí, pobre y miserable, cómo he gastado este tiempo, cuán poco me ocupé en el servicio de mi Dios y amador mío!”; y con deseo de enmendarse, propone de huir semejantes culpas y negligencias, es hecho sin duda morada donde como en casa propia el Señor de infinita majestad tenga por bien de aposentarse. Y así, por las obras y vida santísima del Hijo de Dios, se suplen las negligencias, y se renueva la vida santa en el hombre fiel y devoto, y se hacen alegrías en el cielo, porque la infinita bondad de Dios gusta de tener sus deleites en el alma que de veras hace penitencia.

8.- Dijo Jesucristo a Santa Brígida: “Hija, ¿qué es lo que te turba y pone en cuidado?” Respondió ella: “Porque soy afligida de varios pensamientos inútiles y malos, y no puedo echarlos de mí,

¹ Lib. 8. Rev. c. 6.

y angústiate mucho tu espantoso juicio". Entonces el Señor: "Esta es, dice, la verdadera justicia, que así como te deleitabas en las vanidades del mundo contra mi voluntad, así ahora te sean molestos y penosos varios y perversos pensamientos contra la tuya. Empero has de temer mi juicio moderadamente y con discreción; confiando firmemente de continuo en mí que soy tu Dios. Porque debes tener por certísimo, que los malos pensamientos a que el hombre resiste y da de mano, son purgatorio y corona del alma. Si no puedes estorbarlos, súfrellos con paciencia, y hazles contradicción con la voluntad. Y aunque no les des consentimiento, con todo eso teme, no te venga de ahí alguna soberbia y caigas; porque cualquiera que está en pie, solamente lo sustenta la gracia de Dios".¹

9.- Dijo otra vez el Señor a la misma Brígida: "Para que el hombre entienda la poca posibilidad que tiene de su cosecha, y la mucha fortaleza que de mí tiene, es necesario que algunas veces permita yo que sea fatigado de malos pensamientos; y si no les diere consentimiento, sírvénle de purgatorio para el alma, y de guarda de las virtudes. Y aunque sean muy penosos de sufrir, pero sanan el alma, y llévanla a la vida eterna, la cual no se puede alcanzar sin tribulaciones. Empero ha de trabajar el alma con diligencia por no darles consentimiento, ni deleitarse en ellos".² Suélese permitir que algunos sean tentados más gravemente a los principios de su conversión, otros en la mitad de su vida, y otros finalmente en la vejez. Por esto dijo la Madre de Dios a la misma Santa Brígida: "Tú te espantas cómo te crecen las tentaciones en la vejez, y ahora las sientes tales y tan penosas, que no las sufriste semejantes en tu mocedad, ni el tiempo que fuiste casada. Esto se hace para que entiendas que de tu cosecha, no eres nada, ni puedes nada sin mi Hijo. Porque si él no te amparase, ningún pecado hay tan grave, que ya no lo hubieras cometido".³

10.- La santa virgen Catalina, por permisión de Dios, fue

¹ Lib. 3., Rev. c. 19.

² Lib. 2. Rev. c. 27.

³ Lib. 9. Rev. c. 94.

muchos días terriblemente molestada de tentaciones carnales. Porque no solamente la fatigaban los demonios con pensamientos y sueños torpes, más también con manifiestos aparecimientos que se le ofrecían a los ojos y a los oídos. Formaban imágenes visibles de hombres y mujeres delante de sus ojos, que torpemente se abrazaban unos a otros, y con visajes, palabras y actos muy torpes la incitaban a semejantes deshonestidades. Y así le era forzoso a la virgen castísima ver y oír cosas que ella aborrecía grandísimamente; y aunque cerrase los ojos, con todo eso duraban aquellas imágenes y figuras sucias y abominables. Entre estas cosas estaba también desamparada de los consuelos espirituales, y no sentía el acostumbrado fervor de devoción. Más no dejaba por eso sus devotos ejercicios: antes lo mejor que podía, perseveraba en la oración con grandísimo cuidado, y hablaba consigo de esta manera: “Tu, pecadora vilísima, no mereces consuelo ninguno. ¿Cómo? ¿No te contentarías con que no fueses condenada, aunque toda tu vida hubieses de llevar estas tinieblas y tormentos? Por cierto que no escogiste tú el servir a Dios, para recibir de él consuelos en esta vida, sino para gozar de él en el cielo eternamente. Levántate, pues, y prosigue tus ejercicios y persevera en la fidelidad de tu Señor”.¹ Como después un demonio le dijese desvergonzadamente: “No te hemos de dejar, antes te hemos de perseguir hasta la muerte, si no consientes con nosotros”; respondió ella: “Yo escogí la aflicción por el refrigerio; no me será dificultoso, sino muy alegre, sufrir estas y otras penas, a gloria de mi Señor Jesucristo, todo el tiempo que fuese su voluntad”. A las cuales palabras desapareció confusa y corrida toda aquella canalla de demonios, y al punto una soberana luz esclareció el lugar donde la virgen estaba, y apareciéndole el Señor le dijo: “Cuando tu corazón estaba lleno de sucios pensamientos, estaba yo escondido en medio de él, y hacía que no les dieses consentimiento, ni te deleitases en ellos. Permitía que fueses tentada lo que importaba a tu salvación, de manera que con mi ayuda vencieses”.

¹ C. 11. Vitae ejus. 1a. Pars.

11.- Conoció una vez en espíritu clarísimamente la virgen Gertrudis, cómo permite el Señor algunas veces que un hombre sea tentado gravísimamente de muchos vicios, para que este tal venturosamente se alegre después con el triunfo, y alcance mayor gloria en el cielo. Entendió que los más de éstos eran los grandes aficionados a la castidad y pureza (como lo fueron los Apóstoles de Cristo), que huyen todas las cosas por sospechosas; mas las que no lo son, razonablemente las admiten. Y si éstos entretanto son molestados de alguna tentación, con la divina gracia peleando varonilmente la vencen; pero si alguna vez por su flaqueza caen algo, procuran limpiar semejante descuido con frutos dignos de penitencia. A semejantes guerreros exhorta San Agustín diciendo: “Santos todos los que peléais, estadme² atentos. Con los que pelean hablo; los que pelean me entiende, y no me entiende quien no pelea. Quiere el hombre casto que no se levante en su carne algún apetito desordenado, contrario a la castidad. Paz quiere, pero aun no la tiene. Porque cuando llegare a aquel estado, donde no se levante ningún mal deseo contrario a la razón, tampoco habrá enemigo con quien se pelee; y a allí ya no se espera victoria, porque se triunfa del enemigo vencido. Empero ahora, cuando la carne contradice al espíritu² y el espíritu a la carne, ahí es la guerra y la contradicción. No hacemos lo que queremos³; ¿Por qué? Porque queremos que no haya malos deseos, pero no podemos, que queramos que no queramos, los hemos de tener. Que queramos que no queramos, nos hacen cocos, nos halagan, solicitan y molestan, quieren levantarse y mortificámoslos, aunque no los acabamos del todo. Porque la carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, para que no hagáis todo lo que queréis. Porque; ¿qué, es santos lo que queréis? Valerosos guerreros y fuertes soldados de Jesucristo, ¿que quereis, que no haya ningún deseo malo? Pero no podéis. Pelead, y esperad el triunfo. Haced lo que podréis, que es lo que el Apóstol dice en otro lugar: No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal,

² Gal. 5.

³ Rom. 7.

obedeciendo a sus apetitos. No dice no haya pecado; sino que no reine. mientras vivis es forzoso que haya pecado ¹ en vuestra carne; a lo menos quitadle el dominio, no se haga lo que él manda “. Hasta aquí son palabras de San Agustín. ²

CAPÍTULO V

De la confesión frecuente, y del deseo de confesar

1.- Dijo Cristo, oyéndolo Santa Brígida: “Muy provechoso le es al que desea alcanzar mi espíritu y mi gracia, y conservarse en ella, confesar muchas veces al sacerdote sus pecados, para limpiarse de ellos”. Y como la misma santa viese en el purgatorio al alma de su marido Ulfón, dijo: “¡Oh alma dichosa! ¿Qué fué lo que principalmente te aprovechó para tu salvación?” Respondió el alma: “La confesión que acostumbraba hacer cada viernes teniendo copia de confesor, con propósito firme de enmendarme”. ³

2.- Una santa religiosa, que había vivido muy bien, llegando a la hora de la muerte antes que expirase, tuvo necesidad de limpiarse, de que algunas veces cuando las otras monjas sus compañeras se aparejaban para confesarse, como ella no sentía escrúpulo de conciencia de culpa grave, no curaba mucho de recibir la absolución de los pecados veniales, sin los cuales no se puede pasar esta vida; mas cuando venía el sacerdote a confesar el convento, ella disimulaba y hacía que dormía.

3.- Viviendo en Roma Santa Brígida, vino a aquella ciudad un hombre que deseaba confesar sus pecados, más no podía hallar confesor, porque ningún sacerdote entendía su lengua. Como Santa Brígida consultase al Señor por él, respondióle diciendo:

¹ Esto es la concupiscencia del pecado.

² Semón 43. (De Verbis Domini. (Migne. P.L. XXXVIII, 718 y sig.).

³ In. Extrav. c. 56.

“Ese hombre llora porque no halla quien le oiga su confesión, empero le dirás que tenga buen ánimo. Cuando el hombre no puede cumplir la buena obra que desea hacer, la voluntad le basta. ¿Qué fué lo que dió vida al ladrón, cuando estaba en la cruz? ¿No fué por ventura la buena voluntad: Y ¿qué es lo que hace el infierno, sino la mala voluntad, y los deseos desordenados? Así, que persevere ese pobre en su buen propósito, y no afloje en él. Y cuando volviere a su tierra, busque y oiga a los sabios y temerosos de Dios lo que importa para la salud de su alma, y sujétese a ellos, siguiendo su parecer, antes que su propia inclinación, y propio juicio. Y si muriere en el camino le sucederá lo que yo dije al ladrón estando en la Cruz: Hoy serás conmigo en el Paraíso”.¹ Por cierto la buena voluntad es grande y dulce tesoro. El que la tiene, desea y procura agradar a Dios² y cumplir las cosas que a él son aceptas. Esta es el centro y raíz de todas las virtudes. Ella nace del Espíritu Santo, y es una gracia excelentísima de Dios, y una claridad infusa. Dichoso aquel que la recibió del Señor, y trabaja con diligencia por conservarla en sí.

4.- Quejándose una vez la santa virgen Gertrudis al glorioso Evangelista San Juan, diciéndole que se temía no incurriese algún impedimento, porque a veces, por olvido, dejaba de confesar algunas cosas, aunque pequeñas, por no tener entonces copia de confesor, y no poder por falta de memoria acordarse de ellas, la consoló San Juan suavemente con estas palabras: “No quieras temer, hija, porque todas las veces que con entera voluntad te preparas para confesar todos tus pecados, y buscando sacerdote no lo puedes hallar, todo lo que entonces dejas de confesar por olvido, resplandecerá delante del piadoso Señor en tu alma, como piedras preciosas, y así parecerás a maravilla graciosa delante de todos los cortesanos del cielo”³

5.- Como la misma virgen Gertrudis hiciese una vez oración por

¹ Luc. 23.

² Para entender bien todo esto, téngase presente que según el Concilio tridentino sesión 14a., cap. 4. la contrición perfecta reconcilia al hombre con Dios aún antes de confesarse de hecho.

³ Lib. 4. Insin. c. 34.

unas religiosas de su monasterio, las cuales aunque por ausencia del confesor no se habían confesado, empero por consejo de la santa virgen recibieron humildemente la sagrada comunión; parecíale que las vestía el Señor de una vestidura muy blanca, conviene a saber de su inocencia. La cual vestidura por todas partes estaba guarnecida de excelentísimas piedras preciosas, que así en el talle como en el olor parecían violetas; por las cuales se daba a entender la humildad con que siguiendo aquellas religiosas simplemente su consejo, y fiándose de la bondad de Dios habían comulgado. Dábaseles luego una vestidura colorada entretejida con flores de oro, que daba sin duda a entender la pasión del Señor llena de amor perfecto, por la cual alcanza cada uno el merecimiento con que se dispone dignamente. Empero aquellas religiosas, que, no por el consejo de santa Gertrudis, sino por el suyo (obrando en ellas la divina gracia) confiaban piadosamente de la bondad de Dios, y aunque no se habían confesado, comulgaban, dábaseles solamente la vestidura colorada llena de flores de oro. Mas las que con humildad y desconsuelo lo dejaban la comunión parecía que estaban delante de la mesa celestial, deleitándose mucho con la abundancia de aquellos regalos soberanos.

CAPÍTULO VI

De la frecuente comunión y de la Sagrada Eucaristía

1.- Estando otra vez orando Santa Gertrudis por una religiosa de su Congregación, que movida del celo de justicia hacía a las demás monjas devotas por sus palabras que fuesen pusilánimes, y las retiraba para que no se llegasen tantas veces a la comunión,

respondióle el Señor: “Como mis deleites sean estar con los hijos de los hombres, y yo por mi infinito amor haya dejado este sacramento, para que los fieles lo reciban acordándose de mí, y quise también por él quedarme con ellos hasta el fin del mundo; cualquiera que con palabras o con otra persuasión, a los que están fuera de pecado mortal los impide para que no se llegue a este sacramento, este tal en alguna manera me impide, y corta el hilo a los deleites y regalos que podría tener en ellos. Porque es semejante a un maestro áspero que con rigor estorba al hijo del Rey que trate con otros muchachos de su edad, aunque labradores y pobres (con cuya compañía el hijo del rey se deleita mucho); pareciéndole que conviene más al muchacho que goce de la autoridad real, que no que juegue con ellos a la pelota en la calle. Empero si alguno de ahí adelante determinase quitar y excusar esa severidad, yo no solamente le perdonaría, mas antes me daría tanto gusto, cuanto le daría al hijo del rey que dejado el maestro el rigor pasado, y mostrando el rostro sereno y blando, le trajese a casa los compañeros sus amigos para que jugasen con él”.

2.- La misma virgen Gertrudis entendió del Señor, que no reciben sin reverencia ni aparejo la Sagrada Eucaristía aquellos que con devoción, con deseo de la honra, alabanza y gloria de Dios la reciben: la cual gloria de Dios sin duda resplandece principalmente en que aquella Suma Majestad no se afrenta de comunicarse a hombres tan miserables. Y así, los buenos sacerdotes, y los monjes y monjas de buena voluntad, que sin fingimiento ni hipocresía buscan a Dios, y su salvación, y procuran guardar lo que han profesado y los estatutos de su Congregación, y trabajan por ser humildes y espirituales, y emplean bien el tiempo, y cuando se descuidan o faltan en algo, confiesan puramente al sacerdote todo lo que la conciencia les dicta que es pecado; éstos deben estar muy fiados de Dios, y así, confiados de su misericordia y benignidad, pueden recibir el Sacramento de la Eucaristía, todas las veces que se da en su religión, o se usa. Asimismo, todos los hombres y mujeres seglares que viven en algún estado conforme a Dios y a su Iglesia, ya sean

casados, ya solteros, o que traten en comprar, o en vender, o sustenten su vida en otra trato lícito, si con el divino favor tienen buena voluntad, y perseveran en el bien, y se abstienen de las culpas graves, y quieren ordenar su vida conforme a los mandamientos de Dios y de su Iglesia, y con humilde corazón confiesan sus pecados al sacerdote, todos éstos, fiados de la misericordia de Dios, pueden recibir el muy venerable Sacramento de la Eucaristía en las fiestas solemnes, o en los días que les señalare su padre espiritual. porque aunque anden muy ocupados en las cosas exteriores, y caigan muchas veces en culpas ligeras, empero trabajan cuanto pueden por vivir bien, y así agradan a Dios. También se hallan algunos entre los seglares de tan buen espíritu, y tan fervorosos y buenos, que podrían comulgar cada día.¹

3.- Apareció el alma de cierto difunto a un amigo de Dios en una llama de un ardor inmenso, y díjole que, por haber sido descuidado en acudir a la Sagrada Comunión, era tan terriblemente atormentada; y añadió que sería luego libre, si aquel siervo de Dios con quien hablaba quisiese recibir siquiera una vez con devoción por ella el Sacramento de la Eucaristía. El lo hizo como el alma se lo pidió, y el día siguiente le apareció muy más clara y resplandeciente que el Sol, que había sido librada de aquellas penas intolerables por sola la Comunión de aquel amigo de Dios, y llevada al cielo, y a la eterna bienaventuranza.

4.-² Dijo Jesucristo a Santa Gertrudis:³ “Cuando me comunico a ti en el sacramento del altar, me regalo contigo con abrazos y besos; y es sin comparación mayor este deleite, que todos cuantos experimentaron jamás los hombres con abrazos y besos humanos. Porque el deleite de los abrazos y besos de los hombres es vilísimo, y con el tiempo se acaba. mas la suavidad de aquella unión con que eres conmigo unida en el sacramento del altar, es

¹ Doctrina es esta muy conforme con las recientes decisiones de la cabeza de la Iglesia acerca de la comunión frecuente. (Día 16 de Diciembre 1995.)

² Toda esta comparación debe entenderse de un modo espiritual.

³ Lib. 6. Insin, c. 30.

nobilísima y purísima, y jamás se acaba, o se entibia, antes cuanto más se renueva, tanto con mayor eficacia dura en la eternidad”.

5.- Dijo el Señor a Santa Catalina: ¹ “Con mucha razón se debía romper y deshacer el corazón del hombre considerando entre los beneficios que de mí tiene recibidos, el alto y soberano beneficio del sagrado y venerable sacramento de la Eucaristía. Esto se ha de mirar con los ojos del entendimiento y de la fe, y no solamente con los del cuerpo; porque los ojos de la fe, debajo de aquellas especies de pan, ven al verdadero Dios y verdadero hombre. ¡Oh cuanta excelencia y dignidad es recibir en gracia este inefable y admirable sacramento! ¡Porque es pan de vida y manjar de los ángeles! Quien lo recibe como conviene, está en mí y yo en él. Mi caridad incomprensible os provee de este saludable manjar, para que en esta vida, adonde sois pasajeros y peregrinos, tengáis en él refrigerio y consuelo, y jamás se os caiga de la memoria la pasión y sangre preciosa de mi unigénito Hijo”.

6.- Dijo el Señor a Santa Mechtilde: “Cuando has de recibir la sagrada Comunión, desea a gloria de mi nombre tener todo el deseo y todo el amor con que ardió algún tiempo para conmigo el más encendido corazón, y de esta manera te puedes llegar a mí. Porque pondré yo los ojos en aquel amor, y lo recibiré, no como tu lo tienes, sino como querías tenerlo”²

7.- Estando un día Santa Gertrudis para recibir el Sacratísimo Cuerpo de Jesucristo, como recibiese mucha pena por no estar aparejada, rogó a la gloriosa Virgen María, y a todos los santos, que ofreciesen a Dios por ella toda la preparación y merecimientos con que cada uno de ellos se había aparejado algún día para recibir la gracia de Dios. Por lo cual le dijo el Señor: “Verdaderamente que delante de los cortesanos del cielo, pareces con aquel aderezo que pediste”.³ Así es que es muy provechoso que el que ha de recibir la sagrada comunión, desee y pida que su alma sea adornada con los merecimientos y virtudes de Jesucristo y de sus santos.

¹ Trac. 2. cap. 111, 112.

² Lib. 3. Spirit. gra. cap. 22

³ Lib. 3. Insin. c. 34.

8.- Como la misma Gertrudis, estando muy flaca, desease recibir el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, y se hubiese para ello preparado con diligencia, más que por el consejo de la madre espiritual, por el bien de la discreción, no lo recibió. Y como ofreciese esto a Dios en alabanza eterna, echándole el Señor los brazos, la recibió en el seno de su paternal benignidad, y regalándola dulcemente le dijo: “Porque determinaste dejarme solamente por mí, yo te recogeré en mi pecho”.¹ Entonces entendió Gertrudis que el hombre que por el bien de la discreción, o por la obediencia, y no por el descuido, deja la comunión, no ofende a Dios, antes le agrada. Es muy loable algunas veces por humildad y santo temor o reverencia, abstenerse de recibir el sacramento de la Eucaristía; pero mucho mejor es por caridad² y deseo de la gloria de Dios y del bien común, o por especial devoción, recibir muchas veces la misma Sagrada Eucaristía. Realmente como este excelentísimo sacramento sea la fuente de toda la gracia, y la medicina del alma, ninguno debe retirarse de él ligeramente, porque acaso no sienta algún consuelo y gusto espiritual, o porque sea molestado de graves y prolijas tentaciones. Porque quien comulga con devoción y humildad, no solamente aprovecha muy mucho a sí mismo, sino también a los demás, así vivos como difuntos. Y para sí adquiere condenación eterna cualquiera que no teme recibir el Sacramento de la Eucaristía, queriendo mal a su prójimo, o estando enlazado con otras culpas graves.³ Totalmente está perdido semejante hombre, si por la penitencia no se reconcilia con Dios.

9.- Estaba una vez en la cama enferma la sierva de Cristo Machtilde, y comulgaban las demás religiosas de su monasterio. Pues como ella suspirando al Señor, con su pobreza de espíritu de lo íntimo de su corazón, llorase, vió al mismo Señor levantarse luego de su trono, diciendo: “Por la miseria de los necesitados, y

¹ Lib. 4. Insin. c. 13.

² D. Thom. 3. p.q. 80. art. 11 ad. 1.

³ I. Cor. II

por las lágrimas de los pobres, me levantaré ahora”.¹ Y levantándose él, levantáronse juntamente con él todos los Santos, ofreciéndole por el consuelo espiritual de la enferma, y para eterna alabanza de Dios, todos los servicios que le habían hecho en el mundo, y lo que por él habían padecido. De lo cual entendió Santa Mechtilde que todas las veces que, con pobreza de espíritu, el alma suspira a Dios, o llora deseando su gracia, luego todos los santos alcanzan a aquella alma (si llora pesándole de sus pecados) la gracia y el perdón. Y díjole el Señor: “Cuándo tú lloras en pos de mí, con tus lágrimas me encierras dentro de ti. Mira como ninguna cosa por vil que sea y de poca estima aunque sea una paja, no la adquiere y posee el hombre con sola la voluntad; pero a mí cualquiera puede tenerme y hacerme suyo con la voluntad, o con sólo un gemido”.²

CAPÍTULO VII

De cómo podemos participar de los méritos de Cristo y del mérito de la obediencia

1.- A la misma virgen Mechtilde, que estaba orando por cierta persona que se dolía grandemente de que había derramado muchas lágrimas casi sin fruto, respondió el Señor: Pídame ella que por mi bondad así reciba yo todas las lágrimas que ha derramado, como si las derramara por mi amor, o por devoción o contrición; porque si esto hace piadosamente, cuanto ella fiare de mí y esperare de mi bondad, tanto sin duda alcanzará.³

¹ Salmo. 11.

² Lib. 3. Sprir. grac. 34.

³ Lib. 4. gr. sprir. c. 21.

¡Oh admirable y maravillosa grandeza de la divina piedad, que ayuda a los miserables con tantos consuelos! Y lo que se ha dicho de las lágrimas se podrá también hacer de la tristeza pasada y de cualquiera tribulación, angustia o pena, que piensa el hombre que la padeció sin fruto.

2.- Como la sobredicha Mechtilde, rogada por otra persona, pidiese a Dios que tuviese por bien darle un corazón puro, humilde, de grandes deseos y espiritual, recibió esta respuesta: “Todas las cosas que quiere, y de que tiene necesidad, las hallará en mí. Así que todo lo que le falta de pureza, deseo, humildad o amor, lo supla o pida que se lo suplan de mis bienes; y se aproveche de mis merecimientos y vida, como si fueran suyos. “Dulcísimo Dios, dijo ella, si tanto gusto te da que el hombre se aproveche de tus bienes, suplicote que me digas, cómo lo ha de hacer”. Respondióle el Señor: “Ofrezca a mi Padre celestial, o a mí mi pureza e inocencia por la pureza que le falta; ofrezca mi humildad por su soberbia, mi piedad y caridad por su dureza y tibieza; y finalmente toda mi santísima vida por la suya descuidada e imperfecta. Ofrezca también sus deseos, pensamientos, palabras, oraciones, lágrimas, dolores, angustias, y obras de unión de mis deseos, pensamientos, palabras, oraciones, lágrimas, dolores, angustias y obras, porque así unidas le serán a Dios muy aceptas. Cualquiera oración santa penetra los cielos; mas la que va unida con mis oraciones, es mucho más excelente y de más valor y merecimiento. Trabaje también por imitar mis virtudes como mejor pudiere, y ordenar sus costumbres y obras conforme a las mías”¹

3.- Muchas veces tuvo Cristo por bien de revelar que cualquiera cristiano está obligado a imitar la obediencia con que Él obedeció a su Padre celestial y a los hombres, no solamente a los buenos sino aun a los malos. Porque no solamente los religiosos y religiosas han de honrar y guardar esta virtud mas todos sin faltar ninguno. La obediencia sujeta al hombre a la Iglesia y a sus sacramentos, a sus prelados y superiores, a sus decretos, a todos

¹ Lib. 2, c. 18, et lib. 3, c. 12, et lib. 4, c. 14.

sus mandamientos, instituciones y costumbres. Hace a un hombre inclinado y pronto para dar consejo, para ayudar y servir, así en las cosas espirituales como en las corporales conforme a la discreción y necesidad de cada uno. El verdadero obediente presto deja su propio juicio y parecer, y de todo punto niega su querer y no querer; y así no tiene que temer el infierno. Porque sola la propia y mala voluntad (que es la raíz de todos los pecados) es la que hace el infierno; quítala, y no habrá infierno.¹ Así que el verdadero obediente renuncia la propia voluntad, y no se detiene mucho en cumplir lo que le mandan; mas en mandándole algo, se apresta luego a cumplirlo, y muchas veces no aguarda a que se lo manden. No solamente se sujeta a Dios, a sus prelados, sino también a todos los hombres, y tanto con mayor gusto se sujeta a ellos, cuanto los que le mandan son menores que él, y tanto con mejor voluntad obedece; porque así se mortifica más, que cuando se sujeta a sus mayores. Ninguno hay tan seco y tan desamparado de la divina gracia, que si quisiere obedecer con prontitud por amor de Dios, no pudiese estar fresco, florecer, y dar copioso fruto. Verdaderamente que es camino segurísimo para el cielo, por el cual con grandísima facilidad se escapará uno de los lazos del demonio, la obediencia con que el hombre de buena voluntad se sujeta y humilla, y no quiere vivir por su parecer, mas todas sus obras y negocios (especialmente los arduos y graves) los hace siguiendo el saludable y santo consejo de algún confesor espiritual y alumbrado. Todas las obras que el hombre con semejante resignación de sí mismo hace, van llenas de gracia; mas las que hace un hombre virtuoso por su propio parecer, apenas se puede juzgar, si proceden de la gracia, o de la inclinación natural. Empero aquel que no tiene alguna persona tal, a quien obedezca en todas las cosas, con cuyo consejo haga sus obras, con todo eso ha de tener una voluntad presta para obedecerle, si la hallase.

4.- Si Dios hiciese a uno tanta merced, que lo levantase a tan alto

¹ Conocidas son las palabras de S. Bernardo: "quita la propia voluntad, y no habrá infierno".

grado de santidad, de suerte que siempre tuviese presente a Dios visiblemente, y que morare con él, si a éste lo llamase la obediencia a alguna obra, había de decirle humildemente a Dios: “Ea, suavísimo Dios, suplicote que me des lugar a que por tu amor cumpla esta obediencia”. Porque sería a Dios más agradable y de más contento semejante negación de la propia voluntad en aquel hombre, que si entonces él mismo penetrara el cielo con todos los espíritus bienaventurados; lo cual se prueba con el ejemplo que sigue. Porque como el dulcísimo Jesús apareciese en figura de un niño a una santa religiosa, que estaba en su celda orando, y ella fuese llamada a un acto conventual de obediencia, luego dejó al niño Jesús, y fué a cumplir lo que le mandaba con muy buena voluntad y alegre rostro. Lo cual acabado, volviendo a la celda con presteza, vió a su amado Señor, a quien había dejado pequeñito, ya en edad perfecta, como un mancebo muy hermoso de veinte y cuatro años.¹ Y como le preguntase la santa Virgen, cómo, en tan breve tiempo, había crecido tanto, respondió él: “La profunda humildad de tu presta y solícita obediencia, me hizo tan grande en tan breve tiempo. Por tanto, hija muy querida, si me quieres siempre agradar y llegarte a mí, también has de obedecer siempre con presteza, por mi amor: y en diciendo estas palabras, desapareció el Señor. Así que, es muy sabio aquel que por acudir por amor de Dios a la obediencia, pospone luego las meditaciones, oraciones, y otros cualesquiera ejercicios y obras santas.

5.- Dijo Cristo a Santa Brígida: “Todas las virtudes proceden de la caridad como las ramas proceden del árbol; y entre ellas tiene la obediencia el primer lugar. Y así quiero yo muy mucho a aquel que con humildad se sujeta y pone su voluntad en mano ajena, de suerte que no quiere seguirla. Pues aun siendo yo el más perfecto de todos, y la misma perfección, obedecí a mi Padre hasta la muerte, para mostrar con mi ejemplo cuanto agrada a Dios el negar la propia voluntad. Empero muchos, no mirando el valor de

¹ El P. Alfonso Rodríguez en la parte 3a. del *Ejercicio de la perfección cristiana*, tratado 5º, cap. 3º, cita este ejemplo y otro parecido sacado de los *Diálogos de Santa Catalina*.

la obediencia, ni teniendo celo discreto,¹ siguen su voluntad, y su propio parecer, y no siendo guiados por el Espíritu Santo, afligen por algún tiempo su carne tan sin orden, que después por mucho tiempo son a si mismos inútiles, a Dios poco aceptos, y a los demás muy molestos. Se ha de tener mucha cuenta con los consejos de los sabios; porque yo no quiero la muerte de la carne, sino la del pecado. Y para aquel que deja sus gustos y propios conceptos, y sujeta su voluntad, se le dobla la corona, y se le aumenta la devoción espiritual. porque más agradable me es a mí la obediencia que no tiene mezclado algo de propia y mala voluntad, que un grande sacrificio.”²

6.- Oyó la misma Santa Brígida que Jesucristo decía también esto: “Aquel que quisiera más ayunar que comer, empero por la obediencia come, tendrá el mismo premio que aquel que ayuna muy bien. Y también recibe el mismo premio aquel que está enfermo y come empero por mi gloria quisiera más ayunar”. Asimismo, la gloriosa Virgen María dijo a la misma Santa Brígida: “Haya dos hombres, y el uno de ellos viva debajo de la obediencia, y el otro en libertad. Si éste ayuna con devoción, tendrá la paga sencilla y un solo premio. Empero si aquel que vive debajo de obediencia, no ayuna, sino que come templadamente conforme a su regla, aunque sea carne, pero si no se lo estorbara la obediencia deseara ayunar, alcanzará doblado premio, uno por razón de la obediencia, y otro por la negación de su deseo y propia voluntad. Hija, da a tu cuerpo moderadamente lo necesario. No acudas al regalo, sino a la necesidad, absteniéndote de los deleites ilícitos. Buenas obras son, de su naturaleza, el ayunar, orar, visitar los lugares santos; pero no merecen vida eterna, si no se hacen con discreción, humildad y caridad”.³

¹ Se reprende el celo indiscreto en macerar el cuerpo sin el consentimiento de la obediencia y por su propio parecer.

² Lib. 6, Rev. c. 20, 21, Philp. 2. I. Reg. 15.

³ Lib. 6. Rev. c. 65., et Lib. 4, c. 26.

CAPÍTULO VIII

De la refección corporal

1.- Fue vehementísimamente tentada, la misma Santa Brígida, de gula o de apetito de comer; y estando en oración, le apareció en espíritu un demonio y un ángel bueno; aquel en figura de un espantoso negro, y éste en figura de un hermosísimo mancebo. Y como el demonio, haciendo escarnio de Santa Brígida, a la cual solicitaba, dijese al ángel que también ella usaba de manjares delicados, y que habiéndose gloriado de abstigente, no era su vida tan áspera y rigurosa, respondió el ángel: "Cristo nuestro Señor no atiende mucho a la calidad de los manjares que cada uno come, como no sean vedados, si se comen con buena intención, o por caridad y moderación, y no con apetito desordenado. No impide la entrada del cielo la púrpura, la holanda, y el cuerpo de-licado, si se tienen con humildad y caridad. Algunas veces es razón conservar aquello con que se crió cada uno, con hacimiento de gracias, porque no dé el cuerpo en alguna grave enfermedad".¹

2.- Hablando San Agustín con Dios dice: "Yo, que ando en tentaciones, peleo cada día contra el apetito de comer y beber. ¿Y quién es, Señor, aquel que no es arrebatado alguna vez fuera de los límites de la necesidad? Cualquiera que es grande, engrandezca tu nombre; yo no soy ése, porque soy pecador. pero también yo, oh Padre celestial, engrandezco tu nombre; y tu Unigénito Hijo que venció el mundo, ruega delante de ti por mis pecados, contándome entre los ínfimos miembros de tu cuerpo."²

3.- Entendió por revelación la Santa virgen Gertrudis, que le es muy agradable a Dios, y al hombre muy provechoso, si antes que come, bebe o duerme, o recibe otros alivios corporales, dice con

¹ In. extrav. c. 57.

² Lib. 10, Confess. c. 31

el corazón o con la boca estas u otras palabras semejantes: ¹ “Concédeme, Señor, que reciba este manjar o este consuelo sólo para gloria de tu nombre, en unión de aquel amor, con que, hecho hombre, recibiste en la tierra semejante consuelo a gloria de Dios Padre, y para salud y remedio de todo el linaje humano”. Y como la misma esposa de Cristo, Gertrudis, estando comiendo, rumiase estas palabras: “Amantísimo Jesús la virtud de tu divino amor me incorpore toda en ti “; y, bebiendo, estas otras: “Derrama y conserva en mí, dulcísimo Jesús, el efecto de tu divina caridad que en tu alma tuvo tanta fuerza, de manera que penetre toda mi sustancia, y se destile por todas las venas, fuerzas y sentidos de mi cuerpo y de mi alma para tu alabanza eterna”: pues como cuando comía usase de esta devoción, oyó al Señor que le decía: “Cuantas veces, alguno, entre tanto que come o bebe, repasare esas cosas, tantas confesaré yo que he comido y bebido con él y que he recibido de él un regalo muy grande”.

4.- Como Santa Brígida, por consejo y voluntad del maestro espiritual, hubiese usado de baños, díjole Cristo: ² “Ningún daño hace al alma limpia lavar el cuerpo, como se haga discretamente y sin buscar en ello deleite. Por tanto, más contento me diste obedeciendo a tu padre espiritual contra tu voluntad, que si la hubieras seguido. Muchos de mis escogidos usaron de medicinas corporales, y me agradaron mucho; empero otros usaron de ellas como lo pedía el lugar, el tiempo y la enfermedad, y estos no me ofendieron, porque lo hicieron por mi gloria, y por servirme mejor”.

5.- Dijo la Virgen María, oyéndolo en espíritu Santa Brígida: “Algunas veces o en tiempo señalado del día, pueden los amigos de Dios tomar algún consuelo exterior, tratanto algunas cosas de edificación, y recreándose honesta y moderadamente a honra y alabanza de Dios. Porque si la mano siempre está cerrada, luego se debilita y los nervios se encogen; y si el arco se extiende demasiado, muy presto se quiebra; y por eso agrada mucho a

¹ Lib. 4, Insin. c. 33.

² In. extravag. c. 60

Dios la alegría moderada, con que se ayuda la flaqueza natural de nuestra carne ".¹ Señalando también Cristo a Santa Brígida ² y a su familia una manera de vivir casi regular, le concede que, después de las horas diputadas para el silencio, oración y otros ejercicios espirituales, puedan libremente platicar entre sí de cosas honestas, y que no sean ofensa de Dios.

CAPÍTULO IX

Del orden que se ha de tener en dormir, y de una preparación antes de tomar el sueño.

1.- Muchas veces reveló Cristo a la misma Santa Brígida y a otras personas que se había de dar al cuerpo el sueño necesario. Mas antes que uno se vaya a dormir, ha de examinar con cuidado su conciencia, y considerar en que se ha descuidado aquel día, y ha ofendido a Dios: ha de pedir a Dios perdón de sus culpas, y proponer de vivir mejor en adelante, con la ayuda de Dios: conviene que encomiendo al Señor su alma y su cuerpo, y a la gloriosa Virgen María, y al Santo Angel de su guarda, y de esta manera, haciendo la señal de la cruz, se ponga honestamente en la cama.

2.- Ni más ni menos cuando se levanta, ha de fortalecerse con la señal de la cruz, y encomendarse a Dios; ha de desear y pedir, que todo lo que hubiere de hacer, decir y pensar aquel día, sea a gloria y alabanza eterna de Dios; ha de desear y pedir, que todo lo que hubiere de hacer, decir y pedir, que todo lo que hubiere de hacer, decir y pensar aquel día, sea a gloria y alabanza eterna de Dios.

¹ Lib. 4, Rev. c. 12.

² Extra. c. 61.

3.- Dijo el Señor a la virgen Mechtilde: “Cuando alguno quiere tomar el sueño, medite alguna cosa de mí, o hable conmigo. Porque así, aunque duerma en el cuerpo, pero estará velando en el alma. Y si le sucediere entre sueños alguna cosa no muy honesta, y sintiere en despertando que le da pena, o que le es penosa, señal es de que no me ofendió. Y cuando alguno hubiere de tomar el sueño, desee que todas las respiraciones que ha de hacer aquella noche, las reciba yo como una excelente alabanza mía; y yo, que no puedo dejar de acudir a los santos deseos del alma devota que me ama, le cumpliré realmente el suyo”.¹

4.- Como la santa virgen Gertrudis pasase casi toda una noche sin dormir ni pegar los ojos, viéndose por ello muy debilitada y sin fuerzas, ofreció al Señor esa debilitación y flaqueza en alabanza eterna, para la salud y remedios de todos los hombres. Díjole el Señor: “Cuando uno, por no haber dormido, está debilitado y cansado, y me pide que le conceda algún poco de sueño, con que descanse, para alabanza mía y reparo de su flaqueza, si entonces no le oyere y él, abrazándose con la paciencia, sufriere humildemente aquel trabajo, eso lo tendrá mi benignidad por muy agradable. Y cuando alguno en su enfermedad, después de consumidas las fuerzas por no poder dormir, sufriendo humildemente semejante defecto, me le ofrece, me es infinitamente más acepto, que si, estando sano y pudiendo velar, vela toda la noche en oración”.²

5. Estando una noche tomando el sueño la misma virgen Gertrudis, era suavemente visitada por el Señor, de suerte que le parecía que de la compañía y presencia de Dios era recreada con muy delicados manjares. Por lo cual, en despertando, dió gracias a Dios y le dijo:

“Señor y Dios mio, una pecadora vilísima como yo, ¿qué he merecido más que otros, que son tan molestados de sueños, que algunas veces aún suelen poner miedo a los demás con sus voces? Respondió el Señor: “Cuando aquellos a quien yo tengo

¹ Lib. 3. Spir. grat. c. 33.

² Lib. 3. Insin. c. 52.

determinado por mi providencia paternal santificarlos por aflicciones y trabajos, entre día procuran con más cuidado del que es menester sus regalos y consuelos, y así se privan de las ocasiones de merecer; yo por mi divina piedad les doy entre sueños que padezcan, para que por ese camino merezcan algo". Por ventura, Señor, dijo ella, ¿podrán merecer con lo que sin pensar, y casi contra su voluntad padecen?" Respondió el Señor: "Todo eso lo suple mi benignidad. Porque aunque estos no se componen y adornan con oro o piedras preciosas, a lo menos sea con cobre".¹

CAPÍTULO X

Del provecho de las tribulaciones

1.- Fué revelado a Santa Gertrudis que algunas veces el Señor (cuyos regalos son estar con los hijos de los hombres)² no hallando cosa porque, conforme a su autoridad, convenga acudir al hombre y estar con él, le envía tribulaciones y molestias así espirituales como corporales para tomar de ahí ocasión de hacerlo; porque la divina Escritura dice: "Cerca está el Señor de los que tienen un corazón atribulado"³ Y el mismo Señor dice otra vez: "Con el atribulado estoy en la tribulación".⁴

2.- Estando cierta persona ocupada en un trabajo de manos, había sido de repente gravemente lastimada, y era muy grande el dolor que padecía. Compadeciéndose de ella Santa Gertrudis, pedíale al Señor que no permitiese que aquel miembro, que en tan justo trabajo se había lastimado, corriese peligro. Respondióle benignamente el Señor: "En ninguna manera peligrará aquel miembro: antes por el dolor que padece recibirá premio incom-

¹ Lib. 3. Insin. c. 32.

² Prov. 8

³ Salmo 33.

⁴ Salmo 90.

parable. Y también todos los otros miembros que se movieron por socorrer al lastimado y aliviar su dolor y curarlo, alcanzarán por eso premio eterno". Dijo entonces ella: "Y ¿cómo pueden merecer tanto los miembros que así se sirven unos a otros, no haciéndolo para que por tu amor el miembro lastimado sufra la pena, sino que se disminuya, o cese?" A lo cual dió el Señor una respuesta de inestimable consuelo diciendo: "Cuando el hombre, despues de aplicado el remedio a su dolor, lleva por mi amor con paciencia lo que no puede remediar con su trabajo, gana merecimiento del todo incomparable; pues yo realísimamente santifiqué semejante pasión y trabajo del hombre en aquella palabra, con que estando para morir, oré al Padre, diciendo: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz".¹ Dijo ella: "Señor y Dios mío, por ventura ¿no te es a ti más acepto que lleve el hombre con paciencia cualquiera trabajo que le sucediere, que no que la tenga cuando de ninguna suerte se puede escapar de él?" Respondió el Señor: "Eso está escondido en el secreto de mi divinidad, y excede a todo humano entendimiento. Mas cuanto puede juzgar el ingenio del hombre, sean aquellas dos cosas como dos colores de tanta gracia y hermosura, que apenas pueden juzgar los hombres cuál haga ventaja al otro."²

3.- Otra vez dijo el Señor a la misma Gertrudis: "La piedad del amor con que amo la salvación del hombre, me fuerza a que en cualesquiera bienes que desean mis escogidos, como es razón, siempre piensen que me desean a mí.. Y así, los que padecen alguna enfermedad corporal, o algún desamparo de alma, ú otras tribulaciones semejantes, si santamente desean la salud, o verse libres de aquella molestia, yo, para poderles premiar más copiosamente, conforme al encendido amor de mi corazón, pienso que me han deseado a mí; como no deseen la salud para ofenderme".³

4.- Reveló Dios a la misma Santa Gertrudis, que así como el

¹ Math. 26.

² Lib. 3. Insin. c. 70.

³ Lib. 3. Insin. c. 31.

anillo es señal de desposorio, así la tribulación espiritual o corporal, sufrida humildemente por amor de Dios, es señal muy evidente de que uno está señalado para el cielo, y es como un desposorio del alma con Dios; de suerte que un hombre afligido puede con fiadamente decir estas palabras: “Con su anillo me ha señalado mi Señor Jesucristo por su esposa”¹ Y si entre las mismas adversidades puede (ayudándole Dios con su gracia) alabarle, y de corazón darle gracias, ya como esposa amable alcanza corona del Señor; porque es hermosísima y preciosísima corona del alma el mostrarse agradecida en los trabajos.

5.- Oyó una vez la sobredicha Gertrudis a Jesucristo que le decía blandamente: “¿Ves? Ahí te ofrezco la abundancia de dulzura de mi divino Corazón, para que saques de él, y liberalmente repartas de allí con quien quisieres, y cuanto quisieres”. Estando, pues, ella orando con grande espíritu por una persona, derramó en su corazón gran parte de la que había sacado del Corazón del Señor, la cual se le convirtió luego en amargura. Y como Gertrudis se espantase mucho de ello, díjole el Señor: “Cuando yo comunico alguna gracia, obra en la persona a quien la doy como más conviene a su salvación. Porque a algunos les es más útil ser afligidos en esta vida con diferentes tribulaciones, que recibir gran dulzura y consuelo. Y así, a estos se les convierte mi gracia en amargura de tribulaciones y aflicciones con que aprovechan cada día más y más, y sus almas se adornan con merecimientos conforme al buen deseo de mi Corazón. y aunque esto no lo entiendan ellos en este destierro; pero tanto más dulcemente lo experimentarán en la vida eterna, cuanto más fielmente hubieren trabajado en ésta, sufriendo con paciencia por mi gloria y amor cualesquiera adversidades y molestias”.²

6.- Dijo el Señor a la misma virgen Gertrudis: “Cuando algún hombre teme perder, o perdió algún grande amigo, si la pena que por ello siente me la ofreciese con entera voluntad, de suerte que aunque pudiese excusar la falta de aquel amigo, con todo eso

¹ Ibid. c. 2.

² Lib. 4. Insin. c. 60.

voluntariamente a gloria mía, querría carecer de él, porque se cumpliera mi voluntad antes que la suya; realmente me es muy acepto. Y aunque después mudase aquel propósito y voluntad, conservará mi benignidad aquel servicio en aquella nobleza y perfección que tuvo en su corazón cuando lo hizo; y cualquiera pensamiento que por la flaqueza humana después de la ausencia de su amigo le diere pena (como si pensase de esta manera, si tu amigo estuviera presente, pudieras ahora recibir de él este o aquel consuelo, o aquel favor) ayudan para su salvación, y disponen su alma para los consuelos divinos.¹

7.- Como en el monasterio de la misma Gertrudis muriese una religiosa muy devota y querida de todas, de cuya muerte había recibido el convento no poco dolor, hablando de ella el Señor a Santa Gertrudis, le dijo: “Cuando alguna de vosotras, acordándose de la buena condición de la difunta, deseara tenerla todavía presente, si entonces la ofreciese a mi voluntad, aplica a mis narices un lirio de suavísimo olor, y yo, conforme a mi piedad, se lo pagaré con fruto doblado”.

8.- Dijo el Señor a Santa Mechtilde: “Cualquiera que sufre algún trabajo o dolor, aunque sea muy breve tiempo, si propone de sufrirlo mayor de muy buena gana por mi amor y gloria, como fuese mi voluntad; éste por más seco y más cubierto que tenga el corazón del orín de los pecados, en aquella hora reverdece y se hace capaz de mi gracia. Si el hombre afligido, al principio de su tribulación, me la ofrece, de manera que haga yo la salva en ella, la haría dulce, y la ennoblecería maravillosamente. Empero cuando el primero que bebe es él, inficionala, y cuanto más bebe, tanto más amarga se la hace, de manera que ya no me conviene a mí beber de ella, si no se limpia con la penitencia y confesión. Pues cuando alguno es injuriado, no se queje con impaciencia a los hombres, hablando sobre ello muchas cosas; sino ofrézcame luego su pesadumbre, para que yo derrame en él la dulzura de mi consuelo, y le dé ánimo para que tenga paciencia. mas si se descuidare de hacer esto al principio, no desconfie, sino, hacien-

¹ Lib. 3. Insin. c. 36.

do penitencia de ello, procure ofrecérmeo con humilde espíritu y contrito corazón”.¹

9.- Dice uno de los Padres: “Si eres injustamente reprendido, humíllate y ten paciencia; pero si te reprenden justamente, mucha más razón hay para que seas humilde y sufrido, y teniendo la voluntad presta para enmendarte, persevera sosegado y quieto”. ¿Por qué, pregunto, te turbas, cuando éste o aquel pone contra ti muchas cosas, que ni aun por pensamiento te pasaron, y porque habla mal de ti? Acuérdate de Jesucristo, tu Señor, que sin causa ninguna, con gran paciencia y benignidad sufrió tantas injurias. mira que no esté colgada la paz de tu alma de lenguas y juicios de los hombres. Es cosa cierta que Dios cuando quiere limpiar y adornar a algun amigo suyo, permite muchas veces que aun aquellos que son tenidos por virtuosos, de cuya fidelidad ese hombre estaba más fiado, le sean contrarios en las mismas obras buenas que hace. Acude siempre a tu Señor y Dios, y escóndete en él, y recibe todas las cosas de su mano paternal, en cualquiera desastre o molestia que se te ofrezca. ¡Oh, cuán alegre vivirás, si tuvieses asentado y fundado tu corazón en Dios!

10.- Como la Virgen Gertrudis, movida de compasión, orase por una persona, a la cual había oído que se quejaba con impaciencia de que Dios le enviaba trabajos no convenientes a su salvación, le respondió el Señor: “Dile a esa persona por quién me ruegas, que, pues no se puede alcanzar el cielo sin alguna tribulación si-quiera, o alguna molestia, que escoja ella cuáles le parece que le serán más provechosas, y cuando éstas le vinieren tenga pacien-cia”. En las cuales palabras del Señor entendió Gertrudis, que era peligrosísimo linaje de impaciencia, cuando con soberbia y presunción quiere el hombre escoger las tribulaciones que ha de padecer, diciendo que no convienen a su salvación, ni puede llevar los trabajos que Dios le envía. Porque importa mucho que cada uno confie siempre, que le es muy conveniente y muy útil la carga que Dios pone en sus hombros, o permite que le venga; y cuando le

¹ Lib. 4. Sprir. gr. c. 13 et. 36.

parece que para eso no tiene tanta paciencia, de ahí debe humillarse.

11.- Cierta virgen de vida inocentísima, preguntada por una persona de qué modo había conseguido una perfección tan grande, respondió: 1º "Recibiendo tranquilamente todas las adversidades de la mano de Dios. 2º A todo aquel que me injuriaba y molestaba, se lo he pagado con un beneficio especial, lo cual no hubiera hecho, si él no me hubiera perjudicado. 3º A nadie me quejé en mis penas, sino a Dios; y por lo mismo recibí de él consolación y fuerza".

12. Otra virgen, también de muy santa vida, preguntada qué ejercicios había practicado para llegar a tan alta Santidad, contestó: "Nunca jamás me hallé tan cargada de sufrimientos y penas, que no deseara sufrirlas todavía mayores por amor de Dios, juzgándome indigna de tales favores del Señor".

13.- Probada por Dios con una pena indecible otra santa, parecíale que sufría los tormentos del infierno. Y habiendo sido largo tiempo afligida de este modo, volviéndose por fin a Dios de todo corazón, exclamó: Dulcísimo Dios mío, ruégote te dignes considerar que yo soy tu criatura, y tú mi Señor y Criador: me someto a tus juicios rectísimos, y me entrego del todo a tu gratísimo beneplácito, estando dispuesta a sufrir este tormento infernal todo el tiempo que te agradare; haz de mí, Señor, lo que te plazca en el tiempo como en la eternidad. Hecha esta resignación, dignose el Señor unir a sí a aquella santa virgen arrojándola en el amoroso abismo de su bienaventurada divinidad.

14.- Revelaba Dios cosas admirables, por medio de ilustraciones interiores, a un siervo, amigo suyo; pero éste oraba al Señor para que, si era su agrado, le quitase tal favor. Por lo mismo, el Señor, después de quitarle la gracia que le hacía, le dejó por espacio de cinco años sin consuelo, envuelto en grandes tentaciones, angustias y calamidades. y como el tal llorase fuertemente una vez, y dos ángeles quisieran consolarle, dijo que no pedía consuelo alguno, sino que le bastaba sobremanera, si se cumplía

en él la santísima voluntad de Dios, y podía encontrarse puro en la presencia del Señor, agradándole al propio tiempo ¹

15.- Dijo el Señor a Santa Catalina: “Querría que supieses que todas las penas con que los hombres son afligidos en este mundo consisten en la voluntad; porque si ella estuviese ordenada y conforme a la mía, en alguna manera carecería de pena. Porque, aunque el que es dotado de esta santa y ordenada voluntad sienta trabajo y dolor, pero todo lo que de su voluntad padece por amor de mí, casi lo padece sin pesadumbre. Porque considerando y sabiendo que es mi voluntad y permisión que sufra aquello, lo sufre de bonísima gana. Y como su voluntad está conforme y unida con la mía, así su alma está libre y quieta en cualquiera dolor corporal. La aflicción o pena procede totalmente y depende de la voluntad, porque o el hombre es afligido teniendo lo que no querría tener, o no teniendo lo que querría tener; luego quitando la propia voluntad, está el espíritu del hombre quieto y goza de paz”. ²

CAPÍTULO XI

De la confianza en la divina Providencia, y de la perfecta resignación

1.- Estando una vez arrobada la misma virgen Santa Catalina, veía y conocía claramente que nuestro Dios, que es suma bondad, por su caridad inefable crió al hombre, y con el mismo fuego de caridad y amor le da todas las cosas, o permite que le vengan, conviene a saber, los consuelos y tribulaciones; y en lo uno y en lo otro acude a su salvación, y no a otro ningún respecto. Por tanto, son muy ciegos y faltos de razón los que reprenden las

¹ Los números 11, 12, 13 y 14 faltan en la traducción del Padre Alfaro; los ponemos vertidos según la edición latina ya mencionada.

² Tract. I. c. 45. et Tract. 2. c. 131.

obras o juicios de Dios, y escandalizándose y turbándose por las cosas que suceden, murmuran contra él. Empero aquellos son bienaventurados que, entendiendo y creyendo la santa providencia de Dios, reciben con humildad todas las cosas de su mano paternal como muy buenas, y le dan gracias por ellas, y siempre esperan y confían firmemente en Dios.¹

2.- Santa Gertrudis oyó al Señor, que cualquiera alma devota y fiel había de resignar totalmente su voluntad en Dios; dejándose enteramente en su divina voluntad, y confiando sin duda ninguna de su benignísima piedad que él quiera en todas las cosas obrar su salvación.² Y así, como le apareciese una vez Jesucristo, esposo amable, el cual traía en la mano derecha la salud, y en la izquierda la enfermedad, amonestándole que tomase lo que más gusto le diese, ella retirándose de ambas manos, le dijo: “Señor, yo deseo con todo mi corazón que no mires a mi voluntad, sino que en todas las cosas cumplas la tuya”. Cualquiera que en todo desea agradar a Dios, con una segura confianza se ha de resignar a si, y a todas sus cosas en la divina disposición, de suerte que aun desee no saber qué es lo que Dios quiere hacer de él, para que sepa que se ha cumplido más puramente en él la divina voluntad.³

3.- El Señor dijo a la misma virgen Gertrudis: “Cualquiera que desea que yo venga libremente a morar en él, me ha de resignar la llave de la propia voluntad. Y si por la flaqueza humana alguna vez me volviere a pedir la llave que me dió, haciendo su propia voluntad en algunas cosas, límpielo luego por la penitencia, y vuelva otra vez a resignarla, y la mano derecha de mi misericordia lo recibirá y guiará con honra inestimable al reino de la claridad eterna”.⁴

4.- San Agustín dice:⁵ “Puede querer el hombre alguna alguna cosa, queriendo Dios otra. Esto se permite a la flaqueza humana,

¹ Tract. 2. c. 138.

² Esta es una nobilísima indiferencia de la voluntad resignada a cuanto Dios disponga

³ Lib. 3. Insin. c. 33.

⁴ Lib. 4, Insin. c. 23. c. 39

⁵ In. Ps. 32.

y se concede a su miseria. Por dificultoso tengo; que no te suceda, que quieras alguna cosa propia; mas piensa luego cuán alto es Dios, y cuán bajo eres tú; él criador y tú criatura; él Señor, y tú siervo; y corrigéndote y sujetando tu voluntad a la suya, dí con Cristo: No se haga, Padre, lo que yo quiero, sino lo que tú quieres. ¹ Porque así no tendrás el corazón torcido, sino justo y hecho a la medida del de Dios". Por lo cual Santa Gertrudis, inspirada del cielo, leyó un día trescientas sesenta y cinco veces² estas palabras del Evangelio: "Amantísimo Jesús, no se haga mi voluntad, sino la tuya".³ Y asimismo entendió que le había agradado muy mucho al Señor.

5.- De la misma santa virgen Gertrudis leemos que jamás le pudieron, oscurecer la constante y segura confianza que tenía en la benignísima misericordia de Dios, ningún peligro, ni tribulación, ni la pérdida de sus cosas, ni otros impedimentos, ni aun los pecados o defectos propios. Porque confiaba certísimamente que todas las cosas así prósperas como adversas, las convertía en su bien la divina providencia. y una vez dijo el Señor a esta santa virgen: "Aquella segura confianza que el hombre tiene en mí, creyendo que realmente puedo, sé, y quiero fielmente ayudarle en todas las cosas, me atraviesa el corazón, y hace tanta fuerza a mi piedad, que a semejante hombre en ninguna manera le puedo favorecer, por el contento que recibo en verlo colgado de mí, y por aumentarle el merecimiento, ni dejarle de favorecer por acudir a quien soy, y a lo mucho que le quiero."⁴

6.- Dijo el Señor a Santa Mechilde: "Mucho contento me da que los hombres confíen de mi bondad, y presuman de mí. Porque cualquiera que humildemente estuviere confiado de mí, y se fiare bien de mí, yo le favoreceré en esta vida, y en la otra le haré más bien que él merece. Cuanto uno puede fiar de mí, y presumir bien de mi bondad, tanto y más infinitamente alcanzará; porque es

¹ Math. 26.

² Según el número de días del año.

³ Luc.

⁴ Lib. 3, Insin. c. 7.

imposible que el hombre no alcance lo que santamente creyó y esperó que alcanzaría. Y por esta razón le es provechoso al hombre, que, esperando de mí cosas grandes, se fíe bien de mí”¹ Y a la misma Mechtilde que le preguntaba al Señor qué era lo que principalmente era razón que se creyese de su inefable bondad, le respondió: “Cree con fe cierta que yo te recibiré después de tu muerte como el padre que recibe a su muy querido hijo, y que jamás hubo padre que con tanta fidelidad repartiese su hacienda con su único hijo, como yo comunicaré contigo todos mis bienes, y a mí mismo. Cualquiera que firmemente y con caridad humilde creyere esto de mi bondad, será bienaventurado.

CAPÍTULO XII

De la muerte feliz

1.- Oraba una vez la misma virgen Mechtilde por cierta persona devota, diciendo: “Ruégote, amantísimo Dios, que en el fin de su vida le purifiques, y le des seguridad y confianza de llegar a ti”. Respondióle el Señor: “¿Qué discreto y prudente mercader echará voluntariamente a fondo las mercaderías y la hacienda con que ya ha llegado al puerto? Pues de la misma suerte, cuando yo hubiere llevado su alma (la cual guardé entre las varias tempestades de este siglo) al puerto y término de la vida, y conforme a mi voluntad dispusiere de ella, también la recibiré con gloria”.²

2.- Otra vez haciendo oración a Dios Santa Mechtilde por una mujer devota para que Dios tuviese por bien de socorrerla en la hora de la muerte, y de darle certidumbre de que estaría con él en su gloria, recibió del Señor esta respuesta. “El que es sabio no desecha ni desprecia el oro que adquirió con gran trabajo, y lo

¹ Lib. 3, Spir. gr. c. 4.

² Lib. 3, Spirit. grat. c. 44.

ama mucho; así yo jamás desampararé a esa persona por quien me ruegas, porque la he santificado con mi humanidad, y en el bautismo le di la vida con mi espíritu”.¹

3.- Hablando con el Señor, la misma virgen Machtilde dijo: “¿qué es, dulcísimo Dios, la razón porque no recibo alegría, o muy poca, cuando pienso que me he de morir; pues muchos esperan aquella hora con gozo y deseo?” Respondió el Señor: “Eso yo lo ordeno así, porque si tu desearas morir, así llevarías y moverías con tu deseo mi divino corazón, que no sería posible negártelo. “Pues ¿qué es también la causa, añadió ella, porque yo, aunque miserable, cuando me acuerdo que he de morir no me atemorizo, pues algunos, aun muy perfectos, algunas veces temen la muerte?” Respondióle el Señor: “¿Por qué habías tú de temer la muerte, teniendo mi corazón en prenda de la perpetua confederación que hay entre ambos, y habiéndolo recibido por casa de refugio y morada eterna?”²

4.- Por la firme confianza que tenía en la bondad de Dios la bienaventurada Gertrudis, deseaba muchas veces morir, y juntamente con eso, estaba unida con la divina voluntad, de suerte que así estaba aparejada para vivir más, como para morir, conforme a la voluntad de Dios. Pues caminando una vez, habiendo subido un monte, como bajase la cuesta de él, alegrándose en espíritu, dijo al Señor: “¡Oh buen Jesús, cuán gran merced se me haría, si cayendo yo de aquí abajo, me fuese ocasión para llegar más presto a ti!” Y preguntándole los circunstantes, si acaso no temía morir sin los sacramentos, respondió ella: “Deseo con todo mi corazón recibir los sacramentos antes que muera; empero confiadamente estimo en más la providencia y voluntad de mi Dios y Señor; y sea mi muerte como él quisiere, ora sea repentina, ora larga, su voluntad me será de grandísimo consuelo. Porque de cualquiera suerte que salga de esta vida, espero que no me ha de faltar la divina mise-

¹ Lib. 4. Spirit. grat. c. 14.

² Lib. I. Spirit. grat. c. 35.

ricordia, sin la cual no me puedo salvar”.¹ Y cerca de esto antes de su muerte, dijo la misma Gertrudis al Señor: “Señor mío, aunque el salir de la cárcel de este cuerpo para ser contigo unida sea para mí el mayor gusto y regalo de todos; mas si tú quieres que aquí quede, hasta el día del juicio escogeré vivir en suma miseria a gloria de tu nombre”.² Y mostró el Señor que esta resignación de voluntad le era muy agradable.

5.- Hablando de una enferma, dijo Cristo a Santa Brígida: “Hija, no temas que se muera ésta, cuyas obras me son agradables. Y como la dicha enferma se muriese, díjole otra vez el Hijo de Dios: “Ves ahí, muy querida mía, como es verdad lo que te dije; porque ésta no murió, antes vive, porque es grande su gloria. El apartarse el alma del cuerpo, no es en los justos más que un sueño, porque ellos están despiertos en la vida eterna. Empero cuando el alma apartada del cuerpo vive en la muerte y condenación eterna, esa es la que se tiene de llamar muerte”. Aquel muere mala muerte, aunque muera con gran reposo y quietud, que ama la prosperidad de este mundo, y no da gracias a Dios, y viviendo disolutamente, muere con voluntad de pecar. Mas el que ama a Dios de todo corazón, aunque sea por muchas vías afligido, y padezca larga enfermedad, y al cabo salga del cuerpo con una horrenda, terrible y afrentosa muerte; ese tal vive y muere dichosamente; porque la tribulación y la muerte áspera y terrible en los amigos de Dios disminuye y consume la pena que se debía a los pecados, y juntamente aumenta la corona. No es posible que muera mal quien vive bien.

6.- La muerte, dice San Ambrosio,³ es sin duda alguna para los justos un puerto de descanso. Al cual puerto miraba el Santo Simeón, cuando teniendo al niño Jesús en sus brazos, y deseando verse ya libre, y salir de la cárcel de este cuerpo decía: “Ahora Señor, dejarás salir a tu siervo en paz” (Luc. 2.) empero alguno,

¹ Según la costumbre y el precepto de la Iglesia los moribundos deben siempre que lo puedan recibir los sacramentos; pero si esto no puede hacerse, deben suplir en cuanto puedan la falta de los sacramentos resignándose del todo con la voluntad de Dios.

² Lib. I. Insin. c. 71.

³ Lib. de bono mortis cap. 9.

acaso viéndose en la hora de la muerte, dice que no es justo, y que no puede ni debe esperar él lo que los justos esperan. Cualquiera que dice esto, crea en Jesucristo que justifica al pecador, y sea humilde y de buena voluntad; porque así unido con Dios por fe y verdadero amor, con la gracia de Dios será justo. Y si el siervo de Dios, por ser flaco, siente que se entristece y tiembla por verse cercano a la muerte, esa tristeza y temor arrójela en Dios y resígnese en él, y conciba en él firme esperanza. Y para que con mayor facilidad temple este temor de la muerte, traiga a la memoria aquellas palabras que el Unigénito Hijo de Dios (que es verdad eterna) dice en el Evangelio: “Yo soy resurrección y vida; cualquiera que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y cualquiera que vive y cree en mí, no morirá eternamente”. (Joan. 11). Rumie también estas palabras del Apóstol San Pablo: “Si vivimos, a gloria del Señor vivimos, y si morimos, a gloria del Señor morimos; pues viviendo y muriendo somos del Señor”.¹ Considere cuán de buena gana morían aquellos santos antiguos, cuando aun no estaba abierta la puerta del cielo. Y así leemos en el fin del Deuteronomio que cuando estaba el pueblo de Israel cerca de la tierra de promisión, dijo el Señor a Moises que era el que guiaba a aquel pueblo: “Sube al monte Nebo, y mira la tierra que tengo de dar a los hijos de Israel. La verás, empero no entrarás en ella; y te juntarás al número de los muertos, tus antepasados, como hizo tu hermano Aarón en el monte Hor, y fué juntado a sus antepasados; porque no me obedecisteis en las aguas de Contradicción delante de los hijos de Israel”.² Adonde luego la divina Escritura añade estas palabras: “Subió, pues, Moisés al monte Nebo, y allí murió conforme al mandamiento de Dios”.³ Ves aquí con cuánta resignación recibió la muerte Moisés, amigo de Dios. No pasó a aquella tierra visible de promisión, pero fué recibido en otra tierra invisible, y mucho mejor que ella, conviene

¹ Rom. 14.

² Dent. 32.

³ Dent. 34.

a saber, en el secreto seno de la paz, que era el limbo,¹ adonde con gran reposo descansaban las almas de los justos. Realmente no habíamos de sufrir nosotros ahora la muerte contra nuestra voluntad, habiéndonos ya abierto Cristo la puerta de la celestial patria, pues los antiguos padres estuvieron tan aparejados para morir.

7.- Cualquiera que se hallare a la hora de la muerte, esté firme en la fe católica, y reciba con devoción los sacramentos de la Iglesia, si cómodamente pudiere. Y estribe más en los merecimientos de Jesucristo que en los suyos, y fié mucho en la intercesión y piedad de la Virgen María y de los demás santos. Tenga delante de los ojos la imagen de Jesucristo crucificado, y acuérdesse muchas veces de aquel inefable amor con que nuestro Dios quiso padecer y morir, y de esa manera humillese y arrójese en aquellas abiertas y sangrientas llagas, suplicándole que tenga por bien de lavar en ella todos sus pecados. Ofrezcase a sí mismo al Señor para sufrir con verdadero amor, por su muy agradable voluntad, toda la molestia de la enfermedad, y aun la misma muerte, y cuanto el Señor le quisiere enviar en el tiempo, o en la eternidad. Si así lo hiciere, si se resignare enteramente en la divina voluntad, confiando humilde, amorosa y cumplidamente en la inmensa misericordia y bondad de Dios, no es posible que tenga mala muerte. Su muerte será de mucha estima delante de Dios, aunque sólo él hubiese cometido todos los pecados del mundo. Cualquiera que esto hiciere se podrá alegrar con muy justa razón cuando estuviere presente la muerte, porque su alma hermosísima (que es un espíritu puro que usa de razón, y hecho a imagen de Dios) será libre de esta cárcel miserable y penosa para que de ahí adelante goce sin impedimento de su bienaventuranza. Ningún ejercicio puede tener el hombre en la hora de la muerte más útil que resignarse libremente en la voluntad de Dios, volviéndose a él por puro amor, y confiar firmemente en su benignidad.

¹ Cuando morían los santos del Antiguo Testamento, sus almas iban al limbo o seno de Abraham. En este lugar esperaron el advenimiento de Jesucristo para abrirles las puertas del cielo.

8.- Preguntado un amigo de Dios, qué querría hacer si se viese cercano a la muerte, y hubiese vivido mucho tiempo en graves pecados, respondió: “Si por espacio de cuarenta años hubiera vivido siempre en pecados, y a la hora de la muerte los confesase puramente, y con perfecto amor de Dios pudiese del centro de mi alma acudir al mismo Dios siquiera por espacio de una Ave María, de suerte que verdaderamente me hallase todo convertido a él, y apartado de todo pecado; sin duda que saldría entonces de esta vida como un hombre inocente, y que jamás hubiese pecado. Empero si no hubiese cometido sino un solo pecado y después de bien hecha mi confesión, saliese de esta vida contrito y doloroso, por cierto que moriría entonces como penitente”.¹

9.- El Señor tuvo por bien de revelar a ciertos amigos suyos que las palabras que pondremos abajo, dichas delante de los que están para morir que las oigan, o las digan ellos, o piensen entre sí, son de admirable virtud, de tal modo que ningún cristiano pueda perecer, si hallándose en el postrer momento de la vida, con verdadero e íntegro corazón las pronunciare humildemente, o pudiese repasarlas en su interior.² Son pues, las palabras siguientes: “Señor y Dios mío, yo soy aquel miserable que tú criaste por tu bondad paternal, y libraste del poder del enemigo por la afrentosísima muerte de tu Unigénito Hijo; tú solo tienes sobre mí imperio y dominio, y según tu inmensa misericordia, en la cual espero y confío me puedes salvar”.

10.- La Sacratísima Virgen María dijo a Santa Mechtilde: Yo a todos los que me sirven devota y santamente los quiero favorecer fidelísimamente en la hora de la muerte como madre piadosísima, y consolarlos y defenderlos. Y ni más ni menos los otros santos están sin duda ninguna aparejados para socorrer en la hora de la muerte a aquellos que con especial devoción los reverencian y piden favor.

¹ Aquí se establece la diferencia entre el amor perfecto que borra la culpa y quita la pena y el dolor que no va informado, como dicen los teólogos, de una caridad tan suficiente. Para que quede el alma libre de todo reato de culpa y de pena, es necesario una caridad de grande y rara perfección.

² Se supone que las pronuncia el moribundo con el corazón verdaderamente contrito.

CAPÍTULO XIII

De las penas del purgatorio

1.- Oyó Santa Brígida ¹ a la misma gloriosa Virgen María Madre de Dios que le decía: “Yo soy madre de Dios, y madre de todos los que están en el purgatorio; porque todas las penas que se han de dar a los que allí se purgan por los pecados, por mi intercesión se mitigan en alguna manera cada hora. Soy madre de todos los justos, y de los pecadores que se quieren enmendar y corregir, y no ceso de defenderlos y librarlos de todos los peligros de salvación”.

2.- También los santos ángeles, (como dice Santa Mechtilde) dan lumbre de conocimiento, y ayuda y consuelo a las almas que están detenidas en el purgatorio. Y así, Santa Brígida ² vió bajo la siguiente imagen o figura el alma de un rey, que había vivido mal, empero prevenido de la divina gracia, en el último artículo de su muerte, había pensado entre sí de esta manera: “¡Ay de mí, porque muy atrevidamente ofendí siempre a mi Criador! ¡Oh, si se me concediese una hora siquiera muy pequeña, en que pudiese enteramente convertirme al Señor, y darle gracias por sus beneficios! Más pena me dan los pecados que contra Dios cometí que el dolor que en mi cuerpo siento. Aunque jamás hubiese de alcanzar el cielo, con todo eso querría servir a mi benignísimo Criador y Redentor”. Por lo cual el Juez Jesucristo dijo al demonio y al ángel, que era guarda de aquella alma: “Demonio, tú atormentarás a esta alma, pero tú, ángel mío, la consolarás, hasta que llegue a la caridad de la gloria”. Dijo también a la misma alma: “A ti se te permite que mires a tu santo ángel, y recibas consuelo

¹ Lib. 4. Revel. c. 138

² Lib. 8. Revel. c. 48.

de él, y seas partícipera de mi sangre, y de las oraciones de mi madre, y de las de la Santa Iglesia”. Decíale, pues, el demonio al alma que había de atormentar: “Porque has venido a mis manos gorda y llena de manjares, y de bienes mal ganados, yo te vaciaré en mi prensa”. Y poniendo la cabeza del rey entre sus rodillas, que eran como una entenalla, o prensa, la apretaba fortísimamente, hasta que la médula del cerebro se adelgazaba como una hoja. Dijo luego otra vez al alma: “Porque el lugar que habían de ocupar las virtudes está vacío, yo lo hincharé”. Y así, metiendo en la boca del rey un cañón como de fuelle, sopló fortísimamente, tanto que las venas y nervios del rey miserablemente se rompían llenas de una ponzoña hedionda y abominable. Dijo otra vez el demonio al alma: “Porque tuviste poca misericordia con tus súbditos (a los cuales habías de tratar como a hijos), (y los fatigaste), mis brazos, semejantes a brazos de serpientes, te abrazarán y despedazarán con grandísima crueldad”. Y como el mismo demonio, repitiendo las sobredichas penas, quisiese agravarlas, vió Santa Brígida al ángel que le echaba la mano, y le exhortaba no la atormentase como primeramente. Así mitigaba el ángel las penas todas las veces que el demonio las repetía. Y el alma después de cada tormento sin abrir la boca, ni hablar palabra volvía los ojos al ángel, mas con el semblante daba a entender el consuelo que de él recibía, y que por ventura sería presto libre.

3.- Aparecieron a Santa Gertrudis ciertas almas, que tenían su purgatorio, en figura de unos sapos, que estaban entre sí mismos ardiendo. También le apareció el alma de un soldado, que era muerto catorce años había, en figura de una horrible bestia, que estaba sobre la boca del infierno, asida a un tronco, que era muy cruelmente atormentada, sufriendo penas infernales. Entendió Gertrudis que el tronco en que aquella alma se sustentaba para no caer en el infierno, significaba la buena voluntad que había tenido aquel soldado algunas veces (aunque pocas), viviendo en este mundo.

4.- Como cierto monje, gran siervo de Dios, siendo arrobado en

espíritu, viese los tormentos del Purgatorio, volviendo sobre sí dijo: “No hay lengua humana que declare, ni se puede de ninguna suerte imaginar la diversidad, la multitud y gravedad de los tormentos, en que (viéndolo yo) ponían a los que habían de ser purgados. Dios me es testigo que si a mi y a todos mis amigos nos hubiese injuriado y molestado algún hombre con todas las injurias y molestias que se pueden hacer a uno en esta vida, y aun nos hubiese muerto, y viese que lo entregaban a aquellas penas y tormentos que yo vi, que estaría sin duda dispuesto para padecer mil veces la muerte (siendo posible) por librarlo, antes que permitir qué se le diesen; tanto exceden aquellas penas que vi en el purgatorio a cualesquiera dolores, angustias, tormentos y miserias de esta vida. Empero los que son allí atormentados tan cruelmente, van pasando poco a poco a penas más tolerables”. Hasta aquí son palabras de aquel monje.

5.- Vió Santa Gertrudis el alma de otro monje que ella conocía muy bien, que estaba como sentado a una mesa con el semblante mustio y el rostro bajo, porque aun no estaba del todo purgada, ni en aquella pureza que se requería para gozar de la vista y contemplación alegre de Dios. En la cual mesa se presentaban todas las cosas que se hacían por la misma alma en misas en cánticos eclesiásticos, en oraciones y otras obras pías, y se esforzaba con ellas maravillosamente la sobredicha alma. Y el Señor también movido de su propia benignidad, y por las oraciones de los intercesores que se lo rogaban, añadía siempre algunas cosas, por virtud de las cuales esforzaba muy mucho. De la misma suerte se echaba de ver que la gloriosa Virgen María ponía algunas cosas para que recibiese mayor consuelo aquella alma que en esta vida la había servido con particular devoción. También aquellos santos, a quienes viviendo en la tierra, había hecho algún especial servicio, ponían sobre la mesa cada uno algo, conforme a lo que, estando unida con el cuerpo, con más o menos devoción o trabajo lo había merecido. Con todos los cuales socorros se iba la misma alma alegrando más y más de hora en hora, y comenzó también a levantar más y más los ojos a la muy

agradable luz de la divinidad; que haber puesto los ojos de hito en ella, es sin duda haber dejado la triste memoria de todas las pesadumbres, y haber hallado la abundancia de todos los bienes y de todos los gozos.

6.- Apareciendo la gloriosa Virgen María a Santa Brígida, la cual estaba orando por cierto ermitaño de singular virtud y santa vida, cuyo cuerpo muerto estaba en la Iglesia para ser enterrado, le dijo: “Me ha dicho mi hijo que el alma de este ermitaño mi amigo hubiera subido al cielo, si en la muerte tuviera un deseo perfecto de llegar a la presencia y vista de Dios; y porque no lo tuvo, es ahora destinada en el purgatorio del deseo; adonde no hay otra pena sino sólo el deseo de llegar a Dios. Empero ten por cierto que, antes que entierren su cuerpo, será el alma aposentada en la gloria celestial”.¹

7.- Un día de la resurrección del Señor estaba orando Santa Gertrudis por las ánimas del purgatorio, y luego por sus oraciones fueron muchísimas de ellas libres de aquellas penas, y llevadas a unos descansos muy deleitosos; y como viese que no eran llevadas a la cumplida bienaventuranza, hizo otra vez oración por ellas, y al punto fueron recibidas en los gozos eternos.

8.- Apareció a Santa Mechtilde el alma de un conde que había muerto en su juventud; y como la santa le preguntase si acaso sentía alguna pena, respondió que ninguna más que no veía a su amantísimo Dios, cuya vista deseaba con grande e inefable deseo. porque decía que entre tanto que el alma está cargada del peso de esta carne corruptible, es muy impedida con las necesidades corporales que la divierten mucho, ora sea comiendo, ora durmiendo, ora haciendo otra cosa, ora conversando con los hombres; empero el alma que está libre del cuerpo, como ya conoce mejor el sumo bien, que es Dios, se abrasa con un deseo inestimable por gozar de él. También dicen algunos doctores graves que el alma, cuando está libre del cuerpo, le es muy penoso y molesto el dilatársele la vista de Dios; porque como dice la Escritura: “La esperanza que tarda en cumplirse, fatiga y aflige el

¹ Lib. 4. Revel. c. 127.

alma".¹ También oyó Mechtilde que el alma del sobredicho conde estaba cantando estas palabras: "Conozco, Señor, que me entregaste a la muerte para mi salud, gozo y consuelo". Dijo la Santa: "¿Quién te enseñó a cantar eso?" Respondió el alma: "Las cosas que tocan a la gloria y alabanza de mi Criador, yo me las sé".²

9.- La misma virgen Mechtilde fué una vez llevada en espíritu a un muy deleitoso jardín que estaba junto al cielo, adonde había gran multitud de almas, que no tenían otra pena más que el gusano de la conciencia, que de continuo reprendía a cada una de ellas, porque no había sido fiel a su benignísimo y fidelísimo Dios, y por eso no había merecido gozar de él en saliendo del cuerpo sin algún impedimento. El cual gusano jamás deja al alma, hasta que ella entra en el cumplido gozo de su Señor. Orando, pues, la misma Mechtilde, volaron las dichas almas con gran contento a la gloria de la bienaventuranza eterna. y como luego el Señor mostrase a la misma Mechtilde los tormentos del purgatorio, ella oró otra vez, y al momento y con gran gozo fueron muchas almas trasladadas de aquellas penas en el deleitoso jardín.³

10.- Como muriese una religiosa del monasterio de Santa Gertrudis, que había pasado su juventud en las virtudes de la religión, la misma Gertrudis vió que estaba la dicha religiosa delante de Jesucristo en una grande luz hermosamente adornada; mas ella como esposa vergonzosa inclinando el rostro se procuraba apartar, no atreviéndose a levantar los ojos a la gloria de la Majestad Divina. Viendo esto Gertrudis, movida de celo de piedad, dijo al Señor: "Ea, benignísimo, ¿por qué no recibes entre tus suaves abrazos a esta hija tuya, antes como si fuera extraña permites que esté ahí delante en pie?"⁴ A las cuales palabras parecía que el Señor extendía la mano derecha con blandísima

¹ Prov. 13.

² Lib. Spirit. grat. c. 4.

³ Lib. 5. Spirit. grat. c. 9.

⁴ Lib. 5. Insin. c. 8.

serenidad, como para abrazar la sobredicha alma. Empero ella con un respeto delicado se retiraba. Y admirada Gertrudis, dijo: “¿Por qué te retiras de los abrazos de tan amable esposo?” Respondió ella: “Porque no estoy perfectamente purgada, mas todavía hay en mí algunas manchas que me afean algo. Y aunque tuviera del todo libre la entrada del cielo, con todo eso, (dictándomelo la justicia) de mi voluntad me retirara, porque sé que aún no merezco tan glorioso esposo”. “Con todo eso, dijo Gertrudis, me parece que estás ya casi glorificada”. Á lo cual respondió el alma: “Ninguna alma merece recibir aquella bienaventuranza que alcanzan los santos por premio cumplido de sus trabajos, que consiste en la vista y fruición de la divinidad, hasta que, estando perfectamente purgada, entre en el gozo de su Señor”.¹

1.- Habiendo muerto en el monasterio de Santa Gertrudis una hermana de la sobredicha religiosa que tenía por nombre Germana (que también había vivido santa y religiosamente), vió ni más ni menos Gertrudis que su alma, adornada maravillosamente, estaba en muy resplandeciente lugar, y Jesucristo con ella, que con sus cinco llagas le recreaba los sentidos, y con una nueva y dulcísima dulzura la consolaba blandamente. Dijo, pues, Gertrudis al Señor: “¿Cómo tú, Dios de todo consuelo, mostrándole a esta alma una tan amorosa serenidad, ella con el semblante triste da a entender que tiene allá en lo interior alguna pesadumbre?” Respondióle el Señor: “Esta alma no recibe de mi presencia sino deleites de mi humanidad; por tanto, no puede enteramente consolarse; empero yo le daré el consuelo perfecto con la alegre presencia de mi divinidad, cuando estuviere del todo purgada de las negligencias de la vida pasada”. Díjole ella: “Por ventura, Señor mío, ¿no podría ahora tu misericordia librar a esta tu hija (a quien desde su niñez habías dado tu piadoso Corazón y benigna voluntad para con todos los hombres) de cualquiera impedimento de negligencias que tenga?” Respondió el Señor: “Yo le daré abundantísimamente el premio de su piedad de corazón y de buena voluntad; mas importa (ordenándolo así mi justicia) que primero se limpie de

¹ Matth. 25.

todas las manchas”. Y como regalándose con la dicha virgen, teniéndola de la barba, añadió: “De muy buena gana se conforma en esto mi esposa con mi justicia, porque cuando estuviere enteramente purgada, con grande alegría gozará de la gloria de mi divinidad” A lo cual bajó ella amorosamente el rostro, conformándose con lo que el Señor decía. Ofreciendo después Santa Gertrudis la hostia saludable de la misa que se decía por la misma religiosa, cuando el sacerdote la levantaba, dijo el alma: “Ahora experimento de veras cuán cierto es que no hay bien ninguno en el hombre, por pequeño que sea, que carezca de su galardón, como tampoco hay culpa, por pequeña que sea, que no se haya de purgar antes o después de la muerte. Pues ahora recibo notable remedio del Sacramento del altar que por mí se ofrece, porque cuando vivía en la tierra recibía de buena gana la sagrada Comunión. ¹ Y asimismo me ayuda muy presto la oración que por mí se hace, porque tuve para con todos la voluntad tan benigna, fuera de que espero el premio eterno que en el cielo he de recibir”. Y así, ayudada con las oraciones y sufragios de la Iglesia, parecía que era levantada hacia arriba. Empero sabía (cuando llegase a cierto lugar determinado) que el Señor le había de salir al camino con corona de gloria, y la había de aposentar en el gozo eterno. Y aunque cuantos están en el purgatorio se conformen con la justicia y voluntad de Dios, pero no aman las penas que padecen; antes cualquiera de ellos deseara haber vivido de suerte que no hubiera que castigar ni purgar en él. Empero con la certidumbre que tiene de llegar a Dios, quiere más sufrir tormentos en el purgatorio, que estar todavía en esta vida con peligro de ofenderle.

¹ Noten los devotos de las ánimas del Purgatorio lo que dice San Agustín (*De cura pro mortuis gerenda*, cap. I.): “El hombre merece por cuanto bueno hizo ya para sí, ya en favor de las almas, viviendo en este cuerpo mortal, que Dios le ayude y le aplique sufragios, cuando su alma, separada del cuerpo, se halle en el Purgatorio”.

CAPÍTULO XIV

De los gozos que hay en el paraíso celestial

1.- Santa Gertrudis vió el alma de otra religiosa, ya difunta, que se estaba alegrando en la corte celestial, y como oyese de ella muchas cosas muy excelentes, le dijo: “¿Cómo sabes todas estas cosas? Porque cuando tú vivías en el mundo, eras muy corta de inteligencia”. “Lo sé, respondió ella, porque dijo un santo que el que ve a Dios lo sabe todo”. Ni más ni menos en las revelaciones de Santa Brígida dicen muchas veces la Virgen María Madre de Dios, y los otros cortesanos del cielo, que ven y saben en Dios todas las cosas. Por cierto que los santos en el cielo conocen perfectamente la verdad, conocen la naturaleza de todas las cosas; ven y saben todo lo que pertenece al orden y decoro del mundo. Y así dice San Gregorio: “Porque las almas santas en el cielo ven allá dentro la claridad de Dios, de ninguna suerte se ha de creer que fuera hay alguna cosa que no la sepan”.¹ Y el libro 4º de las insinuaciones de la divina piedad, o de las revelaciones de Santa Gertrudis, capítulo 28, está escrito que la misma virgen Gertrudis se vió presentar delante de Dios vestida de una ropa en la cual estaban distintamente notadas todas las obras buenas y malas que en la religión había pensado, dicho y hecho; de manera que ni el más mínimo punto de sus pensamientos, intenciones, palabras y obras buenas y malas se podía encubrir que en la luz de la infalible verdad no la vieses y conociesen perfectísimamente Dios y todos los ciudadanos del cielo. Y así entendió por revelación, que de la misma suerte está manifiesto a Dios y a todos los santos, por todos los siglos, el estado de cualquier hombre. Pues, porque cualquiera espíritu bienaventurado, viendo la divina esencia, ve y conoce todas las cosas que pertenecen a la per-

¹ S. Greg. lib. 4. Diálogo 33. et alibi.

fección de su propia gloria, ve y conoce todo lo que desea ver y saber; empero no ve todas las cosas que hay y que resplandecen en Dios. Que si la criatura conociese todo lo que hay en Dios, comprendería a Dios, lo cual es imposible, porque ella es limitada y finita, y Dios es infinito. Por tanto ni la más bienaventurada criatura de todos, que es el alma de Cristo,¹ comprende la divinidad o la infinita esencia de Dios. Luego sólo Dios no criado se comprende y se conoce a sí mismo perfectamente. Empero cuanto más merecimiento tiene uno en el cielo, y cuanto con más fervor amó a Dios, tanto más claramente lo ve, y tantas más cosas conoce en él. Allí toma cada uno de la gloria de Dios, que es a todos común, conforme a su capacidad, y cada cual está lleno.

2.- Dijo Cristo a Santa Brígida: “Si cuando se te hacen algunas revelaciones vieses la hermosura de las almas santas o de los ángeles, como ella es, con el gran gozo se rompía tu corazón. Y si vieses al demonio como él es, no podrías quedando viva, sufrir tan espantosa vista. Empero ves las cosas espirituales así como si fuesen corporales, y las almas y los ángeles se te muestran en semejanza de hombres, porque no podrías de otra manera verlas, entre tanto que tu espíritu está impedido de la carne. “Cerca de esto dijo el mismo Señor a Santa Catalina: “Bien te acuerdas que estando una vez arrobada en contemplación, te mostré al demonio en su propia figura, en un solo momento y en un cerrar de ojos, y en cobrando los sentidos del cuerpo, escogías antes andar hasta el día del juicio los pies descalzos por un camino de fuego, que verlo otra vez. Y aun con todo eso no sabes ahora realmente cuán espantoso sea aquel que así tan de paso viste. Pero es tanta la hermosura, aun del más ínfimo de los cortesanos del cielo, que toda la hermosura de este mundo visible cifrada, en ninguna manera se puede comparar con él; su claridad y resplandor excede grandísimamente a la claridad y resplandor del sol visible, cuando está en medio del día”.²

3.- En el libro 4º de las revelaciones de Santa Brígida, en el

¹ D. THOMAS 3.º p. q. 10, art. I.

² Lib. 2. Rev. c. 18.

capítulo 11, dice la gloriosa Virgen María Madre de Dios a la misma Santa Brígida, que es tan grande el número de los ángeles bienaventurados, que, si se contasen todos los hombres desde Adán hasta el último que naciere en el mundo, se podrían contar para cada hombre, por lo menos diez ángeles gloriosos. También escribe el mismo Dionisio Areopagita, que el número de los santos ángeles excede todo el número de las cosas inferiores.¹ Empero los más de los Santos Padres tienen por cierto, que no hay más ángeles en el cielo que serán los hombres bienaventurados, acabado el mundo; de manera que ha de ser igual el número de los hombres en el cielo, como el número de los bienaventurados. ¡Oh, cuán alegre cosa será ver todo aquel ejército celestial, y aquella multitud amable, resplandeciendo con una humildad graciosa, con una caridad suavísima, con una hermosura inefable, y con una gloria perpetua, y conocer perfectísimamente a todos los ciudadanos del cielo, y a cada uno en particular!

4.- Dijo Dios a Santa Catalina: “Acerca de la caridad de los cortesanos del cielo, y de los ángeles santos, he proveído muy ordenadamente lo que ha de ser en la vida eterna. Porque no he querido que ninguno goce a solas del propio bien que de mí recibe; mas tengo ordenado que todos participen del bien que cada uno tiene. Quise que en la muy ordenada y muy perfecta caridad, el mayor guste del bien del menor, y al revés, que el menor guste del bien del mayor. Allí el grande y el chico se gozan perfectamente, y tienen consuelo perfecto; porque todos están llenos de gloria, conforme a la proporción de sus merecimientos y al grado que tiene en el cielo. ¡Oh cuán fraternal caridad es esta, y cuán unida está en mí! Los ángeles con grande alegría comunican con las almas de los bienaventurados, y las almas de los bienaventurados con los ángeles santos. De manera que todos, llenos de un amor suavísimo, se regocijan más de lo que puedes entender, y alegrándose por diferentes vías maravillosas con un contento que no es posible explicar, se gozan en mí. Cualquiera cor-

¹ *Coelectus Hierarchiae*, cap. 14.- Salmo 68.- Job. 25.- Daniel, T.- Apoc., 11 y sig.

tesano del cielo, viéndome a mí, Dios eterno, ve en mis santos y ángeles buenos y en todas las criaturas, y aun también en los demonios, la gloria y alabanza de mi nombre. Conoce claramente la verdad, y tiene todo cuanto puede desear, siempre se harta y nunca padece fastidio. Y aunque vea las ofensas que hacen los malos, con todo eso ni de ahí ni de otra parte, de ninguna suerte puede recibir pena, empero sin ella tiene compasión, amando a los mismos pecadores, y rogando de continuo con grande amor que benignísimamente use de misericordia con el mundo. La voluntad de los bienaventurados está totalmente unida y conforme con la mía. De aquí es que aunque vean los padres a sus hijos condenados en el infierno, no por eso se compadecen de ellos, antes están muy contentos, viendo que son atormentados como enemigos. Desean realmente juntarse a sus cuerpos; pero en ninguna manera les da pena semejante deseo, porque saben certísimamente que algún día se les ha de cumplir. Y no imagines que, después de la resurrección, la gloria del cuerpo ha de añadir algo a la gloria esencial del alma; porque si esto fuese así, las almas que están en el cielo tendrían la bienaventuranza imperfecta hasta que cobrasen sus cuerpos, lo cual no es posible, porque no les falta perfección ninguna. Digo, pues, que el cuerpo no aumentará la bienaventuranza del alma, antes el alma comunicará al cuerpo de la bienaventuranza del alma, antes el alma comunicará al cuerpo de la bienaventuranza que tuviere.¹ No bastan los ojos del entendimiento a ver ni los oídos a oír, ni la lengua a explicar, ni el corazón a comprender, cuánta sea la bienaventuranza de mis escogidos. ¡Oh, cuán grande gozo es verme claramente, abrazarme dulcemente, gozar de mí eternamente, que soy sumo y eterno bien!”²

5.- Cierta religiosa que tenía mucha familiaridad con Dios, por la mayor parte cuando se elevaba a Dios, decía estas solas palabras: “¡Oh Dios mío y todas las cosas!” Porque todas las cosas están en

¹ Tract. 1. c. 41, et. 1 tract. 2, c. 80, 82.

² I. Cor. 2.

Dios y Dios es todas las cosas, ¹ el cual intelectualmente las representa todas. *Ab aeterno* estuvieron todas las cosas en Dios, como en su original; porque en Dios sin mudanza alguna están las ideas o formas inteligibles de todas las cosas, y la misma esencia divina ² es el dechado y original de todas las cosas que fueron y serán criadas. Porque todo lo que Dios cría todo lo que hace y ha de hacer, lo supo realmente en su eternidad, y persevera y está eternamente en su ciencia inmutable, y se ve y resplandece en él. ¡Oh, cuán digno es Dios de ser amado y deseado! Él mismo es luz, hermosura, paz, suavidad, dulzura y bondad del todo inmensa, invariable y eterna. Mucho nos admiramos, y con razón por cierto, del resplandor del sol, de la claridad de la luna y de las estrellas, de la composición de los cielos, del orden de los elementos, de la multitud de los animales, de la variedad de los colores, del regalo de los huertos y jardines, de la lindeza de las flores, de la frescura de las yerbas y hojas, del lustre del oro, de la excelencia de las piedras preciosas y perlas, de la armonía de los cuerpos, de la forma y gracia de los rostros de los hombres; pero si viésemos la hermosura inefable de las criaturas invisibles, conviene a saber, de aquellos espíritus soberanos, y almas bianaventuradas, de sola admiración desfalleceríamos ¿Cuánto, pues, no debemos admirar y amar la incomprensible hermosura de Dios? ³ Porque las hermosuras de las cosas creadas no son realmente otra cosa sino unos muy pequeños arroyuelos que, como de fuente original, proceden de aquella hermosura infinita. También nos admiramos de los cantos de las aves, y de las voces suaves del salterio, lira, cítara y órganos; de la extremada dulzura que puso Dios en la miel, en el vino, en las frutas, en algunas matas, flores, yerbas y especies aromáticas; empero el mismo Dios, de donde mana toda esa dulzura, es sin comparación e infinitamente más suave y agradable. La melodía, el olor, y sabor

¹ Ecod. 33. 19.

² S. THOMAS.- I. p. q. 4, art. I et. 2.

³ La Sagrada Escritura, en el capítulo 13, libro de la "Sabiduría nos aconseja que nos elevemos a contemplar la hermosura de Dios, por medio de la belleza que admiramos en las criaturas.

están en Dios de cierta manera, que no hay quien pueda explicarla, con un ser sobre todo ser, muy verdadero y muy perfecto. Es cosa cierta que todo lo que se halla en las criaturas, repartido y limitado, de dulzura, de excelencia, de amor y perfección; todo se halla junto y recogido en Dios simplísimamente y con un cumplimiento infinito. Esta luz visible, y esta claridad del sol, comparada con la divina luz, es oscuridad y tinieblas. Y así, San Juan, dice, en el Apocalipsis, ¹ que aquella soberana ciudad no tiene necesidad de sol, porque es alumbrada con la muy resplandeciente, muy serena y muy alegre claridad de Dios; y hay allí un solo y perpetuo día, sin que jamás le suceda noche ninguna. Además de esto toda la hermosura criada comparada con la hermosura no creada se puede llamar fealdad. Así también la dulzura y suavidad de las criaturas comparada a la suavidad y dulzura del Criador, es como amargura. De la misma suerte toda la riqueza, nobleza, gloria, majestad, excelencia, dignidad y perfección de este siglo es nada en comparación de la riqueza, nobleza, gloria, majestad, excelencia y perfección de Dios. También todos los goces y deleites que se reciben en este mundo, en comparación de los gozos purísimos y deleites perpetuos que hay en el cielo con la vista de Dios, y con la compañía de los santos, son como una gota muy pequeña de agua comparada con todo el mar Océano. Deseemos, pues, a nuestro Dios, que sólo él nos puede hartar entera y cumplidamente; amemos aquel sumo e inmutable Bien, en quien están todos los bienes; suspiremos por aquella bienaventurada y eterna Vida. Y ¡ay! ¡cuán imperfecta y flojamente, y cuán oscura y distraída el alma, alabamos aquí a Dios! Empero allí será perfecta y eterna la alabanza, adonde es el amor encendido, dulce y estable.

6.-² La dichosísima virgen Gertrudis entendió una vez, en espíritu, que era tan grande y tan incomprensible la luz de la divinidad, que si cualquiera de los santos desde Adán hasta el

¹ Apoc. 21.

² Esta cláusula, omitida por Alfaro en este lugar, la tomamos del "Manual de los humildes" donde se halla con las mismas palabras.

último hombre del mundo recibiese diferente conocimiento tan alto y tan claro, cuan alto y claro lo pudo recibir jamás otro ninguno, y el conocimiento que cada uno tuviese no participase nada del otro, aunque el número de los santos fuese mil veces mayor, con todo eso aún sobrepujaría infinitamente la luz de la divinidad a todo entendimiento. Esto mismo debe pensarse con respecto a la hermosura, dulzura, bondad de Dios y las demás amables perfecciones suyas. por eso y con razón la misma virgen Gertrudis, despues de gustar un poquito en la unión con Dios los deleites de la patria celestial, exclamó diciendo, y dejó escrito lo que sigue: “¡Oh región aquella bienaventurada, y que beatifica con arroyos abundantísimos de bienaventuranzas, campo de deleites, adonde un grano muy menudo puede suficien-tísimamente satisfacer el deseo de todos los escogidos, en dife-rentes cosas que puede imaginar el corazón humano que le serán agradables, amables, deleitables y suaves! ¡Oh eterno y el más grande día, mediodía hermoso, morada segura, lugar que en sí contiene todo lo que deleita, paraíso alegre, que por todas partes lo cercan ríos de inestimables regalos, que convida con la florida belleza de diferentes frescuras, y regala con suavísimas voces, o por mejor decir, suavemente deleita con la melodía de músicos intelectuales, y embriaga con una dulzura mezclada y compuesta de diferentes gustos interiores, que muda con la blandura admirable de secretos abrazos! Empero ¿qué procura decir mi lengua impedida y tartamuda, pues aunque se juntase todo el poder angélico y humano a este propósito, en ninguna manera sería bastante a formar siquiera una palabra que, como es razón tocase o declarase tantico de la alteza de tanta excelencia”?” Esto dice Santa Gertrudis. pregunto yo ahora, si ésta virgen entendió y vió cosas tan inefables, aun estando en la tierra, ¿qué verán los felices ciudadanos del cielo, que ven a Dios no en un espejo, pero cara a cara? (I. Cor. 13). El mismo Hijo de Dios y de la Virgen, Jesucristo, tenga por bien llevarnos a aquella patria celestial, a donde por todos los siglos lo alabemos. Amén.

ADICIÓN

De las cuatro santas mujeres, tan mencionadas en el sobredicho opusculito.

I

De Santa Brígida

1.- Tuvo Santa Brígida padres nobilísimos, que tenían su origen de la ilustre casa de los reyes de Suecia (que está de la otra parte de la Gocia). Luego desde su niñez comenzó el Señor a visitarla y a regalarla; en siendo de trece años (aunque amaba grandemente la virginidad) por cumplir el mandamiento de sus padres, y también la voluntad de Dios, fué casada con un mancebo nobilísimo, llamado Ulfón, del cual tuvo cuatro hijos, y otras tantas hijas.

2.- En muriéndose el marido, ella escogió, como María Magdalena, la mejor parte, y mandándose el Señor, dejó su tierra y se vino a Roma. Después por orden del mismo Señor, tomó el camino para Jerusalén, y de allí se volvió a Roma.

3.- Después de muerto el marido, dijo Cristo a esta santísima mujer: “Yo soy tu Dios, que quiero hablar contigo. Empero no te hablo por tu ocasión solamente, sino por la salvación de todos los cristianos. Tú serás mi esposa, y yo me aprovecharé de ti como de un canal; porque comunicaré por ti mi gracia a otros, y les haré

bien; verás y oirás secretos espirituales y celestiales, y mi espíritu perseverará en ti hasta la muerte. Tú, por cierto derecho te hiciste mía, cuando en muriendo tu marido, resignaste en mis manos tu voluntad, y estuviste aparejada para dejar por mí todas las cosas. Por tanto te tomo por mi esposa, para tener en ti mi deleite, cual conviene que lo tenga Dios en el alma casta”.

4.- Otra vez dijo el Señor a la misma Santa: “Muchos se espantan de que hablo contigo, antes que con otros que son mejores y más perfectos, y me han servido más tiempo que tú. Empero yo les respondo, que soy como el Padre de familias, que tiene en su casa diferentes vinos, y algunas veces bebe del vino mediano o delgado, dejando el más fuerte; porque entonces le sabe mejor aquél, y no por eso estima en poco los otros vinos mejores, o los derrama, sino que los guarda para aprovecharse, adelante, de ellos. Realmente tengo yo muchos amigos, cuya vida es para mi más dulce que la miel, y más resplandeciente que el sol; pero yo te escogí por mi esposa, para revelarte mis secretos, no porque seas mejor que ellos, ni aun te hayas de comparar con ellos, sino porque yo lo he querido así, que hago de los idiotas sabios, y de los pecadores justos. Haciéndote yo este beneficio y gracia, no los desecho a ellos, sino que usaré de ellos para gloria mía. Así, humíllate siempre”.

5.- Cierta monje de gran santidad, llamado Geriquino, vió una vez a santa Brígida levantada de la tierra en el aire, y que le salía un río de su boca, y oyó una voz que decía estas palabras: “Viniendo esta mujer del cabo del mundo, dará a beber la sabiduría a gentes innumerables. Y esto tendrás por señal; que instruída por Dios te dirá mucho antes el fin de tu vida; por lo cual te alegrarás con sus palabras, y se te cumplan muy presto esas ansias que tienes de ver a Dios.”

6.- Hablando esta viuda querida de Dios, con el Señor, acerca de la gracia que se la había comunicado, dijo: “Señor, cuando a ti te agrada, adormeces mi cuerpo, y por cierto no con sueño corporal, sino con una quietud espiritual; y entonces, como de un sueño despiertas mi alma, para que vea, oiga y sienta espiritualmente”.

Cuando la misma Santa Brígida era arrobada en espíritu, parecía que casi se le acababan todas las fuerzas corporales, empero el corazón se le abrasaba, y se le alegraba con el divino amor. Pasó dichosamente de esta vida a los 70 años de su edad.¹

II

De Santa Catalina de Sena

1.- La santa virgen de Cristo, Catalina, fué natural de Italia, y nacida en la ciudad de Sena. Desde su niñez amó a Dios con gran fervor, y lo sirvió con gran cuidado. En aprendiendo la oración del Avemaría, aun siendo niña, tuvo por costumbre de saludar a la Madre de Dios, en todos los escalones por donde se subía a la casa de su padre. Fué muy dada a la oración, y muy familiar a Dios.

2.- A esta santa convidó el mismo Señor, y movió interormente a que siguiese una aspereza de vida, sobre todas las fuerzas naturales. Porque ella castigó su cuerpo virginal asperísimamente. Algunas veces perseveró sin comer, desde el día de la ceniza hasta la Ascensión del Señor, contentándose solamente con la sagrada comunión. Muchos años, no tomó más de un poco de zumo de yerbas para el sustento de su cuerpo; porque si le persuadían a que tomase otra cosa, luego caía en una enfermedad gravísima y muy peligrosa. Raras veces dormía más de dos horas, y ésas acostándose en una cama durísima de tablas, que ella había hecho para sí.

3.- Empero el Señor le mostró que la santidad verdadera no consistía en aquellas obras rigurosas de penitencia, ni en aquellos ejercicios corporales, sino en la mortificación de la propia vo-

¹ 1373.

luntad y de los vicios. Y que erraría muy mucho quien quiere medir la perfección de la vida por la grande aspereza, antes que por la verdadera humildad y caridad.

4.- Y aunque su manera de vivir fué singular, no por eso ha de ser reprendida; pues la tomó y tuvo por inspiración, voluntad y farvor especial del Espíritu Santo. Aquí se echa de ver por cuán diferentes caminos van en lo exterior los siervos de Dios. Porque Santa Brígida, discreta y moderadamente daba a su cuerpo la comida, bebida y sueño necesario, como lo pedía la naturaleza, y pensamos que lo hicieron de la misma suerte las santísimas vírgenes Mechtilde y Gertrudis; porque no vemos de ellas que hubiesen tomado alguna aspereza de vida extraordinaria, antes muchas veces por sus enfermedades no podían guardar el rigor de la Regla que profesaban; empero Santa Catalina siguió una abstinencia y rigor de vida jamás oído, y en esta parte más es para que nos admiremos, que no para que ligeramente la imitemos.

5.- Esta sagrada virgen se llegaba siempre a la comunión (que era casi cada día) con sumo contento, como si fuera convidada a unas bodas celestiales. Con el escudo de la paciencia, y con la celada de la fe venció diversas tentaciones de los demonios. Casi siempre padecía dolor de hijada, y de cabeza muchas veces.

6.- Tenía tanta abundancia de gracia, y estaba con tanta firmeza unida a Dios, que parecía que sin cesar estaba su alma ocupada en la divina contemplación. Muchísimas veces se arrobaba por obra de Dios, quedando totalmente sin algún sentido corporal; y entonces todo el cuerpo se elevaba. En este arrobamiento, muchas veces percibía cosas tan altas, que cuando cobraba los sentidos, no era posible hallar palabras convenientes con que explicar lo que había entendido en semejante relevación; y así muchas veces repetía solas estas palabras: "He visto secretos de Dios".

7.- Deseosa de la salvación de las almas, donde quiera que iba, daba a los hombres consejos saludables, y con la divina gracia hacíamuchos milagros. Finalmente a los treinta y tres años de su edad murió,¹ y fué recibida en el cielo.

¹ 1380

III

De Santa Mechtilde

1.- La virgen Santa Mechtilde fué hija de un conde, y nacida en Alemania. La cual, siendo de siete años, fué llevada por casualidad por su madre a un monasterio de religiosas de la Orden de San Benito, que estaba cerca de su casa, adonde se quedó, y finalmente profesó religión en él.

2.- Y creciendo luego maravillosamente en el divino amor, y en las verdaderas virtudes, se vino a hacer muy familiar con Dios. Porque había del todo renunciado su propia voluntad, y humildemente estimaba a todos los hombres, cualesquiera que fuesen, más que a sí misma, y era muy presta en obedecer; jamás la hallaban mal ociosa, porque siempre, oraba, o meditaba, o leía, o enseñaba, o hacía alguna obra de manos a gloria de Dios.

3.- Muy muchas veces era atormentada de la piedra, y de dolor de cabeza; empero ella, recibiendo de manos del Señor, con alegre corazón todas las molestias que le sucedían, las sufría con grandísima paciència. Fué muchas veces por muchos días fatigada de tan gran dolor de cabeza, que en ninguna manera podía tomar el sueño, y juntamente no sentía entonces toda la dulzura y consuelo divino que solía. Empero como delante del Señor se quejase con grandes lágrimas, y le pidiese humildemente favor, al fin el piadoso Señor, que está siempre al lado de los atribulados de corazón, la hinchó de tanta abundancia de su gracia, que estuvo por largo tiempo como muerta, cerrados los ojos, gozando de Dios, y percibiendo entre tanto grandes secretos celestiales. Muchas veces venía en semejantes arrobamientos, y era toda arrobada en Dios.

4.- También cuando oía o leía las palabras del Evangelio (porque había aprendido la lengua latina y la entendía) era tanta la suavidad

que recibía, que por la grande abundancia, las más veces quedaba casi sin alma.

5.- Como el miércoles después de Pascua se comenzase este introito, *Venite, benedicti Patris mei*: ¹ (Venid benditos de mi Padre), ella toda llena de una grande y no acostumbrada alegría, dijo al Señor: “¡Oh si fuese yo una de aquellos benditos que han de oír esa tu dulcísima voz!” Respondióle el Señor: “Ten por cierto que serás una de ellos; y para que no dudes de esto, ves ahí, te doy mi Corazón en prendas de amor, y en casa de refugio, para que siempre y principalmente en la hora de la muerte halles en él consuelo, y descanso”. Desde entonces se comenzó a aficionar con notable devoción al Corazón de Cristo, y así decía muchas veces en su simplicidad: “Si todos los beneficios que he recibido del corazón de mi Señor se hubiesen de escribir, no sería posible que cupiesen en libro ninguno por grande que fuese”.

6.- Como estuviese para morir, y Santa Gertrudis su compañera preguntase al Señor, qué era lo que entonces obraba en ella, el Señor respondió: “Yo descanso con ella en el tálamo del suave abrazo. Porque aunque sea atormentada con diferentes y continuos dolores, pero fiando de mi piedad, cree que todas esas cosas proceden de mi misericordia para su salud eterna, y así me da siempre las gracias, y confiadamente se resigna en mi paternal providencia”.

7.- Estando ya la misma esposa de Cristo Mechtilde en la misma agonía de la muerte, ninguna otra cosa decía sino estas palabras: “Jesús bueno, Jesús bueno”, las cuales replicaba muchas veces, dando a entender claramente que tenía verdadera e íntimamente impreso en su corazón a Aquel, cuyo nombre tan dulcemente rumiaba y pronunciaba tantas veces, entre los recios dolores de la muerte. Acercándose; pues, la hora en que había de salir de este mundo, Jesucristo, Señor de suma majestad, esclareciéndola toda con la luz de la divinidad, con una voz suave y blanda, la convidó con estas palabras: “Ven, bendita de mi Padre, toma la posesión

¹ Math. 25.

del reino que te está preparado desde el principio del mundo”.¹ Sin duda que entonces le trajo el Señor a la memoria el don excelentísimo que algunos años antes (cuando se cantaban las mismas palabras en la misa) le había concedido, dándole su Corazón enprendas de su amor. De manera que aquella alma bienaventurada fué admitida en el mismo corazón suavísimo de Jesucristo, y venturosamente juntada a los celestiales gozos de la eterna gloria!

IV

De Santa Gertrudis

1.- La Santa virgen Gertrudis (o Trutha) fue muy amable por la grande suavidad de la divina gracia, y resplandeció en todo género de virtudes, siendo a los cinco años de su edad plantada como azucena en el huerto de la sagrada religión. Sirvió al Señor en un mismo monasterio con Santa Mechtilde.

2.- Y como tuviese maravilloso ingenio, en breve tiempo aprovechó mucho en la lengua latina, aunque el principal cuidado que ella tenía era aprovechar en la humildad y pureza de corazón, y juntarse con Dios por encendida caridad.

3.- Ella, con la luz de la verdad, conocía que era indigna de todos los dones de Dios, y juzgaba que solamente era un arcaduz y canal por donde quería Dios que corriesen y se comunicasen sus dones a sus siervos. A cualesquiera hombres que veía, los estimaba más que a sí, y creía que aquellos a quien comunicaba los dones de Dios, merecían más con sólo el pensamiento y su inocencia, o con su vida sin pecados, que podía ella merecer con todos sus ejercicios y trabajos.

¹ Math. 25.

4.- Caminando una vez, por el muy gran desprecio que de sí tenía, dijo al Señor: “¡Ah, Señor mío! Entre los milagros principales que haces, entiendo yo que éste es el más excelente, que permitas que sustente la tierra sobre sí a una pecadora como yo”. A las cuales palabras respondió el Señor benignamente: “Con razón se te da la tierra para que la pises, pues toda la alteza de los cielos con inefable deseo espera aquella hora muy alegre, en la cual te ha de recibir y llevar sobre sí”.

5.- Cuando le ofrecían los hábitos, ú otras cosas, para que escogiese lo que más gusto le daba, no quería escoger; sino que, cerrando los ojos, extendía la mano, y cualquiera cosa que tomaba (aunque fuese vilísima) la recibía con grande agradecimiento, como si el Señor se la hubiese dado de sus propias manos.

6.- Tenía siempre una segura confianza en Dios, y un ánimo alegre y fuerte, y estribaba firmísimamente en su providencia paternal (a la cual atendía en todas las cosas).

7.- El Señor le imprimió en el corazón las excelentísimas señales de sus cinco llagas sensiblemente, y aparejó en ella una morada tan alegre para sí, y unió tanto a ella su Corazón, que si los hombres no conocieran que era infinito el poder y bondad del Señor, apenas pudieran creer que había mostrado en la tierra a su Madre preciosísima tanta familiaridad de amistad, cuanta mostró a esta santa. Y así, el mismo benditísimo Jesús, hablando de ella, aún mientras vivía, a una santa persona, le dijo: “Como nadie viva hoy más cercano ni más unido conmigo por pura intención y buena voluntad, y por verdadera fidelidad que ella, tampoco a ninguna alma que vive en carne me inclino con mayor favor que a la suya, por lo cual en ninguna parte me podrás hallar con más conveniencia, que en el sacramento del altar, y luego en el corazón y alma de esta esposa mía” Asimismo dijo el Señor a otra persona: “Yo soy todo suyo, y la tengo conmigo unida por amor inseparablemente, como la plata y el oro con el fuego se hacen un metal”. Y otra vez dijo: “Ella es a todos los cortesanos del cielo una consonancia dulcísima, la cual hacen todas las adversidades que con tanta paciencia ha sufrido”. También dijo el Señor a Santa

Mechtilde que oraba por ella: “Todos los que oyeren ¹ sus palabras, y humildemente obedecieren sus consejos, no se desviarán del camino de su salvación, mas al fin alcanzarán la vida eterna”. Y a la misma Gertrudis dijo: “Porque yo te escogí misericordiosísimamente para morar alegremente en ti, cualquiera que (teniendo piadosa confianza) se encomendare en tus oraciones, se salvará por mi gracia”. Y otra vez le dijo: “Ninguno de los que con humildad oyen tus palabras, y conforme a ellas ordenan su vida con buena intención podrá jamás condenarse, sino por camino seguro y sin errar llegará a mí”.

9.- Había recibido también entre sus promesas de la divina e infalible verdad, que así como en la muerte de Cristo la virtud nobilísima del amor apartó el alma del mismo Jesucristo de su cuerpo, así en la muerte e esta santa virgen el amor divino había de consumir todas sus fuerzas.

10.- Ni más ni menos estaba muy cierta por una divina promesa, que cualesquiera que antes o después que ella muriese, considerando o advirtiendo cuán benigna y familiarmente se haya Dios allanado con ella, y alabare devota y santamente con caridad al Señor, o le diere gracias por los beneficios que hizo a la misma Gertrudis, no saldría de este mundo sin que primero tuviese Dios en su alma algún deleite de especial familiaridad. Cualquiera, pues, que quisiere puede orar de esta o de otra manera semejante: “Dulcísimo Señor Jesucristo, yo te alabo y doy gracias con la devoción que puedo, por todos los beneficios que hiciste a tu querida esposa la virgen Santa Gertrudis, y te ruego por aquel amor con que *ab aeterno* para especial gracia la escogiste, y en el tiempo que fué tu voluntad suavemente la atrajiste a ti, y familiarmente la juntaste contigo, y alegremente moraste en su alma, y diste venturoso fin a su vida, te ruego y te suplico, que tengas misericordia de mí, y me des gracia para que te sirva, y me lleves a la vida eterna. Amén”. ²

¹ Buen testimonio para aceptar sin miedo las revelaciones de esta santa.

² Nació Santa Gertrudis el 6 de Enero de 1256 y murió en 1303.

V

De la autoridad que tienen las sobredichas revelaciones

1.- Todo el mundo supo las revelaciones que se hicieron a las sobredichas mujeres, y mucho tiempo ha que fueron aprobadas por muchos santos y doctos varones; porque aun los Santos Padres las citan a cada paso en sus libros y escritos. Aun viviendo Santa Brígida, examinaron sus revelaciones insignes obispos y teólogos, y después de su muerte, señaló el Concilio de Basilea algunas personas notables en religión y letras que con gran diligencia las examinasen otra vez; y todos estos afirmaron constantísimamente que semejantes revelaciones fueron de Dios. También las revelaciones de Santa Gertrudis fueron con suma diligencia examinadas antes y después de su muerte por varones santísimos y doctísimos. Uno de los cuales, después de haberlas leído con gran cuidado, escribió su parecer de esta manera: “Yo (dice) en la verdad de la divina luz siento que ninguno que esté alumbrado con espíritu de Dios podrá calumniar ni contradecir las cosas que hay en este libro, porque son católicas y santas”.

2.- De todas estas cosas se echa de ver claramente, cuán lejos están todavía del espíritu de Dios los que desechan las sobredichas revelaciones divinas, y se burlan de ellas como si fuesen sueños de mujercillas. Dios los perdone, y por los merecimientos y oraciones de sus queridas esposas (las cuales él llenó abundantemente de su espíritu, e ilustró excelentísimamente con la lumbre de la verdad) tenga por bien de juntarnos a todos después de esta vida miserable a la bienaventuranza eterna. Amén.

INDICE

Introducción	3
Prólogo	5
Cap. I. Por dónde ha de comenzar el que trate de servir a Dios	7
Cap. II. De algunas virtudes en que se ha de ejercitar el que comienza	16
Cap. III. Cómo se ha de portar con el prójimo el varón espiritual	20
Cap. IV. Del desprecio del mundo y guarda de los sentidos	24
Cap. V. De la discreción en los ejercicios	30
Cap. VI. Cómo se ha de huir de las ocasiones	33
Cap. VII. De la buena voluntad, del rigor de la vida y de las riquezas que tenemos	41
Cap. VIII. De la humildad, del conocimiento de sí mismo y de las tribulaciones	46
Cap. IX. De la perfecta resignación	52
Cap. X. Del recogimiento interior del misterio de la Trinidad	57
Cap. XI. De la mística unión, de las revelaciones	69
Cap. XII. De la Sagrada Eucaristía: de la Santí- sima Virgen y de los Santos	74
Cap. XIII. De las desolaciones y de las consolaciones	78
Cap. XIV. Sobre los Novísimos	80
Directorio Espiritual	85
Introducción	87
Cap. I. Que todo hombre con mucha razón ha de procurar la perfección y la divina unión, y cómo se ha de alcanzar	90

Cap. II. De la entera negación y mortificación de sí mismo, y de la verdadera reformatión de costumbres	93
Cap. III. Del recogimiento interior, y cómo se ha de levantar el espíritu de Dios	104
Cap. IV. De algunas aspiraciones que siempre y en dondequiera se deben traer a la mano	109
Cap. V. Que con las aspiraciones fervorosas a Dios puede uno llegar muy presto a la per- fección, a la sabiduría de la teología mística y a la divina unión, y que merecen ser llora- dos los que no hacen caso de esta unión	111
Cap. VI. De la memoria y meditación de la vida, pasión y llagas de Jesucristo nuestro Señor	115
Cap. VII. Del desamparo y calamidad interior, y que la verdadera perfección no consiste en la mucha abundancia de consuelos	119
Cap. VIII. Sumario de algunos preceptos que es razón que sepa el varón espiritual	121
Cap. IX. De la intención que el varón espiritual ha de tener en sus obras, y cómo las ha de encomendar al Señor y unir las a las obras de Cristo; y cómo ha de suplir sus imperfeccio- nes con los merecimientos del mismo Jesucristo.....	138
Cap. X. Declaración de un muy devoto ejercicio para cada día.	142
Cap. XI. De este mismo ejercicio cotidiano en forma de oración, con que el varón espiritual podrá aprovechar mucho en la divina unión.	145
Cap. XII. Qué es lo que ha de esperar el varón contemplativo que persevera en las cosas so- bredichas, y cómo se hace la unión mística; y de algunos consejos a este propósito y del centro íntimo del alma o cumbre del espíritu	149

GUIA DEL ALMA ESPIRITUAL.....	165
Advertencia acerca de esta edición	166
Prefacioncillo	170
Cap. I. El religioso debe pensar con diligencia en el fin que se propuso al abrazar una vida más austera	171
Cap. II. Qué debe hacerse cada día.	175
Cap. III. Ocupaciones espirituales fuera del coro	183
Cap. IV. La principal materia de la oración mental debe ser la vida y pasión de Cristo	187
Cap. V. Doctrina acerca del examen y expia- ción de los pecados.	197
Cap. VI. Lucha contra las tentaciones y deso- laciones	205
Cap. VII. Conducta por lo que se refiere a la comida, vestido y conversación	211
Cap. VIII. La mortificación es el compendio de la perfección	221
JOYEL ESPIRITUAL	231
Advertencia	231
Prefacio	232
Cap. I. De la inmensa clemencia de Dios, y de la benignidad de la Madre de Dios para con los pecadores, manifestada con varias reve- laciones	233
Cap. II. De la discreción y recta intención que debe el varón espiritual seguir en todas las acciones	243
Cap. III. Documentos sobre la oración y el oficio divino	247

Cap. IV. De la corrección de los defectos cotidianos, sus remedios, y del auxilio de las tentaciones	254
Cap. V. De la confesión frecuente, y del deseo de confesarse	261
Cap. VI. De la frecuente comunión, y de la Sagrada Eucaristía.	263
Cap. VII. De cómo podemos participar de los méritos de Cristo y del mérito de la obediencia	268
Cap. VIII. De la refección corporal	273
Cap. IX. Del orden que se ha de tener en dormir, y de una preparación antes de tomar el sueño	275
Cap. X. Del provecho de las tribulaciones	277
Cap. XI. De la confianza en la divina Providencia, y de la perfecta resignación	283
Cap. XII. De la muerte feliz	286
Cap. XIII. de las penas del Purgatorio	292
Cap. XIV. De los gozos que hay en el paraíso celestial	299

APENDICE

De las cuatro santas mujeres tan mencionadas en el sobredicho opusculito

I. De Santa Brígida	306
II. De Santa Catalina de Sena	308
III. De Santa Mechtilde	310
IV. De Santa Gertrudis	312
V. De la autoridad que tienen las sobredichas revelaciones	315